



Cattina

MAD CIN

CATRINA

Contents

CATRINA

CAPITULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPITULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPITULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

EPÍLOGO

Catrina ©

La luz brilla en la oscuridad. Y la oscuridad, jamás podrá apagarla.

JUAN 1:5

CAPITULO 1

El escozor en mis hombros y pecho, pronosticaba el fracaso de cualquier bálsamo que utilizara para aplacar el ardor que de seguro experimentaría un par de horas más tarde. En realidad, planeaba experimentar otro tipo de sensaciones muy diferentes al ardor, o quizá no tanto...

El calor era la excusa ideal para beber el décimo quinto *tequila sunrise* de la tarde, pero también que fuera mi último día de vacaciones en las paradisíacas playas de la Riviera Maya y que, junto a mi mejor amiga, nos encontráramos disfrutando de una travesía sobre un yate de lujo. Se suponía que era una fiesta, pero el resto de los turistas no hacía más que cerrarse en círculos a conversar con los suyos en idiomas que opacaban la música con un bullicio ininteligible.

—Me estoy aburriendo... —rezongué y a Marta casi se le escapa por la nariz parte del daiquiri que acababa de beber.

—Ya vuelves a ser la misma aguafiestas de siempre. ¿Que no te puedes esperar a regresar a San Francisco?

Puse los ojos en blanco, a pesar que mi amiga tuviera razón.

Mi vida en la ciudad era mucho más recatada que la que llevaba en vacaciones por razones que no vienen al caso, pero mi idea era pasar de la vida social lo más que pudiera. Para eso tenía mis escapadas y mis vacaciones. En lugares remotos, rodeada de personas a las que jamás volvería a cruzar en mi vida, resultaba mucho más fácil relajarme y dejarme fluir.

Sin ganas de dar explicaciones sobre mis actitudes, dejé que mis ojos vagaran por sobre la cubierta hasta dar con mi objetivo. Apenas puse un pie en el yate supe que terminaría mi día enredando las piernas alrededor de sus caderas. Sonreí al experimentar el leve cosquilleo que me causaba contemplar sus torneados brazos cruzados sobre un pecho que me provocaba el impulso de lanzarme a su encuentro y arrancarle la espantosa playera color turquesa que me impedía maravillarme con su torso.

Él también me lanzaba miradas furtivas y tenía la plena seguridad que, si no se acercaba aún a mí, era porque se trataba del guía de la excursión a la Isla Mujeres, y debía guardar las formas.

Pues yo me cagaba en las formas. Era mi último día de vacaciones y no tenía intenciones de que ese bocadillo de ojos verdes y cabello dorado, no fuera parte de mi despedida.

Cuando capté el ritmo de la canción que comenzaba a sonar, arrastré a Marta al centro de la cubierta, logrando que dejara un reguero del rebajado daiquiri que cargaba en su vaso de plástico.

—Pero ¿¡Qué haces Dani!?

—Vamos Mar, demostrémosle a estos estirados lo que hace a una verdadera fiesta.

Dejé que la ascendencia latina que bullía en mi sangre tomara el control de mi cuerpo, meciéndolo al ritmo del hit del verano, atrayendo las miradas de gran parte de los turistas que no se animaban a convertir la cubierta del yate en una auténtica celebración.

Y Mar sorprendió a más de uno, cuando la rubia sajona estaba en el centro de la pista, el mundo a su alrededor dejaba de existir.

Improvisamos una coreografía entre risas y tropezones que desinhibieron al resto de los pasajeros y hasta a parte de la tripulación.

El alcohol siguió corriendo hasta que el sol comenzó a caer detrás de las playas de arenas

blancas que acompañaban nuestra travesía. Cuando estábamos arribando a la costa, y el sudor comenzaba a tornarse frío sobre mi piel dejé a Mar conversando con un grupo de canadienses que eran muy de su estilo y me alejé hacia la popa a disfrutar de los últimos matices anaranjados del atardecer contrastando el turquesa del agua.

—¿De dónde nos visitan nuestras bailarinas de lujo? —preguntó a mis espaldas una voz masculina pero delicada en inglés.

Miré por sobre mi hombro para comprobar que mi plan resultaba de maravillas. Me volví hacia el horizonte para disimular la sonrisa.

—De San Francisco. Último día de vacaciones —respondí en un español mejor pronunciado que su inglés.

—Qué pena.

—La vida sigue... Ya lo superarás.

Volví mi vista hacia el rubio de ojos verdes que reía a carcajadas.

Apoyó los antebrazos sobre la misma barandilla en que descansaban los míos.

—No todos los días conozco mujeres tan interesantes.

Abaniqué su rostro con mi mirada, sin mermar ni amplificar mi serena sonrisa. Me mentía descaradamente, de seguro se llevaba una mujer diferente cada noche a su cama, pero poco me importaba.

Ante mi falta de reacción a su comentario, prosiguió.

—Es una pena que partas tan pronto, hubiera estado encantado de poder invitarte una copa, pero de seguro esta noche debes tener un plan.

Claro que lo tenía, y estaba desarrollándose de maravilla.

—En realidad, aceptar esa copa no afecta mis planes...

La sonrisa que iluminó su rostro bronceado hizo que mis entrañas gruñeran de deseo.

∞ ∞ ∞

Lo primero que percibí fue el irritante sonido de mi móvil, retumbaba en mi cabeza como si estuviera hueca. Mis párpados pesaban y más me costó separarlos por el pegote de máscara que fundía mis pestañas. Me arrepentí al instante, el sol entraba a raudales por la ventana, haciendo que mis retinas dolieran tanto como mi cabeza y el resto de mi humanidad.

Al principio me encontré desorientada, mitad por el mareo producido por la resaca, y mitad porque de verdad que no reconocí la cama en la que mi cuerpo parecía enredado con el de alguien más.

El teléfono volvió a sonar cuando intentaba descifrar en dónde y con quién me había acostado.

Maldije en voz baja mientras salía de la cama para recorrer la habitación intentando que los sentidos que no se encontraban demasiado desorientados dieran con el maldito móvil.

—Hola —me sorprendí de lo rasposa que sonó mi propia voz.

—Dani, ¿dónde carajos estás? ¡Perderemos el vuelo!

—¿Qué? —mi cabeza coordinaba tan mal como mi cuerpo.

—Que en una hora sale el vuelo, ¿dónde estás? Te juro que me iré sin ti.

—Mierda...

—Sí, mierda, precisamente esa es la palabra. ¿Dónde mierda estás?

—Pues si tuviera una remota idea te lo diría —los engranajes de mi cerebro parecían ponerse en marcha—. Voy para allá.

—Date prisa y no te molestes por pasar por el hotel, ya me encargué de tu maleta y de pagar los gastos de la habitación.

—Lo siento Mar...

—No lo sientas por ahora, solo mueve tu culo hasta aquí a la velocidad de la luz.

—Te veo allí. Lo lamento.

—¡Ya Dani!

—Buenos días, preciosa.

Mi cabeza giro tan bruscamente en dirección a la cama, que volví a marearme.

—¿Tienes auto?

Ni me molesté en darle los buenos días, recolectar mi ropa y vestirme tan rápido como fuera posible era lo único que me importaba. Eso, y no perder el maldito vuelo.

—¿A cuánto estamos del aeropuerto?

—¿Qué?

Gruñí por lo bajo mientras revolvía las mantas de la cama en busca de mi minifalda. El rubio de ojos verdes del que no recordaba el nombre me miraba confuso.

—Oye enserio no tengo tiempo para darte explicaciones, hazme el favor y llámame un taxi, debo estar en el aeropuerto dentro de los próximos quince minutos.

El sonido de su melodiosa sonrisa se sintió como si un pájaro de presa se afilara las garras sobre mi cráneo.

—Estamos a más de cuarenta minutos del aeropuerto.

—¿Dónde mierda vives, en Alaska?

Terminé de vestirme al fin, no tenía tiempo de pasar por el baño y si lo que el sujeto que se desperezaba sobre la cama con una sonrisa de oreja a oreja era cierto, estaba tremendamente jodida.

—Tómalo con calma, estás de vacaciones —en el instante en que apartó las sábanas que cubrían la parte inferior de su cuerpo dejando expuesta su hombría, casi olvido hasta mi nombre.

Sacudí la cabeza, mientras el sujeto se ponía de pie y se colocaba una bermuda.

—Mis vacaciones terminaron anoche. —repuse tajante.

Sus ojos verdes buscaron los míos con algo distinto en la expresión de su rostro.

—Dame un minuto y te llevaré hasta el aeropuerto.

—Treinta segundos...

∞ ∞ ∞

—Si vuelves a la Riviera llámame, Daniela. Que tengas un buen viaje...

Le devolví un saludo desganado con una mano mientras me alejaba en dirección a la puerta de vidrio del aeropuerto acomodándome la minifalda con la otra.

El resto de mi aspecto no debería ser el mejor a juzgar por las miradas que me lanzaban mientras trastabillaba sobre mis tacos de quince centímetros. A la tercera vez que me doblé el tobillo, me los quité. Observaba el amplio corredor repleto de personas buscando entre todos ellos la cabellera rubia de Mar, cuando mi móvil comenzó a repiquetear dentro de mi cartera.

—¿Dónde estás?

—Acabo de ingresar al aeropuerto, ¿y tú?

—Olvídalo, hemos perdido el vuelo.

—Mierda...

—Pero he conseguido que alguien nos lleve hasta San Francisco.

Lo primero que se me cruzó por la cabeza fue una camioneta ranchera repleta de gallinas.

—¿De qué hablas?

—Ve al sector de embarque de vuelos privados, aquí te explico.

—¿Qué?

—Dani... Date prisa.

Después de preguntar y dar algunas vueltas llegué al bendito sector.

La cara de mi amiga fue mutando de una expresión de enfado a una de horror mientras me recorría con la mirada.

—Pero ¿qué te pasó?

—Bebí de más, me quedé dormida.

—¿Con Dylan?

—¿Quién es Dylan?

Mi amiga puso los ojos en blanco mientras me asía del brazo para llevarme a rastras hasta una lujosa y pequeña sala de estar destinada a quienes viajaban en los exclusivos vuelos privados.

—No cambias más...

Hiné los hombros ante su resolutivo comentario.

—Aquí está tu maleta. Por allá un tocador, toma algo de ropa decente y arréglate el maquillaje, pareces una prostituta pasada de crack.

—Ayer me dijiste que estaba bonita.

—Y lo estabas... ¿Es que no te has visto al espejo antes de venir?

—¿Me estás jodiendo? Ni siquiera pude lavarme los dientes —exhalé sobre su rostro antes que lo viera venir, y me reconforté al ver su cara de asco.

—Ve a asearte antes que venga nuestro anfitrión, lo único que falta es que se niegue a hacernos el favor cuando te vea con esas fachas...

Le saqué la lengua antes de manotear la manija de mi maleta y dirigirme al tocador.

Regresé a la sala de estar uno minutos más tarde vistiendo un solero y unas sandalias mucho más cómodas y apropiadas que los tacones con los que había llegado. Mis pies lo agradecían.

El rostro de Mar, apenas sus ojos escrutaron con mi repuesta imagen, pareció recuperar la compostura.

Quien estaba sentado frente a ella y de espaldas a mí, percibió mi presencia antes que pudiera dar los pasos que me separaban de ellos. Cuando se puso de pie, me sorprendió la anchura de su espalda que, a pesar de encontrarse cubierta por la delicada tela de un traje de evidente confección bespoke, evidenciaba un cuerpo esbelto y de músculos torneados.

Llevaba el cabello peinado hacia atrás, brillando en un rubio oscuro que se mantenía a raya gracias a algún gel o producto similar.

No sabía por qué motivo, pero simplemente no pude dejar de observar cada uno de los movimientos que lo llevaron a quedar de frente a mí.

—Buenas tardes...

El motivo de mi atolondramiento, fue algo tan inesperado como desconcertante. Lo cierto es que me costó reaccionar, al menos, de una manera corriente y cordial.

Tardé los segundos suficientes en estrechar la mano que el sujeto extendió hacia mí. Y cuando nuestra piel entró en contacto, una extraña descarga estática me hizo apartarla enseguida, dejando aún más expuesta esa inusual y extraña incomodidad.

Así y todo, no pude despegar mis ojos de los suyos. Cuando el turquesa de esa mirada se

encontró la mía, sentí la profundidad oceánica arrastrarme desde la orilla. Un llamado a sumergirme en los ojos más enigmáticos y expresivos que jamás había visto.

—Señor Ferguson, le presento a Daniela Suarez.

Mar apareció entre ambos para salvar la situación, como era costumbre.

—Lláname Fermín, o Fer, por favor... Me haces sentir más viejo de lo que creo ser.

—Claro, perdón... —mi amiga se ostentaba dos frutillas en las mejillas. Se notaba a la legua que se sentía atraída por el misterioso sujeto.

Estaba a punto de abrir la boca cuando una azafata apareció por uno de los pasillos llamando al señor Ferguson a terminar de definir algunos asuntos inherentes al vuelo. Éste nos despidió a ambas y se deslizó por el pasillo con una gracia que no pegaba con el aspecto formal y refinado que lucía.

—¿Me puedes explicar cómo demonios llegaste a este tipo?

Mar se hincó de hombros antes de responder.

—Para ser sincera no tengo idea... Estaba desesperada, no había manera que llegáramos a tomar ese vuelo. No sé con cuántas personas hablé y por cuantos pasillos me metí intentando encontrar una solución. Dani, sabes que mañana tengo que estar en San Francisco. Mi jefa me mata si llego a decirle que no llegaré a la boutique a las nueve de la mañana.

—Lo sé, y te pido perdón... Fue una estupidez de mi parte, no sé dónde tenía la cabeza ayer por la noche. Pero me resulta extraño todo esto. ¿Cómo diste con este tipo?

—Este tipo, nos está salvando el pellejo. A mí de mi jefa y a ti de mis garras. Porque te juro que te hubiera matado si... —las manos de Mar se acercaron a mi rostro y se cerraron en puños al igual que su boca se frunció antes de terminar la frase—. Solo estaba en el momento justo y en el lugar indicado. Percibió mi desesperación y se acercó a mí. Me preguntó si estaba bien y bueno, el resto es historia.

—No lo sé. Hay algo que no me gusta...

—Déjate de joder, ¿quieres? Que ya bastante la has cagado...

Negué con la cabeza.

—Por más que lo intento, siento que nunca llegaré a comprenderte Dani. Y eso no tiene que ver con lo mucho que te quiero y lo que me gusta ser tu amiga.

—Te prometo que me comportaré al menos hasta que llegemos a San Francisco.

—Dani, ¿cuándo te sincerarás conmigo? Sé que me ocultas cosas. A veces siento que hay dos personas dentro de ese cuerpo. Esa mirada celeste, casi transparente tuya, no me explico cómo puede ser tan gélida como un témpano y quemar como una llama de fuego azul a la vez.

—Ya déjalo, ¿quieres?

Por suerte, la misma azafata que minutos antes se había llevado a Fermín Ferguson, apareció esta vez para llamarnos a abordar el avión.

Intenté ocultar mi sorpresa por los lujos con los que nos topamos al ingresar al interior de la aeronave. Para demostraciones estaba Mar.

—Es un avión Mar, no un parque temático de DisneyWorld...

Me acomodé en uno de los lujosos butacones haciendo gala de mi mejor cara de hastío.

—Señoritas, Fermín me ha pedido que lo excuse. Él se encontrará en su camarote privado en lo que dure el vuelo, tiene algunos compromisos que le impedirán acompañarlas. Pero para lo que necesiten, yo estaré a su disposición.

Acto seguido, nos indicó dónde podíamos encontrar refrigerios, diversos sistemas de entretenimiento, un pequeño camarote con una cama y un toilette para asearnos y hasta tomar una

ducha.

Una vez que nos quedamos solas, Mar volvió al ataque.

—¿Dani, la amargada volvió a tomar el control de tus funciones vitales?

—¿Qué dices?

—Sabes bien de lo que hablo. Tu doble personalidad.

—Te dije que la cortaras con esa estupidez.

—Sabes que digo la verdad y por eso te molestas. Te conozco Dani, aunque te pese y no te guste. Aunque intentes ocultarte de mí, sé muy bien quién eres.

—No, no sabes una mierda.

Mis palabras sonaron como lo que eran. Un muro de concreto con el que mi amiga volvía a chocar una vez más. Hasta se echó para atrás sobre su butaca al escucharme pronunciarlas.

Y me dolieron más que a ella, pero eran la pura verdad. Aunque ella no entendiera y aunque fueran la única verdad que conocería sobre mí.

Ella no sabía una mierda. No sabía quién era su mejor amiga. Y lo mejor era que así fuera. Por su bien y el mío.

Porque por más que quisiera compartir con ella más que la punta del iceberg, por su seguridad, era mejor que siguiera chocando contra ese muro de hielo, hasta que se cansara o se lastimara lo suficiente como para echarse a andar hacia otro lugar bien lejos de mí.

CAPÍTULO 2

No tardé en quedarme dormida y desperté cuando comenzábamos las maniobras de descenso. Debía reconocer que dormir sobre aquella butaca había resultado ser una experiencia reparadora.

Giré sobre mi espalda hasta quedar frente a la ventanilla. El anochecer caía sobre mi ciudad.

Los espejados cristales de los edificios que se erguían en el distrito financiero, destellaban ante las primeras luces que encendían la ciudad en un arcoíris de colores.

—Creo estar soñando ante semejante visión —me envaré enseguida al escuchar esa voz profunda y aterciopelada, percibiendo por primera vez un extraño acento en su inglés. Mientras lo buscaba entre las sombras que proyectaba la tenue luz que apenas iluminaba el interior del avión. Lo encontré de pie, detrás de la butaca que tenía frente a mí—. He visto ciudades hermosas, pero la sensación que me provoca regresar aquí no se compara con otra.

Sabía a qué se refería, pero no le di el gusto de confesarle que me pasaba lo mismo. Mantuve mis facciones congeladas mientras experimentaba esa calidez expandirse desde el centro de mis entrañas hacia el resto de mi cuerpo.

Regresaba a casa. No importaba cuan paradisiaca hubiera sido la playa en la que me había relajado durante las últimas dos semanas. Ni las obligaciones y responsabilidades que me esperaban al pisar suelo. Estaba en casa.

Entorné apenas los ojos mientras el señor Ferguson se deslizaba por la suave cuerina que revestía la butaca.

Se había quitado la chaqueta y el nudo de su corbata lucía holgado, tal como el primer botón de la delicada camisa blanca, desabrochado. En tono bronce de su piel evidenciaba que su viaje a México no se trató únicamente de negocios.

Su sonrisa me perturbaba, me incomodaba demasiado, aun no entendía por qué, pero afectaba mi usual estabilidad emocional.

Mis ojos se deslizaron hacia la butaca del otro lado del pasillo donde Mar seguía profundamente dormida.

—¿Qué es lo que quiere, señor Ferguson?

Sonrió, y sentí como cada músculo del cuerpo se me aflojaba cuando lo hacía.

—No sé a qué te refieres Daniela.

Entorné aún más los ojos al volver la mirada a los suyos. Su sonrisa era magnetismo puro.

—No me creo que se haya ofrecido a llevar a dos desconocidas en su avión privado solo porque es buena gente...

—En primer lugar, este avión no es mío. Y en segundo, ¿por qué no iba a hacerlo? No es que haya cambiado mi trayecto ni mis planes para traerlas sanas y salvas de regreso a la ciudad. ¿Acaso hubo algo en mi comportamiento que denotara algún motivo diferente? Si es así te pido que me disculpes, Daniela.

Empezaba a odiar la manera en que pronunciaba “Daniela”, relamía cada letra como si fuera un puto manjar, y luego, sonreía de esa forma casual y devastadora.

Sonreí, intentando imitar su desparpajo.

—Los hombres como usted, nunca dan puntada sin hilo...

—¿Conoces a muchos hombres como yo?

—Prefiero evitarlos... —pero conocía a unos cuantos. Mi jefe, entre ellos, el prototipo de hijo de puta que, por ser exitoso y estar forrado, se creía un ser superior con derecho sobre todos los que trabajaran para él, derechos y atribuciones, sobre todo, con las mujeres... Pero no quería que mi mente revolviere esa oscura parte de mi vida, no aún.

Mi mal humor se acrecentaba, y el don juan que tenía enfrente no dejaba de sonreír. Como si le divirtiera sacarme de mis casillas.

—Haces bien. Pero déjame decirte que nada tengo que ver con el tipo de hombres con el que pretendes identificarme. Quizá si me dieras la oportunidad te demostraría que...

—No es mi tipo, señor Ferguson.

A la sonrisa inmutable se le sumó el destello de sus ojos. Cada uno de mis rechazos parecía encender su curiosidad y sus ansias por ganar un juego en el que no tenía intenciones de participar.

—Si realmente me conocieras, no estarías tan segura.

—No me interesa conocer a nadie.

—Creí escuchar que conociste a alguien ayer por la noche...

Lo fulminé con la mirada.

—Debió de ser alguien interesante como para hacerte olvidar de tomar el vuelo esta mañana...

—Ni siquiera recuerdo su nombre —repliqué sin titubear.

—Entonces debo sentirme halagado de que recuerdes el mío.

La sangre comenzó a burbujear dentro de mis venas y estaba a punto de lanzarle toda mi artillería pesada cuando la voz del capitán anunció el inminente aterrizaje.

Mar se despertó enseguida y no tardó en entablar una tediosa conversación con nuestro anfitrión.

Me sumergí en mis pensamientos hasta que llegó el momento de descender del avión.

∞ ∞ ∞

—¿Seguras que prefieren tomar un taxi? No me cuesta nada llevarlas hasta sus hogares, quedan de paso camino al centro de la ciudad.

Eso era cierto, Mar vivía en Haight Ashbury, un barrio tranquilo y variopinto, plagado de hippies y olor a naftalina. Para mi amiga lo más cercano al paraíso que conocería en su vida. Atendía una boutique de ropa vintage reciclada, que era furor entre los turistas y los hípsters que inundaban la ciudad como si fueran ratas. Que estaba muy feliz por mi amiga, no todos tenemos la posibilidad de tener un trabajo que nos haga felices, y ella era dichosa en haberlo conseguido. Tampoco es que la envidiara, yo amaba mi trabajo y me había ganado mi puesto a base de esfuerzo, dedicación y, porque no admitirlo, ambición.

Al contrario que Mar, lo mío eran los rascacielos modernos y la agitada vida de la ciudad. Aunque vivía en un loft ubicado en el límite entre SOMA y Mission District, cerca del bullicio y el movimiento de la gran ciudad, pero sin desprenderme del todo del crisol de culturas, mercados coloridos y el delicioso aroma a comida casera y a granos de café con el que me crié.

Ferguson se despidió de nosotras mientras Mar no dejaba de disculparse por el descortés comportamiento de su agria amiga.

—¿Por qué eres tan desagradable?

—Ya cállate y busquemos un taxi. Necesito darme una ducha, no soportaré otra hora el olor a aeropuerto que tengo impregnado en la piel.

—Pues si no hubieras rechazado la invitación de Fermín, en veinte minutos estarías tomando tu preciado baño.

—¿Por qué no corres tras él? Quizá lo alcances y te adopte como mascota. Solo déjame en paz.

—Oye, ¿tan malo fue el sexo que tuviste ayer que te dejó con ese humor de mierda?

—Al menos tuve sexo en mis vacaciones.

—Vamos... que es la única fecha del año en que lo tienes.

Si pensé que mi comentario sonó hiriente, el de mi amiga lo fue en demasía. Por supuesto que le planté mi mejor sonrisa y evité responderle, no era la primera vez que corría el riesgo de quedarme sin la única amiga que toleraba mi mal genio.

Cuando al fin conseguimos un taxi, logré apaciguar mis arranques y concentrarme en la idea del poderoso y caliente chorro de agua golpeando contra mi espalda. Extrañaba mi ducha y mi mullida bata. Pero no había nada que echara tanto de menos como mi cama. Una inmensa King Size que no compartía con nadie. Y estaba orgullosa de mi soledad. Tenía veintitrés años, una carrera ascendente en el mundo de las inversiones inmobiliarias y la libertad de hacer lo que me diera la regalada gana con mi vida, sin rendirle cuentas a nadie.

No habíamos avanzado más de diez minutos por la autopista cuando nos dimos cuenta que algo no andaba bien con el automóvil. Apenas pasamos del Golf Club, justo a la salida de la autovía, el chofer fue deteniendo lentamente la marcha hasta estacionarse a un lado.

—Mierda...

—Señor ¿hay algún problema?

—Claro que hay un problema, no me hubiera detenido a medio camino si no lo hubiera señorita.

—Oiga, no tiene por qué ser maleducado —repliqué ante el desagradable tono con el que había respondido a la pregunta de mi amiga.

—Pues van a tener que bajarse y conseguir otro auto. Debo llamar a la grúa y esperar a que vengan a remolcarme.

—¿Qué? Ni siquiera estamos cerca de nuestra primera parada...

—Al menos debería llamar a su agencia y pedir que venga otro auto a buscarnos.

—¿Me vio cara de operadora acaso?

—No, solo de hijo de puta...

—Bájense de mi auto.

—No vamos a bajarnos en medio de la nada señor.

—No me obliguen a bajarlas por las malas.

—Inténtelo...

La tensión aumentaba entre el chofer y yo, mientras la expresión de mi amiga se transformaba de angustia pura a confusión y luego a sorpresa.

—¡Mira!

Seguí con los ojos abiertos como platos la dirección en que apuntaba su dedo índice.

Esa maldita sonrisa que parecía tatuada en su rostro, se iluminó del otro lado de la ventanilla de la inmensa camioneta negra detenida a nuestro lado.

Quedé tan pasmada que siquiera noté que nuestro chofer se había bajado del auto y abría la puerta del lado en que yo me encontraba sentada.

—Bájense de mi auto en este instante y no me obliguen a...

No lo dejé terminar. Me abalancé sobre el asiento delantero, con la intención de permanecer

dentro del vehículo a como diera lugar.

Mar se bajó de su lado y no tenía idea de a dónde se había metido cuando el chofer se abalanzó sobre mí al notar mis intenciones.

Una sucesión de hechos confusos comenzó a desarrollarse a partir de ese momento. Unas manos anchas se aferraron a mis caderas jalando de mí para bajarme por la fuerza.

A mis gritos e insultos, se sumaron los del chofer y en algún momento los de Mar.

Frenadas, bocinazos, luces parpadeantes, patadas, rasguños y tirones que acabaron con las pocas energías que guardaba después del extenuante viaje de regreso.

Conseguí atrincherarme en el asiento del copiloto mientras el chofer hacía esfuerzos inútiles contorsionando su tosco cuerpo entre la estrecha abertura que quedaba entre los asientos delanteros.

La puerta a mis espaldas entonces se abrió y me hubiera roto la cabeza contra el piso si unos brazos largos y fornidos no hubieran rodeado mi torso.

Fue más contacto físico del que era capaz de asimilar. Sensaciones encontradas terminaron por implosionar mi cerebro. El pulso se me aceleró y un calor abrasador encendió cada centímetro de mi piel.

¿Qué demonios era esa reacción? Yo no era así y no me gustaba para nada lo que me estaba pasando. No dejaba de perder el control cuando él estaba cerca y ni que hablar del cortocircuito que el contacto con su piel provocaba en cada una de mis terminaciones nerviosas.

Me sacudí de su agarre y me sentí indefensa e inútil al notar que lo hizo solo cuando decidió que debía hacerlo.

Cerré los puños con la violencia contenida dispuesta a estrellarse en su perfecta mandíbula. Pero la mirada clara y trasparente con la que colisionaron mis intenciones, le hizo ganar el tiempo suficiente hasta que Mar me aferró por un brazo obligándome a voltear hacia ella.

—¿Qué carajo estabas pensando hacer? Estas desquiciada... Me das mucho miedo Dani, mucho.

Sus palabras impactaron antes que pudiera volver a alzar mis barreras.

No supe cómo responder sin quebrarme, así que no lo hice.

Aparté la mirada para ver a Ferguson sacando un buen fajo de billetes de su bolsillo para entregárselo al chofer, quien, inmediatamente recupero la compostura y se subió al vehículo.

—Tomen sus valijas y vámonos de aquí —repuso Ferguson, mientras la cajuela del taxi se abría para nosotras.

—No voy a viajar al lado de esta desquiciada.

Exhalé una bocanada de cansancio y frustración, mientras Mar encaraba hacia la puerta del acompañante de la monstruosa camioneta negra que Ferguson abrió para ella.

Sin esperar a que hiciera lo mismo con la trasera, la abrí y trepé al espacioso asiento trasero, procurando acomodarme lo más alejada posible del lugar que segundos más tarde tomó el señor Ferguson a mi lado.

Cuando azotó la puerta para cerrarla, una ráfaga de aire húmedo se impregno sobre mi piel, trayendo consigo una tenue muestra del perfume que ya reconocía como su almizcle personal. Una mezcla de frescura y naturaleza que no terminaba de encajar con la idea que formaba mi cabeza de un hombre de sus características.

Empezaba a sentirme confundida respecto al hombre que tenía sentado a mi lado. Comenzaba a dudar sobre los fundamentos que alimentaban el rechazo que sentía por los hombres de su clase. ¿Acaso me equivocaba al incluirlo dentro de ese grupo?

Sacudí la cabeza cuando me percaté que llevaba más tiempo del prudente observando su perfil. Los pómulos altos, la nariz torcida, pero que no desentonaba con el resto de los rasgos que daban a su rostro un fascinante atractivo. Era innegable que sabía que lo observaba, como también que estaba decidido a pasar por alto la oportunidad de dejarme en evidencia.

El silencio que se instaló en el habitáculo no me incomodó en absoluto. Cuando terminé de recorrer los rasgos del señor Ferguson, hasta tener la seguridad de recordarlos hasta el último detalle, mis ojos se perdieron en el paisaje urbano que iba quedando desdibujado frente a la imagen que ya se había grabado en mis retinas.

Tardamos diez minutos más en llegar al condominio que Mar compartía con una pareja de amigos que conocía de la universidad.

Ferguson bajó apenas el chofer detuvo la camioneta y noté la satisfacción en cada gesto de mi amiga cuando éste se apresuró a descender y abrir la puerta para ella.

Fermín Ferguson acompañó a Mar hasta el pie de la decena de escalones que daban acceso a la vivienda. Noté el esfuerzo que hacía ella por disimular el fastidio del que yo tenía gran culpa, también se esforzaba por evitar mirarme, pero entonces Ferguson dijo algo y Mar me miró. Noté entonces como algo en su mirada se diluía. ¿Alivio? ¿Comprensión? O quizá fuera frustración. Aparté la mirada y resigné mis suposiciones. Estaba demasiado exhausta para hacer conjeturas vanas. De seguro al otro día Mar siquiera recordaría nuestras discusiones.

Mis ojos entonces, se cruzaron con la mirada que el chofer reflejada en el espejo retrovisor.

—Debes de estar acostumbrado...

—¿A qué se refiere?

—A rescatar doncellas en apuros... Parece que es un don de tu jefe.

El chofer rio y eso me bastó como respuesta.

—Fermín es un hombre muy generoso, no puede evitar involucrarse cuando ve una injusticia o a alguien en apuros. No importa si es doncella, plebeya, niño o anciano.

Noté la admiración en el tono de voz del hombre al volante. Su sonrisa fue franca al pronunciar cada palabra y mantuvo la mirada firme hasta que fui yo quien la apartó. No dudé de su aseveración, aunque me costara admitirlo.

—Mí nombre es Quique, y estoy a su servicio señorita.

—Daniela, y no soy ninguna doncella —estiré la mano y estreché la Quique cuando la puerta a mi lado volvía a abrirse.

Inspiré profundo y procuré mantener el aire dentro de mis pulmones el mayor tiempo posible para no volver experimentar aquella sensación confusa que me provocaba inhalar el perfume de Ferguson. No lograba entender qué era lo que me provocaba y mucho menos quería hacerlo.

—¿Seguimos?

Después de darles las indicaciones pertinentes, avanzamos durante unos diez minutos hasta llegar a mi barrio. No hubo tiempo para intercambiar muchas palabras.

Tuve que hacer un esfuerzo mayor al que hubiese preferido para no mirar hacia quien se sentaba a mi lado, intentando apartar de mi mente la idea y resistiendo el impulso que tiraba de mi cuerpo al suyo.

Pero los últimos segundos fueron agonía pura. Sin dudas algo andaba mal conmigo y nada tenía que ver con el sujeto que tenía sentado a mi lado, no podía tener que ver con él, ni con nadie más.

—Allí es, ese edificio de cuatro pisos de color verde feo.

—¿El edificio de época victoriana? ¿Vives allí?

—Rento el altillo —me arrepentí al instante de darla tanta información a mi anfitrión.

—Imagino que no debe tener ascensor. ¿Esta remodelado?

—No voy a invitarlo a pasar, Señor Ferguson.

La risa que escapó de su pecho casi que se me contagia, pero mantuve la fachada neutral que tan acostumbrada estaba a utilizar en mi vida diaria.

Quique carraspeó y descendió del vehículo para abrirme la puerta. Ferguson hizo lo mismo del otro lado y se dirigió al maletero para recoger mis pertenencias.

—Puedo sola, gracias —les dije a ambos.

—Insisto. Son cuatro pisos —con un gesto de la cabeza le indicó a Quique que volviera a la camioneta.

—Adiós Daniela, ha sido un gusto conocerla.

—Adiós Quique.

Cuando volví a mirar en dirección a Ferguson, este ya había subido la decena de peldaños que daban ingreso al edificio.

Resoplé, un poco por el fastidio, otro tanto, por ansiedad.

Por suerte, la escalera que ascendía hasta mi loft era independiente al resto de la casa.

—¿Hace mucho que vives aquí?

—Casi dos años.

Ferguson tomó delantera, dejándome una visión increíble de su redondeado trasero.

Empezaba a transpirar y siquiera habíamos llegado al primer recodo.

—Sabes que puedes llamarme Fer, o Fermín. Sé que te llevo unos cuantos años, pero tampoco soy tan viejo.

—¿Es que acaso no se acostumbra a que le diga que no? ¿No entiende que no soy como el resto de los mortales, que no duda en echarse a sus pies a lamerle las suelas?

—¿Debo entender que se trata entonces de un mero acto de rebeldía, o una marcación de distancia?

Llegamos a la pesada puerta estilo granero que daba acceso a mi piso. Ferguson se quedó observándola detenidamente por un instante antes de voltearse hacia mí, hasta que nuestros cuerpos quedaron tan cerca, que el calor de su piel, pareció relamer la mía.

—¿Me temes, Daniela?

Fue mi turno de reír, casi descostillada.

—Yo no le temo a nada, señor Ferguson —dije, casi desafiante.

Ví la chispa encenderse en su mirada turquesa, como si las aguas de ese paradisíaco mar caribeño se agitaran al ritmo de mi risa.

—Lo sé, y es realmente fascinante encontrarse con un alma tan joven y con tales cualidades, Daniela.

Su mirada, me hacía dudar de mis propias convicciones, pero era buena en apartar los pensamientos que nublaban mi juicio. Desde muy chica aprendí a hacerlo, de otra manera sobrevivir en este mundo me hubiese resultado más difícil de lo que ya era.

Noté que percibió el cambio en mi mirada. La sombra que cayó en mis facciones se reflejó en las suyas.

Apoyó las ruedas plásticas de mi valija en el suelo, y no pude dejar de seguir cada uno de sus movimientos.

Con una mano, separo la solapa de su saco de su pecho, y con la otra, extrajo una pequeña tarjeta del bolsillo interno.

La extendió hacia mí.

—He cumplido mi promesa, y te he traído sana y salva a la puerta de tu casa. No creo que pedirte que me llames Fer, o Fermín sea un precio demasiado alto.

En ese segundo que tarde en responder, mil pensamientos se cruzaron por mi mente, y con lujo de detalles.

Recorrí sus facciones una vez más. Esos pómulos altos, la nariz aguileña ligeramente desviada que le daba un toque salvaje a un rostro de facciones angelicales. Sus ojos turquesa escrutaron cada movimiento de los míos. Cuando llegué a sus labios, y estos se entreabrieron ligeramente, no pude evitar inhalar profundamente ese almizcle que se había convertido en un bálsamo.

Pensé, en arrancarle la ropa allí mismo, y devorar cada centímetro de su piel. Pero la oleada de reacciones físicas que se desató en mi cuerpo, me sacudió hasta el alma, y eso era nuevo.

Me estaba metiendo en terreno indómito y no estaba lista para eso.

—Adiós... —exhalé la palabra como un lamento.

Y me apresuré a meter la llave que se clavaba en la palma de mi mano en la cerradura.

Ferguson no dijo nada y se dirigió hacia las escaleras.

—Fermín... —mis labios pronunciaron ese nombre sin mi consentimiento, y sentí como si un maleficio y una bendición cayeran sobre mí, como un manto helado y cálido a la vez. Me giré hacia él para encontrarme con esa mirada que no dejaba de impactarme—. Gracias.

CAPÍTULO 3

La pesada puerta de madera se deslizó sobre los rieles hasta cerrarse. Recién entonces recordé respirar.

Me quité los zapatos y los dejé en el armario del hall. Al abrir la puerta y toparme con el reflejo que me devolvía el espejo de cuerpo entero que cubría el interior de una de las puertas, mi moral es estampó contra el piso.

Mi nariz estaba roja, al igual que mis mejillas y mis hombros. Mi cabello negro estaba aplastado y opaco. Las ondas naturales se habían estirado, como si comprendieran que las vacaciones ya formaban parte del baúl de los recuerdos. Daniela, la de la ciudad, reclamaba el mando una vez más. Pero algo extraño sucedía conmigo. El celeste casi traslúcido de mis ojos, brillaba de una forma especial. Como si en mis retinas aun burbujeara la espuma blanca de las aguas caribeñas.

Sacudí la cabeza antes de calzarme las pantuflas y levantar la valija para llevarla hasta la cama. Fui inspeccionando cada rincón de mi espacio abierto, todo se encontraba intacto.

Después de vaciar el contenido de la maleta dentro de una bolsa que llevaría a la mañana siguiente al lavadero, me preparé un relajante baño de sales y espuma. Tomé el teléfono y me sumergí a disfrutar de la deliciosa paz de mis últimos instantes de vacaciones.

Digité los números sin necesidad de recurrir el marcado rápido. A los tres tonos, una reconfortante y familiar voz masculina pronunció mi nombre a otro lado de la línea.

—Felicitaciones capitán.

—¿Y cómo es que te has enterado?

— Existe algo llamado internet ¿sabes? Y el nombramiento del flamante nuevo jefe de la estación sur es todo un evento en San Francisco. ¿Cómo lo llevas?

—Hay mucho por hacer, estaba demasiado acostumbrado a dirigir la academia, y no es que fuera menos trabajoso, pero... Esto es diferente.

—Daro, harás un trabajo excepcional. Por algo te han elegido para dirigir una de las centrales más importantes de San Francisco.

—Ojalá todo fuera tan simple...

Mi padre y el de Daryl fueron muy amigos de jóvenes, por ello se prometieron que, si en algún momento a cualquiera de ellos le ocurriera algo, el otro ocuparía su lugar cuidando a los suyos. Cuando el padre de Daro murió, el mío lo adoptó como a un hijo. Pero cuando fue mi padre quien no pudo seguir cumpliendo su promesa, se la traspasó a Daryl.

Yo tenía catorce años cuando me quedé sola en la vida, y Daryl —o Daro, como lo llamo desde que lo conozco—, se convirtió en mi tutor.

Apenas nos separaban diez años, pero después de apresar a uno de los sicarios más temidos de San Francisco, su carrera en las fuerzas policiales creció vertiginosamente. Así como sus obligaciones y responsabilidades, él también se vio obligado a crecer de golpe, en consecuencia.

El efervescente sonido de la risa de Dante —el hijo que Daryl tuvo con Celia, su novia de toda la vida—, me arrancó de mis vacilaciones.

—¿Recuerdas cuando todo era más simple?

—Nunca fue simple, ni fácil, para ninguno de los dos. Menos para ti, Cat.

—Ya te dije que no me llames así...

—Lo siento, han pasado tantos años y sigo sin acostumbrarme...

—Yo tampoco. Pero debemos tener cuidado, tú deberías saberlo mejor que yo.

En la historia de cada ser humano, hay líneas borrosas y párrafos sombríos. La mía y la de Daryl no era diferente, o quizá, un poco más turbia que la del resto de los mortales.

—Celia te manda saludos.

—Si claro...

—Dani, si tienes algún problema, sabes que puedes confiar en mí.

—No pasa nada... Un mero arranque de melancolía.

—¿Por qué no vienes mañana a pasar el día con Dante? Extraña a su tía loca...

—Jajaja, no le metas esas ideas al crío, además, no quiero molestar a Celia...

Ante el notorio silencio de Daryl, continué.

—Mañana debo volver al trabajo y no tengo idea con lo que me voy a encontrar...

—¿Por qué no lo dejas?

—¿El qué?

—Sabes a qué me refiero, ese trabajo no te hace feliz.

—Pero paga mi vida de lujos...

—Lo que menos necesitas es dinero, y menos, un trabajo en el que te explotan y no te valoran por quién eres.

—No sé de dónde sacas esas ideas locas. Soy feliz con mi trabajo. Me rompí el alma para lograr asentarme en esa empresa.... Si, vivo bajo presión, pero es parte de mi posición, de lo que elegí. En otro lugar no sería diferente...

—No me refiero a la presión que implica un trabajo como asistente de un empresario de la talla de Tony River. Sino a lo que involucra ser asistente de un tipo como él...

No pude negar la reputación de mi jefe, pero tampoco iba a ser tan tonta como para abrirle la puerta a sus fundadas sospechas. Daryl era un justiciero y me daba más miedo sin su placa y su arma reglamentaria que con ellas encima.

—No voy a discutir al respecto, ya no eres mi tutor, y si algún día necesito tu consejo te lo pediré. Por ahora ahórrate el sermón...

—Nunca quieres. Pero algún día deberás mirarte al espejo y aceptar quién eres realmente.

—Ya basta, estoy cansada, tuve un vuelo agotador y casi ni dormí ayer por la noche.

—¿Una noche de alcohol y sexo desenfrenado?

—¡No voy a hablar contigo sobre eso! Hasta hace pocos años fuiste mi tutor...

—Hace unos años no pensabas en mí de esa manera.

—Todavía no puedo creer que me hayas rechazado...

El sonido del hogar, la risa de Dante, el ajetreo en la cocina se fue apagando, siendo reemplazado por el de un ambiente abierto. El chirrido de la puerta vaivén que daba acceso al jardín delantero de la casa de Daryl, fue la confirmación de mis sospechas. Íbamos a tener esa charla.

—Tenías apenas dieciséis...

—Era mi graduación. Y logré convencerte de que fueras mi pareja de baile. Estaba loca por ti...

—Eras mi hermanita menor.

—Nunca fui tu hermana menor. Y me daba cuenta de cómo me mirabas.

—Te encantaba provocarme, me torturabas Dani.

—No voy a negarlo... Quería que fueras el primero...

—Dani...

—Al menos te robé un beso.

—Lo recuerdo... Celia también lo recuerda.

—No sé cómo ha aceptado que fuera la madrina de Dante...

—Pasó mucho tiempo Dani... Todo cambió.

—Si... claro. Bueno. Se enfría el agua en la bañera. ¿No vemos mañana? Necesito volver a entrenar.

—Perdón dijiste bañera y dejé de escuchar por completo...

—Jajaja mañana hablamos Daro.

—Descansa Dani.

Cuando corté la comunicación, permití que la culpa me carcomiera por dentro. Daryl, era mucho más que mi tutor o un amigo, era mi primer amor... Mi único amor. El lugar seguro al que siempre volvía cuando el control sobre mi vida se escapaba de mis manos.

Ya sabía que no dejaba de traerle problemas con Celia.

Ella era una buena mujer y lo amaba, lo amaba mucho. Pero antes de ella, éramos solo Daro y yo, y estábamos bien así.

Me sentí una mierda por tener pensamientos tan egoístas. Si de verdad quería a Daryl debería de sentirme feliz de que tuviera aquello que siempre anheló y que de seguro yo jamás habría podido ofrecerle sin poner en jaque mi propia felicidad. Bueno, no sé si mi felicidad, pero al menos mis planes. Porque yo tenía muchos planes, y los ejecutaba a rajatabla.

Cuando salí de la tina, las tripas me gruñían, pero solo una botella de gin me dio la bienvenida desde el freezer.

Le di un trago antes de meterme en la cama y quedarme dormida con la única compañía de la botella sobre la mesa de luz.

∞ ∞ ∞

Cuando el despertador sonó tuve la sensación de haber cerrado los parpados apenas hacía unos minutos.

El televisor se prendió tres minutos después, y me obligué a despegar mi humanidad del reconfortante calor de mi cama.

Mientras seleccionaba las prendas que me acompañarían el resto del día, prestaba atención a las noticias.

“Chinatown, escenario de la escena del crimen más escalofriante de los últimos cuarenta años. Un verdadero baño de sangre en el centro de la ciudad...”

Me detuve a observar las imágenes que sin ningún reparo mostraban parte del macabro escenario, a pesar del manto de oscuridad que velaba los colores y los detalles, no requirió apelar a un gran esfuerzo de mi imaginación para entender lo sucedido dentro de aquel restaurante chino.

No se me heló la sangre al percatarme de la afinidad que experimentaba, la facilidad con la que delante de mis retinas se sucedían los hechos que probablemente horas atrás dieran origen a ese reguero de violencia y animosidad.

El teléfono sonó y un sobresalto me arrancó de aquel peligroso trance en el que había caído.

—Daro...

—¿Estás viendo las noticias?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es lo que haces cada mañana...

El sonido de las patrullas y los radios se colaba mezclado con voces.

—¿Dónde estás?

—Me han llamado. En la escena del crimen.

Se me heló la sangre, ahora sí.

—¿Quieres saber si es él?

Se me cerró la garganta y cuando mis rodillas ya no fueron capaces de sostenerme, me dejé caer sobre la cama.

—¿Ha vuelto?

El silencio que separó mi pregunta de su respuesta, pareció eterno. Una tortura prolongada e innecesaria.

—No Dani, no ha vuelto. Chinatown es conocida por sus negocios turbios. Si bien es cierto que hacía años no se producía un enfrentamiento entre bandas, no parece que fuera más que eso.

—¿Solo eso?

—Todo indica que sí, no te alarmes. Bienvenida a casa.

Si bien me costó recomponerme, no quise hacer un drama de un hecho que nada tenía que ver conmigo o con el tipo de vida que llevaba en la actualidad. Así que me apresuré a elegir un sobrio traje gris y me maquillé y peiné con mi pericia habitual. En diez minutos estaba subiéndome a un taxi en dirección al distrito financiero.

Normalmente viajaba en el subterráneo, pero mis sentidos aún se veían entumecidos como para arriesgarme, eso por no mencionar lo tarde que era.

Cuando crucé las puertas giratorias de vidrio, la Dani de siempre ya había retomado la totalidad del control; avancé con la frente en alto, evitando cruzar miradas con aquellos que iban de un lado a otro a mi alrededor. Me acerqué al largo escritorio donde una decena de recepcionistas hacía el check— in a aquellas personas que no poseían las credenciales y solo venían de visitas.

—¡Hola Dani!

No sonreí, apenas le guiñé un ojo a Gladys mientras deslizaba sobre el escritorio una bolsa de papel madera y un vaso de cappuccino que había comprado de camino.

Sus ojos grises de por sí grandes, se abrieron aún más, dándole la apariencia de un animé que veía cuando era niña.

—¿Para mí?

Cuando la chica que se sentaba junto a Gladys curioseó en nuestra dirección, la espanté con una gélida mirada.

Sabía lo que se decía sobre mí. Que era una engreída, fría, malhumorada. Y esos eran solo los halagos. Me relacionaban con Tony River, él se encargaba de dejar bien en claro que yo era su chica, aunque yo nunca hubiera accedido a tener nada con él, mi reputación quedó ligada a la suya.

A pesar de todo, Gladys siempre me vio a través de todas esas capas de mierda de las que me vi salpicada. No sé cómo lo había logrado, quizá porque ella vivía en un mundo muy lejano al que el resto de nosotros habitaba.

Gladys apoyó sus manos sobre el escritorio, y empujó su cuerpo hacia arriba.

—¿Luego me llamas y me cuentas?

—Claro, ¿tú me avisas cuando llegue?

Gladys asintió. Me di la vuelta y me alejé en dirección a los ascensores.

CAPÍTULO 4

Las puertas metálicas se abrieron, y el fastuoso piso 19 me dio la bienvenida.

—Buen día señorita Sua...

—¿Ya llegó Sam? —interrumpí con un dejo de hastío a mi interlocutor, Harry, el asistente de la jefa de recursos humanos.

—Debería estar en su oficina...

—¿Debería? ¿Acaso no sabes quienes han llegado ya a la oficina? Creí que tú te encargabas de controlar esas cosas...

—Yo... —estaba siendo cruel y lo sabía. Harry era el tipo de sujeto débil y maleable que, a Marietta, le encantaba tener bajo su ala. Pero no podrías dejarte engañar por su aspecto vulnerable. Porque también se trataba del tipo de alimaña que espera a que bajes la guardia para clavarte un puñal por la espalda.

Apoyé mi vaso de café negro en el escritorio de la recepción, tomé entre mis dedos el nudo de la corbata de Harry y lo empujé hacia mí. Con delicadeza, se lo acomodé, ya que lo llevaba algo flojo y torcido.

—Te diré una cosa, esta vez, haré el trabajo por ti y me acercaré hasta la oficina de nuestro gerente de ventas. Y espero que se encuentre allí Harry, de lo contrario, deberé avisarle a Marietta. Y cuando se pregunte cómo es posible que ella no supiera que Sam no se encuentra en su oficina aun, no me quedará más remedio de decirle que se trató de una confusión. Tú me dijiste que estaba y yo creí en tu palabra. Pero bueno, son meras suposiciones. Seguro que Sam está en su oficina, ¿verdad?

Los ojos de Harry se salían de sus órbitas, secos y vidriosos. Empujé su barbilla hacia arriba para cerrarle la boca, volví a tomar mi vaso de café y le di un sorbo antes de proseguir mi camino en dirección a la oficina de Sam.

Después de mi reunión con el gerente de ventas, me dirigí a mi oficina. Escuchaba el característico timbre de mi teléfono de mesa desde el pasillo, pero antes de poder atravesar el umbral no me sorprendí al encontrar visitas.

Marietta se alzó en toda su longitud y extensión sin disimular el desdén con que me estudió. Casi me sentí sucia después de que su mirada me recorriera completa. Como si pudiera ver debajo de mi ropa y mucho más allá.

—Te estaba esperando.

Reanudé el camino hacia mi escritorio. Lancé mi maletín bruscamente sobre éste y con ese mismo ímpetu me dejé caer sobre mi sillón ejecutivo.

—Eso veo... ¿qué se te ofrece Marietta?

Me suponía que su protegido le habría relatado nuestro encuentro con una decena de detalles nacidos de su maquiavélica imaginación.

—Vengo a comunicarte personalmente que se ha producido una baja en nuestras filas.

A Marietta le encantaba hablar sobre los empleados como si fueran parte de un batallón.

—¿Y se supone que debo ponerme a llorar? No entiendo... Yo no trabajo con nadie, no tengo asistente, ni secretaria. Así que me da lo mismo quien sale despavorido o pateando el tablero, mi trabajo no se ve afectado por estas cosas...

La sonrisa de Marietta ganaba contundencia con cada nueva palabra que salía de mis labios.

—En este caso creo que en algo te afecta, ya que la baja es Pamela.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Pamela no era un empleado más, se trataba de la secretaria personal de Tony. No me sorprendía que hubiera renunciado, pero me daba pánico el motivo de Marietta para venir a contármelo personalmente.

—Tony ha pedido que tú la reemplaces hasta que encontremos una sustituta. Y tú sabes lo que puede demorar eso...

Tragué la bilis que se me subió hasta rozar mi campanilla, tratando de disimular la catarata de emociones y reacciones que me produjo la noticia.

—¿Y por qué no alguna de las recepcionistas de abajo?

Marietta alzó las finas y redondeadas cejas hasta donde sus párpados se lo permitieron.

—¿Estás cuestionando una directiva de Tony River?

Tuve que morderme la lengua para no responder de la manera que me hubiese gustado.

—¿Y qué fue lo que le pasó a Pamela?

—Se embarazó...

—Estoy segura que lo hizo para complicarme la existencia... ¿No podía haber esperado a conseguir un reemplazo?

—¿Qué dices?

—Nada.

Marietta no insistió, poco le importaba que el mundo se hubiera derrumbado sobre mi cabeza, o mantenía a raya su deleite.

—Supongo que Gladys te avisará cuando vea entrar a Tony. Tendrás tiempo suficiente hasta que llegue a su oficina para poner todo en condiciones.

—Claro...

—Daniela, son apenas tres horas diarias las que Tony dedica a la oficina. De seguro no afectará en nada tu desempeño...

—Tres horas en el infierno son más que suficientes... —no sé si Marietta llegó a oír eso o prefirió no hacerlo.

Se puso de pie y se dirigió hacia la puerta de salida, pero antes de desaparecer tras ella se giró hacia mí.

—Querida...

Alcé la cabeza para hacerle frente a su insidiosa mirada.

—Bienvenida de regreso.

Sí, bienvenida de regreso al infierno.

∞ ∞ ∞

Quince minutos antes del horario habitual en que Tony River llegaba a la oficina, ya me encontraba ubicada en el escritorio que hasta pocos días atrás perteneciera a Pamela.

El trabajo era simple, había ocupado ese mismo escritorio antes que ella, antes que mis aptitudes para los números me llevaran a un lugar mejor, al lugar que me gané en buena ley.

El teléfono sonó entonces, lo observé dejándolo repicar una vez más antes de atender. Se me había atrofiado el estómago en un nudo que creí imposible de deshacer.

—Oficina de Tony River, buenos días...

—Lo siento...

—No te preocupes Gladys... no olvides que ya he estado en este lugar.

—Lo sé... lamentó ser portadora de malas noticias, pero... ya llegó...

Inspiré profundo antes de cortar.

No podía dejar de temblar como una novata. Y eso me daba más bronca que el hecho de tener que volver a estar en esa maldita posición una vez más.

Era cuestión de minutos así que me concentré en mi respiración y cuando logré calmarme lo suficiente, me dirigí a la pequeña cocina que se encontraba cerca.

Recordaba a la perfección como le apetecía su café, así que me dediqué a prepararlo automáticamente, como tantas veces lo hice con anterioridad.

En cuestión de minutos sentí el chirrido de la puerta vaivén de la cocina a mis espaldas. El nudo que se me formó en la boca del estómago me hizo sentir un poco como la vieja Daniela. La que se había estrellado con la realidad de un mundo tan cruel como injusto.

—¿Volviendo a tus raíces?

Reconocí la voz y el nudo en mi estómago se aflojó un poco.

—No me lo recuerdes Sam... —giré mi cabeza hacia él mientras acomodaba la tacita en el centro de la bandeja. Mis ojos se cruzaron con los pequeños y brillantes ojos color azabache del gerente de ventas con quien me había reunido esa misma mañana—. Me han borrado la tranquilidad que he conseguido recuperar en mis vacaciones en apenas tres horas de trabajo...

Sam rio en silencio.

—Gracias por no decírmelo está mañana...

—No te lo tomes a la tremenda... No es tan grave...

Nos miramos por un par de largos segundos sin emitir palabra. Ambos sabíamos lo grave que era, y que ninguno de los dos podía hacer mucho para evitar que lo fuera, sin arriesgar nuestros puestos de trabajo.

Y yo no iba a pedirle a Sam que lo hiciera. Tenía familia, dos hijos...

No iba a pedirle a nadie que hiciera algo por mí.

La puerta vaivén volvió a crujir, y esta vez no hubo dudas de quién se trataba.

Tony River nos miró con sus ojos felinos por turnos. Pude ver los engranajes de su cerebro ponerse a trabajar encajando con una perfección y agilidad absoluta.

—Buenos días... —siseó, primero a Sam y luego, esbozando una imperceptible sonrisa dedicada exclusivamente a mí.

Entendí lo que implicaba esa sonrisa... Se me revolvió el estómago.

—¿Me he perdido de algo?

Sam y yo cruzamos una fugaz mirada, separé los labios para responderle a nuestro jefe, pero Sam me ganó de mano.

—Nos poníamos al día luego de las vacaciones de Daniela.

—Pensé que se habían reunido por la mañana en tu oficina, Bremerton... ¿O es que acaso deben hacerlo varias veces al día? Puede pasar, a mí en lo personal me encanta ponerme al día tantas veces como el día lo permita.

La cara de Sam traslucía todo lo que no se animaba a decir a viva voz.

—Yo no sabía que tendría que reemplazar a Pam, Marietta quiso tener el honor de comunicarme personalmente la noticia y Sam vino a disculparse por no habérmelo dicho en nuestra reunión. Eso es todo señor River...

Tony sonrió abiertamente y luego dio un par de pasos hacia mí.

Refrené el impulso de retroceder y noté como a Sam se le tensaban los músculos de los brazos cuando Tony y yo quedamos casi pegados.

—Esa sí que es una excelente noticia, ¿verdad?

Su mirada se prendió con descaro de mi boca.

—Es una pena que Pamela haya tenido que marcharse... Nos costó muchísimo encontrar una secretaria a su altura señor River.

—He recuperado a la mejor...

—Temporalmente. Mi trabajo es otro ahora.

—Sabes que eres mi preferida... ¿Verdad que Daniela es la mejor secretaria que he tenido, Bremerton?

—Daniela es una mujer muy capaz, Tony.

—Claro que lo es, de otra manera no podría estar a mi lado... —repuso sonriente. A pesar de ser un hombre que superaba los 50 años, sus comportamientos y actitudes lo hacían parecer un crío malcriado—. ¿Ese café es para mí?

—Sí señor.

—¿Lo preparaste con amor?

Miré a Sam antes de responder. La incomodidad se reflejaba en las gotas de sudor que iban deslizándose por su frente.

—Como siempre, señor River...

Se conformó con mi evasiva respuesta, quizá porque alababa más que mi belleza, mi inteligencia.

—Prepárale uno a Bremerton y llévalos a mi oficina.

De tres amplias zancadas se alejó hacia la puerta y con un manotazo logró que se abriera.

—Adelante Sam...

Cuando éste salió solo quedamos Tony y yo en la cocina. Él aún sostenía la puerta vaivén con una mano.

Yo aún no conseguía moverme.

Se deleitó con cada centímetro de mi imagen. Paseó su mirada por mis curvas con descaro. Se me revolvió el estómago.

—Dani...

—Sí señor.

—Voy a estar atento a cuánto amor le pones al café de Bremerton...

Antes que pudiera intentar reaccionar Tony desapareció tras la puerta.

Las tres horas que Tony pasó en la oficina se desarrollaron como era normal. Llamados a granel, desfile de proveedores y clientes, los gerentes de varios departamentos pasaron a dejarle los respectivos partes de ventas, contabilidad y comercialización. El ambiente se fue tornando denso con el correr del tiempo. Tony pasaba apenas tres horas diarias en la oficina y todos querías sus quince minutos con él, y tanta demanda lo ponía de muy mal humor.

Con más de uno la cosa se puso fea en serio, los gritos de Tony River hacían temblar el edificio entero y más de un alma sensible, como Beth — una administrativa que no hacía más de un par de meses había recuperado una ganancia millonaria que a todos pasaron por alto—, ahora salía llorando a moco tendido por haber pedido un aumento de sueldo, más que merecido. Las barbaridades y la forma despectiva con que Tony trató a la pobre Beth, me provocaron más asco que las insinuaciones que me dedicaba a mí. Por algo el mote con que todos llamábamos por lo bajo a nuestro jefe era Satanás.

Cuando el desfile terminó, mi estómago se endureció como roca. Quedarme a solas con mi jefe era lo que más aborrecía.

Salió de su oficina y se acercó a mi escritorio como un felino a su presa.

Apenas me miró cuando dejó caer sus manos sobre mis hombros. Hice un esfuerzo sobrehumano para que mis músculos no se volvieran de piedra.

—¿No es verdad que hacemos un magnífico equipo tú y yo?

Carraspeé intentando desentumecer mis cuerdas vocales.

—Por supuesto señor River.

Entonces, sus manos comenzaron a dar masajes a mi cuello y espalda. Me esforcé en no disfrutar lo que sus dedos hacían.

—Dani, sé que desde que estas a cargo del departamento de marketing las cosas han mejorado, pero... realmente extraño tenerte aquí conmigo y, estaría dispuesto a sacrificar tu posición con tal que vuelvas a ser mi secretaria personal. Por supuesto que tu sueldo reflejaría tu gran sacrificio profesional... ¿qué opinas?

Mi pulso se había acelerado al punto de volverse un martilleo insostenible.

—Señor, realmente disfruto mi trabajo y me he esforzado mucho para ganarme mi posición...

Sus manos se deslizaron por mis hombros lentamente y no volví a respirar hasta que llegaron a las puntas de mis dedos.

—Te propongo algo...

Las propuestas de Tony eran juegos macabros... Me hacían recordar a los supuestos pactos que ofrece el diablo. Siempre terminas perdiendo, por más inteligente que sea tu respuesta, él siempre encontraba la forma de envolverte en sus engaños.

—Convénceme de dejarte ir, regresar a tu bien logrando puesto de gerente de marketing.

—¿Los números no hablan por sí solos? Las campañas que hemos implementado desde...

—Shhhh... tú sabes bien a lo que me refiero con convencerme...

Mi pulso se detuvo... Mis ojos miraron hacia cada rincón de la enorme recepción. No había nadie que pudiera rescatarme de ésta.

—No sé a qué se refiere...

—Nada complicado... —se me quedó observando, de pie junto a la silla en que me encontraba inmovilizada por el pánico—. Solo un beso. Un beso que sea capaz de hacer cambiar mi decisión.

Apreté los labios inconscientemente. Los ojos ambarinos de Tony fueron directos a ellos.

—Es tu decisión Daniela. Si quieres tu lugar... ya sabes cómo recuperarlo.

CAPÍTULO 5

Mi cerebro intentó ponerse en marcha, pero solo logró derrapar por lugares escabrosos. No resultaba sencillo mantenerse al filo del precipicio, cuando del otro lado tienes parado a Tony River.

“Solo un beso”

Esa frase casi susurrada no dejaba de repetirse como un eco en cada rincón de mi cráneo.

Pero no se trataba de un simple beso, porque con Tony nada lo era. Porque con Tony no se podía jugar sin perder algo.

Y aun si estuviera dispuesta a arriesgarme, ¿podría acaso convivir con mi decisión?

Siempre me sentí sola por más que no lo estuviera; cuando se trataba de Tony, no existía nadie a quien pudiera recurrir.

Daryl siempre me preguntaba por qué seguía allí, por qué me empeñaba en conservar un lugar que no me hacía feliz.

Él no lo comprendería por más que intentara explicárselo. Ni siquiera era capaz de explicármelo a mí misma. Solo sabía que debía estar allí.

Algún día las cosas cambiarían, algún día el mundo se volvería un lugar más justo que injusto. Confiaba en que así fuera, confiaba en que algún día, yo sería parte de ese cambio.

Pero eso no iba a pasar si yo no tomaba la decisión y empezaba a actuar en consecuencia. Y marcharme no era una opción.

Y quizá ese era el momento. Probablemente si continuaba esperando una señal, no llegaría nunca.

Miré a Tony a los ojos, y esta vez, no lo hice con miedo disfrazado de un respeto que no sentía.

Lo miré con el fuego azul que me quemaba por dentro. Ese fuego puro e indomable que ardía en mis venas, en mi alma.

Estuve a punto de separar los labios para lanzarle la bocanada de fuego que llevaba atragantada hacia demasiado tiempo.

Entonces, la campanilla del ascensor situado a una decena de metros frente a nosotros sonó. Ambos nos volvimos hacia las hojas metálicas que comenzaban a separarse. Tony se puso recto y avanzó hacia el habitáculo.

Nunca dejaba de maravillarme con la presencia de aquella mujer.

No sólo por su apabullante belleza latina, su piel de oro sólido, su cabello castaño claro cayendo pesado hasta su cintura y sus ojos oscuros brillantes como la luna llena en una noche despejada.

Liza observó la escena por una milésima de segundo, y luego, sonrió como si lo que acababa de deducir le importara un carajo.

Liza parecía una mujer demasiado ocupada en su imagen como para dedicarse a cultivar su intelecto, pero yo sabía que era mucho más que eso.

—Hola *amore* —susurró sobre los labios de su marido.

Hacían una pareja que nunca podría definir como encantadora. Pero no desentonaban juntos.

—Dani, ¡que sorpresa verte aquí!

—Pam renunció, *amore*. No me han conseguido un reemplazo aún...

—Pero Dani tiene un puesto muy importante como para desatenderlo sirviéndote café...

—Ser mi secretaria implica mucho más que prepararme café...

Los ojos de Liza chispearon, pero la sonrisa permaneció impune en sus labios.

Tragué en seco.

—¿Cómo es que Marietta no te ha conseguido a nadie aun? Alguna de las chicas de abajo podría asistirte hasta entonces...

—¿Estás subestimando la capacidad de Daniela para desempeñarse en los dos puestos? Si apenas paso un par de horas por día en la oficina.

—La chica ya te padeció bastante. Hablaré con Marietta más tarde —me dedicó un guiño antes de volverse a su marido—. Ahora, vayamos a almorzar *amore*, que he tenido una mañana agotadora...

—Vayamos entonces... ¿Tienes algún sitio en mente?

De pronto me volví invisible para ellos, y agradecí que así fuera...

El resto de la tarde me dediqué a ponerme al día con mi trabajo, y apenas dieron las cinco, salí como un bólido en dirección a la estación policial donde Daro había sido transferido.

Llegué al moderno edificio del vecindario de Mission Bay más rápido de lo que hubiera esperado. Mis neuronas estaban incineradas y mis nervios a flor de piel, a pesar de mentalmente sentirme extenuada.

No conocía las nuevas instalaciones así que me quedé en la recepción esperando a que el flamante nuevo jefe de policía viniera a mi encuentro.

Por la expresión en la cara de mi amigo, su día tampoco habría resultado fácil, no hicimos más que intercambiar un par de frases para entender que ambos estábamos de un humor similar.

—¿Te parece ir a correr por la costa de Embarcadero?

Asentí.

Era una ruta bonita y ligera, bordeando la costa oriental de San Francisco hasta llegar al mercado portuario. Podría haber seguido corriendo hasta cruzar el Golden Gate, pero si de desafíos se trataba, aun me quedaba bastante semana por delante con la que lidiar. En definitiva, la carrera resultó reparadora. Y mi humor mejoró lo suficiente como para conversar con Daryl mientras recuperábamos el aire y estirábamos los músculos.

—¿Día difícil?

—Hacía años que no veía una escena del crimen como la que vi hoy.

Se me erizó la piel, y poco tenía que ver con la brisa fresca que corría en la costa.

—Al principio supuse que se trataba de un asalto que se salió de control, pero hemos identificado varios miembros de bandas entre los muertos...

—¿Hueles algo turbio?

—Huelo algo raro... y no soy el único.

—¿Venganza? ¿Pujas de poder?

—No a este nivel... Y si fuera venganza o una guerra de poder, eso involucra cosas más oscuras y peligrosas que un enfrentamiento entre bandas chinas...

No estaba preparada para siquiera pensar en el término “mafia”, lo repelí cuando intentó paralizar mi cerebro.

—Nada de lo que ocurra en el barrio chino tiene que ver contigo o conmigo.

—¿Y por qué te llamaron entonces?

Daryl me dedicó una larga y significativa mirada. Ambos sabíamos el motivo.

Tu distrito comienza a menos de cinco cuadras al sur del barrio chino Daro. No es tu problema, por ahora. San Francisco tiene mucha historia, y eso lo sabemos ambos demasiado bien. No intentes protegerme...

—Es mi deber hacerlo, y mi trabajo...

—Pues dime la verdad entonces...

—Nunca te mentaría... ¿No confías en mí? Estas jodida.

—Púdrete.

—Claro, pero primero, te ganaré una carrera.

Daryl se lanzó a correr en la dirección contraria por la que llegamos. Le di apenas unos metros de ventaja.

Cuando sonó el despertador a la mañana siguiente, al dolor corporal resultado de exigirme más de lo que mis músculos estaban dispuestos a dar, se le sumó la aparición de una roca en la base de mi estómago que tenía la certeza de que me acompañaría por el resto del día.

Por más que Liza intercediera para que recuperara mi posición en la empresa, cuando a Tony se le metía algo entre ceja y ceja, era imposible que fuera alguien más que él quien quitara la mira del entrecejo.

Tony me había propuesto el juego del gato y el ratón, y esperaría paciente a que yo hiciera mi primer movimiento.

Al llegar a la oficina la cara con que me recibió Gladys me lo dijo todo.

—Tony ha empezado el día mucho más temprano de lo habitual, y no te puedo explicar el mal humor con que ha llegado.

—El diablo se ha puesto más Satanás que nunca... —razoné en voz alta, a lo que Gladys se animó a asentir con un leve movimiento de cabeza, mientras me observaba con los ojos abiertos de par en par.

Inspiré profundo y me dirigí al ascensor.

La confirmación no tardó en llegar, el jefe estaba de malas, y las malas del jefe, eran peores para sus empleados.

Por suerte al ocupar el escritorio de secretaria, Tony se encontraba en la sala de reunión.

No me sorprendió que Sam no se reuniera conmigo como solía hacer cada mañana, de seguro era parte del séquito que padecía los berrinches del jefe en el piso de abajo. Aun así, me incomodaba estar sola en aquel vasto y despojado piso de decoración minimalista.

El teléfono sonaba cada tanto y la pregunta era siempre la misma: “¿Ya terminó la reunión?”, y ante mi negativa respuesta: “¿Le falta mucho?”. Vamos... ¡como si tuviera una bola de cristal!

Después de una hora reloj en que la tensión latente no dejaba de crecer, mi teléfono sonó una vez más.

—Oficina del Señor River, habla Daniela... —respondí en tono monótono y resignado.

—Oh-por-Dios... No sabes lo que acaba de subir por el ascensor y va directo hacia ti...

—No estoy para juegos Gladys. Creo que ni la parca lograría intimidarme...

—Pues querida... si la parca luce como ese sujeto ¡que me lleve ya mismo!

—¿Qué sujeto?

—El que acaba de subirse al ascensor y tiene cita con tu jefe...

Abrí la agenda en menos de tres clicks del mouse.

—Tony no tiene ninguna cita para hoy...

—Pues Sam en persona recibió al adonis y lo lleva directo a ti. Creí que estabas al tanto....

—Pues no y Tony sigue en reunión, ¿qué se supone que haga yo con el tipo?

—Se me ocurren toneladas de ideas...

Percibí el movimiento instantes antes que la campanilla del ascensor sonara.

—Te dejo, llegó la hora de develar el misterio...

—Suerte...

Al mismo tiempo que colgaba el teléfono, la puerta del ascensor se abría.

El primer rostro que percibí fue el de Sam, en el que se figuraba una seriedad y preocupación pocas veces vista.

Detrás de él, dos sujetos que le sacaban varios centímetros de altura, y anchura, me dieron la certeza de quien se encontraba detrás, además de un “*adonis*” como Gladys lo había descrito, era un pez gordo.

Me puse de pie y fulminé a Sam con la mirada, antes de interponerme en su camino.

Me importaba un bledo lo que Tony le hubiera ordenado, a mí me iba a dar las explicaciones correspondientes antes de entrar a la oficina del jefe.

—Dani, lamento no haberte puesto sobre aviso, pero sucedió demasiado rápido.

Estiré mi cuello en vano, las espaldas de los sujetos detrás de Sam, conformaban un muro impenetrable.

Volví a él.

—¿Al menos me presentarás apropiadamente a nuestro invitado?

Sam suspiró antes de darse la vuelta y hacer los honores.

Los guardaespaldas nos fulminaron a ambos con miradas asesinas, en lo que a mí respecta, no me intimidaron ni una pizca.

Ambos se separaron, dejando expuesta una sorpresa que no estaba preparada para recibir.

Mi corazón martilló con una fuerza inusitada cuando nuestras miradas se encontraron, y me quedó claro que él tampoco esperaba encontrarme allí.

No sé por qué, pero esperé que aquella sonrisa capaz de iluminar la noche más oscura tomara forma en sus labios, pero esto no ocurrió.

—Señor Ferguson...

Fue la voz de Tony la que enrareció aún más el ambiente tenso.

Mi jefe extendió su mano hacia nuestro visitante, y fui espectadora en primera fila de cómo éste la observó con indiferencia y no amagó siquiera a estrechársela.

El rostro de Tony se petrificó, y supe que no olvidaría jamás esa escena. Percibí la tensión con la que Sam se removía en su sitio, incapaz de decidir cómo reaccionar a ese encuentro.

—¿Café?

Todos se volvieron hacia mí con una sincronidad absoluta.

—Claro...

Fue Ferguson quien respondió sin siquiera mirarme, aunque su voz sonó amable pero distante.

Se abrió un hueco en el centro de mi pecho y la angustia lo embargó todo.

—Pasemos a la oficina por favor —reaccionó Sam al fin.

Ferguson fue el primero en avanzar, seguido por sus guardaespaldas.

—Esperen afuera —les ordenó, sin tanta suavidad.

Sam y Tony lo siguieron, sin percatarse de que era yo la que ahora se encontraba estática.

Confusa y angustiada, sin saber qué cosa provocaba la otra. Pero sin dudas perturbada. ¿Qué demonios me ocurría? Lo único que entendía era que nada tenía que ver con la situación que había unido a estos dos hombres...

Me dirigí a la cocina apenas recuperé el control de mi propio cuerpo y me dispuse a preparar

el café que minutos más tarde llevé a la oficina de Tony.

CAPÍTULO 6

Lo primero que hice al traspasar el umbral, fue buscar la mirada de Ferguson, aunque era la de Tony la que me llamaba a gritos.

—Fermín, has conocido a nuestra invaluable Daniela...

Se encontraba sentado en uno de los robustos sillones frente a la mesa ratona y no alzó la cabeza para observarme, sino que fue su mirada turquesa la que fue trepando por mi cuerpo hasta toparse con la mía. Una de las tazas tintineó sobre la bandeja.

Sam se puso de pie enseguida y me ofreció su ayuda.

—Daniela solía ser mi secretaria... —comenzó Tony con el relato—. Pero su inteligencia ha superado su belleza, no resultaría más atractiva si así no fuera... Hace tiempo se ganó la Gerencia de Marketing, pero siempre nos arreglamos para encontrar la manera de estar cerca, ¿Verdad Dani?

No respondí a aquella insinuación. Debí de hacerlo...

—¿Podemos ir al grano por favor? Tengo otros compromisos señor River y esta reunión se ha extendido más de lo que esperaba...

Sam carraspeó y Tony soltó una risotada nerviosa.

—Vamos Fermín, ¿me dirás que hablar de negocios es más interesante que admirar a una mujer como Daniela? Una verdadera gema en medio de tanta baratija. Bella, inteligente, ambiciosa... sensual. El cuerpo de una hembra latina, el rostro de una princesa nórdica.

Cerré los ojos casi con tanta fuerza como con la que apretaba mis puños.

—No vine hasta aquí para ver como humilla a sus empleados, River.

No sé qué me hizo sentir más humillada, si el manoseo verbal de Tony o la frialdad con la que Fermín pronunció esa frase...

Mis ojos buscaron los de Sam, pero este los mantuvo fijos en un punto inexacto a centímetros de sus pies. Su rostro se encontraba rojo y un par de gotas de transpiración nerviosa brillaban en su amplia frente.

—Mis disculpas, pero tengo trabajo que hacer... —las palabras fueron garras rasgando una guitarra desafinada.

Di un paso hacia la puerta, pero no más que eso. Tony me sujetó por la muñeca y de un seco impulso me jaló hacia él.

Todo fue confuso entonces. Creo recordar que trastabillé, o mis piernas se enredaron. Quizá fueron hechos consecutivos, pero lo relevante fue que terminé sobre el regazo de Tony.

Éste sonreía descaradamente, mientras sus ojos brillaban como los de un ave de presa en plena cacería.

—Los hilos de la causalidad nos atan, muñeca...

Intenté levantarme solo para volver a ser jalada hacia abajo. La sonrisa de Tony se transformó en una mueca repulsiva.

Se me revolvió el estómago.

No sé de dónde saqué las fuerzas, quizá fue esa masa informe que al fin encontró un lugar donde asentarse. Mi mano impactó contra la mejilla de Tony antes que pudiera entender lo que estaba sucediendo.

Nadie esperaba aquello, siquiera yo. El silencio sepulcral que inundó la habitación dio cuenta de ello.

Movida por un impulso ajeno a mi juicio logré ponerme de pie. Apenas atisé las miradas perplejas de los tres hombres presentes en la sala.

Salí corriendo.

∞ ∞ ∞

Me encerré en mi oficina y en mi trabajo. No atendí el teléfono y cuando Sam llamó a la puerta de mi despacho le lancé un rosario de insultos que lo dejó mudo.

No supe nada de Tony ni de Ferguson. Y tampoco quise pensar en ellos. Obligué a mi mente a marchar hacia otra dirección. Y levanté muros a lo largo del camino.

Tenía unas ganas arrasadoras de darle duro a la bolsa de boxeo por un par de horas, pero me faltaban fuerzas para llamar a Daro.

Perdí la noción del tiempo cuando al fin mi concentración se volcó de lleno a mis reportes y cuadros, por eso cuando mi móvil sonó y Mar me invitó a ir por unos tragos me sentí algo desorientada.

Nos encontramos a unas cuerdas del City Hall, un local elegante, con decoración estilo speak-easy, en una casa larga donde se ensamblaban varios ambientes. Algunos con mesas tradicionales, otros más relajados, con sillones y mesas bajas. Uno de nuestros lugares preferidos a la hora de descargar penas o simplemente cotillear con la compañía de ricos cocktails.

Nos sentamos en dos altas butacas frente a la barra, ya que el lugar se encontraba atestado de oficinistas en busca de alcohol y diversión.

— ¿Día duro? —fue lo primero que preguntó mi amiga al evaluar mi semblante. Por más que pareciera de mármol ella encontraba siempre la manera de leerme.

—No te imaginas... —exhalé.

—¿Quieres hablar?

Negué rotundamente con la cabeza y ella se hincó de hombros resignada.

—Cuéntame tú cómo te ha ido...

—Literalmente es como si todo hubiera quedado congelado en tiempo y espacio hasta mi regreso. Nada nuevo, nada diferente...

Dos sujetos se nos acercaron e intentaron entablar una banal conversación. Los soporté cinco minutos reloj, y solo porque Mar parecía entusiasmada.

Pero finalmente fue ella quien se deshizo de ellos.

—¿Por qué hiciste eso?

—No estás de humor, y yo tampoco estoy tan necesitada, cariño.

—No entiendo por qué insistes en ser mi amiga. Soy pésima compañera de salidas, gruñona, solitaria...

—No seas tan dura contigo... puedo distinguir que debajo de esas capas de cinismo y acero hay un corazón enorme.

Apuré un trago.

—Y hablando de corazones grandes... ¿Has sabido algo de nuestro príncipe de ojos turquesa?

Pues si había logrado relajarme un poco, todo se fue al carajo cuando escuché esa pregunta.

—¿Por qué no lo dejas y ya? El tipo de seguro ya se olvidó de nosotras... Hizo su acto benéfico de la semana y volvió a lavar millones en alguna isla perdida en el mar caribe...

—Eres tan grosera cuando quieres...

Me encogí de hombros quitándole importancia a su comentario.

—¿Y Daryl?

—No mezcles los tantos....

—Claro, si yo soy la que mezclo, por favor Dani. Ya hemos hablado sobre esto...

—Por eso mismo, es tema cerrado.

—No lo será hasta que te hagas la idea de que está fuera de tu alcance.

—No sabes lo que dices...

—Fue tu primer amor, tu único amor, lo sé porque te conozco como nadie lo hace. Si no te lo quitas de la cabeza, mejor dicho, del corazón, nunca serás capaz de darte la oportunidad de enamorarte de alguien que valga la pena...

Lancé algo parecido a un bufido.

Nos quedamos en silencio un instante. En mi mente daban vueltas mil ideas en forma de torbellino.

—Tu deberías saber mejor que yo que todos los hombres son una mierda.

—No seas injusta...

—No me hagas hablar Mar, no quiero lastimarte....

Mi amiga dio un respingo, sabía a lo que me refería.

—Haber tenido mala suerte no me quita las esperanzas... Y tú sabes bien la mala suerte que he tenido. Pero mi fe en el amor se mantiene intacta.

—Allá tú y tu fe. Yo así estoy bien. No te pongas intensa Mar, que he tenido un día de mierda y no estoy para conversaciones trascendentales.

—Okey... ¿Estás para otra ronda?

Después de esa otra ronda, decidimos partir. La noche ya caía sobre la ciudad y si bien estábamos en una zona bastante tranquila tampoco era recomendable tentar a la suerte. Además, apenas estábamos a mitad de semana.

—¿Segura que no quieres compartir el taxi?

—Prefiero caminar, no estoy tan lejos de casa...

—¿Me envías un mensaje cuando llegas?

Me despedí de Mar y avancé en la dirección opuesta a la que el taxi comenzó su recorrido.

Si bien no estaba cerca de la costa, la brisa que golpeaba mi rostro se encontraba cargada de humedad. Caminar me haría bien. No tan bien como golpear por una o dos horas la bolsa de arena en la academia de policía, pero enfrentarme a Daryl no era algo que pudiera haber hecho. Si Mar tenía la capacidad de vislumbrar que algo me molestaba, Daryl simplemente me hubiera leído como un libro abierto.

Avanzaba tan sumida en mis pensamientos que no sé cómo fui capaz de oír el gemido.

Me detuve en seco. Giré sobre mis talones agudizando el oído. No había sido un delirio.

Quizá fue mi estado emocional el que me conectó con aquel imperceptible quejido que tardó varios segundos en volver a repetirse. Entonces agudicé la vista.

Entre la penumbra de un callejón divisé un par de sombras confusas.

Si bien mi instinto me gritaba “*sal corriendo de allí*”, esa otra parte, una más poderosa y compleja, me instó a seguir avanzando.

Las sombras fueron ganando corporeidad a medida me acercaba. Mi corazón se adelantó a mis sentidos, marcando con intensidad cada uno de los latidos que retumbaban en mis oídos.

Un jadeo desesperado, ahogado.

Miré hacia mi derecha y vi a la chica. Se tapaba el rostro bañado de lágrimas y maquillaje corrido.

Sus piernas cubiertas por unas medias corridas se presionaban contra una pared de ladrillo, su torso parecía querer desprenderse, pero el miedo la paralizaba.

Mi mirada entonces siguió a la suya. Hacia la oscuridad del fondo del callejón.

Se me revolvió el estómago y el corazón pareció volverse una piedra dentro de mi pecho.

No sé cuántos eran, cuatro, cinco. Uno se encontraba delante de una chica que apenas podía mantenerse en pie. Sus manos se colaban por debajo de su camisa y apretaban sus pechos con fuerza.

Detrás de ella, otro sujeto la asía por la cintura con un brazo, mientras su otra mano se introducía dentro de sus pantalones.

Los otros sujetos reían mientras bebían de botellas cuadradas.

La chica gemía y no de placer, apenas si podía balbucear cosas sin sentido mientras los otros la manoseaban.

Se me trepó el alcohol hasta rozar mi paladar. Apenas pude refrenar la arcada.

Quedé paralizada.

“*Reacciona*”, me dije a mí misma.

“*La están violando, reacciona*”, volví a respirar.

Tantos años entrenando, corriendo, luchando contra una bolsa rellena de arena. Indignándome con un mundo corrupto e injusto, preparándome para hacer la diferencia, para inclinar la balanza. Tanto tiempo esperando el momento indicado...

Y ni siquiera lo hice por mí. Las veces que tuve la oportunidad, me quedé así, paralizada, anulada.

Pues esta vez no era yo, era alguien más.

No pasaron más de diez segundos, hasta que tomé la decisión. Mis puños ya se encontraban apretados con fuerza cuando di el primer paso. No resultó ser tan difícil seguir avanzando.

Tomé a uno de los sujetos que reían por un hombro y lo giré hacia mí. Le asesté el puño en su nariz antes que pudiera entender qué era lo que sucedía.

El impacto hizo crujir mis nudillos y el dolor fue trepando hasta mi hombro, no le di importancia.

Entonces el otro se dio cuenta de mi presencia. Cuando dio un paso hacia mí estampé mi pie contra su pecho. Trastabilló y cayó de espaldas.

Antes que pudiera ponerse de pie le pateé la cara.

Los otros dos ignoraron mi presencia, pero noté como la chica comenzaba a retorcerse, intentando en vano luchar contra aquellos dos hombres que la doblaban en tamaño.

Tomé al que estaba frente a ella por los hombros y lo aparté hacia atrás. Apenas se giró hacia mí, le di un gancho de derecha en la mandíbula que me hizo ver las estrellas, luego, otro de izquierda.

Se tambaleó, pero no cayó. Entonces le lancé un *uppercut* que impactó en su mentón. El tipo cayó hacia atrás.

El último sujeto había soltado a la chica y alzaba las manos en señal de rendición.

Ni una mierda, la adrenalina que corría por mi cuerpo apaciguó todos los dolores. Ni hablar de la sed de justicia que alimentaba mi ira.

Le lancé una patada en la entrepierna que no vio venir, cuando quedó doblado en dos, tomé su nuca entre mis manos y estampé mi rodilla en su nariz.

Los otros tres seguían en el piso, y permanecerían allí por algunos minutos.

Me acerqué a la chica arrodillada en el piso.

—Tranquila, ya estás a salvo, ¿Cómo te llamas?

Entre los sollozos, creí entender Alison.

Enseguida se acercó la otra joven, y tomó a Alison entre sus brazos.

—Vámonos de aquí —le dijo.

—No, quédense aquí, llamaré a la policía.

—No, por favor... Si nuestros padres se enteran...

—No sé si te diste cuenta que casi violan a tu amiga...

Por primera vez tuve una imagen nítida de sus rostros. No deberían tener más de dieciséis o diecisiete años.

—Si no declaran lo que pasó ante la policía, estos tipos van a seguir sueltos y quizá otras mujeres no tengan la suerte que tuvieron ustedes...

—Por favor...

Dilema... ¿Qué mierda debía hacer?

—No soy quién para decidir por ustedes, que les pese en la conciencia si así lo quieren. Yo no puedo hacer más nada.

Me puse de pie, y salí del callejón.

—Espera, ¿cómo te llamas?!

Lancé un gruñido ininteligible y seguí avanzando, masticando las emociones que se entremezclaban con el agrio sabor de la bilis que aun escocía mi lengua.

Solo deseaba que aquel día terminase. Faltaban apenas un par de horas, y en el refugio de mi hogar nada extraño podría pasar. Así que apreté el paso y en menos de diez minutos daba vuelta a la esquina de mi cuadra.

Alguien estaba sentado en las escaleras de mi edificio.

Apreté los puños, y sentí el pinchazo de dolor atravesarme la piel sangrante y los huesos de las manos.

Pero cuando me acerqué lo suficiente, por más que intentara convencerme de que lo que mis ojos veían era un espejismo, supe que era real cuando alzó su rostro y su mirada turquesa se clavó en la mía.

—¿Te parecen horas de llegar? —dijo con una sonrisa estampada en los labios.

Mi primer impulso fue borrarla de un puñetazo. Pero me dolían demasiado los nudillos.

—¿Qué mierda quieres?

Me detuve a los pies de la escalera. Él se quedó observándome sin hacer el mínimo intento por ponerse de pie y dejarme subir.

—Creo que te debo una explicación por lo de hoy...

—Tú a mí no me debes nada, y yo a ti menos, así que márchate por donde viniste.

—Deja que te explique, por favor...

—No gracias, apártate, quiero pasar.

No esperé a que se pusiera de pie, si debía caminarle por encima lo haría.

—Si lo que pretendes es que te pida disculpas, no voy a hacerlo.

Me quedé dura en mi sitio. ¿Era eso lo que esperaba de Ferguson? Quizá sí, quizá era eso lo que me tenía tan cabreada.

Se me hizo un nudo en la boca del estómago cuando me asaltó el recuerdo del nefasto momento en que mi jefe jaló de mi mano y me retuvo sobre su regazo. Sam clavó su mirada en el piso, como

si con ese simple acto pudiera borrar la indignación que bullía en su sangre. Pero no hizo nada. Al menos Ferguson miró con los ojos bien abiertos toda la situación, aunque tampoco intercedió.

—No necesitas que nadie te defienda Daniela.

—Qué puede saber un tipo como tú sobre lo que yo necesito...

Nuestras miradas se fundieron con intensidad y temí lo que mis ojos pudieran revelar.

—Sé que necesitas ayuda para curarte esas manos...

En un acto reflejo intenté ocultarlas, pero él no había apartado su mirada de la mía.

Aprovechando mi confusión se puso de pie, quedando plantado frente a mí. El aroma de su perfume penetró mis fosas nasales y casi pierdo el equilibrio.

—No necesito de tu ayuda, Fermín Ferguson.

Pasé por su lado y subí los pocos peldaños que me separaban de la puerta.

—Daniela...

—Buenas noches.

Cerré la puerta sin mirar atrás.

Con cada escalón que lograba subir, el cuerpo parecía entumecerse un poco más. Llegué exhausta, las manos me temblaban y a duras penas pude meter la llave en el cerrojo y empujar la puerta corrediza.

Me quité la chaqueta a puro lamento, corrí hasta el baño, abrí el grifo y ahogué un grito cuando el potente chorro de agua helada golpeo contra mis nudillos pelados.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Tomé el desinfectante, gasa y cinta del botiquín, unas tijeras del cajón de la cocina, y saqué la botella de gin del refrigerador.

Le di un buen trago antes de empezar.

Las imágenes de todo lo vivido en el día se sucedían ante mis ojos en un bucle, al tiempo que intentaba concentrarme en mi tarea. Pero las manos se me entumecían por el dolor y la inflamación. La batalla interna se desarrollaba casi con la misma intensidad que la externa. La primera, contra los malos recuerdos, la segunda, contra las gasas que no parecían dispuestas a quedarse en su sitio al intentar sujetarlas con la cinta adhesiva.

Intenté no pensar, y enfocarme en mi tarea, pero una imagen que primaba sobre el resto. La de su mirada, acompañada por ese perfume que erizaba cada centímetro de mi adolorida piel.

“No necesitas que nadie te defienda, Daniela.”

No, no lo necesitaba... Pero me hubiera agradado que él lo hiciera. Esa era la verdad. También era cierto que el cambio que tanto aclamaba, ya había comenzado. Algo estaba cambiando dentro de mí, el miedo, si es que alguna vez fuera el causante de mi adormecimiento moral, se estaba desvaneciendo, o al menos, estaba dejando de importarme.

Me levanté de la silla y me acerqué al portero visor. Él seguía allí.

El sonido de la chicharra interrumpió el silencio de la noche cuando le abrí la puerta.

CAPÍTULO 7

Mis puños se cerraron ante el contacto del frío desinfectante que Fermín Ferguson, con una delicadeza absurda, vertió sobre mis heridas.

—Lo siento... —reiteró por enésima vez.

—Vuelves a decirlo y te doy un puñetazo.

—Y yo con gusto volveré a curarte las heridas —fue su sonrisa más que su cursilería la que aflojó mis rodillas. Por suerte me encontraba sentada.

Lo observé trabajar. Parecía saber muy bien lo que hacía para ser un empresario que vestía trajes de diseño personalizado y volaba en aviones privados.

Estudié sus rasgos y gestos sin tapujos. Él estaba demasiado concentrado como para prestar atención a lo que yo hacía.

Mi piel se erizaba ante el contacto con la suya. Sus manos eran cálidas, pero no tan suaves como hubiera esperado.

Sentí callosidades en sus yemas y eso, me erizó la piel aún más.

Dios bendito, no podía negar que me encendía como a un cerillo.

Lo hubiera tomado por las solapas de su refinado traje y arrastrado hasta mi cama si mis manos hubieran estado funcionales.

Crucé las piernas con fuerza y no pude ahogar un suave gemido cuando sentí la excitación que comenzaba a pulsar entre mis piernas.

—¿Te hice doler?

—Arder...

Su mirada se demoró en la mía. ¿Acaso se habría dado cuenta a lo que me refería?

Luego, bajó a mis labios.

Oh, sí que lo sabía.

Exhalé un suspiro con reveladora intensidad...

Su respiración comenzó a agitarse.

A la mierda con mis heridas. Descrucé las piernas y estaba a punto de ponerme de pie cuando mi teléfono móvil chilló.

Ambos nos sobresaltamos.

Amagué con levantarme, pero Ferguson me ganó de mano.

—Voy por tu teléfono....

Tomó la cartera que colgaba del perchero y la extendió hacia mí.

Era Mar, había olvidado por completo avisarle que estaba en casa.

—Lo siento...

—¿Estás bien?

—Sí, sana y salva...

Ferguson frunció el ceño, provocándome una sonrisa que hacía tiempo no se formaba en mis labios.

—¿Y sola?

—¿Qué pregunta es esa?

—No lo sé, sueñas extraña...

—Estoy cansada. Y tú también deberías estarlo. Ve a dormir y deja de acosarme.

—Vete a la mierda.

—Tú también. Mañana hablamos —respondí con ironía.

—¿Mar? —preguntó Ferguson cuando se aseguró que cortara la comunicación.

Asentí.

—¿Vas a contarme qué fue lo que ocurrió en ese lapso en que te separaste de tu amiga y llegaste a tu casa?

Fruncí el ceño y dejé escapar otro suspiro.

No sé por qué, pero le relaté los hechos, y me sentí aliviada al hacerlo. Me carcomía la culpa por haber dejado a aquellas dos niñas allí, de no haber podido hacer más para ayudarlas.

—Me sentí tan estúpida cuando ambas se me quedaron mirando horrorizadas al sugerirles llamar a la policía. Como si al no hacerlo lo sucedido, lo que habían sufrido, fuera a borrarse de su historia, de sus cuerpos...

Ver el dolor y la comprensión en los ojos de Ferguson sirvió de consuelo inesperadamente.

—Hiciste más de lo que cualquiera hubiera hecho. Te admiro por ello. Pero fue arriesgado Dani...

Fue mi turno de ofuscarme.

—No hubiera actuado diferente a ti, te lo aseguro. Soy bastante impulsivo por si no te has dado cuenta aún.

Volví a sonreír.

—Pero quizá debí de hacer algo más...

—Puedes hacerlo... Si recuerdas los rostros de los tipos puedes ser tú quien haga la denuncia, no sé si sirva de algo, pero al menos calmará tu conciencia...

—Podría aprovechar y denunciar al acosador que me espera en la puerta de mi casa a altas horas de la noche... No es mala idea.

Ferguson rio de esa manera transparente que le llenaba de arruguitas el contorno de sus ojos. Que maravilloso espectáculo resultaba eso...

—Oye, ¿qué te traes tú con mi jefe?

Su semblante cambió al instante. Sopesó su respuesta antes de pronunciarla.

—Deberás guardar secreto de confesión...

Puse los ojos en blanco.

—Hablo en serio, Daniela.

No podía resistirme a la forma en que pronunciaba mi nombre.

—Claro, prometo no contárselo a nadie.

—No es mi interés hacer negocios con tu jefe. Siempre me pareció un sujeto repulsivo. Mucho más hoy después de ver la forma en que te trató... — un volcán de furia se despertó dentro de mi pecho, pero logré contenerlo mejor de lo que esperaba.

—¿Para qué fuiste entonces?

—Curiosidad... No me quiso decir quién era el potencial comprador.

Yo tampoco sabía de quien se trataba, pero no dudaba que fuera algún magnate al que no le costaba adular.

—Te diré algo, esos terrenos en los que está interesado este misterioso inversor, son bastante especiales. Y no porque sean gran cosa, sino por el lugar en que se encuentran situados.

—Cerca del puerto.

—Exacto. Para lo único que sirven es para depósito. La legislación no permite construir nada

que resulte redituable.

—¿Y para qué los quiere?

Ferguson alzó las cejas.

—Fui ingenuo al suponer que mi curiosidad resultaría satisfecha. Pero tengo la sensación que para nada legal...

No sabía qué pensar... mi cerebro no daba para más y las pocas neuronas que aun funcionaban entraron en estado de alarma.

—Creo que es mejor que me vaya... Es tarde y tú necesitas descansar.

Llevarle la contra a mi impulso resultó una tarea ardua y para nada placentera. Pero asentí.

Acompañé a Ferguson hasta la puerta.

—Cuídate Daniela, trata de no meterte en aprietos, y si piensas hacerlo, llámame.

—Adiós Ferguson...

No hubo beso, ni apretón de manos, solo una extensa e intensa mirada.

Antes de girarse por completo, se volvió hacia mí.

—Si no quieres llamarme Fermín, puedes llamarme Fer y no se trataría de mi nombre ni de mi apellido...

Solo le dediqué un amago de sonrisa antes de cerrar la puerta corrediza.

∞ ∞ ∞

“Un nuevo crimen golpea a San Francisco. Esta vez, se trata de un enfrentamiento en un tugurio de dudosa reputación ubicado en Tenderloin, barrio italiano de North Beach. Varios integrantes de bandas criminales de diferentes organizaciones fueron identificados entre las víctimas...”

Apreté el teléfono entre mis manos, olvidando el dolor que aun punzaba en mis nudillos.

Que un nuevo crimen que involucraba a más miembros de bandas criminales ocupara las primeras planas de radios y televisión podía jugar a mi favor, o en mi contra. Pero no tenía más opción, no podía llamarme a silencio. Había empezado algo la noche anterior y debía llegar a las últimas consecuencias, así era yo.

Decir que Daryl puso el grito en el cielo cuando le relaté mi aventura de la noche pasada, sonaría benevolente.

—¿En qué carajo estabas pensando Dani? ¿Acaso te crees una especie de super heroína o algo por el estilo? Podría haberte salido mal, muy mal....

—Pero no salió tan mal...

—Debiste llamarme.

—No ibas a llegar a tiempo. Iba a terminar intercediendo de todas formas, como si no me conocieras...

—Por eso Dani, te conozco. No me hace falta dejar volar mucho mi imaginación para darme una idea de lo que pasó.

Intenté cambiar el enfoque de la conversación.

—¿Nadie hizo ninguna denuncia ayer por la noche?

—Hasta el momento no. No puedo creer que seas tan imprudente a estas alturas de tu vida... Pensé que te habías encarrilado.

Mi columna vertebral se volvió una erguida barra de acero.

—¿Qué dijiste?

Se hizo un profundo silencio al otro lado de la línea.

—No vuelvas a hablarme de esa manera... No soy una criminal Daro, pero tampoco la

víctima, así que no me trates de ninguna de las dos formas.

—Lo siento... Yo no quise...

—Déjalo ya. No quiero discutir contigo. Entiendo que te preocupes, pero, tú mismo lo dijiste, a esta altura de mi vida, soy lo suficientemente madura para tomar mis propias decisiones.

—Y yo nunca dejaré de intentar protegerte, aun cuando no me dejes.

No pude refrenar la sonrisa que empujó las comisuras de mis labios hacia arriba.

—¿Vas a ayudarme con lo de estos tipos? Sé que debes estar ocupado con lo de Tenderloin...

—No te preocupes... ¿Viste sus rostros? Si los recuerdas puedes pasar hoy por la tarde por la comisaría, haré que te tomen la declaración y veas algunas fotos. Y luego podrías venir a cenar a casa.

En realidad, me vendría de maravillas dar unos cuantos golpes de puño a una bolsa de arena. Inconscientemente mis dedos presionaron contra las palmas de mis manos, el pinchazo de dolor en mis nudillos logró que desistiera de la idea.

—¿Qué dices? ¿Noche de comida mexicana?

Tuve la maravillosa idea de aceptar, cosa de la que me arrepentí durante lo que me restaba del día.

No hice caso omiso a las miradas que crucé en el camino hacia mi oficina, todo lo contrario, me regocijé de ellas. Sin dudas el chisme se había esparcido como una cepa de gripe.

Muchas miradas eran de una mezcla extraña de miedo y asombro, pero las otras, las que me alimentaron el espíritu, eran diferentes. Mi osadía estaba dando que hablar, en el buen y en el mal sentido.

Me importaba un bledo lo que dijeran, pensarán o fabularán en sus retorcidas mentes. Solo me enorgullecía saber que quienes padecían los maltratos de Tony o lo hicieran alguna vez -más de una vez-, encontraban remanso en ese pequeño acto de justicia que había osado impartir.

Me dirigí directo a mi oficina. Las quejas de Tony por quedarse sin secretaria, me tenían sin cuidado. Que contratara una. Marietta estaba dilatando el asunto más de la cuenta. Sabía exprimir hasta la última gota del *pseudo—poder* que ostentaba, claro que siempre lo utilizaba en demérito del resto, como si fuera la única manera que encontrara de hacerse valer.

Me sumergí en mi trabajo y no me detuve ni a pensar. Estaba feliz de volver a mis cuadros comparativos y análisis de ventas, a la soledad de mi oficina, carente de gritos e interrupciones absurdas.

Tenía bastante más trabajo acumulado que el que esperaba y estaba agradecida que así fuera.

Me sobresalté cuando llamaron a mi puerta.

—Adelante...

Tuve que hacer un esfuerzo enorme para que mi voz saliera clara y firme. Un manojo de nervios surgió de la nada en mis entrañas, trepado en tiempo récord hasta mi garganta.

Lo primero que vi cuando la puerta de madera maciza se despegó del umbral, fue un enorme ramo de rosas rojas.

Quedé perpleja.

—Permiso Dani. Acaba de llegar esto para ti.

Recuperé un poco de calma al reconocer la voz de Gladys emergiendo por detrás del inmenso ramo.

—¿Estás segura que eso es para mí?

—Es tu nombre, así que sí...

Me abalancé sobre la tarjeta, la curiosidad pujaba más que el desconcierto.

Mi mente se puso en marcha solo para lanzar las ideas más absurdas sobre los posibles remitentes de aquel desproporcionado ramo.

Tengo que reconocer que Fer fue mi primera opción. No había un sustento lógico que le diera siquiera estructura a aquella disparatada ilusión. Una fracción de segundo hizo falta para disipar esa idea, mejor dicho.

Otro medio segundo, tardé en resolver el misterio.

“No hay ramo de rosas que pueda excusar mi comportamiento. No hay disculpas que pueda ofrecerte que deshagan lo hecho, sin embargo, mi único anhelo es recuperar tu confianza algún día.”

No había firma. Ni siquiera se me cruzó por la cabeza que pudiera ser Tony, cuando éste apareció tras las espaldas de Gladys, que me contemplaba expectante y ajena a lo que sucedía a su alrededor.

—Daniela...

Los ojos felinos de mi jefe se detuvieron un instante en el ramo, y volvieron a los míos. Gladys se pegó un susto de muerte, y su mueca de pánico casi me arranca una carcajada. Pero la máscara de cera anestesió mis facciones cuando le devolví una mirada vacía al hombre que me humillaba como ningún otro.

—Gracias Gladys, puedes marcharte.

Temía que la voz me fallara, pero no lo hizo.

No estaba en mis planes demostrarle una pizca de vacilación a Tony, ni ninguna otra emoción. Siquiera indiferencia.

La recepcionista se hizo humo en un abrir y cerrar de ojos. Tony avanzó al interior de mi pequeña oficina sin apartar su mirada de la mía. La mirada de un león entrando a la madriguera de una liebre.

Me hice a un lado para permitirle el paso, y cerré la puerta tras sus pasos.

Me mordí el interior de las mejillas. Él decidió realizar el primer movimiento y yo no iba a responder en consecuencia. Al menos, hasta saber cuál era su maquiavélico plan.

—Lindas flores... —masticó entre dientes. No supe interpretar si era un dejo de celos lo que teñía sus palabras, o solo se trataba de una de sus burlas.

Respondí con un suspiro de hastío.

Sus ojos entonces recorrieron mi oficina, sin ningún tipo de reparo. Mi escritorio desgastado, los archivadores anticuados, la nula decoración, más allá de un cuadro abstracto que había conservado de mi antigua vida. Cuando se demoró más de lo que podía soportar en él, fue mi turno de mover las piezas.

—¿Puedo ayudarlo en algo, señor?

Sus ojos volvieron a mí como si recordara que yo estaba allí con él.

—Esta oficina es demasiado pequeña. Ni siquiera tienes ventanas... ¿hace cuánto que estás aquí?

—No voy a volver a ser su secretaria señor. Mi lugar, mi función en esta empresa no es servir café y coordinar sus reuniones.

Tony sacudió su mano frente a mí, ahuyentando mis palabras como si fueran moscas.

—Sé muy bien cuál es tu lugar y tus funciones. Soy tu jefe.

Cerré la boca y tragué haciendo un esfuerzo por desentumecer los músculos que apretaban mi garganta.

—No voy a pedirte que vuelvas. Es evidente que lo que tú y yo teníamos, eso que nos

convertía en un gran equipo, se terminó.

No sé cómo lo hacía, sus palabras me producían tanto asco como angustia.

—No me malinterpretes, eres mucho más funcional a la empresa aquí, entre estas cuatro paredes —su mirada recorrió mi oficina con desprecio— Pero Daniela, yo sé que estás para mucho más... Y como muestra de mi apoyo y confianza en tus aptitudes, en tu inteligencia, en primer lugar, voy a pedir que te den una oficina más amplia y moderna, una con un gran ventanal y mobiliario nuevo. No estás para las sobras de nadie... Tú estás para la primera liga y quiero que lo entiendas, que lo sientas.

—Estoy bien aquí señor.

—Puedes estar mejor, quiero que estés mejor. Quiero que expandas tus horizontes y tu potencial. Y no lo quiero por ti solamente.

Tony dio un paso hacia mí. Me mantuve firme, pero alerta. Mis músculos se contrajeron y mis manos se cerraron en puños a los costados de mis caderas.

—Me di cuenta que entre Ferguson y tú hay cierta chispa.

No vi venir eso... Sus palabras me descolocaron en todo sentido.

Tony sonrió.

—Y para que veas cuánto confío en tus aptitudes y en tu profesionalismo, vengo a darte una tarea muy importante. Una tarea que no le confiaría ni al mejor de mis vendedores.

—No soy vendedora.

—Pero sabes mucho del tema y lo que necesito no es una vendedora; sino alguien con astucia y llegada a uno de los potenciales clientes más complejos con los que me ha tocado lidiar.

Creí entender a qué venía todo el circo. Y yo que pensaba que solo se trataba de una disculpa muy al estilo Tony, pero una disculpa al fin...

Pero ni siquiera.

—Necesito que convencas a Fermín Ferguson de vender los terrenos que necesita nuestro cliente.

Aguanté las ganas de hacer rodar las orbitas de mis ojos ante semejante petición.

—¿Y cómo se supone que haga eso? No tengo idea del tema, de los terrenos y menos aún del potencial comprador...

—Lo único que debes saber es que el precio, lo pone Fermín. Nuestro cliente prefiere que reserve su identidad.

Fruncí el ceño. No me importó disimular mi incomodidad al respecto.

—Daniela, solo debes convencerlo de cerrar el trato, del resto me encargo yo.

No me interesaba servir a los planes de Tony. No necesitaba saber más al respecto para entender que se trataba de negocios sucios.

—¿Qué dices? ¿Aceptas? No hace falta que afirme que, si todo sale bien, tu comisión te alcanzaría para abrir tu propio negocio. Solo espero que no lo hagas. Odiaría perderte...

Tony sonrió. Pero no lo hizo de esa forma artera en que solía hacerlo. Hasta noté un destello de emoción en sus ojos. Tal vez, una muestra de que muy en el fondo, tenía alma.

—Vamos Daniela, no suelo decir esto, pero... Eres mi as bajo la manga, mi única esperanza. Tendrás todos los recursos de la empresa a tu disposición. Serás mi igual en todos los aspectos.

El poder me atraía, claro que lo hacía, pero no era ese el motivo por el cual iba a tomar una decisión. Ni siquiera era el desafío que implicaba tener que convencer a Ferguson de aquello que pretendía Tony. Solo quería saber quién estaba detrás de aquella operación y cuáles eran los motivos por los que necesitaba tan desesperadamente los terrenos de Ferguson.

—¿Qué decisión has tomado Daniela?

Inspiré hondo y fijé mis ojos en los de Tony.

—Está bien, lo haré.

—Sabía que mi instinto no se equivocaba cuando descubrí tu potencial —Tony se acercó a mí con los brazos abiertos. Esta vez no pude refrenar el impulso de retroceder un paso.

Sus manos se cerraron en el aire lentamente, mientras una mueca de decepción transformaba sus facciones.

No iba a jugar bajo el designio de todas sus reglas. Solo de aquellas que aceptara.

—No te defraudaré Daniela. Confío en que algún día comprendas que lo que siento por ti es auténtico. Es mucho más auténtico de lo que he sentido por nadie en mi vida.

Por más empeño que le pusiera a su actuación, no iba a lograr ablandarme. Alcé el mentón.

—¿Cuál es el plan señor?

—Ve a ver a Sam, él te pondrá al tanto de todo.

CAPÍTULO 8

No pasó más de una hora desde que Tony salió de mi oficina, para que el decorador que solía hacer las remodelaciones me llamara ansioso por saber sobre mis gustos, estilos y colores favoritos para empezar a montar mi oficina.

No fui muy diplomática a la hora de mandarlo al demonio. No tenía tiempo para esas estupideces. Y apenas me liberé de la parte más pesada de mi trabajo me dirigí a la oficina de Sam. Si Tony no estaba dispuesto a hablar, sabía que él lo haría.

—Gracias por las flores —le lancé, apenas atravesé la puerta. Los ojos claros de Sam se abrieron de par en par, así como mi sonrisa se ensanchó—. No fue tan difícil adivinar...

Los colores comenzaron a trepar por las mejillas del gerente de ventas.

—Entonces, ¿te han llegado las novedades?

Tomé asiento en una de las butacas que se enfrentaban a su escritorio.

Sam se dejó caer en su sillón aflojándose la corbata.

—Daniela, nunca vi a Tony tan nervioso... Enserio que está desesperado por concretar esta venta. No quisiera estar en tus zapatos en este momento. Y no porque no te crea capaz de llegar a un acuerdo con Ferguson, al contrario. Creo que eres la única que tiene al menos una remota posibilidad de conseguirlo. Pero Tony no va a aceptar una negativa como respuesta.

Apoyando mis antebrazos contra el cristal del escritorio, mi espalda se encorvó hasta dejar mi rostro a centímetros del suyo.

—Sam, ¿quién es el misterioso cliente de Tony?

Sam tragó exageradamente. Unas gotas de sudor comenzaron a perlar su frente.

—No lo sé.

—Sam, eres muy malo para mentir... No lo hagas —canturreé.

—No me pongas en esta situación... Te juro que si realmente tuviera relevancia te lo diría, pero en este caso, cuanto menos sepas es mejor.

Me puse de pie de un salto que sobresaltó a Sam.

—No sé cómo pretenden que convenza a Ferguson de vender sus terrenos si siquiera puedo decirle quién es el comprador...

—Pero Ferguson sabe de quién se trata, y es por eso que no quiere venderlos.

Abrí los ojos como platos y mi cuerpo reaccionó con la totalidad de sus funciones ante la sorpresa.

Si Fermín Ferguson sabía quién era el comprador, eso significaba que la noche anterior me había mentado...

—Maldito...

—Perdóname Dani.

—No es por ti.

Parecía que Sam entendía poco y nada la causa de mi reacción y era mejor que así fuera. Lejos de esfumarse, la preocupación en las facciones de Sam se profundizó.

—Me comporté como un cobarde... debí defenderte, debí detenerlo cuando estaba a tiempo...

—Sam, ya déjalo... Entiendo por qué no lo hiciste, lo que estaba en juego es el sostén de tu familia. Nunca podría reprocharte por eso. No necesito de nadie que acuda mi rescate, me las

puedo arreglar más que bien sola. No dudes de mí...

—Nunca lo hice y nunca lo haré.

Sonreí.

—¿Vas a contarme qué se trae tu jefe? Soy toda oídos.

—No es gran cosa en realidad. Estuvo haciendo una serie de averiguaciones sobre Ferguson —mi interés se despertó de pronto con un hambre voraz. Me sentí extrañada por las repentinas ansias de saber todo sobre él—. Mañana habrá un evento en el Club Hípico y Ferguson estará allí.

No me tomó demasiado esfuerzo adivinar de qué iba el plan.

—Me estoy ocupando de los arreglos, más tarde te llamo para ultimar detalles, ¿te parece bien?

Salí de la oficina luego de cambiar de tema alevosamente y dedicarle unos minutos a conversar sobre los hijos de Sam.

Al terminar la jornada me dirigí a la estación policial, el encargado de los identikits —Daryl mencionó su nombre, pero, así como entro por uno de mis oídos, salió por el contrario—, hizo su mejor esfuerzo por interpretar las imágenes que quedaron grabadas en mis retinas como negativos. Luego, esperé a mi amigo en su oficina, mientras éste terminaba con una reunión.

—¿Cómo ha estado tu día?

—Imagino que no tan complicado como el tuyo... —respondí. La ola de crímenes que hacía pocas semanas sacudía a San Francisco, tenía a Daryl de reunión en reunión. La exigencia de sus superiores no lo dejaba trabajar menos de doce horas diarias, por lo que nuestras salidas a correr o entrenar, estaban suspendidas por tiempo indeterminado—. ¿Ya podemos irnos?

—Por favor...

No me acostumbraría jamás a viajar en patrulla. Era incómodo, olía mal y se sentía aún peor.

—Son momentos difíciles. No es por nada que han hecho el recambio de autoridades en casi todos los departamentos policiales del distrito.

—Sé que me dirás que son ideas más, pero... Me da mala espina. Hacía años que no se vivía algo semejante.

Al contrario de lo que imaginé que sucedería, Daryl apretó los labios y desvió la mirada. Mi estómago se estremeció.

No soy de las personas que se paralizan. Siempre sé qué hacer, cómo reaccionar ante situaciones que lograrían trastornar a un simple mortal.

Pero hacía días que vivía con una sensación extraña en lo profundo del pecho. Una opresión que poco tenía que ver con una causa física.

Hacía muchos años que la caja donde confiné a todos mis fantasmas se cerraba oculta en un lugar muy profundo y oscuro. Pero nunca me deshice de la llave.

Hacía días que sentía que esta caja me llamaba y que la cadena que rodeaba mi cuello, aquella de la que pendía la llave, empezaba a pesar cada vez más.

—¿Qué cocinará Celia?

Mi amigo no protestó por el rotundo cambio del tema de conversación, todo lo contrario.

No necesitaba que dijera nada más, no necesitaba que dijera nada en absoluto. Algo se agitaba en las entrañas de San Francisco, algo oscuro y retorcido. Un monstruo que despertaba de un largo letargo.

El aroma a hogar que llenaba cada rincón de la casa de Daryl, el desorden controlado típico de una casa llena de vida, el trajinar en la cocina; me arrancaron una sonrisa.

Cada una de las pocas veces que me invitaba a su casa, los recuerdos de mi infancia

acariciaban mi alma.

—Amor, ¿has traído lo que te pedí?

Celia me dedicó una amable sonrisa y acudió a los labios de su marido para rozarlos con un suave beso.

Parecía más interesada en las bolsas que llenamos en el supermercado de camino a la casa, que por recibir a su marido. Ni que hablar de la visita.

—Creo que está todo...

La conversación entre ambos se volvió un murmullo sin importancia cuando mi sobrino apareció por la puerta que daba al jardín trasero.

—¡Tía Cata!

Escuché a Daryl a mis espaldas exclamar un nombre que no existía. El nombre que desconocían las personas que formaban parte de mi vida desde hacía algunos años. Personas que no eran parte de aquella historia.

Pero para Dante yo era su tía Cata. Con él no podía ser nadie más que yo misma. Mi yo auténtico estrechó entre sus brazos al niño que me despojaba de todos mis disfraces con solo una sonrisa.

Su risa era mi remanso de paz. Energía vital que lograba repararme de adentro hacia afuera.

Con el bate de béisbol a cuestas, salimos al jardín trasero a jugar, hasta que Daryl nos llamó para cenar.

Una vez en la mesa, el apetito se me abrió como si no hubiera ingerido alimento en días.

—Celia, esto está delicioso.

Los ojos color café de la esposa de Daryl se achinaron cuando una sonrisa estiró sus labios.

—¿Hacía cuánto que no comías comida casera?

—¿Cuándo fue la última vez que estuve de visita?

Daryl y ella rieron, mientras yo arrancaba otro mordisco al delicioso burrito de carne que se negaban a abandonar mis dedos hasta que fuera devorado por completo.

—Qué extraño que no heredases las habilidades culinarias de tu padre...

Por suerte, el bocado ya estaba en mi estómago para cuando Celia me soltó esa frase.

—Celia...

—Por suerte, no heredé nada de ese hombre... —mis palabras sonaron monótonas y apagadas. Había ganado experticia con el correr de los años, en calzarme el traje de indiferencia cuando se daban este tipo de situaciones.

—Lo siento, no quise incomodarte, Daniela.

—Ya hemos discutido sobre esto cariño...

—Daryl, no hace falta. No tengo problemas en hablar sobre éste ni sobre ningún otro tema — lo interrumpí, y volví a dirigir mi atención hacia su esposa—. No tengo tiempo para aprender a cocinar, ni para hacer los quehaceres domésticos, pero no es falta de interés o menosprecio. Es que mi profesión y mi forma de vida son elecciones con las que me siento en total plenitud. Vivir mi vida como quiero, sin depender de nadie, haciendo lo que me gusta. Todas las elecciones que tomamos, implican dejar atrás otras opciones. Pero puedo con ello, no te preocupes Celia. Así como tu decidiste dejar tus sueños para dedicarte a tu familia. No habrá sido una decisión fácil, pero de seguro estás absolutamente satisfecha con el camino que decidiste tomar... No todos podemos con este tipo de vida... Otros estamos para algo más.

La cara de la anfitriona se fue transformando a medida que cada palabra cobraba vida en mi boca.

Hasta Daryl había dejado de masticar.

Celia me miraba fijo, con fuego danzando en sus pupilas. Cuando separó los labios alcé la barbilla.

—Al menos tuve la posibilidad de elegir. Y no hay un minuto de mis días en que me arrepienta de haber decidido formar una familia antes que cumplir sueños de los que siquiera tengo memoria. Esto es la vida real, Daniela —no me gustó para nada la acentuación que imprimió sobre mi nombre—. Y ya ves, ni siquiera tu nombre es real...

—Eso estuvo de más Celia... —Daryl salió al cruce. Entendí que no por defenderme, sino, para evitar que yo contraatacara. Mi contragolpe habría resultado letal.

No abrí la boca en lo que restó de la cena. Ya siquiera la comida lograba mantener mi interés. Había pasado a saber a carbón.

Cuando Daryl se excusó para llevar a Dante a la cama, yo me ofrecí a levantar la mesa.

Celia se quedó en su silla, degustando cada sorbo del Margarita preparado por su esposo.

Estaba secando los platos cuando Celia cruzó la puerta vaivén y decidí tomar la delantera.

—No tengo nada en tu contra Celia...

—Por favor... Me odias desde que Daryl puso los ojos en mí.

—Era una niña huérfana, y Daryl la única familia que me quedaba. Sentí que lo perdía, que me quedaría sola.

—¿Y por eso intentaste robármelo?

Me voltéé para verla de frente antes de pronunciar mis siguientes palabras.

—No voy a discutir sobre esto. No quieras llevarme al barro porque la única que terminará cubierta de lodo eres tú.

Celia cruzó los delgados brazos color caramelo sobre su pecho y dio un paso en mi dirección.

—Yo nací en el lodo, princesa... Mis zapatos no tienen suela colorada.

—Eres la madre de mi sobrino. A veces pareciera que lo olvidas...

—A veces parece que tú olvidas quién soy yo y lo que puedo hacer.

Di un respingo y ella lo percibió.

—Celia, por favor, somos familia...

—No Daniela, la única familia que existe aquí somos Daryl, Dante y yo. Tú solo eres una sombra, un fantasma del pasado que se niega a desaparecer. Rehiciste tu vida, eres feliz con tus logros o, al menos, es lo que proclamas. ¿Por qué vuelves a atormentarnos una vez más?

El escozor de las lágrimas pujando por florecer nubló mi visión.

—Tú ya no existes. Eres un espejismo que trae malos sueños y dolor. ¿Entiendes por qué no quiero que te acerques a mi familia? Mucho menos a mi hijo. Espero que Daryl lo entienda de una vez... Haré lo que sea necesario para alejar a mi familia de ti. Lo que haga falta.

—¿Qué dices?

—Ya me oíste. Ahora sopesa mis palabras.

De pronto, no entendí qué era lo que estaba haciendo yo en esa casa.

Atravesé la cocina y Celia no dijo nada cuando la golpeé con mi hombro. Salí de allí antes que mi amigo hubiera regresado al comedor.

Caminé por Mission District ignorando el peligro que suponía vagar por esas calles de noche. El arte callejero que adornaba fachadas, paredes y aceras, no fue mi único testigo. Y en un punto, me animo a decir, ansiaba que alguien con malas intenciones se me acercara para poder dejar salir a esa parte oscura que comenzaba a apoderarse de mis emociones.

Pero existía otra parte que pujaba por ganar el protagonismo, la que se despertaba gritando y

llorando algunas noches, recordando el momento que cambió mi vida para siempre.

El jardín florecido, el ladrido de un perro entremezclado con mi risa de niña. La voz de mi madre regañándome. Y entonces, el chirrido de los neumáticos aferrándose a la acera. Entre los rayos de sol, la desesperación en la mirada de mi madre. Y entonces...

Estaba paralizada. Los músculos de todo mi cuerpo entraron en tensión y las piernas dejaron de responderme. Mis ojos se movieron por la calle, volvía a ser de noche.

Y entonces frente a mí, una catrina ensanchaba su sonrisa.

Entré al bar que tomaba su nombre de aquel ícono del folclore mexicano. Era muy distinto a los sitios que solía frecuentar. Los habitués me miraron extrañados, pero los ignoré por completo. Me acerqué a la barra y pedí un tequila.

—Que sean dos —dijo una voz madura a mi derecha. Me giré en su dirección mientras me acomodaba en la banqueta.

La piel curtida y arrugada de aquel hombre, no le hacía justicia a la chispa que exudaba su mirada.

—¿Lo conozco?

Su sonrisa arrugó aún más su piel, y su dentadura brilló con los destellos del metal.

Él no respondió a mi pregunta. Y la sensación de familiaridad y peligro se acentuó.

—¿Por qué brindamos?

Lo contemplé por unos segundos antes de apurar el shot de tequila.

—Por el pinche destino —pronuncié en perfecto español.

El viejo hizo lo propio y enseguida le pidió dos tragos más al cantinero, no me negué.

—No eres de por aquí ¿verdad?

—No soy de ninguna parte.

—Siento curiosidad por saber que trae a un lugar como este a una persona como tú...

No voy a negar que me molestó que me tratara como a alguien ajeno más que al lugar, a esa cultura.

—No me conoce, sino lo comprendería. No soy tan diferente al resto —concluí abanicando a la concurrencia con la mirada.

—No te conozco, pero me recuerdas mucho a alguien que... no veo hace tiempo.

Fruncí el ceño.

—No has respondido a mi pregunta. Te invité un trago, es lo menos que merezco.

—Noche difícil...

—No creo que tanto como la de ellos —dijo apuntando con la barbilla al televisor que colgaba detrás del mostrador.

Si algo faltaba para coronar la noche, era otra masacre.

Esta vez la escena tenía lugar en una casa de apuestas *tong*. Y aunque lo que mostraban las imágenes parecía indicar que un incendio consumió las vidas de quienes apostaban ilegalmente en aquel sótano mal habido, a mí me olía a algo más que a carne chamuscada.

—Que mierda le está pasando a esta ciudad...

—El diablo ha regresado.

—¿Qué?

No era que no entendiera a qué, o, mejor dicho, a quién se refería. Todo lo contrario. Era más que evidente que mi peor pesadilla se estaba materializando.

—Algo grande se está gestando en San Francisco. Alguien muy poderoso está empeñado en hacer renacer las épocas en que la mafia era más que un puñado de bandas criminales de poca

monta.

Estaba paralizada, apenas si podía respirar, mucho menos emitir algún sonido audible.

Apuré el resto de alcohol que quedaba en mi pequeña copa para lograr desentumecer mis cuerdas vocales.

—¿De quién está hablando?

El sujeto se inclinó hacia mí hasta que el aliento a alcohol rancio penetró mis fosas nasales.

—Mañana por la noche habrá una reunión en uno de los antros habituales. Parece que el jefe al fin hará su presentación en sociedad.

Mis manos sudaban y mi cabeza daba más vueltas de las que pudiera haberme provocado el tercer chupito de tequila que acababa de quemarme la garganta.

—¿Dónde? ¿Quiénes...? —sacudí la cabeza—. ¿Cómo sabe eso? —mis preguntas se tropezaron entre ellas.

—Con calma señorita. Y no creo poder responder tantas preguntas...

—Dígame lo que sabe.

El hombre hizo foco en mí con gran esfuerzo y luego entrecerró los ojos. Por un segundo tuve la sensación que se negaría a hablar. Al siguiente, que todo era un invento. El gran cuento de un borracho.

—Tenderloin...

—No podía ser otro que el barrio más peligroso de la ciudad.

—Y con la noche más encendida...

—¿En qué antro?

—La curiosidad mató al gato...

Alcé mi mano y le pedí al cantinero una nueva ronda de tequila.

—No es un sitio para alguien como usted...

—Ya le dije, no me conoce...

Apuré mi trago.

—En lo de Frankie, a la medianoche. Ya estoy hablando de más.

—No se preocupe, soy una tumba...

Antes de marcharme le pedí al cantinero que le sirviera un último trago a mi compañero de barra.

El pobre sujeto parecía que poco más podría mantenerse en pie. Sin embargo, su mirada seguía avispada y encendida.

Me alejé hacia la puerta sacudiendo la mano a la altura de mi cabeza.

Tenía mucho que pensar y más por hacer.

No lo sabía aun pero aquel desconocido plantó una semilla en mí. Un pequeño cuerpo desconocido que echaría raíces y comenzaría a crecer mucho más rápido de lo que podría haber imaginado.

CAPÍTULO 9

Poco fue lo que con gran esfuerzo logré dormir esa noche. Y la mayor parte del tiempo mis sueños se vieron invadidos de horrendas pesadillas. Imágenes del pasado y otras de un futuro incierto se fusionaron para darme el dolor de cabeza del siglo cuando a las siete en punto la alarma se dignó a sacarme de aquel infierno.

Intenté no pensar en más que lo que sucedería en el transcurso de esa mañana. Gracias a Sam tenía en mi mail los datos de la persona con la que debía anunciarme en la recepción del Club Hípico que me daría acceso al Derby para el que no había más disponibilidad de entradas desde hacía semanas.

Eran más que años los que hacía que yo no pisaba aquel lugar. La última vez habría sido a mis trece, cuando tomaba clases de equitación. El amor y el cariño que sentí por ese lugar en aquel entonces, ya estaba marchito y apestaba a rancio.

Sacudí la cabeza y me enfundé en unos ajustados pantalones de denim blancos, una blusa azul oscuro a lunares y una chaqueta a tono. Me calcé unas sandalias de taco bajo y dejé mi cabello suelto.

El taxi me esperaba aparcado frente a mi casa y me dejó en algo más de veinte minutos frente a la entrada del club situado en el punto más alto del Golden Gate Field.

Desde todos los ángulos la vista panorámica del hipódromo era magnífica.

Mi memoria me sacudió con recuerdos cuya existencia desconocía. De pronto, me sentí familiarizada hasta con el papel tapiz que revestía las paredes, los asientos de cuero y los retratos de antiguos ganadores del Derby. La majestuosidad estaba a la orden del día.

Por más que Tony tuviera los amigos más poderosos era imposible que me consiguieran una mesa de un día para el otro, así que trepé a una de las baquetas acomodadas frente a la amplia barra y ordené un Martini.

—Muy bien Daniela, amas tu trabajo, es hora de demostrarlo...

Hice un escaneo de la inmensa sala en búsqueda de mi objetivo. El lugar estaba atestado de gente. Por un instante tuve miedo que alguien me reconociera, pero, era demasiado pequeña cuando mis padres frecuentaban aquel lugar. Ni siquiera recordaba los rostros de sus amigos, dudaba que ellos recordaran el mío.

Había cambiado demasiado y en más de un sentido.

Una fuerza desconocida me atrajo a los ojos que se desviaron en mi dirección apenas atravesó la puerta de entrada.

El gesto que endurecía sus facciones se esfumó cuando una sutil sonrisa dejó entrever su radiante dentadura.

Me di cuenta que el mundo a mi alrededor, por poco, no había desaparecido cuando un hombre se interpuso entre ambos.

Era apuesto y joven, de cabello negro y mirada cristalina y fría. No tuvo reparos en observarme de pies a cabeza antes de volverse hacia Fermín y susurrarle algo que me fue imposible de descifrar.

La sonrisa en sus labios no perdió fuerza cuando se excusó y se dirigió hacia mi dirección avanzando con ese paso despreocupado y sereno.

No dejaba de observarme.

Me bajé de mi banqueta abandonando la copa de Martini sobre la barra.

—Buenos días guapa. Me sorprende verte aquí. ¿Te gustan las carreras?

—Me gustan los sementales —respondí, sin una pizca de pudor.

Fermín no cambió su gesto, pero su mirada se llenó de curiosidad.

—¿Vas a decirme qué haces aquí?

Sonreí tan ampliamente como las comisuras de mis labios lo permitieron.

—Ya lo sabes... ¿Vas a presentarme a tus amigos? —sin esperar su respuesta, avancé hacia el grupo de hombres que esperaba por su anfitrión.

Después de las presentaciones pertinentes, nos sentamos frente a la mesa redonda que tenían preparada para el contingente de inversores que Fermín planeaba agasajar.

La curiosidad que despertó mi presencia entre ellos no intimidó al anfitrión, al contrario. Parecía tan a gusto que hasta hizo que el hombre de mirada de hielo, me cediera el lugar a su lado. Brandon Khaan, así se llamaba el sujeto que no dejó de lanzarme miradas suspicaces y apáticas.

—Bran es mi hombre de confianza —me explicó Fermín.

—Pues es evidente que yo no le inspiro ni un poco...

Fer se desarmó en una carcajada que atrajo toda la atención de la mesa.

—Yo te conozco, ¿no eres acaso la secretaria personal de Tony River? — me lanzó uno de los presentes.

—No. Soy la Gerente de Marketing de la compañía.

—Y mi amiga —agregó Fermín—. Que hoy no nos acompaña en plan de hacer negocios, Bastian...

El susodicho entrecerró sus minúsculos ojos negros hasta que la interrupción del mozo que se acercó a explicarnos en qué consistiría el menú del día logró hacerle olvidar mi presencia.

—No necesito que salgas a mi rescate principito...

—No tengo dudas al respecto. Pero me siento en la obligación de advertirte que, si te sientes incómoda, no debes dudar en hacérmelo saber. Mi corcel espera ensillado, doncella.

Nuestras miradas colisionaron una vez más y aunque el choque no fuera físico, los chispazos de energía recorrieron mi piel con un suave cosquilleo.

—¿Y de dónde se conocen ustedes? No me digas que estás haciendo tratos con River a nuestras espaldas...

La que habló fue una mujer de cabello entrecano y postura impecable sentada a dos lugares a la derecha de Fermín.

—Nos conocimos en un viaje —me apresuré a responder. No iba a dejar que Fermín contara la historia a su antojo.

—Mi amiga y yo tuvimos un problema con nuestro vuelo y allí estaba Ferguson.

La mujer me sonrió con la mirada.

—Conozco la pasión de Fermín por la aventura.

—Y por ayudar a doncellas en apuros. Siempre tan buen samaritano... —exhalé entre suspiros exagerados.

—Pero ningún tonto. Disculpe mi atrevimiento, pero es usted es muy bonita.

Sonreí algo nerviosa. Odiaba que me adularan. Me hacía sentir tremendamente incómoda.

—Y hacen una pareja encantadora.

—Oh no, nosotros...

—¿Apuestas caballeros?

Mi intento de explicación se vio truncado por la aparición del operador que se acercaba a levantar las apuestas de la mesa.

Varios de los presentes se abstuvieron y sólo un par de arriesgaron a apostar a tercero, es decir, al caballo que llegará en cualquiera de los tres primeros puestos.

—¿Qué caballo te apetece, Dani? —me consultó Fermín apuntando con el mentón hacia la pantalla ubicada frente a la mesa.

Sonreí y negué con la cabeza.

—Vamos niña, que eres mi amuleto de la suerte.

—No sé qué me provoca más escozor, que sea cursi o que diga tantas pavadas.

—Es un combo niña y a precio promocional. Dame un nombre. Los hay muy bonitos, mira.

Mis ojos se deslizaron desde la mirada aguamarina de Fermín hacia la pantalla donde aparecían los nombres de los competidores.

Los recuerdos volvieron como un vendaval. Nunca presté demasiada atención a las carreras cuando mis padres me traían al club, aquel lugar para mí solo era motivo para vestirme bonita y visitar los establos cuando mamá estaba entretenida con sus amigas. Entonces, recordé a Gonzalo. Aquel hombre que cuidaba los caballos de mi padre. Él me esperaba en las puertas del club y me llevaba a visitar a los potrillos.

Jamás hubiera podido ser buena jocketa. Media más de metro sesenta ya a mis doce. Pero no fue impedimento para que disfrutara montar. Gonzalo fue el encargado de enseñarme lo básico, luego, tomé clases de salto con un profesional.

—Dani, ¿estás bien?

—Sí, los siento... Me fui por un instante.

Fermín pareció abstraerse del resto del mundo, tomar mi mano y conducirme a lo más profundo del turquesa de su mirada. Acercó tanto su rostro al mío que casi pude saborear su aliento.

—Lo noté y debo confesarte que muero de ganas por saber por dónde buceabas.

Cuando fui capaz de volver a respirar, le respondí.

—Una vez alguien que sabía mucho sobre caballos me dijo que en las carreras se corren con el corazón. Pero se ganan con el hándicap.

Fer sonrió con astucia.

—Así que vamos a por el campeón, principito.

Los labios del anfitrión se torcieron en una media sonrisa antes de volverse hacia el operador.

—Todo a Black Venom.

La suerte estuvo de nuestro lado y Fer no cabía en sí de la satisfacción de haber ganado la apuesta. El resto de la comitiva se dividió entre ganadores, perdedores y meros espectadores. Pero ninguno fue inmune al subidón de adrenalina que la carrera dejó tras su estela.

—¿Te apetece ir a por un paseo?

Asentí sin saber muy bien por qué. O sí, en parte, por esa sonrisa cómplice con la que Fermín parecía haber descubierto mi talón de Aquiles; pero, además, por ese rezagado recuerdo de Gonzalo esperándome a los pies de la escalera junto a la puerta que nos conduciría a través de un largo pasillo y laberínticos corredores a los establos.

Fermín tomó mi mano y, sin excusarse -salvo por el enigmático cruce de miradas que compartió con su hombre de confianza-, me guió hacia la escalera. Descendimos a toda prisa. Con el corazón latiendo desbocado, mi pecho inflado de emociones que apenas recordaba haber experimentado alguna vez y mi cabeza sobrevolando un mar de ideas y pensamientos que se

desdibujaban por la velocidad con la que avanzaba sobre ellos.

Sacudí la cabeza intentando recuperar el foco, pero apenas recordaba mis motivos.

—Sabes que no puedes flamearme como bandera por los pasillos del stud, ¿verdad?

—No seas rezongona que ya queda poco.

—¿Al menos me dirás a dónde me llevas?

—Voy a presentarte al campeón.

Avanzamos hacia el abierto por donde los caballos eran guiados de regreso a sus establos cuando un movimiento atrajo mi atención a mi izquierda.

Inmediatamente me solté de Fermín.

—Daniela, es para el otro lado —exclamó.

—Dame un momento.

Fermín se quedó observándome, pero no siguió mis pasos. Giré hacia la izquierda y avancé hacia el hombre que recogía el heno con un rastrillo para acomodarlo en altos pilones. Yo conocía a aquel hombre.

Cuando éste percibió mi presencia se irguió y giró hacia mí.

¿Cómo no me había dado cuenta antes?

—¿Gonzalo?

El hombre de piel trigueña sonrió de lado y se levantó la boina dejando al descubierto el poco cabello entrecano que cubría la cúspide de su cabeza.

Cuando me reconoció, la misma mezcla de sorpresa y temor que me embargó a mí pareció contagiársele.

Miré por sobre mi hombro. Fermín conversaba con el jockey y el preparador de la yegua vencedora de la carrera.

Me acerqué a Gonzalo un poco más.

—Sabías quién era... por eso me contaste aquello, ¿verdad? —el ceño del hombre se estaba fruncido—. Él... —se me cerró la garganta— él está aquí...

—No señorita. Hace tiempo que no pisa el club. Y sí, sé quién eres. Lo supe desde el instante que te vi entrar al bar.

Había chocado de bruces con mi propia historia. Pasado y presente me envolvían en un manto de arena y no me dejaba respirar.

—¿Te encuentras bien? Puedo ofrecerte un vaso con agua.

—No hace falta... Estoy abrumada, eso es todo.

Era mucho más que eso...

—Ven, quiero enseñarte algo que te cambiará el ánimo.

Dudé en avanzar tras sus pasos, pero la curiosidad fue más fuerte que el impulso de salir corriendo.

Nos detuvimos frente a un establo donde asomaba la cabeza de una preciosa yegua blanca.

—¿Te acuerdas de Lorraine?

Por supuesto que la recordaba. Era la potranca blanca que mi padre me había regalado para mi cumpleaños número trece. Era demasiado pequeña para montarla en ese entonces, su idea era que la cuidara y adiestrara y que juntas aprendiéramos a correr como una sola.

Las lágrimas nublaron mi visión cuando las palmas de mis manos tomaron contacto con su sedoso pelaje. La calidez de su cuerpo resquebrajó parte de la coraza que me protegía por dentro.

—No comprendo... ¿quién se hace cargo de ella ahora que mi padre...?

—Tu padre nunca dejó de cuidar de ninguna... yo tampoco.

No supe qué responder. Me dolía demasiado el alma para poner en palabras los sentimientos que tenía con respecto a mi padre.

—A pesar de lo que creas y pienses, tu padre es un buen hombre. Me siento en la obligación de remarcarlo.

—No deberías sentir obligación de remarcar cosas que no se condicen con los hechos...

—Disculpa, pero conozco a tu padre más de lo que tú lo haces.

Mi espalda se enderezó al escuchar esas palabras. Pero fue el tono de seguridad y franqueza en la voz de Gonzalo lo que mantuvo a raya mis ganas de mandarlo a la mierda.

—Respeto tu postura, pero no me pidas que la comparta.

Era sabido que mi padre era un excelente jefe. Cualquiera bajo su ala no solo era respetado tanto como persona, como trabajador, sino que mi padre cuidaba de cada uno de sus subordinados como si fueran familia.

—¿Todo en orden por aquí, Gonzalo?

La voz de Fermín interrumpió mis cavilaciones, la charla con Gonzalo había concluido, al menos por ese día. Nos debíamos una mucho más extensa, pero mi cabeza era un revoltijo de pensamientos en aquel momento. Ni que hablar de mis emociones...

—Sí señor, le estaba enseñando la niña mimada del establo a su amiga.

—Dani, pensé que te gustaban los sementales.

Gonzalo rio tan bajo que solo yo llegué a escucharlo.

—Mimada y misteriosa. Gonzalo se llevará el secreto sobre la identidad de su dueño a la tumba.

El cuidador de caballos no se inmutó ante el comentario de Fermín. Mi mirada se cargó de agradecimiento cuando se cruzó con la del viejo.

—Gracias, por el tour... —susurré con un hilo de voz, a lo que el hombre respondió con una pequeña reverencia.

No intercambiamos palabras mientras nos alejamos del stud. La mayor parte de los purasangres que participaran en la carrera minutos atrás ya se encontraban en los respectivos establos y otros preparados para ser transportados a sus locaciones particulares.

Pero no ingresamos al edificio principal.

—¿Tienes algún compromiso esta noche? Me gustaría mucho invitarte a cenar Daniela.

Mi corazón se sacudió dentro de mi pecho. Y no sé si eso me agradó tanto como me tomó por sorpresa. No debía perder el foco, estaba allí por negocios y por intereses personales. Ese hombre de radiante sonrisa e impecable apariencia me había mentido en la cara cuando me negó conocer la identidad del hombre que pretendía hacerse de sus terrenos.

Pero lo que sucedería esa noche era peligroso, descubriría el rostro detrás del velo que todos a mi alrededor parecían temerosos de quitar.

No tenía dudas de que se trataba de la misma persona.

—Así es, tengo un compromiso ineludible. Lo lamento... capaz en otra ocasión.

—¿Y qué me dices de lo que resta del día? Prometo dejarte sana y salva en la puerta de tu casa con el tiempo suficiente para prepararte para tu compromiso.

—¿Qué tiene en mente señor Ferguson?

Fermín frunció el ceño ante el repentino formalismo con que me dirigí a él.

—Algo donde el protocolo y ceremonial quedan absolutamente fuera de lugar —alcé mis cejas descreída, pero, sobre todo, insatisfecha ante su respuesta—. Te aseguro que te encantará, y te permitirá conocer mi faceta más auténtica.

Aún no me convencía su volátil respuesta, sin embargo, la semilla de la curiosidad había prendido y comenzaba a germinar.

—¿No confías en mí?

La ingenua pregunta se sintió como un puntapié en la espinilla.

—¿Y tú qué crees? —lo enfrenté avanzando un paso que me dejó a escasos centímetros de su pecho.

Lejos de provocarle algún tipo de incomodidad, Fermín pareció ignorar por completo el sentido implícito en mis palabras.

—Yo creo que deberías confiar en alguien, y contemplando tus opciones... Con el tiempo te darás cuenta que soy tu tiro de gracia.

Quizá no fuera la respuesta que esperaba, pero era más auténtica. Y eso me provocaba tremenda bronca.

—Eso está por verse principito...

No iba a hacerse de mi confianza, así como si nada. Y creo que él no esperaba menos de mí.

—Vamos, quiero que aproveches cada instante del tiempo que tenemos.

CAPÍTULO 10

A continuación, una seguidilla de situaciones pugnó con mis intenciones de mantener mi pulso en calma y mi objetivo en la mira.

Empezando por el laberinto de pasillos que desembocó en un campo abierto donde un helicóptero esperaba por nosotros; y desde allí, un vuelo de cuarenta minutos en avión privado, nos trasladaría a nuestro destino final.

—Si me excusas, voy a cambiarme por algo más cómodo —sus ojos se desplazaron por cuerpo, antes de proseguir—. Veré que puedo hacer para conseguirte algo a ti también.

—Yo estoy muy cómoda...

Fermín no respondió. Pero me observó con esa sonrisa estampada en los ojos que desencadenaba el impulso de abofetearlo y saborear sus labios a la vez.

—Voy al baño.

Sin esperar respuesta y sin saber muy bien dónde se encontraban los tocadores, busqué la forma de alejarme de él, y del suplicio que suponía no ser capaz de manejar mi estado emocional cada vez que lo tenía cerca. Y eso, estaba empeorando con cada segundo que pasaba a su lado.

Para cuando encontré el tocador, Fermín hacía rato se encontraba encerrado en su camarote. Resultaba agotador el esfuerzo que suponía no pensar en él quitándose ese traje que le quedaba tan bien.

Llené el cuenco que formaron mis manos con agua helada y que casi me lanzo en el rostro -que mal no me hubiera hecho-, pero mi mirada se topó con la que me devolvió el reflejo del pequeño y distorsionado espejo que colgaba sobre el lavabo.

Vacíé las manos y las apoyé con firmeza sobre el frío mármol.

—Compórtate ¿quieres?

Me gustaba el tipo, ¿por qué iba a negarlo? Y si no fuera por los intereses que mediaban, me lo hubiera tirado la noche en que llegamos de México. Es más, de seguro después de un revolcón, se me quitaría el interés por él. Los había tenido mejores. Quizá ninguno con esa mirada profunda o esa sonrisa irresistible, pero...

Los intereses. Eso, los intereses que mediaban. Mi trabajo, mi tarea y, sobre todo, la necesidad de saber quién estaba detrás de aquel negocio millonario.

Cuando salí del baño me quedé de piedra. Me costó reconocer al sujeto que se erguía frente a la alacena de espaldas a mí. Mientras rebuscaba entre las cajas de cereales, paquetes de galletas y demás productos que no fui capaz de identificar, mis ojos emprendieron un viaje minucioso por los omóplatos que se escapaban por las amplias mangas de su musculosa. Su espalda era ancha enserio, no era un truco de sus costosos trajes, y los músculos de sus brazos, mucho más trabajados que lo que la delicada tela de sus camisas de seda me permitían imaginar. En ese instante la lista de mis mejores terminó por esfumarse por completo.

—Ahí estás... ¿Puedo ofrecerte un aperitivo? No falta mucho para que aterricemos, pero luego tenemos un trecho largo hasta la playa... ¿Te encuentras bien?

Me olvidé por completo de disimular mi perplejidad. Sacudí la cabeza en un intento de recobrar la compostura.

—Es que, tu cabello luce raro —me desentendí.

No era mentira. El rubio oscuro de aspecto húmedo y estirado, ahora lucía como una esponjosa maraña de tirabuzones dorados.

No entiendo cómo no perdí la estabilidad de mis rodillas cuando sonrió.

Un par de minutos más tarde aterrizábamos en el aeropuerto de Santa Mónica, donde una camioneta de similares características a la que transportaba a Fermín en la ciudad, esperaba por nosotros.

—Bienvenidos a tierra —nos recibió el chofer con amable formalidad.

Fermín estrechó la mano del chofer que no parecía incómodo dentro de su traje íntegramente negro a pesar de la cálida temperatura del soleado día.

—Gracias Tom, te presento a Daniela.

Estreché la mano de Tom.

—¿Has podido conseguir eso que te pedí?

Tom casi dio un brinco ante el pedido de su jefe y se apresuró a abrir la puerta del acompañante de la bestial camioneta. Del interior recogió una enorme bolsa de cartón en la que reconocí el nombre de una importante y exclusiva tienda de ropa de mujer.

—Supongo que es para la señorita. Aquí tiene —dijo, dirigiéndose a mí.

Fruncí el ceño y apunté la mirada a los ojos de Fermín.

—Te dije que conseguiríamos algo para que te sientas cómoda. No digo que tu ropa no lo sea, pero no resulta muy apropiada para el lugar al que planeo llevarte.

Tom seguía sosteniendo la bolsa cuando giré todo mi cuerpo en dirección a Fermín.

—Decidir cuándo, cómo y dónde me siento cómoda, me incumbe solo a mí, principito. Creí haber sido clara.

—Bien —logró responder, después de un par de segundos en que creí haber triunfado en mi intención de borrar su perfecta sonrisa—. Entonces, vamos.

Parecía molesto, no pude evitar sentirme satisfecha por mi pequeño triunfo.

Me encaminé a la puerta trasera de la camioneta negra, pero Tom siquiera se acercó a abrirla.

—Creo que el señor Ferguson tiene otros planes, señorita...

Me giré, y desconcertada, seguí la mirada del chofer varios metros por detrás de la camioneta negra, por donde Fermín avanzaba hasta lo que parecía más una reliquia que un jeep.

Inspiré hondo y avancé tras sus pasos.

Procuré no hacer ningún gesto o exclamación de sorpresa, no le daría el gusto de reaccionar a ninguno más de sus intentos por llamar mi atención como si estuviera ante la gloriosa presencia de un pavo real.

—Abróchate el cinturón, tendremos una media hora de viaje hasta Malibú.

—Como digas... —intenté neutralizar mi tono de voz lo mejor que me salió.

A continuación, puso en marcha el vehículo y salimos del aeropuerto.

Pasó un largo rato hasta que volviéramos a dirigirnos la palabra. Percibir su frustración, no hizo más que ir cavando un hueco en el centro de mi pecho, que siquiera el maravilloso paisaje que acompañaba a la Pacific Coast Highway, o el viento cargado de sabor a mar logró llenar.

Poco a poco empecé a cuestionarme el motivo de mi mal genio. Ya no resultaba divertido verlo abstraerse en su propio silencio, llenándose los ojos de la espuma blanca que dejaban las olas tras la rompiente.

Más tarde empecé a reprocharme lo estúpida e infantil que estaba siendo con mi comportamiento.

Cuando estábamos llegando, ya me encontraba totalmente arrepentida, pero ni modo que fuera

a disculparme.

Aunque me llevara un gran esfuerzo, no me permití olvidar que él me había mentido.

Así que apenas separó los labios para anunciar nuestra llegada a destino, me lancé como una vampira a su yugular.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Quedé al pendiente de cada micro movimiento de las facciones de su rostro al soltarle la pregunta.

Pero ni siquiera un parpadeo, o un temblor perturbaron sus músculos faciales.

—¿A dónde te traería?

—No me tomes de estúpida.

Casi salto de mi butaca al desgarrarme la garganta gritando aquello.

Por primera vez Ferguson se sobresaltó ante mi reacción.

Su ceño fruncido y su mueca desencajada, lograron que la furia volviera a dominar mis emociones.

—Tú sabes muy bien quién es el cliente de Tony. No entiendo por qué me pides ayuda para que Tony me suelte su nombre. ¿Acaso crees que estoy jugando? Quizá tú lo estés, quizá Tony también, pero para mí esto es serio. No tengo intenciones de perder mi tiempo viendo como dos egocéntricos se miden los miembros viriles.

Si bien el ceño fruncido se distendió, la mueca de sorpresa no abandonó las facciones de mi acompañante al menos por el par de segundos de silencio que antecedió a la carcajada que soltó.

—¿Así que todo se resume en comprobar quién tiene la polla más grande? Wow... Haberlo sabido antes.

Ahora fue a mí a quien se le quedó la mueca de piedra.

Nos detuvimos al borde de la carretera, rodeados de montes y un entorno natural impresionante. No tenía idea de en dónde nos encontrábamos, pero eso no me impidió tirar de la manija y bajar del vehículo de una manera poco elegante. Ni siquiera me molesté en cerrar la puerta.

Avancé sin rumbo mientras Fermín me llamaba por mi nombre completo, de esa forma que me hacía temblar las rodillas.

Me saqué las sandalias conforme iba avanzando, me giré y las lancé de a una contra el parabrisas tras el cual Fermín se refugiaba.

Él no dejaba de reír, y eso me irritaba aún más. Pero no era solo eso... y ahí estaba el mayor de mis problemas.

Moría de ganas por reír con él. Moría de ganas por dejar de esconderme tras mis muros y barreras, protegidos por emociones violentas y alambres de púas.

Quería dejar de apretar los puños y entremezclar mis dedos con esos rizos dorados que rebotaban al son de su risa.

Seguí avanzando sin saber muy bien a dónde me llevaría el camino. La vegetación era densa a mi alrededor, aunque el sonido de las olas rompientes me indicaba que el mar no se encontraba demasiado lejos.

—Venga Daniela, ¡no puedes cabrearte sin siquiera darme la oportunidad de explicarme!

Frené tan bruscamente que el pecho de Fermín -y otras partes de su anatomía- colisionaron con mi espalda y más allá.

Y así, cualquier control de mis pensamientos y emociones, fue arrastrado por la suave brisa cálida a quién sabe dónde.

Sus manos se apoyaron sobre mis hombros, cerré los ojos.

Dejé que me guiara hasta terminar frente a frente, pero sin poder separar los párpados hasta al menos recobrar mis cabales.

—Daniela... mírame.

Mis rodillas fallaron. Pero sus manos sujetaban mis hombros con suficiente firmeza.

—Dani...

Suspiré y exhalé más que una bocanada de aire...

—Lo siento... —susurró una vez que abrí los ojos—. No quise faltarte el respeto mintiéndote. Solo intentaba evitar que te involucraras en una situación que podría resultar muy peligrosa. Sabía que Tony no te rebelaría la identidad de su cliente, se está jugando todo en esta operación, lo que lo coloca en la posición más vulnerable a la que se ha sometido en su vida.

—Me importa una mierda Tony River y su estado de vulnerabilidad.

—¿Qué es lo que te preocupa entonces, Daniela? ¿Qué yo te haya ocultado información? O acaso... hay algo que tú también me estas ocultando a mí.

Di un respingo. ¿Cómo logró de pronto que fuera yo quien terminara bajo el foco acusador?

Pero ni modo que me iba a dar por vencida...

—¿Primero te disculpas y luego me acusas? ¿Quién carajos crees que eres Fermín Ferguson?

—No se trata de lo que yo crea, estoy muy seguro de quién soy. Se trata de que tú sepas quien soy y que creas en mí. Lo único que he intentado desde el primer día que te vi es que me conozcas. Pero ya no sé cómo hacerlo si tú no me das chance...

—¿Por qué te interesa tanto demostrarme quién eres? No sabes nada de mí y no es mi intención compartir nada contigo. —excepto quizá un par de horas en una cama...

—Compartimos más de lo que imaginas...

Me reí en un acto reflejo producto de la mezcla entre la incredulidad que me provocaban sus palabras y el manejo de nervios resultante de mis emociones encontradas.

—Ríete, pero nos parecemos mucho.

—No sabes lo que dices...

—Permíteme demostrártelo. Al menos admite que tenemos intereses parecidos.

—Mí único objetivo es que tú y Tony lleguen a un acuerdo y que a mí me dejen en paz.

—Daniela, te conozco, aunque apenas te conozca. Sé que suena tonto, pero entiendes lo que quiero decir.

—Tú no entiendes que no me interesa lo que tengas en mente. No soy parte de tu plan, no soy parte del plan de Tony. Tengo mis propios planes y no pienso compartirlos con nadie.

—Te equivocas de nuevo. Sé perfectamente cuál es tu plan porque es el mismo que el mío. Desenmascarar al cliente de tu jefe.

En eso estaba en lo cierto, al menos en lo que a mí atañía. Tenía mis dudas respecto a sus motivos. ¿Pero acaso importaba el camino si ambos buscábamos llegar a la misma meta? Y entonces entendí de qué se trataba; No era una cuestión de confiar ciegamente el uno en el otro, ni siquiera de aunar recursos.

Dejé caer mis hombros. No me di cuenta de lo tensos que tenía los músculos hasta que lo hice.

—¿Me vas a decir en dónde estamos?

La sonrisa volvió a florecer en sus labios cuando formulé la pregunta.

—Vamos, déjame mostrarte.

Avanzamos por un escarpado sendero hasta llegar a los escalones que descendían a la playa. El camino no resultó sencillo, por más que había recuperado mis sandalias.

Ya desde el inicio del recorrido noté que esta no era una típica playa de Malibú, de esas extensas arenas y olas enormes, repleta de surfistas bronceados.

Este lugar era diferente, y aunque el camino no fuera sencillo, sabía que, al llegar a su fin, valdría todo el esfuerzo.

No conversamos mucho durante el largo descenso, apenas algunos datos curiosos que Fermín me fue dando sobre el lugar que despertaron mi curiosidad, no por la información en sí, sino por el énfasis que ponía en contarme. Sin dudas conocía aquel sitio demasiado bien y yo, me conformé con luchar contra el impulso de necesitar saber por qué.

Del mar emergían rocas de variadas formas y tamaños y el sol que había emprendido su descenso hacía poco tiempo, las bañaba de un dorado pálido.

Me arrepentí de no haber aceptado la muda de ropa cuando mis pies tocaron la arena.

Prácticamente nos encontrábamos solos, a excepción de algunas parejas que paseaban de la mano, o pequeños grupos que se recostaban sobre mantas en la arena.

Caminamos en silencio hasta que el agua de mar que besaba mis pies desnudos ya no me pareció tan fría.

Estaba a punto de formular la pregunta que venía masticando desde que llegamos a la playa, pero Fermín tomó la palabra.

—Por mucho tiempo éste fue el único lugar donde me sentí feliz.

No esperaba aquello, sin revelar mucho, sentí como si uno de los tantos velos que me separaban de aquel hombre se hubiera caído. No parecía ser del tipo que atravesara por momentos infelices. Lo tenía todo. Hasta esa paz y seguridad que transmitía con cada simple sonrisa.

—Todos tenemos una guerra interna en la que batallamos a lo largo de nuestra vida. Algunas batallas son cortas, otras muy largas; las hay inesperadas y cruentas y algunas veces vacilamos en bajar los brazos.

—Bajar los brazos no es una opción.

Su mirada clavada en el horizonte buscó la mía y se aferró a ella con una fuerza de la que no me pude soltar.

—Créeme que lo es... Cuando tu cuerpo se convierte en tu peor enemigo. Cuando a tu alrededor, solo eres capaz de percibir el dolor que le causas a las personas que amas. Y te enojas contigo mismo por ser tan débil y al mismo tiempo, ser un agujero negro que arrasa con todo a su paso. Y ni siquiera tienes fuerzas para alejarte, para huir; y entonces haces lo único que está dentro de tus posibilidades: hacer huir al resto. Te quedas solo decidido a luchar en silencio; no porque tengas ganas de salir adelante, porque, a esas instancias, lo único que quieres es que el dolor se acabe. Sino por ellos, los que intentas mantener al margen. Bajar los brazos siempre es la primera opción cuando ves que todo se desmorona a tu alrededor. Implica que todo se acabe para ti; Y para los que amas, un nuevo comienzo, la liberación de la carga en que te has convertido.

—Hablas como un suicida.

—He llegado a pensar como uno.

—Pero no acabaste como tal...

Una amarga sonrisa surca sus rasgos.

—Hubiera sido el camino fácil. No necesitaba mucho para lograrlo...

—¿Y qué te hizo recapacitar?

Fermín suspiró con esfuerzo. No estaba fingiendo aquello, mucho menos disfrutando de hablar de lo que intuía yo, el momento más vulnerable y oscuro de su vida.

—Cuando te quedas solo, y tocas fondo llega el momento clave. El punto exacto en el cual te

enfrentas a la última decisión que eres capaz de elegir: una que puede acabar con todo y otra, que significa tu salvación. Esta última es un pequeño rayo de luz frío y lejano. La primera, está al alcance de tu mano. Tú tienes el poder, y es que siempre lo has tenido. Solo que no te das cuenta hasta ese exacto instante.

—Es en la oscuridad absoluta donde aprendemos a brillar...

No me di cuenta que era yo quien pronunciaba aquella frase. En mi cabeza, sonaba una voz muy diferente a la mía. Una voz que hacía años había dejado de escuchar.

—No podría definirlo mejor.

Sacudí la cabeza, tratando de salir del shock que me provocaran las palabras que acababan de surgir de mi boca.

—Pero lo superaste.

—Desde ese momento en que toqué fondo, no volví a caer. Decidí que mis pasos solo me llevarían hacia adelante. Comencé una depuración, no solo a nivel salud. Decanté amigos, relaciones —en su mirada percibí el fantasma de un amor perdido. La curiosidad por su historia, es decir, por sus detalles más ínfimos, se transformó en un enjambre de pirañas que no dejaba de crecer para devorarme por dentro.

—Las segundas oportunidades tiene un costo...

—Y siempre es alto.

Sonreí para aplacar la tristeza que me invadió por dentro. Si alguien sabía sobre costos y beneficios de los nuevos comienzos, bueno, esa era yo.

No sé por cuánto tiempo me abstraí en mis pensamientos. Pero fue lo suficiente para que Fermín notara que algo escondía.

—Estaría encantado de compartir historias contigo, estoy seguro que tienes una muy interesante.

—E intensa... —no sé por qué afirmé aquello. Creo que necesitaba descomprimir la angustia que comenzaba a asfixiarme.

—Estoy que muero de ganas por conocerla...

Le lancé una mirada cínica que repelió con una de sus demoledoras sonrisas.

Desvíe la mirada, y no porque el paisaje fuera más atractivo de lo que era mi compañía. Sí, era atractivo, pero resultaba agotador luchar contra la fuerza gravitacional que tenía su mirada.

El mar calmo se mecía entre las diferentes formaciones rocosas que emergían entre la espuma. No era una playa apta para nadar o hacer algún tipo de actividad acuática.

No se trataba de un día caluroso tampoco, pero el agua se sentía demasiado tentadora. Apoyé mis sandalias sobre una roca alta y musgosa y arremangué mis pantalones antes de adentrarme un poco más entre la espesa espuma blanca.

Sentí una electricidad en el cuerpo cuando a mis espaldas percibí que acortaba la distancia que nos separaba.

—Deberías de haber aceptado la muda de ropa que te conseguí.

—Debería... pero nunca hago lo que debiera...

Una risa mansa fue devorada por la rompiente lejana. Pasó por mi lado y se adentró unos cuantos pasos en el mar.

La postal era mucho más de lo que podía soportar. Sentir que rellenaba cada agujero por el que la felicidad se había escurrido por tantos años, resultando un placer abrumador.

El control se escapaba de entre mis dedos como arena seca. Cada segundo que pasaba a su lado me dejaba más expuesta a mis propias vulnerabilidades.

Y no soy una persona que se resigne a quedar a la merced de nada ni de nadie, mucho menos de las emociones.

Frenético, mi corazón bombeaba sangre a toda velocidad. Necesitaba pensar en otra cosa, o dejar de pensar en absoluto. Cerré los ojos e intenté apagar mi cerebro. Mi cabeza daba vueltas entre ideas descabelladas y cuando creí haber perdido la razón por completo, uno de esos arrebatos que no duran más que un par de segundos se apoderó de cada músculo de mi cuerpo. El ímpetu me hizo patear una potente cortina de agua en dirección a Ferguson.

La intención si bien era en principio alivianar la carga emocional que me afligía, tuvo un efecto impensado pero lógico, si mis neuronas no hubieran entrado en cortocircuito.

Fermín no pareció afectarse en lo más mínimo por el impacto del agua contra su espalda y trasero. Se giró lentamente hacia mí y a pesar que nos separaban unos cuantos metros, litros de agua salada y un par de rocas, la intensidad de su mirada colisionó contra la boca de mi estómago de inmediato.

Su mano acarició el mar con dulzura, pero la ráfaga de agua que impactó contra mi pecho y rostro lo hizo con violencia.

—¿Pero qué...

Bueno, toda acción tiene su consecuencia... no necesitaba que me lo explique.

No necesitaba que nadie me explique que hay acciones y reacciones que se suceden en cadena, de eso se trata la vida...

Nuestras miradas no estaban dispuestas a soltarse. Mi corazón martillaba con tanta fuerza que ya comenzaban a dolerme las costillas y entonces, dio un paso en mi dirección.

La oleada de cosquillas que recorrió mi piel poco tenía que ver con el agua que rozaba mis pantorrillas. Cuando dio el segundo paso, la necesidad de acortar la distancia que nos separaba se convirtió en agonía.

Necesidad... dio el tercer paso. El tiempo se estiraba con pasmosa lentitud en lo que refería a todo lo que sucedía a mi alrededor, pero la velocidad de mis pensamientos se incrementaba, al mismo tiempo que la lucidez, pujaba por recuperar el control.

Sentir, experimentar, tener... Era todo lo que necesitaba, pero, ¿era lo que quería?

Cuarto paso... ¿y luego qué? Estaría a su merced, me convertiría en una adicta a su piel, estaba segura que lo haría. Podía engañar a todos, pero no a mí misma. No estaba lista para enfrentarme a esto. Por más que lo necesitara con todo mi cuerpo, empezando por mi corazón.

El quinto paso, y mi piel ya reaccionaba a la cercanía de su calor.

Su intensa mirada lograba pulverizar cualquier intento de razonamiento. No quedaba tiempo para decidir y aun teniendo todo el tiempo del mundo, no podría haberlo hecho.

Fue el abismo que se abrió en la boca de mi estómago el que hizo que mis rodillas fallaran. Intentando mantener el equilibrio di un paso hacia atrás y entonces fue cuando la decisión, voluntaria o no, fue tomada.

Mi talón chocó con una piedra que juraría, un segundo antes no estaba allí.

Nunca fui torpe, mucho menos al límite de tropezarme con mis propios pies. ¿Era este el poder que Fermín Ferguson ejercía sobre mí?

Al intentar recuperar el equilibrio, mi pie se apoyó sobre el filo de otra roca y entonces el latigazo de dolor fue insoportable. Caí sobre una mezcla de arena y espuma, por poco los brazos de Fer lograron amortiguar el golpe. Un brazo me rodeaba la cintura, el otro se extendía mientras su mano se apoyaba con firmeza sobre la arena. Mis piernas y las suyas se entrelazaron de tal manera que nuestros torsos quedaron encajados entre sí con una perfección absoluta.

Sus labios apenas rozaron los míos cuando otro latigazo de dolor le recordó que los errores se pagan, y las indecisiones también.

No pude ahogar el grito.

—¿Qué sucede, te hice daño?

—Mi tobillo —respondí con un tono de voz agónico—, creó que me lo torcí.

De alguna misteriosa manera la mano de Fermín que se enterraba en la arena ahora me sujetaba por detrás de mis rodillas y con una fuerza que me sorprendió logró ponerse de pie. Nos alejamos del mar hasta encontrar arena seca, donde con y suavidad me ayudó a sentarme.

La inflamación comenzaba a notarse y las oleadas de dolor embestían más fuerte con cada pulsación. Sus manos tomaron mi pie y procedieron a rotarlo con gentileza.

—Es un esguince. Debemos aplicarte hielo de inmediato.

Miré a mi alrededor. Era imposible conseguir hielo en aquel desértico páramo.

—Deberíamos regresar a San Francisco.

—Lo haremos, pero antes pasaremos por un centro médico, no puedes viajar así. Que te hagan una placa o algo para asegurarnos que no es nada grave.

Negué compulsivamente con la cabeza.

—Es un esguince, tú lo dijiste. No pienso ir a una guardia, ni a un especialista. Además, estoy empapada. Llévame a mi casa.

—Dani...

Aparté los ojos de mi tobillo deformado cuando escuché ese apodo brotar de sus labios. Con mi mirada ahora fija en la suya, lo enfrenté.

—No voy a ir a ningún sitio que no sea mi casa... —reafirmé, mi intento de sonar convincente, dio buenos resultados.

—Okey... caprichosa...

Resoplé, pero no lo contradije. Realmente estaba adolorida y se me empezaba a enfriar el cuerpo. Eso y que quería salir de allí, huir de ese paradisíaco sitio que sabía, quedaría grabado en mis recuerdos para siempre, ese lugar y las emociones que se me escaparon junto a aquel beso frustrado.

—Necesito que te pongas de pie y que subas a mi espalda.

—¿¡Que!?

Entendí muy bien lo que me pidió, lo que no entendía era el por qué.

—Tenemos que subir por las escaleras y no lo lograrás pisando con tus pies. Además, haremos más rápido de esta manera.

—Déjame intentar.

—No puedes apoyar el pie... No seas caprichosa.

Me puse de pie en un brinco sobre mi pie sano, pero apoyé el otro con delicadeza sobre la arena. El dolor no era más fuerte del que ya sentía estando sentada.

—¿Ves? No es tan grave como lo quieres hacer ver.

Fermín clavó su mirada marina en la mía. Aun se encontraba sentado sobre la arena con la suave brisa jugando con sus pequeños rizos dorados.

—Bien —dijo de pronto—. Andando...

Se puso de pie y sin volver a mirarme comenzó a andar de regreso a las escaleras por las que habíamos descendido.

Inspiré profundo antes de dar el primer paso.

Esto no iba a resultar tan simple como pretendía.

Apenas apoyé un pequeño porcentaje del peso de mi cuerpo sobre el pie esguinzado, el latigazo de dolor amenazó con llenarme los ojos de lágrimas mientras miraba a Fermín, o, mejor dicho, a su perfecta espalda dorada alejarse.

Tomé otra profunda bocanada de aire antes de avanzar. El segundo paso no resultó tan terrible, o quizá, me encontró mejor preparada para recibir la oleada de dolor.

Igual resultó el tercero, y la decena que le siguieron antes que Fermín volteara en mi dirección.

Nos separaba mucho más que el triple de pasos que con esfuerzo había logrado dar.

Eso no evitó que envarara la espalda y desafiara la sorna que desprendía su mirada.

—A este paso no llegaremos a San Francisco hasta mañana —espetó alzando la voz desde la distancia.

Gruñí de frustración. Mi orgullo se desinflaba como un salvavidas pinchado.

Puse los ojos en blanco antes de hacerle una seña con la mano para que se acercara.

—Aférrate a mis hombros, yo me encargo del resto.

Aunque estaba de espaldas y no podía ver su rostro, el tono de su voz al pronunciar aquello evidenciaba una radiante sonrisa.

No pude evitar el atisbo de una sonrisa en mis labios.

Se agachó lo suficiente para que pegara mi pecho a su espalda y sus brazos logaran rodear mis muslos.

Y así, emprendimos el regreso al vehículo.

No hablamos mucho mientras trepábamos, mejor dicho, Fermín trepaba los escalones sin denotar gran esfuerzo. Por mi parte, estaba demasiado aterrada como para entablar conversación.

Apenas respondí con monosílabos cuando me preguntaba si estaba bien o si necesitaba descansar.

No podía dejar de pensar en lo que casi sucediera en aquella playa.

¿Y si me hubiese besado? Me estremecí de solo imaginarlo. Mis cimientos temblaron, estaba aterrada.

¿Cómo era capaz de sentir tanto placer y terror a la vez? ¿Es que algo estaba mal conmigo?

Llegamos al aeropuerto en lo que me pareció un abrir y cerrar de ojos.

El sol casi rozaba el horizonte, mientras en mi cabeza una sola idea parecía tener lógica: El abismo, no estaba dentro de mi pecho, lo tenía sentado al lado.

Debía alejarme de aquel hombre mientras fuera capaz, o su fuerza gravitacional terminaría por devorarme.

Bajé del jeep ayudada por uno de los guardias de seguridad de Ferguson, éste le había ordenado que me ayudara a ascender por la escalera metálica que conducía al interior del jet.

No puse reparos, cualquiera era mejor que él para ayudarme. Y a pesar de la distancia que nos separaba, el arrítmico golpeteo de mi corazón parecía retumbar en las paredes curvas de la cabina.

Fermín se entretuvo hablando con el chofer mientras yo intentaba recuperar vanamente la calma. Las manos me traspiraban, y mi ropa parecía más mojada de lo que el mar la humedeciera.

—Puedes cambiarte en el camarote —por más suave y serena que sonara la voz de mi anfitrión, que entraba por la pequeña escotilla en aquel instante, me dio un susto de muerte que a poco pude disimilar con un brusco escalofrío.

Fermín extendía la bolsa de la casa de moda hacia mí.

—Te vendría bien recostarte un poco. En un rato te llevaré una bolsa con hielo para tu tobillo.

No tanto por la incomodidad de mi vestuario, avancé hacia él y arranqué de sus manos la bolsa negra decorada por los símbolos de aquella casa tan importante de moda y me dirigí hacia el camarote a sus espaldas. Me molestó no tener que titubear para encontrar el camino. Tampoco era que la cabina fuera tan grande como para perderse, pero esto me hacía sentir un grado demasiado alto de familiaridad con sus espacios. Algo más para agregar a la lista de “*cosas que no estaba acostumbrada a experimentar*”.

Me sorprendió la sencillez de aquel lugar. Apenas una cama de poco más de plaza y media. Un escritorio pequeño y un armario angosto. Vacíe sobre la cama el contenido de la bolsa. Un solero floreado y un bikini tan diminuto que me hizo sonrojar de solo imaginarlo cubriendo mis curvas. Ni siquiera estaba segura de que llegara a cubrir las del todo...

También encontré un par de sandalias de estilo playero que no me disgustaron.

La arena que comenzaba a secarse sobre mi piel me daba comezón. Mi mirada se dirigió a la única puerta que no era la de salida del camarote. Mis deducciones se transformaron en un acierto cuando la abrí y me encontré con un baño bastante completo. La ducha era espaciosa y dobladas sobre una serie de estantes que cubrían la totalidad de una de las paredes yacían varios juegos de toallas, de esas tan mullidas que no te dan ganas de quitarte de encima aun cuando han absorbido toda la humedad del cuerpo.

No lo pensé dos veces y me quité la ropa tan rápido como el punzante dolor en mi tobillo me lo permitió. Una vez que salí del baño volví la mirada a las prendas que esperaban sobre la cama.

Inspiré hondo y me calcé el solero por sobre la cabeza. Me quedó tan perfecto que la rabia brotó sin culpa. Las sandalias eran preciosas, pero me obligué a quedarme descalza. No las necesitaba para caminar, ya que mi pie debía estar en posición horizontal hasta que aterrizáramos en San Francisco.

Salí de camarote.

Atisbé de reojo que Fermín preparaba algo en la pequeña cocina.

Avancé rauda hacia las butacas y sin prestarle más atención me dejé caer sobre uno de los butacones de color crema, exhalando un quejido que me sorprendió mucho más a mí que a él.

—Pensé que te recostarías en el camarote. De seguro estarás más cómoda allí y sería mejor para tu tobillo.

En respuesta subí mi pie descalzo al pequeño puf que se encontraba a escasos centímetros de la butaca.

—Aquí estoy bien.

Después de trajinar un poco más en la pequeña cocina del habitáculo y mientras el Capitán anunciaba el próximo despegue, Fermín se acercó hasta mí sosteniendo una bandeja.

La apoyó con delicadeza sobre la mesa que separaba las butacas.

Un rápido vistazo no me bastó para reconocer todo su contenido. Había comida para alimentar a una tripulación entera, además de un sobre de gel frío que sin previo aviso tomó y colocó sobre mi tobillo.

Mi piel y el resto de mi humanidad reaccionaron al gélido contacto.

—Vamos, que te ayudará a bajar la inflamación —señalando con el mentón hacia la bandeja, prosiguió—. Tómate esa píldora, es un antiinflamatorio.

Fruncí el ceño.

—Mi padre es médico, y yo, un amante de los deportes extremos, ¿qué es lo que tengo que hacer para que confíes en mí de una puta vez?

Los sentimientos pujaban dentro de mi pecho en una batalla feroz; Por un lado, las ganas de

refutar hasta sus suspiros, por el otro, las de atrapar cada uno con mis labios.

Sonreí e hice el intento de relajarme.

Tragué la píldora ayudada de un sorbo de agua fresca.

No me di cuenta hasta ese momento cuando rasposa y seca se encontraba mi garganta.

—Verás que cuando aterricemos estarás mucho mejor.

Su sonrisa terminó de relajarme.

Asentí.

Un cosquilleo fue ganando centímetros en mi piel tan sigiloso como expectante.

Pero fue su mirada la que me transportó a una especie de limbo en el que mi consciencia se perdió de vista. Quizá fue ese el motivo por el cual lo que sucedió a continuación aun despierta en mí serias dudas que no haya sido algún truco de mi imaginación, o de las drogas que acababa de ingerir.

Consciente o no, cada detalle quedó grabado en la memoria de mis células, con una nitidez impactante.

Me encontraba en la cómoda butaca del jet, con Fermín sentado en la banqueta donde descansaba mi pie, sosteniendo con sus manos la bolsa de gel congelado sobre mi tobillo inflamado. Su mirada no se apartaba de la mía desde que adoptara aquella posición. Sus labios se entreabrieron y yo repasé los míos con mi lengua.

Una de sus manos soltó mi tobillo. Las yemas heladas de sus dedos emprendieron el viaje por la cara interna de mi pantorrilla. No me sobresalté ante su odisea, mi piel ardiente agradecía el bálsamo que su tacto ofrecía.

Como solicitando permiso, sus dedos dejaron de viajar en línea recta y comenzaron a trazar círculos alrededor de mi rodilla. Mi cerebro estaba demasiado entumecido, fue mi cuerpo el que reaccionó por su cuenta, separando apenas las rodillas que se apretaban entre sí.

Inspiré profundo cuando el viaje prosiguió. La humedad fría de sus dedos, estaba decidida a encontrarse con la húmeda calidez que se escapaba entre mis piernas.

Pero Fermín tenía ganas de hacerme desearlo un poco más, como si eso fuera posible...

El encaje de mis bragas se volvió de pronto más interesante que el contacto con mi piel. Incliné la cabeza y me mordí el labio inferior. Sus ojos brillaron, y la sonrisa que iluminó su rostro habló por sí sola.

El encaje dejó de ser un obstáculo y mi cuerpo se contorsionó de anticipación apenas avanzó por dentro de mis bragas. Sus dedos se empararon de mi humedad y me recorrieron entera, como queriendo memorizar cada milímetro de mi sexo, buscando cada punto capaz de generar explosiones de placer.

Mi espalda describió un arco perfecto cuando sentí sus dedos hundirse en la profundidad de mi ser. El mundo se detuvo y el avión en que viajábamos de regreso a casa pareció quedar estático, flotando en un punto fijo sobre las nubes bañadas del dorado resplandor que despedían los últimos rayos de Sol. La atmósfera de ensueño confundió a la poca lógica que aún poseía. Mis impulsos se colaron por esa brecha de límites difusos, el goce que su tacto me ofrecía era un deleite imposible de rechazar.

Dejé escapar un gemido y un gruñido retumbó en su pecho a modo de respuesta.

Fermín salió de mí y se dejó caer sobre sus rodillas frente a mis piernas entreabiertas.

Con ambas manos las separó aún más.

Las mías volaron hacia su rostro para acunarlo. Sus ojos se entrecerraron y las chispeantes motas verdes que flotaban en aquel mar color turquesa se volvieron el exilio que tanto anhelaba.

Un paraíso virgen en medio de la nada. Donde ni mi pasado ni mis fantasmas serían capaces de seguirme. Mi refugio.

Desde mis ojos hacia mi boca su mirada emprendió su propio viaje recorriendo mi cuerpo entero. Siguió por mi pecho que subía y bajaba enérgicamente. Mis pezones se traslucían erguidos por la delicada tela del solero que llevaba puesto. Ni siquiera llegaba a desear que me lo quitara cuando sus dientes atraparon uno de ellos por sobre la tela y tiraron suavemente de él logrando arrancarme un nuevo gemido.

Con uno de sus dedos aparto mis bragas aún más. El contacto entre mi humedad y el aire fresco de la atmósfera duró apenas un suspiro; su boca descendió hasta mi sexo y lo invadió de suave calidez.

Mi corazón martilló brioso contra mis costillas y mis sentidos quedaron a la merced del placer con que los suaves besos y caricias de su lengua expandieron los límites del éxtasis mientras destrozaba las barreras de mi juicio.

Mis dientes apretaron mi labio inferior con fuerza. Y mis manos se enredaron en los tirabuzones dorados que dominan su cabellera.

Nuestras miradas y gestos transmitían más de lo que las palabras conocidas pudieran traducir.

Los movimientos con que su lengua embestía a mi clítoris, ganaban intensidad a medida que las pulsiones del orgasmo incrementaban la amenaza de desarmarme en mil pedazos.

Me dejé mecer por la marea indomable, aferrándome apenas a ese mar revuelto que inundaba los ojos de aquel hombre que lograba lo que hacía tiempo no experimentaba con nadie.

Me entregué a la explosión que me arrastró a las profundidades, para luego lanzarme fuera de mi cuerpo, dispersándome hacia todas las direcciones. El gemido que brotó de mis entrañas retumbó en la cabina, un instante antes que el Capitán de la nave anunciara el próximo aterrizaje.

CAPÍTULO 11

Enfrentarme a mi reflejo en el pequeño espejo retrovisor fue duro.

Fermín subió a la camioneta para sentarse a mi lado en el habitáculo trasero.

—Deberías descansar... Tu tobillo no se recuperará de otro modo.

—Tengo un compromiso inaplazable —repliqué en tono neutro. Intentaba mantenerlo al margen tanto de mis pensamientos, como de mis planes. Pero más aún, de la revolución emocional que se agitaba como una bandada de pájaros dentro de mi tórax.

En lo que duró el viaje desde el aeropuerto a mi casa, concentré la atención en lo que pasaba del otro lado de la ventanilla y respondí a todos sus intentos por entablar una amena conversación con monosílabos o cortantes onomatopeyas.

No intentaba irritarlo, ni me arrepentía de lo sucedido en el vuelo. Era exactamente lo que necesitaba de él. Nada más que sexo. Aunque técnicamente ni siquiera podía considerar sexo a lo que acababa de ocurrir entre ambos. Por más que mi cuerpo aun vibrara por la fuerza de aquel orgasmo, eso no lograba apaciguar mi deseo de él, sino acrecentarlo aún más.

Daba igual, mi cabeza debía enfocarse en lo que sucedería esta noche. No tenía tiempo ni ganas de ponerme a analizar lo vivido durante ese largo y ajetreado día.

Cuando el vehículo se detuvo frente a mi casa Fermín me despidió con un dulce beso en la mejilla.

—No salgas esta noche... al menos prométeme que lo meditarás.

Por un par de segundos quedé sumergida en su dulce mirada, ¿acaso había un atisbo de súplica en ella?

Solo eran tontas ideas mías. Mi mente buscando motivos para posponer lo inevitable. La decisión estaba tomada, así que me obligué a salir a flote enseguida.

—Gracias Fermín. Que se repita... algún día.

Le arrojé una frugal sonrisa antes de descender del vehículo. Mi tobillo estaba mejor, aunque tampoco para lanzarme a correr una maratón.

Sentí los ojos de Fermín clavados en mi espalda mientras ascendía la escalera y abría la puerta de ingreso a la propiedad. Una escalera de cuatro pisos me esperaba por delante. Lo miré por encima de mi hombro a modo de despedida y cerré la puerta tras mis pasos, antes que la camioneta continuara su camino.

Procuré no pensar en nada más que lo que aquella noche me deparara. No tenía idea con lo que me encontraría, por lo tanto, debía estar lista para todo.

Mis motivaciones se balanceaban sobre una montaña rusa a punto de descarrilar. Por un lado, me cuestionaba los motivos que me llevaban a meterme en la garganta del mismísimo diablo. Por otro, el miedo de enfrentarme a aquel fantasma que me atormentaba desde que mis padres...

—Ya basta... Detente ahí —fue una voz clara la que sonó dentro de mi cabeza. Parecía la mía, pero no lo era. Ya no.

—Debo hacerlo. Ya habrá tiempo para cuestionarme el por qué. Tengo que verlo con mis propios ojos. Tengo que detenerlo, antes que vuelva a ocurrir...

Me aferré a esa determinación y me puse manos a la obra. Primero, con un cocktail de calmantes que no le permitirían a mi tobillo fastidiarme los planes. Segundo, una ducha bien

caliente que dejó mi piel al rojo vivo.

Y finalmente la elección del vestuario adecuado. No tenía la más puta idea de en dónde me estaba metiendo, así que opté por algo ni muy sobrio, ni tan llamativo.

La investigación que hice acerca de aquel club no arrojó resultado que significara un gran descubrimiento. Un lugar exclusivo y misterioso, principalmente visitado por hombres de negocios no muy legales. La única opción que tenía de entrar, era por la puerta de servicio. Así que merodearía la entrada trasera hasta que se me ocurriera algo.

Lo que se llama un gran plan.

Estaba a punto de agarrar el móvil y salir, cuando éste se puso a lanzar destellos y sonar como un cascabel.

Evalué las únicas dos posibilidades cuando vi la foto sonriente de Daro en la pantalla.

—Hola —sé que soné demasiado cortante y me arrepentí al instante. Mi amigo podía oler mi ansiedad a mil kilómetros de distancia.

—Hola... ¿estás bien?

Lo sabía... maldije en voz baja. Ahora debería convencerlo de que todo estaba en orden, de lo contrario, lo tendría el resto de la noche pegado a mi culo como a una estampilla.

—¡Claro Daro! Solo otro día largo y agotador de trabajo y justo me agarras saliendo a encontrarme con Mar a tomar unos tragos.

—¿Trabajo? Pero si hoy es sábado... pasé por tu casa hoy por la tarde. Creí que habías ido a pasarte el día con tu amiga.

—Si, trabajo... mi jefe se ha empeinado en cerrar un trato con un empresario y me tocó acosarlo en un evento corporativo. Una mierda, pero, me prometió una oficina más bonita...

El insulto que murmuró mi amigo fue algo irreproducible.

—Y tú, ¿necesitas algo? ¿Para qué me buscabas?

Se hizo un corto pero profundo silencio al otro lado de la línea.

—Tengo algo para ti. Y quería que hablemos.

Apenas pronunció aquellas palabras se abrió un vacío en mi estómago. Un vacío que comenzó a succionarme los ánimos como un vampiro bebería sangre.

—¿Podemos hacerlo mañana?

—¿Planeas quedarte con tu amiga mucho tiempo?

—¿Tienes algún problema con eso?

¿Acaso eran celos lo que percibía en su tono de voz? Vamos, esto no podía estar pasando...

Ante el silencio que se produjo al otro lado de la línea, proseguí:

—No con Mar, pero quien sabe lo que puede suceder esta noche... Quizá conozca a mi futuro marido.

Me quedé esperando una carcajada del otro lado de la línea que nunca llego.

—Que se diviertan entonces...

Antes que pudiera despedirme, había cortado la comunicación.

¿Pero qué carajos le sucedía a Daryl?

Traté de convencerme que eran tontas ideas mías. Había tenido demasiado por un día y debía estar preparada para lo que faltaba. Podrían ser celos, pero no otros más que los que siente un hermano o un buen amigo. Es que eso éramos, y no cabía posibilidad que la relación que manteníamos se transformara en otra cosa.

Terminé de vestirme y salí. Cargaba una pequeña mochila con elementos básicos que de seguro no servirían para nada. Pero tenía que estar preparada.

Tomé un taxi hasta el exclusivo club de Tenderloin.

No era muy tarde, pero la hilera de gente agolpada en la puerta me dejó atónita. ¿Qué demonios pasaba en aquel lugar? ¿Lograba toda esa gente ingresar en algún momento?

Un auto negro se detuvo a pocos metros de la entrada. De él bajó un hombre que no llamaría la atención de nadie que no supiera identificar el impecable traje de sastrería italiana y el radiante reloj de oro que brillaba en su muñeca. Además, el séquito de guardaespaldas que lo rodeaban no dejaba lugar a dudas que se trataba de alguien importante, y con mucho dinero.

Las dos montañas humanas que custodiaban la entrada, le abrieron paso al hombre y su séquito sin que éste amagara a aminorar la marcha.

Quise tragar la pelota de nervios en que se convirtieron mis cuerdas vocales pero mi garganta volvía a estar seca como si hubiese engullido un puñado de arena.

Busqué la entrada de servicio por los laterales, pero tuve que dar la vuelta a la manzana y meterme en una especie de pasillo oscuro y maloliente para dar con la pequeña puerta donde un pequeño grupo de jóvenes fumaban y conversaban animadamente. Me acerqué simulando seguridad y algo de misterio.

Observaba la puerta cuando una de las mujeres se me acercó.

—¿Qué se te ha perdido muñeca? Por esta puerta solo acceden los que trabajamos aquí, por si no llegaste a leer el cartel al principio del pasillo.

Apenas le eché un vistazo en el que sobresalieron su corte carré de color lila claro, unos ojos negros redondos y brillantes y las uñas casi tan largas como los dedos que sostenían un cigarro a medio fumar, pintadas de un violeta oscuro.

—Me ha enviado la agencia a hacer un reemplazo...

La muchacha frunció el entrecejo con gesto desconfiado.

—Agencia ¿qué agencia?

Puse los ojos en blanco mientras simulaba buscar un papel en mi cartera.

—No lo sé, me he anotado en tantas... me llamaron hoy, una mujer... no recuerdo su nombre —farfullé con aire pensativo—, solo sé que necesitaban un reemplazo...

—¿Para camarera, bailarina? Sandy no me ha dicho que alguna de las chicas fuera a faltar.

“Sandy” ya tenía un nombre. Ni la más remota idea de quién era o cuál era su función, pero era algo por lo que empezar.

—No pregunté, necesito el dinero... tú sabes —intente soñar despreocupada—. Sandy debe estar esperándome, no quiero decepcionarla el primer día... ¿podrías llevarme con ella?

Después de pesquisar me descaradamente, arrojó el cigarro al piso y lo apagó con la puntera de sus increíbles zapatos de taco aguja.

—Sígueme... —me ordenó sin mirarme.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunté, mientras me apuraba a seguir sus pasos.

Atravesamos la puerta oxidada que nos condujo a un pasillo oscuro y cargado de olor a humedad.

—Por aquí... Me llamo Kira, por cierto. Veamos qué es lo que Sandy tiene preparado para ti...

Me recorrió un escalofrío. Todo estaba saliendo demasiado bien, pero ¿cuánto más podía sostener aquella mentira?

—Espera...

Kira se frenó y tardó un momento en girarse hacia mí.

—¿Hay un baño por aquí cerca?

La chica de pelo lila resopló y apuntó con el mentón al pasillo que se abría paso a mi derecha.
—Al fondo, a la derecha.

No parecía tener intenciones de acompañarme, lo que tiraba abajo mis planes.

—No debería decirlo, pero, soy algo despistada y suelo perderme con facilidad en lugares desconocidos... ¿me harías el gran favor de acompañarme?

—Oye, ¿enserio?

Su mezcla de indignación y hastío comenzaba a exasperarme más que representar el papel de idiota.

—Por favor... —insistí con un hilo de voz.

—Bien, pero más te vale que sea rápido. A Sandy no le gusta esperar...

Avancé por el tétrico pasillo sintiendo la húmeda respiración de Kira en la nuca. Me giré apenas señalando con un dedo índice la primera puerta a la derecha.

Kira me empujó de manera poco gentil contra la puerta vaivén.

No dejé de representar mi papel de idiota, aunque no pude disimular el atisbo de sonrisa.

Apenas la puerta se balanceó dejándonos dentro del sanitario, actué con la rapidez de una gacela.

Confiaba que la expresión de sorpresa de Kira cuando giré sobre mis talones tomé su cabeza con una de mis manos y se la estampé contra el lavabo, le procuraría la confusión suficiente cuando despertara y me aseguraba que la confusión fuera tal, que siquiera recordara haberse cruzado conmigo. La pobre quedó tirada en el suelo en una posición poco agraciada.

Me costó más de lo que suponía acomodarla sobre uno de los retretes sin que se resbalara como un tallarín cocido. Saqué la cinta adhesiva de mi bolso y me encargué de aferrarla al retrete, atar sus manos y pies y tapar su boca. Trabé el pestillo de la puerta del baño al salir y coloqué un cartel de fuera de servicio en la manija, que vi de casualidad en una puerta contigua.

Avancé a toda velocidad por el pasillo en dirección a donde supuestamente encontraría a la tal Sandy.

El murmullo fue acrecentándose, así como los nervios que contorsionaban mi estómago.

La ambarina luz que bañaba parte del pasillo atrajo mi atención hacia la misma puerta de la que provenía el ruido.

Ingresé a lo que parecía un camerino descuidado y deprimente, que contrastaba con el grupo de chicas cuya vestimenta consistía en sugestiva ropa interior brillante que a duras penas cubría pieles que brillaban más aún.

Pero lo que atrajo mi atención, fueron los maquillajes artísticos que cubrían sus rostros. Una de las chicas lucía el diseño de un tigre, había otra cuyo rostro retrataba un arlequín, y otra parecía un cisne.

—¿Quién eres tú? No puedes estar aquí...

La voz que pronunció esta directiva no se condecía con la imagen que encontré cuando me volteé hacia mi derecha.

No podía deducir si se trataba de un hombre o una mujer. Su altura superaba el metro ochenta y vestía una túnica de varias tonalidades de violeta. El corto cabello que cubría su cabeza y cejas era blanco, al igual que el de la piel que asomaba bajo el exquisito maquillaje.

—¿Eres Sandy?

El o la aludida, se sobresaltó; lo que me bastó como respuesta.

—No has respondido a mi pregunta...

—Cat... —casi me muerdo la lengua al percatarme que los nervios me estaban nublando el

juicio, no podía pronunciar aquel nombre—. Catrina. Kira se descompuso y tuvo que marcharse. Soy su amiga y vivo cerca, me pidió que por favor la reemplace.

—Pero... ¿cómo?, ¿dónde está Kira? ¿Cómo es que no me ha dado parte de sentirse mal y ha decidido que eres su reemplazo de esta forma tan arbitraria? ¡Esto no tiene sentido! —el desconcierto iba siendo desplazado por el pánico en la mirada translúcida de Sandy.

Es que ella quería avisarte, fui yo quien le dijo que se marchara. Que iba a encargarme... lo siento, no quería ocasionar un problema sino evitárselo. Dime qué es lo que quieres que haga. Aquí estoy, no tienes que pagarme, le debía un favor a Kira...

El ceño de Sandy se relajó imperceptiblemente. Y un instante después, me estaba recorriendo de punta a punta con la mirada.

—No tienes el cuerpo de Kira... ¿has traído vestuario?

Mis curvas eran más pronunciadas que las de la chica que parecía salida de un desfile de alta costura.

Alcé las cejas y me encogí de hombros a modo de respuesta.

Sandy revoleó los ojos y exhaló un largo suspiro.

—Detestó este trabajo —murmuró con resignación, veamos qué puedo conseguirte.

No se trató de ninguna proeza. Ni mi ropa interior más sexy era así de diminuta.

Procuré cubrir el resto de mi piel con tanta purpurina como tuve a mi alcance, mientras el resto del plantel me miraba con extrañeza.

—Catrina, ¿ya terminaste con eso? Te toca el maquillaje. ¿Tienes en mente algún diseño en particular o prefieres que decida yo?

En el corto lapso de tiempo compartido con Sandy, no dejó de evaluarme ni por un instante. Al principio temí que descubriera que yo era la araña y no la inocente mosquita que se envolvía en la red con cada movimiento. Pero su ánimo se fue apaciguando poco a poco, no sé si porque yo era demasiado buena en el arte del engaño o si la mezcla de adrenalina, miedo e inexperiencia que se me escapaba por los poros le resultaba excitante de algún modo.

—Decide tú... —respondí, y me entregué a sus habilidosas manos.

Ya no quedaba nadie más en el camarín cuando Sandy terminó su labor. La música que provenía del piso de arriba sacudía las paredes, aunque sonaba amortiguada y distante.

—Te acompañó hasta el salón. Espero que sepas hacer el trabajo tan bien como Kira.

—Respecto a eso... Kira no fue muy detallista respecto a cuál era su trabajo.

Un destello de diversión brillo en los ojos de Sandy.

—Tú solo observa a tus compañeras y haz lo mismo que ellas, pero mejor. ¿Quieres echarte un vistazo antes de salir al escenario?

Mis ojos siguieron la dirección en que apuntaba su mentón.

No sé qué me paralizó más, la palabra “escenario” que había quedado retumbando en mi cráneo o la imagen que me devolvió el espejo.

Las habilidades de Sandy me resultaron exquisitas en el maquillaje de las otras chicas, pero al ver lo que logró conmigo me quedé sin palabras.

Mi rostro se había transformado en una auténtica Catrina. Una calavera mexicana en el que mis ojos aguamarina resaltaban entre vetas de sombras púrpuras y rosadas. Mis pómulos se afilaban en blanquecinos huesos y mi boca desapareció debajo de una macabra pero burlona sonrisa dentada.

Nunca fui insegura de mí misma, mucho menos narcisista; pero no podía quitarme los ojos de encima. Era como si me viera por primera vez frente al espejo. No era Daniela, no era tampoco el

fantasma de mi pasado. Era ambas y ninguna. Alguien nuevo, pero de quién era más consciente que cualquier alter ego.

—Vamos niña, que ya llevas bastante demorada —me apresuró Sandy.

Subimos una escalera angosta hasta desembocar en otro pasillo, allí la música aturdía. Una mezcla extraña de tango y electrónica que resultaba muy sensual.

Seguí a Sandy quien no aminoró el paso en ningún momento.

—Es por ahí. Si tiene dudas, Mindy puede darte una mano. ¡Suerte Catrina!

El dicho “*ser lanzada a los leones*” nunca fue mejor aplicado para graficar una situación.

El escenario detrás del telón negro a través del cual Sandy acababa de arrojarme, se trataba de una serie de tarimas conectadas por pasarelas. Las chicas que hacía unos instantes me acompañaban en el diminuto camarín, derrochaban sensualidad sobre éstas, mientras sujetos de miradas libidinosas se encandilaban con sus cuerpos semidesnudos. Algunas, realizaban acrobacias enroscadas sobre caños de pole dance. Otras, simplemente se mecían al ritmo de la música.

—Hola, soy Mindy —se presentó una pelirroja cuyo rostro representaba el de una especie de elfa o hada—. ¿Pole o Lap Dance?

Mi misión se había puesto en marcha. Mientras Mindy aguardaba por mi respuesta, mis ojos persquisaban el sitio intentando captar la mayor cantidad de detalles posibles.

Entradas, salidas de emergencia, puntos ciegos, escaleras, seguridad. Fue entonces cuando descubrí un segundo piso vidriado. Allí reconocí algunos rostros que no creí volver a ver en mi vida. Se me heló la sangre dentro de mis venas.

—¡Hey! ¿Qué habilidades tienes?

Las palabras de Mindy no parecían surtir ningún efecto.

—¿Qué es aquel lugar?

—El VIP.

—¿Allí no hay bailarinas?

—Solo si las solicitan. Pero deberás esmerarte mucho para que noten tu presencia. Quedándote aquí parada no creo que consigas llamar su atención...

Mi atención volvió entonces a mi interlocutora.

—¿Pole o Lapdance?

—Lo que sea que me lleve allí arriba.

Mindy soltó una carcajada antes de responder.

Ven, me gusta tu actitud.

Terminé sobre una tarima en diagonal al amplio ventanal del VIP. Mis posibilidades parecían haber pasado de escasas a nulas si mi intención era ser vista por los jefes de las bandas criminales que había reconocido allí arriba. Hombres que creía presos o desaparecidos hacía mucho tiempo.

Intenté imitar los pasos de las otras bailarinas. Pero sentía que mis movimientos eran torpes y desincronizados comparados con quienes hacían aquello todas las noches. Entonces, dos sujetos bajaron de las escaleras que llevaban al VIP y comenzaron a acercarse una a una a las tarimas. Seleccionaron a un par de chicas antes de acercarse hasta mí. Los nervios me jugaron una penosa pasada y hasta creí haber visto una sonrisa burlona en uno de ellos antes que se voltearan hacia la bailarina que ejecutaba su arte con maestría en una tarima cercana. Fue la tercera elegida.

Mierda.

Fue entonces que Sandy se asomó detrás del telón por el que un rato antes, me había lanzado.

Las seleccionadas avanzaron hacia aquella dirección a través de las pasarelas.

Cuando desaparecieron tras éste, las seguí.

Sentí la voz de Mindy gritarme algo, pero hice caso omiso.

Apreté el paso para situarme detrás de las elegidas que avanzaban mientras Sandy lideraba el camino.

Salimos a unos pocos metros de la escalera del VIP. Eso significaba que el único ascenso era por aquel lugar.

Sandy dejó pasar a las chicas, pero colocó una mano en mi pecho frenando mi avance cuando intenté seguirlas.

—¿A dónde crees que vas, muñeca?

—Escucha Sandy —por un momento se me cruzó por la mente que lo mejor era sincerarme. Podía engañar a cualquiera, pero Sandy sospechaba que pasaba algo conmigo desde el primer cruce de miradas—... ¿Enserio quieres saber por qué quiero entrar allí? ¿Qué prefieres, que te cuente mis planes con lujo de detalle para que intentes sacarme de aquí por la fuerza y darme así la oportunidad de montar un escándalo en una noche tan importante? Sé muy bien que lo último que les apetece a los caballeros que invaden aquella sala es un problema... Y no creo que dudes de mis habilidades para generar uno.

Sandy ya no sonreía, y su mirada se convirtió en un trozo de humeante hielo seco.

Dando un paso hacia atrás me dio la bienvenida al VIP. Aunque no fue el último obstáculo a sortear antes de poder ingresar al exclusivo habitáculo...

Subí las escaleras y me enfrenté a la puerta de acero y vidrio blindado.

El sujeto al otro lado me observó con desdén, y luego, volvió a Sandy con la mirada antes de cederme el paso.

Una vez dentro, y a pesar de estar casi desnuda, procuré mezclarme sin llamar la atención.

Con cautela, intenté memorizar cada rostro, nombre y conversación. El tobillo comenzaba a fastidiarme. Así que arranqué un vaso de whisky de la bandeja que un mozo paseaba por la sala. Éste me dedicó una mirada poco feliz a la que hice caso omiso.

Tragué el contenido en un largo y pronunciado sorbo.

Y menos mal que lo hice, de lo contrario, hubiera sido incapaz de asimilar lo que ocurría a mi alrededor sin entrar en pánico.

Mi informante tenía razón, algo realmente importante y turbio estaba a punto de suceder.

Reconocí a la mayoría de los líderes de las castas que contaminaban con su podredumbre mi ciudad. Y a pesar de no entender ningún fragmento de conversación que llegaba a mis oídos, casi me hago pis encima cuando escuché aquel nombre.

—No debe demorarse mucho más. Es El Adversario, nadie de los presentes en su sano juicio se atrevería a cuestionar el momento en que decida aparecerse, pero, la ansiedad puede jugarlos en contra si no lo hace pronto...

No me atreví a voltearme y darle rostro a la voz que acababa de pronunciar aquello.

Ni siquiera fui capaz de mover un músculo cuando todo a mi alrededor se volvió una pantalla en negro sobre la cual comenzaron a proyectarse fragmentos de recuerdos que luché toda mi vida por mantener a raya.

En el parque de la casa de los suburbios, mi perro Frankie y yo jugábamos con el chorro de agua que brotaba de la manguera, cuando escuché a mi madre gritar mi nombre. Era tarde. El auto negro que pasaba frente a la casa bajó apenas la ventanilla tintada y una pequeña circunferencia plateada brilló al ser alcanzada por los rayos del Sol. Y luego, una explosión; y

otra... Frankie ladró de una manera que jamás hube escuchado. Su pelaje dorado de pronto se salpicó de motas de un rojo brillante y espeso.

Mi madre ya no gritaba.

El Adversario fue el hombre que hizo que mi padre terminara preso, y mi madre, muerta.

El mundo volvió a encenderse, cuando el sonido de los murmullos fue apagándose súbitamente y nada tenía que ver con mi momento reflexivo.

Una puerta de doble hoja al fondo del salón se abrió. Y mi estómago se apretó en un nudo.

Hay pocos momentos de mi vida que no puedan ser puestos en palabras, ese fue uno de ellos. Ver ingresar a Tony ante la atenta mirada de los presentes, con su frente en alto y su mirada leonina clavándose en cada uno de ellos, reconociendo con desprecio y altivez cada rostro.

No podía ser él. Sencillamente, Tony River no podía ser El Adversario. El hombre que había destruido mi vida, cercenado a mi familia; Y yo, entregándome a él como un trofeo, aguantando sus maltratos, soportando sus abusos.

¿Sabría quién era yo realmente? ¿Se regodearía de mi ignorancia mientras yo intentaba encontrar al asesino que siempre tuve frente a mí?

—Buenas noches. —su voz resultó un poco más alta que un susurro grave—. Lamentó decepcionarlos, sé que no soy a quien esperaban. El Adversario me ha enviado en representación de su respeto y ansias de lograr al fin la unidad por la que ha trabajado por más de una década.

¿Era eso cierto, Tony era sólo el representante de El Adversario o se trataba de uno más de sus engaños?

—Comprenderán los riesgos que todos corremos al estar reunidos en este lugar. Y nuestro socio valora incommensurablemente vuestra valentía. Es por eso que al término de la velada verán una generosa colaboración en vuestras cuentas, una demostración de la gratitud que nuestro líder siente ante su generosa fidelidad.

Mientras Tony continuaba con su discurso, mi cuerpo se iba cubriendo de un sudor frío. Las manos me temblaban y el corazón martillaba cada vez con más ímpetu detrás de mis costillas.

Necesitaba salir de allí.

¿En qué mierda estaba pensando cuando planeé todo aquello?

Nunca me sentí tan estúpida y aterrada a la vez.

Tan atónita me encontraba, que apenas sentí unos dedos cálidos envolverse en mi antebrazo. Me giré con brusquedad para toparme con un par de ojos de azul acero

—¿Qué mierda haces aquí?

Me costó reconocer su rostro debajo del sombrero de vaquero.

—Te conozco...

—¿Tienes idea del peligro que corres estando en este lugar? Los criminales más peligrosos están reunidos en esta habitación donde tú te paseas semidesnuda...

El frío sudor fue reemplazado por el calor de la vergüenza.

—Tengo mucha idea, gracias. Tú no me conoces, tampoco tu jefe. ¿Acaso te mandó a seguirme?

Brandon Khaan, el hombre de confianza de Fermín Ferguson no movió ni un músculo de su pétreo rostro cuando le lancé la pregunta. Pero sus ojos no dejaban de pasearse a nuestro alrededor.

—Ven, te sacaré de aquí.

—Yo no me voy a ningún sitio.

La brusquedad con la que me zafé del agarre de sus dedos, atrajo atención indeseada.

Khaan sonrió por primera vez. No era nada despreciable ver esa hilera de perfectos dientes blancos asomar entre sus labios. No tenía el encanto de su jefe, pero no estaba nada mal.

—Está bien, está bien... ¿quinientos dólares por un baile?

Su desubicado comentario atrajo más miradas. Sobre todo, la de las otras bailarinas que se paseaban por la sala.

Volví la mirada a mi interlocutor junto a una amplia sonrisa.

—Tú y tu jefe... no saben con quién se están metiendo —siseé entre dientes, sin perder la sonrisa. Justo cuando Tony terminaba su discurso y todos los presentes se acercaban a saludarlo.

Escoltada por Brandon Khaan, avanzamos en la dirección contraria a la que había tomado Tony. Por suerte, la concurrencia perdió el interés en nosotros y lo concentró en el anfitrión.

—¿En serio tu jefe te envió a hacerme de guardaespaldas?

—Tú no deberías estar aquí. ¿No fue lo suficientemente claro cuando te pidió que no salieras esta noche?

—Un momento —me giré para enfrentarlo—. No estás aquí por mí.

—No eres el centro del universo... y la verdad, es que no estoy aquí para ser tu guardaespaldas, pero ahora que te entrometiste en mis planes, las prioridades cambiaron.

—Sé cuidarme sola...

A modo de respuesta, su mirada se desvió hacia la puerta de acero y vidrio blindado por la que había ingresado a la sala.

—Mierda...

Me escabullí tan rápido como reconocí el cabello turquesa de Kira. Khaan apenas se volteó hacia mí cuando su intuición ya era un hecho.

Lo cierto es que no pensé demasiado. Y por escaparme del lobo, me enfrente al mismísimo Satanás.

Nuestros cuerpos colisionaron al igual que sus penetrantes ojos felinos se chocaron con mi mirada escurridiza.

— Pero qué tenemos aquí... —siseó entre labios apretados en una iridiscente sonrisa.

Me giré buscando a Khaan, pero al hombre de confianza de Ferguson había sido tragado por la muchedumbre que nos rodeaba a Tony y a mí.

—No suelo visitar sitios como este, pero tengo la sensación que los hemos visto antes... —las palabras de Tony me erizaron los pelos.

Separé los labios para responder con una contundente evasiva, pero temí que reconociera mi voz.

Retrocedí un paso para chocarme con alguien.

—¡Catrina!

Fui yo quien reconoció la voz que me llamaba por ese nombre inventado. Era Sandy. Mis ojos no tardaron en ubicar sus casi dos metros de altura, su corta cabellera platinada resplandecía aún bajo la suave luz dorada que bañaba la sala. A su lado, Kira, clavaba su furia en cada centímetro de mi ser.

Con Tony ahora a mis espaldas y Kira y Sandy acercándose por el frente, podría haberme paralizado. Pero algo se activó dentro de mí. Quizá esa personalidad que se tomaba más en serio sus deberes y no se sentía amenazada por los obstáculos que se presentaban ante sus metas. Un simple movimiento de mi brazo bastó para que aquella importante velada se transformara en un colosal desastre. Mi palma se estampó contra el cristal de la copa que un sujeto sostenía abstraído en una conversación con otro. Y su contenido se derramó en el delicado traje de otro que hacía lo

propio de espaldas. Este último se giró con cara de pocos amigos, y yo no me quedé lo suficiente para disfrutar del espectáculo en primera fila. Los empujones y gritos no demoraron. La tregua que se sostenía con alfileres entre hombres tan poderosos y la puja de poderes adormecida que se olfateaba en el aire, se mezclaron como sustancias químicas capaces de crear un explosivo letal.

Como pude y sin detenerme en los modos, logré escapar del tumulto y me encontré de pronto frente a la puerta por la que Tony había hecho su ingreso.

Con Sandy y compañía fuera de cuadro, y sin que nadie a pareciera prestarme demasiada atención simple vista, me escabullí hacia el salón contiguo donde me topé frente a un nuevo y peligroso obstáculo[CA1].

CAPÍTULO 12

Coloqué las manos a los costados de mi cintura y erguí la espalda como si no estuviera semidesnuda. Los dos hombres del tamaño y contextura de los orcos de un juego de realidad virtual me miraban como si no hubieran cenado en días.

—¿Y a qué esperan? El señor River los ha mandado llamar. La situación se está descontrolando y es posible que se queden sin jefe si no van y hacen el trabajo por el que les paga.

Estoy segura que eran rusos, o de algún país nórdico de Europa porque no parecieron entender una sola de las palabras que acababa de pronunciar.

Después de un corto duelo de miradas no tuve más opción que recurrir al plan de emergencias: Señalando un punto fijo por detrás de ellos y no sin antes tomar una gran bocanada de aire exclamé:

—¡Fuego!

Bingo. Ambos se voltearon a buscar la inexistente distracción.

Aprovechando la confusión, me moví tan rápido como pude, escabulléndome entre ambos hacia una puerta lateral que, rogaba, se encontrara abierta.

—¡Alto! —gritó uno, justo cuando cerraba la puerta tras de mí.

No atiné a ver lo que sucedía a mi alrededor mientras atravesaba la habitación como un bólido, por lo que no puedo asegurar que alguno de los hombres no haya sacado un arma. No me costó autoconvencerme que era solo un producto de mi imaginación.

El tobillo comenzaba a fastidiarme, me quité los zapatos mientras corría como si me persiguiera el demonio mismo. Avanzaba por un pasillo ancho y oscuro atravesado por tenues rayos de luz proveniente de una hilera de ventanales que daban al callejón. Las puertas que se disponían del lado contrario, parecían no haber sido abiertas en años. De todas maneras, di por sentado que ninguna me conduciría a la salida.

Mi camino tomó un giro obligado hacia la derecha, y casi me echo al piso por la frustración me provocó ver que a unos pocos metros se erguía un macizo muro de ladrillos.

Casi me daba por vencida cuando atisbé una puerta vaivén a uno de los lados.

Me lancé a atravesarla con los pasos y gritos de mis perseguidores pisándome los talones.

Me encontré en una amplia cocina desierta. Las luces blanquecinas del exterior, rebotaban contra el mobiliario y demás utensilios de acero.

En el rápido vistazo que eché a mí alrededor, no vi ninguna otra salida más que la misma entrada. No tendría más remedio que buscar un lugar donde esconderme hasta que mi mente bajara las revoluciones y me permitiera pensar con algo de lógica.

Encontré un recoveco entre las mesadas, así que me lancé al suelo encogiéndome al máximo de mis posibilidades justo en el instante en que un chirrido llenó el silencio de la cocina.

La puerta se abrió con lentitud desesperante, y unos pasos lentos pero firmes comenzaron el recorrido por uno de los pasillos entre las mesadas y estanterías plateadas.

Me cubrí la boca con las manos. No porque tuviera miedo, sino por los temblores que sacudían mis brazo y tenía, fueran a golpear algo que revelar mi ubicación. Los pasos de detuvieron, pero mi respiración no llegaba a acompasarse.

La ausencia de cualquier sonido resultaba tortuosa.

No me animaba a realizar el minúsculo movimiento, pero quedarme indefinidamente en esa posición era inviable. Tenía que salir de allí, aún sabiendo que no estaba sola. Si mi única opción era luchar, tendría que hacerlo.

Apreté los párpados con fuerza antes de impulsarme hacia afuera de mi escondite. Gateando, me deslicé por el pasillo que conducía a la entrada, tratando de no hacer algún ruido que pudiera delatarme.

Estaba a menos de un metro de la salida cuando sentí una extraña punzada en una de mis nalgas. No llegué a voltearme cuando mis piernas dejaron de responderme. Caí al suelo al tiempo que la fuerza abandonaba mis brazos y la visión comenzó a nublarseme.

—¿Creíste que iba a ser tan fácil escapar? —la voz sonaba demasiado apagada y distorsionada como para poder identificarla. No entendía qué era lo que me estaba pasando. Todo parecía extraño tanto a mi alrededor como con mi cuerpo—. Agradece que te he encontrado a tiempo, si hubieran sido los otros, estarías saliendo de aquí dentro de una bolsa negra.

—¿Qué me hiciste? —apenas pude balbucear...

—Shhh, guarda tus energías, las necesitarás.

Mientras el extraño de voz distorsionada me hablaba, tuve la impresión de ser levantada del suelo, aunque mi cuerpo no sentía absolutamente nada. Podrían estar descuartizandome que no me daría cuenta. El sujeto me había inyectado un sedante o algo por el estilo.

Entonces, el mundo se puso de cabeza, y lo único que mi visión borrosa llegó a ver después, fue la oscuridad absoluta.

—Mejor descansa ahora, te espera una noche muy larga. El jefe querrá interrogarte —esa, fue la primera oración coherente que recuerdo haber escuchado, mientras era arrojada adentro de un vehículo.

El sujeto ahora hablaba con alguien más, pero apenas podía captar palabras que no tenían lógica.

La sensación que algo se deslizaba sobre mi piel me inquietó, a pesar que apenas si podía sentir mi cuerpo. Cuando dejé de sentir frío deduje que me habían cubierto con una manta o algo así.

Al principio, creí que me estaban metiendo en la cajuela, pero mis manos reconocieron el mullido y curvo asiento trasero de un vehículo. La vista aún me fallaba, sólo percibía el olor a cuero nuevo.

Comencé a erguirme con un gran esfuerzo.

—Quédate quieta si no quieres terminar atada y con los ojos vendados.

Mis intentos para ver a dónde me llevaban se quedaron en eso. El auto avanzaba, se detenía, giraba a la izquierda y luego parecía volver a girar en el mismo sentido. Deduje que trataban de contrarrestar cualquier intento mío para orientarme.

Las luces nocturnas se colaban en el habitáculo solo para estallar en mis retinas con iridiscentes colores. Traté de mantener los ojos cerrados pero si lo hacía, temía que el sueño me venciera. Así que por lapsos, quedaba encandilada, y por otros, en la oscuridad absoluta.

La noción del tiempo me abandonaba a mi suerte, podrían haber pasado uno minutos o una hora hasta que el vehículo se detuvo en un lugar oscuro.

La puerta se abrió y luego de sacarme del habitáculo, me obligaron a ponerme de pie. Las rodillas me fallaban.

Los dos hombres -el que me sacó del antro y el otro, quien manejaba el vehículo- me llevaron

sosteniéndome por debajo de los hombros hasta un ascensor.

Mi visión explotaba en destellos fulminantes cada vez que una luz se entrometía en mi camino, sumado a que me fallaban las fuerzas hasta para lograr levantar la cabeza, resultaba extenuante.

—Por tu bien espero que hayas descansado algo en el viaje. Te espera una noche muy larga si no estás dispuesta a cooperar.

—¿Dónde estoy? ¿A dónde me llevan?

—Pronto lo sabrás, bien por tí por haber recuperado el habla. Te hará todo más fácil.

Mi lengua recuperó algo de su soltura, aunque aún me costaba modular las palabras. Pero mi cuerpo aún no respondía como deseaba. Mis intentos de zafarme, si bien fueron más una prueba que un intento en serio, dieron patéticos resultados.

—Tranquila, guarda las energías...

El ascensor se detuvo en un piso muy alto. Y cuando las puertas se abrieron, la oscuridad volvió a a acaparar la escena.

En medio de una amplia y vacía sala en penumbras solo un foco de luz amarillenta flotaba sobre un moderno sillón de una plaza del que apenas distinguí la estructura y el color blanco brillante.

Allí me depositaron.

Más allá del miedo que me producía la incertidumbre, me sentía en una película de espías llena de clichés.

Imaginé que por el benevolente trato que estaba recibiendo, solo dos personas podían estar detrás de semejante pantomima: Tony River o Fermín Ferguson. Y me inclinaba por el primero, más que nada, porque no quería creer que Ferguson fuera capaz de aquello.

Mi visión aún reaccionaba a la luz como si mis retinas fueran incapaces de encontrar el foco.

El silencio se vio interrumpido por el retumbar de unos pasos. Quien se acercaba, murmuró un insulto logrando que se me erizara la piel a modo de respuesta.

Apenas lograba ver partes de las siluetas de los dos hombres. El recién llegado se sentó frente a mí; el otro, se encontraba de pie, inclinado sobre el oído del primero. Sus rostros eran una mancha borrosa en la penumbra.

Los murmullos entre ambos eran ecos lejanos que retumbaban en mis oídos, y aunque con el correr de los segundos las voces fueron incrementado su énfasis, fue en vano intentar encontrarle sentido a las palabras sueltas que pude captar.

—¡Ya basta! —exclamó el anfitrión.

—Suficiente, ambos. ¿Alguno va a decirme que mierda hago aquí? —sentir el temblor en el hilo de voz que logró atravesar el nudo que apretaba mi garganta, no me importó.

—¿Sabes lo que nos costó infiltrarnos en esa reunión para que tú de la nada aparezcas y lo echas todo a perder?

No respondí a la inquisición de quien me había drogado para depositarme en esa habitación en penumbras. El anfitrión no intervino.

—Arruinaste nuestro plan. No tienen idea el daño que le has echo a la ciudad...

Se me escapó una risa nerviosa. No sé de dónde surgió, lo que menos me resultaba la situación era divertida.

—¿Y qué tengo que ver yo con sus planes?

—Eso no te incumbe...

—¿Y a ustedes sí fastidiar los míos?

—Daniela...

Seguía sin poder distinguir los matices de voz, y cuando el hombre sentado frente a mí se inclinó hacia adelante, permitiendo que la luz bañara su rostro. Este continuó siendo una mancha borrosa.

No me hicieron falta los sentidos para saber de quién se trataba. La reacción de mi cuerpo ante la cercanía del suyo, el martilleo desacompañado de mi corazón. El ligero mareo que no tenía nada que ver con la droga que aún surtía efecto en mi torrente sanguíneo, lo hizo evidente.

—Khaan, maldito hijo de puta —no era Brandon Khaan a quien me refería con lo de las reacciones de mi cuerpo. Solo era el hijo de puta que me había traído hasta ese lugar.

—Brandon, déjanos.

—Señor, no es conveniente...

—¡Lárgate ya!

Después de gruñir como perro apaleado, Brandon abandonó la habitación dejándonos solos a Fermín y a mí.

El silencio invadió la enorme habitación, los suficientes segundos como para que en mi cabeza tomaran forma todas las retorcidas ideas que eran capaces de ocurrírseme.

—Daniela, yo no sabía...

—No me conoces. No sabes de dónde vengo y desconoces a los lugares a los que me voy cuando me tratan como a una maldita muñeca de trapo. ¿Tú crees que la oscuridad en esta habitación te protege? No tiene idea de lo profunda que es la oscuridad que habito. La oscuridad es mi lugar seguro, Ferguson... Es donde me siento más cómoda, más yo misma que en ningún otro sitio.

—No busco refugiarme en la oscuridad, mucho menos esconderme. Tampoco le temo.

—Deberías...

—¿Cómo podría temerle a algo por lo que me siento irremediabilmente atraído?

—No sabes en lo que te estás metiendo...

—Quizá no tenga tu oscuridad Dani... Pero se moverme de maravillas en ella.

Nunca deseé tanto romperme los nudillos contra la nariz de alguien, pero mis fuerzas aún no regresaban.

—¿Por eso mandaste a tu sabueso a drogarme?

—Eso no era parte del plan. Brandon solo quería protegerte...

—No me vengas con ese cuento, Ferguson.

—Desapruebo su método y ya hablaré con él respecto a eso. Pero tengo que reconocerle que te sacó de aquel nido de víboras y te trajo hasta mí sana y salva.

—Lo de sana, puedo objetarlo con fundamentos sólidos.

—Dani...

—¿Cuáles son esos planes que justifican tus acciones?

Su silencio solo incrementó la negrura que corrompía mi juicio.

—¿Respóndeme!

—¿Confiarás en mí si lo hago?

—¿Me estás tomando por idiota? En el remoto caso que llegara a confiar en ti, jamás podría asegurarlo sin antes escuchar tus motivos Fer...

Los efectos de la droga parecían estar disminuyendo lentamente.

Después de algunos segundos de silencio, Fermín exhaló un largo suspiro, se puso de pie y se alejó a un punto que quedó fuera de mi reducido campo visual. Un sonido suave y continuo, el del mecanismo que levantaba las cortinas que mantenían el espacioso piso en penumbras, dio acceso a

las luces lejanas de la ciudad através los vidrios tintados. Mi visión aún distorsionada, convertía cada destello de color en círculos de colores aberrantes, recortados por la nitidez de la silueta oscura de Ferguson delante de uno de los amplios ventanales que nos rodeaban.

Me puse de pie lentamente, el mareo casi me hace perder el equilibrio. Después de dar un par de pasos en su dirección él se giró hacia mí y al notar mi presencia, se acercó con la agilidad de una gacela.

—Estoy bien. Necesito acelerar mi metabolismo para eliminar la toxina con que tu amigo me ha infectado. Fagocitando en un sillón no lograré recomponerme.

—No te diré qué hacer. Creo que lo tienes muy claro y jamás me atrevería a objetar tus decisiones.

De a poco, su rostro recobraba nitidez.

—No me des motivos para mandarte a la mierda, Ferguson...

—¿Quieres beber algo? Agua, café, un té...

—Quisiera darme un baño. Ya no soporto la pintura en mi cuerpo.

—Respecto a eso...

—Qué... —gruñí, enfatizando el monosílabo con mi mirada asesina.

—Me gusta mucho como te queda ese maquillaje. La catrina pega muy bien con tu personalidad.

No estaba equivocado, pero era más que eso. No iba a entrar en detalles, ni a hablarle sobre el lazo me unía a ese personaje de la mitología mexicana.

—Un café estaría bien.

—Perfecto. Siéntate. Enseguida te lo preparo.

Me sorprendió que no chasqueara sus dedos para que un séquito de sirvientes viniera en su socorro. Aún no recuperaba mi visión del todo, pero por lo poco que llegaba a distinguir, no sólo aquel piso era enorme y casi rozaba las nubes, sino que estaba exquisitamente amueblado y mantenido con la pulcritud de aquellos departamentos de revistas de diseño.

Mientras se alejaba a algún rincón oscuro, no pude apartar mi vista de él. Hasta que la oscuridad lo engulló por completo.

—¿Podrías encender alguna luz? Siento que nunca recuperaré mi visión si sigo en penumbras.

Tras un dubitativo silencio, respondió.

—Debo advertirte que es posible que te provoque dolor de cabeza y mareos...

—Sabes mucho sobre los efectos de esta droga. ¿Sueles inyectar a muchas mujeres en tus ratos de ocio?

Distinguí la particular forma en que su espalda se envaraba cuando lo ponía en aprietos.

—Dani...

—¿Tampoco vas a responder a mis preguntas si no te juro lealtad eterna?

El olor a café recién molido comenzaba a impregnar el aire que circulaba por la habitación. Las luces apenas tomaron un suave tinte dorado encima de una especie de barra larga que separaba el espacioso living-comedor de la enorme cocina.

—Veo que tus facultades del habla están perfectamente recuperadas. La visión y la orientación son las más difíciles de estabilizar.

—Y tienes el tupé de tomarme el pelo...

—Nada más lejano a mis intenciones... —respondió, mientras se acercaba a una mesa de amplias proporciones al costado de uno de los ventanales.

—Ven, siéntate y bebe el café. Está caliente, te ayudará a recuperarte más rápido.

Lo que se me antojaba era una hamburguesa doble con queso cheddar derretido y una Coca-Cola gigante, sin hielo.

Por el mero hecho de quejarme lancé un bufido antes de acercarme a la mesa. Gracias a Dios no se le ocurrió correrme la silla. Me hubiera lanzado sobre él y no precisamente para hacerle cosas bonitas.

Un gesto caballeroso no es algo que valore, es más, me parece una demostración de dominio o imposición más que una atención. Si bien no estaba en el cien por cien de mis facultades, aprecié el hecho de que simplemente acompañara con la mirada mis movimientos, esperando que en todo caso - y solo si lo necesitaba-, yo le pidiera ayuda.

Sonreí apenas, pensando que si quizá las piernas me fallaban y terminaba con el culo estampado en el piso, simplemente se reiría. Y solo eso, si yo no le pedía nada más.

Corrí la silla para sentarme y me sorprendí por su peso.

Había solo una taza de café en la bandeja.

Bebí de a pequeños sorbos en silencio. La presencia de Ferguson resultó un ameno acompañamiento, y a pesar que aún no le perdonaba el somentimiento del que, con o sin su consentimiento, fui victima; logré relajarme lo suficiente como para disfrutar de mi bebida caliente y recuperar un algo más de mis habilidades.

—Estoy lista para irme a casa —decreté en un momento. Las estrellas aún brillaban en contraste al cielo negro.

—¿No prefieres darte un baño?

Iba a replicar que por supuesto, pero en mi casa, cuando reparé en que aún llevaba mi cuerpo cubierto de brillantina y mi rostro del maquillaje que me convertía en la catrina.

—Sé que dije que no me impondría a tus deseos pero, lo más seguro sería que desaparezcas por un tiempo...

Me puse de pie de un brinco.

El tobillo me hizo notar su descontento.

—¿Por qué haría tal cosa?

—Te expusiste mucho esta noche. Tony podría haberte descubierto... Estuvieron frente a frente.

—Tony me tiene frente a sí todos los días. ¿Qué cambiaría entonces si ya sabe que detrás de este maquillaje estaba yo?

—Es un riesgo que no me gustaría verte correr... Si él es realmente quién creo que es...

—El Adversario.

Nuestras miradas se unieron atraídas por magnetismo puro.

—¿Qué sabes sobre ese sujeto? —inquirió, su sexto sentido percibía las reacciones de mi cuerpo como una alarma de incendio.

—Nada... solo lo que escuché esta noche —mentí.

—¿Y qué fue lo que oíste?

—Lo mismo que tu sabueso, Ferguson. Es el potencial comprador de tus terrenos, ¿verdad? Y tú ya lo sabías... Solo querías asegurarte y, si tenías suerte, conocer su rostro.

La preocupación impregnó sus facciones.

—Será mejor que vayas a por tu baño —refutó, era evidente que no quería entrar en detalles.

—Me daré el bendito baño y luego, me largo a mi casa.

—Daniela... Al menos pasa la noche aquí. No creo que tu presencia esta noche en el club haya pasado desapercibida. No soy tan idiota como parezco, sé que reconociste al menos a una decena

de rostros de los concurrentes y sabes que no son ningunos improvisados.

Tenía razón. Si su chofer y Khaan fueron lo suficientemente hábiles como para perderlos por el camino, de seguro aún patrullarían las calles y estarían alertas a cualquier movimiento extraño. Sobre todo, de aquellos que emergieran del lugar donde Ferguson me mantenía “*a salvo*”.

—¿Vas a decirme al menos dónde me encuentro?

—En mi casa.

Pues era evidente que era una casa, pero no la creía suya. Quizá por el modo que hice mi ingreso a aquel lugar. De seguro era por eso. El lugar era amplio, de estilo minimalista y lujoso, pero no en demasía. Con cierto aire industrial y vintage. Rústico y sofisticado a la vez. Ahora que lo pensaba, reflejaba a la perfección su personalidad.

Abrí apenas la manta que me envolvía. Nada había cambiado, seguía semidesnuda y cubierta de brillantina.

—¿Tienes algo de ropa para prestarme?

Fermín no había apartado la mirada de mis movimientos. Y sus ojos lanzaron un brillo suspicaz cuando promulgué la pregunta.

—Espera un minuto aquí —dijo, cuando pareció tomar consciencia de lo idiota que se veía pasmado de aquel modo.

Idiota, pero adorable.

Salió de la habitación para regresar a los pocos segundos cargando una mochila negra que me resultó familiar.

—Brandon logró recuperar esto del camarín del club.

—Pero cómo es posible...

Fermín alzó el entrecejo a modo de respuesta.

—Quizá cuando se te pase el fastidio puedas preguntárselo...

Le lancé una mirada asesina.

—Sígueme, te mostraré dónde puedes darte un baño y descansar un poco.

—Luego del baño quiero irme a casa.

—Luego del baño intenta descansar. Te inyectaron un suero que si bien es inofensivo podría tener algún efecto indeseado. Prefiero tenerte cerca. Al menos, que me dejes quedarme en vigilia un par de horas, hasta estar seguro que todo va bien. Además, no creas que no me he dado cuenta lo inflamado que tienes el tobillo. Quizá no sientas dolor por la adrenalina y el efecto de la droga. Pero mañana no podrás apoyar el pie si no descansas. Hazme caso una vez en tu vida Daniela, hazlo por mí, ¿sí?

Me planté frente a él.

—¿Y tú que harás por mí?

Tardó unos segundos en responder. Segundos en que su mirada pareció darme todas las respuestas que necesitaba. Y aquellas por las que no había pedido.

—Protegerte, si me dejas. Ayudarte, acompañarte.

—Solo una cosa quiero: La verdad, por mas cruda, dura y peligrosa que resulte. Quiero tu verdad, y así podré hacer el intento de confiar en ti.

—Las personas que han querido acompañarme en el camino que transito, no lo pasaron bien...

Me sentí familiarizada con esa situación...

—Yo no soy cualquier persona...

—No te conozco, tú lo has dicho. Y te juro que muero por saber de ti de tus propios labios. Sé que tienes una historia...

—Una historia dura y oscura...

—Todos la tenemos.

Sonreí a modo de respuesta. Suponía lo que él creía ver en mí, pero apenas percibía la punta del iceberg. Quería protegerme, pero en realidad, era yo la que debía salvaguardarlo a él.

—Me daré un baño, luego hablamos...

Fermín me acompañó por un corto trecho luego de salir del amplio living comedor hasta dejarme en la puerta de una amplia habitación que, según me explicó, solo usaban las pocas visitas que albergaba una vez cada tanto.

—Aquí tienes todo lo que puedas llegar a necesitar. Y si falta algo más, solo llámame.

Con lo poco que había visto, dudaba que fuera a necesitar algo más que agua caliente, jabón y una toalla y esas tres cosas no faltaban.

—Gracias. Te veo en un rato —lo despedí, escoltándolo hasta la puerta como si estuviéramos en mi casa. La risa de Fer me resultó contagiosa y creo que ambos tuvimos el mismo *déjà vu* de aquella primera vez que me escoltó hasta la puerta de mi departamento. O, al menos, el hall de entrada.

—Estaré esperándote. Sabes dónde encontrarme.

Me costó más de lo prudente cerrar la puerta. Casi que me sentí una idiota al dejarlo del lado de afuera de la habitación.

Pero ciertamente no era yo misma esa noche. O quizá, era más yo misma de lo que había sido en años. Lo cierto es que poco sabía sobre esta persona que ocupaba esta noche mi piel. Y lo mejor, era tomar todas las precauciones posibles, al menos, hasta descubrir qué me estaba pasando.

Después de una ducha que duró siglos —el maquillaje y los brillos parecían rehusarse a abandonar mi cuerpo, hice mi mejor esfuerzo hasta que los dedos y los brazos se me entumecieron de tanto fregar—, decidí recostarme unos minutos, solo hasta recuperarme lo suficiente. No recuerdo el momento en que mi cabeza tocó la almohada. De seguro caí rendida mucho antes de que eso sucediera.

CAPÍTULO 13

Ni siquiera fue el albor de la mañana de aquel domingo soleado lo que me despertó.

—Buen día, bella —aquella voz que ya era una droga de la que jamás lograría rehabilitarme, fue precedida por un sutil hundimiento en el lado derecho de la inmensa y peligrosamente cómoda cama en la que mi cuerpo yacía inerte.

A mis ojos les costó reaccionar. Los restos de maquillaje se aglomeraban junto con la humedad de algunas lágrimas que las pesadillas que solían acecharme dejaron tras su paso.

—Tienes el desayuno listo hace rato. Estuve trajinando toda la mañana y no me jacto al afirmar que la cocina se me da muy bien. Herirías mi orgullo si no probaras aunque sea un bocado.

Con un gran esfuerzo logré incorporarme. Las almohadas que rodeaban mi cabeza parecían abrazarme con ternura, y era casi imposible escapar de sus encantos.

Cuando mi visión logro acostumbrarse a la luz que provenía del ventanal, volvió a encandilarse con la sonrisa de Fermín.

—Iré en un momento —asentí con voz rasposa.

La sonrisa de mi anfitrión se ensanchó aún más.

—¿Qué?

—Tu voz suena muy sexy por la mañana.

Saqué fuerzas de donde no tenía para lanzarle una de mis preciadas almohadas por la cabeza.

Fue él quien soltó la carcajada primero.

Lo deseaba. Lo deseaba con todas mis ansias, así como jamás deseé a otro hombre.

Y eso me aterraba...

—Dame un momento —me costó el poco juicio que me quedaba pronunciar esa frase—. Enseguida te alcanzo en la cocina.

—Comedor...

—Te encontraré... Mi olfato y el gruñido de mis tripas me guiarán hasta el lugar indicado.

Antes que se diera la vuelta para dejar la habitación percibí cierta nostalgia en su semblante. Más que orgullo herido, en realidad, se me hacía afectado por la desilusión provocada por mi rechazo, aunque la chispa de esperanza no desaparecía.

Entendí que era el momento de sincerarme. De relatarle mi historia, para que más que interesarse en mi oscuridad, lograra comprenderla.

Eso podía salir muy mal, pero jamás lo había intentado con nadie, porque jamás sentí que alguien fuera capaz de abrazar mi oscuridad cómo creía que él podría hacerlo. Y tal vez dejaría de huir, capaz lograría encontrar un lugar seguro fuera de mi oscuridad. Porque él era luz en estado puro. Un día soleado en la playa, con la brisa de mar jugando con mi cabello. Impregnando mi piel de humedad salada.

No demoré tanto en lograr una apariencia aceptable. Tampoco podía hacer maravillas sin mi kit básico de cosméticos, pero al menos ya casi no quedaban rastros de las profundas ojeras negras de la noche anterior.

Me dejé guiar por el instinto, pero poco antes de llegar al comedor, el murmullo de voces me puso en alerta.

Mis sentidos ya no estaban entumecidos y reconocí tanto la voz de Ferguson como la de su interlocutor, Brandon Khaan.

—Estás loco si piensas dejarla ir. Podría ser el fin. Quedarías en una posición demasiado vulnerable.

—Confío en que sabrá guardar silencio y no le costará mucho inventar alguna excusa si es que alguien sospecha dónde estuvo anoche.

—De eso no me quedan dudas... Casi que logra salir con vida si no fuera por mi intervención —espondió Khaan con un marcado dejo de ironía.

—Deja de dormirte en tus laureles y dale el mérito que merece...

—La pregunta es: ¿Estás dispuesto a dejar que se arriesgue una vez más? ¿La dejarás delante de las fauces del lobo como una ofrenda? Pensé que de verdad te importaba...

—Me importa más de lo que imaginas...

—Y ahí pues, yace tu gran falla.

“Gruñido ininteligible”

—¿Cuánto hace que estamos en esto Fermín? Y no te lo pregunto como tu jefe de seguridad, sino como amigo... Siempre terminas involucrándote con mujeres peligrosas. Sophie, Ava, ahora esta chica de la que siquiera sabes su verdadera identidad...

Se me heló la sangre al percibir el énfasis en la aseveración de Khaan.

—Son suposiciones Bran... Que no haya registros sobre su pasado, no quiere decir que sea peligrosa.

—Mi trabajo siempre da resultados. Quizá esta vez haya costado más que otras, pero lo que he descubierto, no tiene desperdicio, así como sé que no te gustará nada...

Quería salir corriendo. Huir de la verdad que, no tenía dudas, Brandon Khaan había logrado descubrir. Sin embargo, mis pies eran incapaces de permitírmelo. Ya no podía huir, ya no iba a refugiarme en la oscuridad que ocultaba mi verdadero rostro, un rostro que la noche anterior, después de muchos años, me devolvió la mirada.

Mi cuerpo se relajó cuando entendí que ya estaba expuesta; Por más que huyera, el pasado siempre me pisaba los talones y correr, nunca me llevó a ningún sitio.

Así que di un paso fuera de la oscuridad, y luego otro. Ambos hombres se giraron hacia mí. Los ojos glaciares de Brandon se entornaron con aguda curiosidad. Los turquesa de Fermín, se abrieron con una mezcla de sorpresa y culposidad.

—Por favor, continúen... No era mi intención interrumpirlos. Brandon, me encantaría saber cuán eficiente eres en tu trabajo —una media sonrisa surcó mis labios.

La boca de Ferguson se abrió pero ninguna palabra brotó de su garganta. Brandon sonreía como un niño en vísperas de Navidad.

Ninguno habló.

Avancé impulsada por mi recién descubierta seguridad hasta la amplia mesa situada en el centro del comedor. Un plato humeante con panqueques y huevos revueltos hizo gruñir mi estómago. Después de sentarme y acomodar la servilleta sobre mi regazo, me serví una taza de café y volví mi atención hacia mis anfitriones.

—Te escuchamos Bran... —apoyé los codos en la mesa y juntando las manos debajo de mi mentón alcé las cejas demostrándole toda mi atención.

—Si crees que lograrás intimidarme con esta postura tuya...

—Brandon, no es necesario.

—Fer, no hay ningún problema. Deja que hable, es más, no puedo con mis ansias de escuchar

lo que tiene para decir.

Después de dedicarnos miradas por turnos, Brandon separó los labios. Los rasgos del rostro de Fermín se endurecieron mientras tragaba saliva con dificultad.

—Daniela Suarez —comenzó a dar el parte—, o, según su partida de nacimiento, Caterina Salazar; Es hija de Renzo Salazar, socio co-fundador de River&Salazar Real Estate Business —Khaan desvió la mirada de Ferguson a mí, e hizo una pequeña pausa antes de continuar. Presentí lo que vendría a continuación, pero dejé mis facciones relajadas e indiferentes ante su reclamo de anuencia—. Su madre, Alexandreyeva Sayenko de nacionalidad ucraniana, fue asesinada a quemarropa en la puerta de su domicilio —el peso de mi cuerpo me abandonó en ese instante, por más que la lucha que disputaba en mi interior fuera cruenta, me esforcé en no permitir que llegara ninguna emoción a la superficie. La mirada dura de Khaan, en cierto modo, se convirtió en un salvavidas del cual me aferré para no hundirme; Aun sin creer que su intención fuera esa—. Se desconoce la identidad del asesino. No hubo más testigos que la propia Caterina, que sobrevivió a la reyerta, ilesa. Después de esto, Renzo Salazar confesó el asesinato de más de cincuenta personas y se adjudicó ser el vigilante conocido como “*El Sicario*”.

—Mi padre no era un vigilante, ni un asesino, era un justiciero —lo corregí siseando entre dientes—. Ya que tienes tanta información Khaan, ¿por qué no hablas también de la identidad de los hombres que mi padre ajustició? Mafiosos, corruptos, asesinos, secuestradores, extorsionadores, violadores.

—Justiciero, si lo prefieres. Pero culpable de más de medio centenar de homicidios, también.

Dí un sorbo al café que se enfriaba en la taza. El apetito se me esfumó antes que pudiera probar bocado del desayuno al que Fermín le puso tanto esmero.

—Entonces, Tony River era el socio de tu padre. La mitad de la compañía... te pertenece...

—Cuando mi madre fue asesinada, mi padre se entregó a la justicia no sin antes llegar a un acuerdo. Caterina Salazar murió a los catorce años. La única heredera de la fortuna y las acciones de mi padre, pasó a ser mi tía, Liza Salazar, quien poco tiempo después se convirtió en la flamante mujer de Tony.

La sorpresa transformó el rostro de Ferguson.

—El arreglo al que llegó Renzo Salazar, fue que su hija fuera puesta en un programa de protección de testigos, se le diera una nueva identidad y una nueva familia.

—Pero tu tía...

—Nunca tuve mucha relación con ella. Y Tony no tiene capacidad de recordar un rostro que apenas cruzó un par de veces, menos el de una niña. Pasaron muchos años antes que entrara a trabajar a la empresa.

—Esto es mucho más riesgoso de lo que suponía, Dan... Cat...

—Soy Daniela, Ferguson. Caterina está muerta, no tiene derechos, no tiene acciones, no tiene más que una lápida junto a la de su madre — ante el silencio de ambos, proseguí—. No recuperaré mi identidad hasta que encuentre al asesino de mi madre. Mi padre arriesgaba su vida para devolver a esta ciudad algo de seguridad. Pero lo que realmente hizo, fue ponernos una diana en la frente de mi madre y la mía.

—Tu tía, Tony...

—Mi tía es una estúpida y Tony, es un cerdo. Pero no encontré una puta prueba que los incriminara hasta que ayer escuché el nombre de El Adversario. Siempre supe que él estaba detrás de todo esto... Más, cuando se esfumó de San Francisco después de lo de mis padres.

—¿Y qué se supone que harás? ¿Converte en una justiciera tú también? —replicó Khaan con

un dejo de ironía.

—Si es lo que hace falta para destruir a ese hijo de puta, no lo dudes...

—No puedes hacer eso...

—¡No te atrevas a decirme lo que puedo o no hacer!

—Es una locura. Entiendo que no te importe ponerte en riesgo. ¿Pero quieres poner en peligro a las personas que te quieren? ¿Quieres volver a cometer el mismo error que tu padre?

No pude soportar el golpe de verdad que Fermín me lanzó sin anestesia.

Me puse de pie en un brinco.

—Creo que es hora de marcharme. Tú y yo no tenemos nada que hacer juntos. ¿Quieres saber para qué quiere Tony tus terrenos? Bien, tienes a tu sabueso que sabe hacer el trabajo sucio a la perfección. No me necesitas. Y lo que yo menos necesito es a un millonario con crisis de la mediana edad que quiere jugar al justiciero desde la comodidad de su penthouse. Hazme el favor Ferguson y háztelo a ti mismo, déjame en paz. No te metas con muñecas bravas con las que no sabes jugar... Ya conoces mis motivos, ya descubriste mi historia. Fin del misterio. Confío en que tengas la decencia de cerrar la boca y desaparecer de mi vida.

Sin darle opción a réplica, crucé el living y avancé por el corredor que, según suponía, me conduciría hasta el ascensor. No tenía la más puta idea de cómo haría para marcharme ni en qué parte de la ciudad me encontraba. Ya me las arreglaría, como siempre...

Estaba por alcanzar el botón de llamada cuando un brazo rodeó mi cintura por detrás y me apretó contra su torso.

—Dani, no te vayas...

Fermín susurró esas palabras en mi oído y siquiera pude intentar desafiarlas.

—Por favor... —fue lo único que logré replicar con un hilo de voz.

—Sus manos giraron mi cuerpo para ponerme frente a él. Retrocedí un paso hasta que mi espalda chocó contra la puerta metálica.

—Escucha. Ahora más que antes, deberías reconsiderar el desaparecer por un tiempo.

—No seguiré ocultándome Fermín ¿Acaso no escuchaste mi historia? A los catorce años abandoné mi identidad para convertirme en alguien que no soy.

—No te estoy pidiendo eso.

—No me pidas nada entonces... Tony no recordará nada de anoche. Mucho menos, a una nudista con una catrina pintada en el rostro.

Fermín suspiró e inclinó la cabeza hasta tocar su frente con la mía. Los rizos dorados cayeron hacia adelante y me vi tentada a tomar uno de ellos entre mis dedos. Reprimí la sonrisa al reconocer el talento innato de aquel hombre para llevarme de viaje por una montaña rusa de emociones tan veloz como emocionante.

—Fer...

—Al menos déjame llevarte hasta tu casa.

No pude negarme.

No hablamos durante el viaje. Fer se guardó todas las preguntas que yo no tendría intenciones de responder. Por primera vez en mi vida, me sentía desnuda frente a alguien. Y me sorprendí al notar la comodidad y libertad que me otorgaba esta condición.

Nada salió tal cual lo planeado, sin embargo, no podría haber obtenido un mejor final.

Resultó que el penthouse de Ferguson se encontraba en el SOMA, no muy alejado de mi departamento. Esto me reconfortó, más que por estar exhausta y necesitar mi cama tanto como al oxígeno, porque tenerlo cerca, de alguna forma me hacía sentir menos sola.

Llegamos a la la puerta de mi casa y me despedí con un escueto saludo. No sé si esperaba otra cosa, pero mi cabeza era un desastre y mis ánimos no eran los mejores. Me fui desinflando como un globo a medida que me alejaba del vehículo. Fer esperó a que abriera la puerta para poner la marcha y avanzar por la calle empinada.

Estaba cerrando la puerta cuando sentí el crujido de un papel siendo arrastrado. Bajé la vista para toparme con un sobre marrón sin remitente ni destinatario.

CAPÍTULO 14

Esperé a entrar al departamento, ponerme el pijama -que no era otra cosa más que una playera roída por el uso- y echarme sobre la cama para abrir el sobre.

Reconocí la letra antes de leer la primera palabra de la carta.

La herida recientemente abierta dejó escapar la sensibilidad de su condición con el trazo de cada letra sobre el papel.

No podía con esto. Nunca podría. Volví a meter la carta dentro del sobre y la arrojé dentro del cajón de mi mesa de luz.

Busqué el teléfono móvil en mi mochila, estaba muerto. Lo conecté al cargador y esperé unos minutos a que se encendiera. Llamadas perdidas de Daro, mensajes de Mar... Maldije para mis adentros.

¿Cómo fui capaz de particionarme de esta manera y aún mantener la cordura?

Quizá ya estaba loca y no me había dado por aludida.

Me sobresalté cuando el móvil comenzó a sonar.

Era Daro.

Sopesé no atender, pero las consecuencias serían fatales después de toda una noche sin dar señal de vida.

—Daro...

—Dani, ¿estás bien?

Sabía que cuando escuchara la afirmación, todo se iría al demonio.

—Sí...

—¿Y por qué carajos no respondías? No pude pegar un ojo en toda la noche. Fui hasta tu casa, me cansé de llamar.

—Y me dejaste un regalo por debajo de la puerta.

—No evadas mi pregunta...

—Lo siento. Salí y mi teléfono se quedó sin batería.

—¿A qué hora regresaste?

Mi paciencia tenía un límite.

—No tienes ningún derecho a hacer esa pregunta. No soy uno de tus detenidos.

—Tengo el derecho que se me dé la gana de preocuparme por ti.

—¡Pues yo tengo derecho a no responder si no se me da la gana!

Daro gruñó un par de insultos y llegué a oír los impactos sordos de sus puños contra algún escritorio o puerta de madera.

Alguien le preguntó si todo andaba bien y el bullicio de la comisaría se coló por el audífono.

—¿Trabajando un domingo?

—Sabes que mi trabajo no tiene horarios, fines de semana, ni feriados...

“*El mio tampoco...*” pensé para mis adentros.

—¿Pasó algo?

No sabía si quería o no que estuviera relacionado con la reunión de la noche anterior.

—Siempre pasan cosas en esta maldita ciudad...

Revoleé los ojos por más que Daro fuera incapaz de verme.

—Veo que no estás muy comunicativo, al menos, que no se trate de insultarme...

—Me preocupaste mucho Dani...

—Ya cálmate. Tengo 26 años. Pretendes que no salga a divertirme un sábado por la noche.

—¿Saliste con Mar?

Mi cerebro se puso a trabajar a toda velocidad.

Daro tenía el número de mi amiga, y era cantado que si no podía dar conmigo, iba a hacer el intento con ella.

¿Pero qué le habría dicho Mar?

—Siempre salgo con Mar.

—Cuando la llamé no estabas con ella.

—Que salgamos juntas no implica que pasemos toda la noche tomadas de la mano. Y no voy a discutir mi vida social contigo. Es más, no vos a discutir más contigo... Tengo demasiado sueño y es domingo. Mañana hablamos...

Y así sin más corte la comunicación.

No creí que fuera posible que mi humor empeorara aún más, y tampoco tenía interés en hacer la prueba.

Por suerte, apenas apoyé la cabeza en la almohada mi cerebro se apagó completamente.

Dormí hasta la mañana siguiente, es decir, aproximadamente unas 16 horas de corrido. El televisor se encendió como cada mañana después que hiciera caso omiso al despertador.

En el noticiero no mencionaron nada sobre la mayor reunión criminal en San Francisco de la que haya tenido conocimiento en mi corta vida.

No cambié nada de mi rutina matutina. Y a la hora de siempre, partí hacia la oficina.

Gladys me recibió con su amable sonrisa mientras le entregaba el cotidiano café.

—Ya está aquí —susurró, levantándose apenas de su lugar para acercarse a mí—. Pero aunque suene increíble, tiene el mejor humor que le he visto en años. Hasta entró cantando al ascensor... no puedo explicarte eso.

Quizá a Gladys le resultara un tanto gracioso, a mí me erizó cada milímetro de piel.

—Bien, veremos que se trae Satanás bajo la cola.

—Vamos, no seas pesimista...

Torcí la boca a modo de respuesta, tomé mi café de sobre la mesa de recepción y me dirigí hacia los ascensores.

Ese iba a ser un día repleto de extrañezas, el presentimiento se transformó en una revelación cuando una enorme mano cuyas uñas rojas limadas en picos detuvo el ascensor al que acababa de subirme.

—Buenos días —masculló Marietta con melosidad desbordada y una sonrisa falsa.

—Buen día —respondí por mera cortesía.

Era demasiado extraño que a pesar de ser temprano, la jefa de personal llegara a esas horas. Solía estar sentada en su escritorio al menos una hora antes del horario normal. No me interesaban los motivos por los que ese día, era diferente.

—Parece que el jefe está de buen humor... —señaló, intentando evocar una complicidad inexistente.

—Eso dicen...

—También me informaron que conseguiste una nueva oficina. Felicitaciones... Los sacrificios siempre dan sus réditos.

La observé de reojo, ya me parecía raro que no hiciera mención a aquello. Y su comentario

cargaba un doble sentido que no me pasó desapercibido.

Un “*gracias*” desganado fue mi única respuesta. Si esperaba que reaccionara a sus provocaciones, se había equivocado de día.

Lo único que me preocupaba era el motivo del buen humor de Tony.

Cuando llegamos al piso que ambas compartíamos, Marietta se interpuso en mi camino.

—Ve a ver a Sam, el te llevará a tu nueva oficina. Ha quedado muy bonita por cierto, muy al estilo River... —la malicia brillaba en sus ojos.

Quise atravesar el angosto espacio que quedaba entre las puertas del ascensor y el cuerpo de Marietta.

—Por cierto... Liza me llamó el viernes por la tarde, claro que no le comenté nada acerca de tus nuevos logros. No quisiera que sus pensamientos fueran hacia lugares... pantanosos.

—¿Lugares pantanosos?

—No me malinterpretes querida, no tengo nada en tu contra y sé que eres una mujer muy capaz de conseguir todo lo que se propone...

Eso sonaba cada vez peor.

—Pues así es... Tú también eres una mujer muy inteligente además de capaz, por lo que sabrás que cuando me propongo algo no me importa arrasar con lo que se interponga en mi camino. Ya sabes cómo es este trabajo... Solo triunfan los “*capaces*” de hacer sacrificios propios, y ajenos...

Mi mirada se volvió un témpano al igual que mi expresión endurecida.

—Claro... bueno, que tengas una linda jornada Daniela.

Finalmente se marchó despejándome el paso.

Me bebí de un sorbo el resto de café que quedaba en mi vaso y lo arrojé dentro del primer cesto que crucé en el pasillo de camino a la oficina de Sam.

Después de responder a todas las preguntas de mi amigo con poco más que monosílabos, nos dirigimos al mismo piso donde Satanás tenía su oficina.

Me reí para no llorar ante la mirada atónita de mi colega.

La oficina era amplia, moderna y con ventanales que dejaban ver gran parte de la ciudad. De más está aclarar que la oficina de Tony se encontraba a pocos metros de distancia.

Una vez que Sam me dejó sola, no pude evitar imaginar a mi padre recorriendo la oficina conmigo. Ese era su trabajo y, sin embargo, la vocación de servir a su ciudad lo había apartado de su propia compañía. Mi destino se desvaneció tras sus pasos para que yo, a fuerza de sangre, sudor y lágrimas, pudiera recuperar las migajas de lo que alguna vez fue mi potencial futuro.

No podía estar ni por cerca feliz de mis logros, no cuando todo lo que me rodeaba y me pertenecía por derecho, por su culpa, estaba perdido.

Alguien llamó a la puerta.

No hizo falta que respondiera para que se abriera y Tony River hiciera su triunfal ingreso.

—Buenos días, muñeca.

Me encontraba de espaldas a él, con las manos apoyadas sobre el costoso escritorio de diseño.

No me molesté en girarme ni en devolverle el saludo. El nudo de rabia instalado en mi garganta no me permitía siquiera llegar la sangre al cerebro.

Los pasos de Tony retumbaron en la excesivamente amplia oficina a medida que se acercaba. La piel se me erizó por instinto.

—Tú y yo tenemos mucho de qué hablar.

Mis manos soltaron el cristal y me giré lentamente intentando mantener mi porte indiferente.

Tony se encontraba a menos de un metro de distancia y, a pesar de su amplia sonrisa, sus ojos felinos me sostenían una mirada filosa como una daga.

—¿Cómo estuvo tu fin de semana?

Resultó arduo no reaccionar al primer impulso. Casi olvidaba por completo que el encuentro con Ferguson en el hipódromo, fue pergeñado por Satanas.

—A pesar de mis esfuerzos, es un hueso duro de roer —respondí.

—Deberás esforzarte más entonces. ¿O acaso me estás ocultando algo, princesa?

Mis alertas se encendieron. Debía ser lo más cuidadosa posible con las palabras que salían de mi boca. Una coma, o un acento fuera de lugar, podría ser mi sentencia de muerte.

Fruñí el ceño y sonreí confusa, a modo de respuesta.

—Mis pajaritos me contaron que Ferguson no te quitó los ojos de encima y que luego de la carrera, se marcharon juntos. Volaron hasta Santa Monica y regresaron al atardecer...

No sé de qué me sorprendía, me enfurecí conmigo misma por no preveer eso. Satanas tenía pajaritos espías por todos lados, o mejor dicho, pequeños diablillos que no temían meterse entre tus sábanas para descubrir tus más oscuros y sucios secretos.

Solté una risa cantarina.

—No voy a discutir mis modos con usted, señor River. Ni cuáles, ni cómo empleo mis armas.

Tony sonrió. Estaba encantado con la situación. Y no lo iba a privar de la diversión mientras el tema se mantuviera lejos de lo acontecido la noche de aquel mismo día.

—Entonces, puedo confiar en que habrá otro encuentro y que esta vez, usarás tu artillería pesada.

Siempre, siempre encontraba la forma de incomodarme, de hacerme sentir lo que los demás creían que yo era. Él lo sabía. Sabía lo que la gente decía. Y lo usaba a su favor en contadas pero hirientes ocasiones.

—Bien. Organizaré algo para esta semana — sentenció. Esperando que Tony se diera por satisfecho y se marchara de mi oficina de una puta vez —. Estoy segura que Ferguson me llamará.

Tony simplemente ensanchó su sonrisa. No sé cómo no le dolía la mandíbula de tanto estirar sus músculos faciales.

—¿No vas a preguntarme cómo estuvo mi fin de semana?

Estaba por encaminarme hacia mi butaca sin estrenar detrás de mi nuevo escritorio. Me frené es seco.

—Se lo ve de muy buen ánimo, supongo que habrá tenido un fin de semana reparador.

—Más revelador que reparador. Yo nunca descanso Daniela, deberías saberlo... —dio un paso hacia mí—. Es que, conocí a alguien y por más que fue un encuentro fugaz, no pude dejar de pensar en ella en todo el fin de semana...

¿Cómo se suponía que respondiera a eso? Tragué en seco y alcé las cejas, esforzándome por sonreír, lo que apenas logré fue alzar un poco las comisuras de mis labios.

—Tenía un cuerpo... para el infarto. Y sus facciones eran perfectas, a pesar que su rostro estaba cubierto por un curioso maquillaje. Pero sus ojos... —Tony acercó su rostro al mío, al tiempo que mi trasero impactó contra el filo del escritorio. Mis manos se aferraron a la mesa cuando mis rodillas comenzaron a fallar— Era como perderse en el celeste del cielo claro y despejado. Limpios, puros... ¿Tus ojos son grises o celestes Daniela?

“*Mucho cuidado*” pensé...

—Creo que depende del ambiente en que me encuentre, de la Luz...

—Tus ojos tienen luz propia muñeca, y los de mi misteriosa catrina también. Jamás olvidaría

esa mirada... y la reconocería, aunque me quedara ciego.

Mis manos resbalaron sobre el escritorio de vidrio producto del sudor de mis palmas. En ese instante, el teléfono comenzó a repiquetear y la mirada depredadora de Tony voló hacia él.

—Te dejo seguir con tu trabajo —dando media vuelta, enfiló hacia la salida de mi flamante oficina—. Estaré esperando con ansias tus novedades...

Después de semejante encuentro, me costó un par de segundos recomponerme, el teléfono seguía repicando.

Giré y casi recostándome sobre el escritorio atendí.

Había quedado en entrenar con Daryl esa misma noche, así que a la salida del trabajo me dirigí a la delegación.

Sabía que teníamos una conversación pendiente, y aún estaba fastidiada con él. Pero apenas recibí el mensaje no dudé en responder con un “SI” rotundo.

Necesitaba descargarme, correr cuarenta kilómetros si hacía falta. Aunque fuera producto de mi imaginación, era lo único que me daba la sensación de dejar atrás los problemas, las frustraciones y angustias. Era una mera ilusión, pero mientras corría, me sentía libre, ajena a mi propia realidad. Era yo sola con mi cuerpo, con mi mente y el espíritu más vivo que nunca.

Daryl tenía que atender algunos asuntos antes de marcharse. Así que me dejó en su oficina esperando mientras lo hacía.

La oficina no era tan grande como imaginaba para un capitán. El escritorio de madera rústica y las paredes de un gris apagado no resultaban nada señoriales.

La parte superior de la puerta de madera, consistía en un enorme vidrio esmerilado, por lo que era posible entrever si alguien se encontraba de otro lado, aunque era difícil adivinar de quién se trataría.

Los mecanismos de mi cerebro se pusieron en marcha. Aprovecharme de la confianza con que el capitán me trataba, nunca se me cruzó por la cabeza; La necesidad de hacerlo nunca fue lo suficientemente apremiante con anterioridad.

¿A quién pretendía engañar? No era cuestión de necesidad. Jamás necesité de sus contactos o herramientas, más que del gimnasio o sala de tiro. Y en aquel caso fue él quien me ofreció la posibilidad de utilizar las instalaciones de la fuerza para entrenarme. Jamás se lo pedí. Podía pagarme un buen gimnasio o anotarme en algún club de tiro. Fue él quien siempre quiso tenerme bajo su ala, bajo su cuidado, o, mejor dicho, bajo su control.

El conocía mis capacidades, virtudes, defectos, mis puntos ciegos, los débiles tanto como los fuertes, y los conocía mejor que nadie.

Me contenía, y sofocaba cuando estaba a punto de incendiarme a mí misma, pero también era mi filtro.

Bajo su ala, me ocultaba del mundo y mantenía gran parte del mundo lejos de mí.

Me puse de pie y me dirigí a su butaca. Eché una ojeada, pero no vi a nadie del otro lado del vidrio esmerilado.

La computadora me pidió una clave cuando la encendí. Sopesé un momento. Quizá no tendría más de una oportunidad, capaz las alarmas se dispararían y más de la mitad de la fuerza irrumpiría en la modesta oficina, apuntándome con sus cañones.

Pensé en el nombre de su hijo, su fecha de cumpleaños. El aniversario con Celia. No podía ser tan evidente... quizá se trataría de una combinación de teclas al azar, el nombre de su programa favorito o alguno de sus protagonistas.

Mis ojos volvieron al cristal esmerilado.

No podía arriesgarme tanto... Tal vez, con más tiempo lograra averiguar la clave o, directamente, podría preguntarle lo que me carcomía por dentro. Sería una pérdida de tiempo, lo sabía... Pero arriesgarme, ¿valía la pena?

Mis dedos se deslizaron por sobre el teclado. Sentí el relieve de las letras contra mis yemas mientras lo hacían.

Tipeé mi nombre, el real, y le di al enter.

La pantalla se tomó un segundo en pasar de negro al escritorio donde de mostraba una decena de iconos sobre la foto de la familia. Allí estaba Celia, mi sobrino Dante y Daro. Los tres sonreían. Daro miraba fijo a la cámara, con sus ojos castaños chispeantes, con esa mirada que parecía revolver tu cerebro mientras te distraía con su sonrisa.

Inspiré hondo y abrí el programa donde con tipear el nombre de cualquier persona aparecían todos sus datos.

Eché un ojo una vez más hacia el vidrio esmerilado antes de tipear el nombre de Tony.

No me tomó más de diez segundos recorrer su historia.

Ningún delito, salvo alguna infracción de tránsito.

Sentí voces al otro lado del pasillo. Así que dejé todo como estaba y volví a sentarme al otro lado del escritorio.

Daro ingresó exhalando un abatido suspiro.

No hice ningún comentario al respecto.

—¿Ya terminaste? —pregunté cuando se dejó caer al otro lado del escritorio, sobre la misma butaca en que me había sentado segundos atrás.

—Si, solo tengo que ingresar un pequeño informe y ya.

Tipeó la clave y el corazón se me detuvo por un instante. Sus ojos se clavaron en la pantalla y se quedaron allí por un par de segundos que me resultaron interminables. Luego, volvieron al teclado.

Lo escuché tipear, mientras sus ojos iban del teclado a la pantalla.

Me obligué a dirigir la mirada hacia las ventanas que tenía a sus espaldas. Las cortinas estaban cerradas.

—¿Te falta mucho?

—No. Ya terminé —fue la escueta respuesta—. ¿Tú, lista?

Afirmé con la cabeza. Y me puse de pie en un brinco. Comenzaba a faltarme el aire... necesitaba salir de allí.

Iba de camino a la puerta cuando Daro mencionó mi nombre, el real.

No me estaba llamando.

—¿Cómo lo supiste?

No tardé más de dos segundos en responder. Pero fue lo suficiente para dejarme en evidencia.

—¿De qué hablas?

—Has cometido un delito, ¿lo sabes?

La sangre comenzó a hervir en mis venas. Me sentía tan mierda, y a la vez, con tanta necesidad de salpicar a quien tuviera más cerca...

—¿Me estás acusando de algo?

—Tengo pruebas...

Sonreí entornado lo ojos.

—Pues métetelas por el culo. Tony River trabaja para El Adversario. Y tú lo sabes, pero claro... no tienes pruebas para demostrarlo y te importa un carajo hacerlo. Así funcionan las cosas

ahora, así lo hicieron siempre —volví a acercarme al escritorio y estampando las palmas sobre éste, exclamé—. La única manera en que puedes atrapar un criminal, es que se te entregue en bandeja de plata.

Daryl se puso de pie en un brinco. La butaca salió despedida hasta golpear con la ventana a sus espaldas. No logró intimidarme, no me moví ni un ápice cuando acercó su rostro al mío con el fuego danzando en su mirada.

—Cat... —su voz sonó serena a pesar que todo su cuerpo parecía a punto de estallar en cuestión de segundos— No hables de lo que desconoces. No menosprecies el trabajo de toda mi vida porque no sabes una ¡Mierda de los sacrificios que he tenido que hacer para mantener mi posición! Tu padre me consiguió un ascenso con el que jamás hubiese soñado y seguramente jamás hubiera podido conseguir. Pero hace diez años que mi carrera es impecable. Mi trabajo es mi vida, y tú no tienes idea de nada... De las presiones, de las responsabilidades, de los sacrificios...

—No me hables de sacrificios... ¿Tu trabajo es tu vida? ¿Y cuál es la mía? ¿Dónde quedó? Cajoneada en el cuarto de las evidencias. ¡Enterrada en una lápida junto a la de mi madre! Háblame de tus sacrificios Daryl, cuéntame sobre tus noches de desvelo, donde te quedas mirando al horizonte sentado en las escaleras del porche trasero, tomando una cerveza hasta que tu mujer te envuelve en una manta y te pide que entres a la casa.

Y cuéntame también desde hace cuánto que sabes que El Adversario ha vuelto a la ciudad, que se ha reunido con todas las cabezas del crimen y que planea dar el golpe más importante de su vida. Dime desde hace cuánto sabes que Tony River es su representante. Que la empresa que mi padre fundó es la pantalla de este criminal.

—No entiendes cómo funciona la justicia...

—No me vengas con ese cuento...

—Es burocracia, procedimiento, y lo lamento, pero así es. No puedo convertirme en un vigilante, no puedo ser el justiciero que la ciudad necesita... no es eso lo que tu padre deseaba para mí...

—Así que esto es entonces culpa de mi padre, por supuesto...

—No sé qu quieres que te diga... es en vano gastar palabras que vas a interpretar como se te dé la gana.

Acerqué mi rostro al suyo lo más que pude, teniendo en cuenta el escritorio que teníamos de por medio.

—La verdad. Es lo único que quiero, lo único que siempre quise, al menos de ti.

—La verdad es que hace mucho le hice una promesa a tu padre, protegerte con mi vida, y es lo que he echo desde entonces.

—No eres mi padre Daryl, no debes ni puedes ocupar su lugar. Si tan preocupado estaba por mi seguridad, no hubiera hecho lo que hizo. No hubiera antepuesto su ego antes que la integridad de los que amaba. Mi padre es quien asesinó a mi madre con sus decisiones y me dejó huérfana con su soberbia.

—Como policía, tampoco puedo darte la información que me estás pudiendo... No es mi jurisdicción, son crímenes federales en los que no tengo injerencia. Lo siento, pero por más que quiera, no puedo ayudarte en lo que me estás pidiendo.

—Lo que dices... es pura mierda.

Nuestras miradas rompieron el contacto como si polos opuestos se hubieran chocado.

Me giré y, ahora sí, abandoné la oficina.

Me largué del departamento policial y tomé el camino corto. El que me llevaba por las calles más oscuras y peligrosas del lugar.

Una vez más, las fauces de la oscuridad me ofrecían refugio. Una vez más, me dejaba atrapar por esa espesa negrura que amortiguaba los golpes con que la realidad parecía empeñada en doblegarme, en aceptar que Cat ya no existía. Que Dani, había tomado el control de mi vida así como el control de todo lo que la rodeaba.

Pero si ya no era Cat, tampoco era Daniela, y no quería perderme de nuevo...

No sé por cuánto tiempo caminé en la oscuridad, donde la única fuente de luz eran los barriles en los que los marginados encendían fogatas para mantenerse calientes de noche. Los pasajes oscuros parecían llamarme. El peligro escondido en la oscuridad estaba tan hambriento de mí como yo de él. ¿En quién me estaba convirtiendo? No lo sabía. El instinto y la sed eran el motor de esta nueva parte mía. Una parte aletargada por demasiado tiempo como para recordarla.

Los silbidos que me dedicaron un grupo de hombres al otro lado de la calle apenas me abstraeron de mis pensamientos nublados por la bruma del olvido.

—¿Estás pérdida preciosa? Podemos acompañarte a casa...

—Aléjate de mí —mascullé. El sujeto no me oyó mientras cruzaba en dirección opuesta.

Eche un vistazo a mi alrededor. Nadie más que nosotros deambulaba en esa cuadra. Y el resto del grupo que contemplaba impaciente.

Me giré para toparme con su putrefacta sonrisa, apuré el paso.

—Vamos... Será divertido.

¿Esto era lo que quería? Mejor dicho, ¿lo que necesitaba?

Me quedé quieta esperando a que se acercara un poco más.

Sí, lo era.

—Pero eres muy bonita... ¡vengan amigos! No van a poder creerlo... Les aseguro que jamás vieron una muñeca tan hermosa cómo está.

—No soy una muñeca...

—Serás lo que yo quiera que seas, muñeca —siseó, abandonando esa actitud jocosa del principio y reemplazándola por otra siniestra.

La sonrisa abandonó su rostro al tiempo que el círculo de amigos se cerraba a mí alrededor.

—Te prometí que sería divertido, lo será si cierras el pico y te comportas como una bonita muñeca de trapo...

Muñeca de trapo... si claro. Lejos de asustarme, la ira me invadió con una oleada de adrenalina. Apreté los puños hasta que mis nudillos crujieron.

Incliné mi cuello a un lado y el otro. Mis vértebras sonaron.

Mis impacientes compañeros, me observaban como una manada de lobos hambrientos a su presa.

Pero yo no era la presa. Era el señuelo, la emboscada. La trampa mortal que su instinto no fue capaz de detectar.

Cuando el primero avanzó, lancé un cross de derecha que no esperaba. Otro se acercó por detrás y me tomó por los hombros, un tercero se aventuró de frente y al lanzarle una patada, la atajó en el aire.

Podría con ellos. Los destruiría uno a uno.

Eché mi cabeza hacia atrás, el impacto de su nariz con mi cráneo sonó feo. No tardó en aflojar el agarre.

Aprovechando el desconcierto del resto y que el otro sujeto seguía sosteniendo mi tobillo

derecho, di un giro hacia atrás, mi pie izquierdo acertó en su mandíbula. Otro crujido. Quedaban cuatro dubitativos lobos muertos de hambre.

Entonces fue el líder. El macho alfa, quien vino haciendo gala de su hombría.

—Me gusta la resistencia, no voy a negarlo... ¿Pero sabes una cosa? Absolutamente todas se terminan doblegando. Está en tu naturaleza muñeca. Y no puedes contra el instinto de caza de un hombre, ni contra el de supervivencia de una hembra.

—Supervivencia —repetí, casi sin aire—. ¿Quieres saber lo que es la supervivencia de una hembra?

La sensación fue extraña y al mismo tiempo, maravillosa. Como la primera vez que experimentas un orgasmo. Sentí que todas mis ataduras se soltaban a la vez. Las de mi cuerpo, las de mi mente. No dejaría que nunca más alguien me doblegara, me hiciera desaparecer del mundo y lograra que creyera que era alguien más. Alguien diferente, a quien no reconocía frente al espejo.

El tipo se acercó, y me coloqué en posición. Puños cerrados por debajo de los ojos, cadera girada, pie derecho hacia el frente, izquierdo abierto un poco más atrás. Cuando estuvo a la altura ideal, impulsé mi pierna izquierda con la fuerza de mi cadera, el impacto dio de lleno a la altura de su pantorrilla. Alcé mi rodilla derecha y la incrusté contra su entrepierna. Sus brazos me rodearon con fuerza.

Impulsé mis hombros hacia abajo y le lancé un codazo a la boca del estómago. Los otros sujetos parecían danzar a nuestro alrededor. Dudando entre atacar o seguir contemplando incrédulos el espectáculo.

Doblegado. De rodillas ante mí con la boca abierta y la mirada perdida. No fue impedimento para que alzara la pierna y acertara una middle kick en su pómulo derecho.

El tipo cayó sin fuerzas hacia un lado.

Los otros me contemplaban pasmados. Luego, se miraron entre ellos, y a continuación, hicieron el amago de dar un paso hacia mí.

—¡Alto policía!

Se oyó no muy lejos.

—Mierda —exclamé, mientras mis tres compañeros de juego emprendían la retirada.

Daryl llegó a mi lado en pocos segundos. Me tomó por los hombros y me giró hacia él.

—¿Te encuentras bien?

Casi le lanzo un par de golpes a él también.

Me zafé de su agarre ante su mirada atónita. ¿No me reconocía? ¿No le gustaba lo que veía? Pues mal por él, se tendría que acostumbrar a esta nueva parte de mí. Porque le había cedido el control por voluntad propia.

Daryl llamó una patrulla y una ambulancia mientras yo recuperaba el aire.

—Me voy a casa —sentencié, pocos segundos más tarde cuando ya estaba lo suficientemente recuperada como para echarme a andar.

—La patrulla está en camino. Déjame acompañarte. Me lo debes...

—Yo no te debo nada.

—¡Ya basta! ¿Estás buscando que te maten?

—Ya tengo una diana en la frente, ¿no la ves?

—Deja de decir pavadas sin sentido...

—Primero, tú deja de mentirme...

—No te miento, te protejo.

Las sirenas que sonaban a lo lejos, no tardaron en llegar hasta donde nos encontrábamos.

—Y luego soy yo la que habla pavadas...

Daryl lanzó un bramido mientras aseguraba los precintos en las muñecas de los abatidos delincuentes.

Los patrulleros se detuvieron a nuestro alrededor y sus ocupantes fueron descendiendo y acercándose a la escena.

Daryl intercambió un par de palabras con algunos de ellos. O llegue a escuchar las instrucciones que les daba, entre el bramido de las sirenas y la distorsión de los radios mi cerebro se encontraba al borde del colapso.

—Dani, sube al patrullero de Gary.

—¿Qué?

La mirada con que me fulminó Daryl me hizo sufrir una regresión a mis quince años.

—Te llevará a tu casa. No me hagas un berrinche delante de la fuerza... bastante tengo con hacerme cargo del caos que has generado aquí. — me reprendió al oído, antes de soltarme y darse la media vuelta para seguir lanzando instrucciones.

El pobre Gary no mencionó palabra en el corto viaje hasta casa. Subí las escaleras como una tromba y golpeé la puerta corrediza con todas mis fuerzas antes de tirarme de cabeza en la cama.

Con el rostro hundido en la almohada, grité hasta vaciarme los pulmones.

Las cuerdas vocales me quemaban cuándo escuché el sonido del timbre.

Hubiera lanzado otro bramido si no fuera porque mi garganta quedó convertida en un trozo de glaciario.

Abrí la puerta de calle a través del portero eléctrico y esperé que Daryl subiera las cuatro escaleras que lo traerían hasta mi departamento.

Cuando alcanzó el último descanso, me metí en el apartamento, Daryl me siguió en silencio y cerró la puerta tras de sí.

—Bien, ¿me vas a decir a qué vino todo eso?

De mi parte, solo recibí silencio.

—¿Quieres llamar mi atención? ¿Darme algún tipo de retorcida lección o solo estás buscando que te maten?

—Quiero que dejes de intentar protegerme como si fuera tu hija o tu hermana menor, porque no lo soy...

—¿Y qué es lo que eres Dani? No te reconozco... no sé a quién tengo delante mío.

—Si no me reconoces, es porque aún llevas una venda en los ojos. ¿Acaso te creíste el cuento que tú y mi padre inventaron? Acaso creíste que iba a ser tan fácil olvidarme de quién soy, de dónde vengo, quiénes eran mis padres... Eso lo llevo marcado a fuego en el alma, un fantasma que me acecha constantemente, mire hacia donde mire, vaya a donde vaya. ¿Qué ves cuando me ves, Daryl?

—Lo único que veo es a una niña tonta que ha perdido el rumbo.

—¿De qué rumbo hablas Daro? Hace un par de días no hacías más que criticar mi vida, mi trabajo, mis decisiones... parece que sin importar lo que haga jamás seré lo suficiente buena para nadie.

—Para mí siempre fuiste...

—¿Siempre fui qué? Una carga...

—Jamás vuelvas a pensar eso... Si tú supieras lo que significas...

—Si supiera... pero no lo sé. Si no lo dices, jamás lo sabré.

Daryl me miró de una manera en que jamás lo hizo. El fuego en su mirada derritió el hielo de

la mía con solo un parpadeo.

Al abrir los ojos, lo tenía sobre mí. Su boca atrapando la mía con el hambre de un león famélico.

¿Qué era lo que estaba ocurriendo? Creí que era un sueño. Intenté recordar si al caer en la cama, lo hice fulminada por el sueño. Posiblemente no lo recordara de ser así.

Pero sus manos se enredaron en mi espalda y sin que llegara a reaccionar siquiera, se colaron por debajo de mi musculosa deportiva.

Tantas noches soñando con ese momento, y ahora, me cuestionaba que fuera un sueño...

Pero era real.

Cada centímetro de piel reaccionó como ningún sueño hubiera logrado que lo hiciera.

Mi corazón se encontraba al borde del colapso. Y mis labios no podían evitar sonreír mientras intentaba devolverle los besos.

Acuné su rostro entre mis manos mientras las suyas descendían por mi trasero y jalaban de él hacia arriba. Enredé las piernas en sus estrechas caderas mientras aprovechaba el respiro para separar nuestras bocas y observar el rostro que tenía frente a mí. Esos ojos de ónix negro, un cielo oscuro y sin estrellas, tan negros como la oscuridad que siempre me protegía.

Me llevó hasta la cama y nos dejó caer sobre ella.

—Daryl...

Sus labios silenciaron los míos. Las palabras estaban de más en un momento semejante. La magia corría el riesgo de romperse. Entendí que fuera lo que fuera que estábamos haciendo, solo era posible porque una burbuja de magia nos abstraía del mundo real. Un mundo en el que ésto, jamás podría pasar.

La boca de Daryl descendió por mi cuello, y no me contuve, dejé escapar cada gemido que el placer recibido me arrancaba de las víceras.

Sus manos se aferraron a mis leggings y de un impulso impetuoso jaló de ellas hasta que quedaron por mis rodillas. Se me escapó una risa entre nerviosa y recitada. Los ojos de Daryl ascendieron hasta los míos, y no soltaron mi mirada hasta que su boca llegó a la parte húmeda de mis bragas.

Inspiró profundo y sus párpados cayeron. No pude evitar sonrojarme al entender lo que estaba haciendo.

Luego se sentó a horcajadas mía, se desabrocho los botones de las mangas y los primeros del cuello. Nunca llevaba corbata. Se quitó la camisa celeste por la cabeza, dejando expuesto ante mí su perfecto abdomen marcado. El color caramelo de su piel siempre me había encantado.

Mis dedos volaron hacia su abdomen atraídos por su fuerza de gravedad. El contacto con su piel se hizo una necesidad apremiante. Me incorporé y con su ayuda, me quité la musculosa y el brazier. Ambos arrodillados sobre la cama, juntamos nuestros cuerpos hasta que no quedó tramo de piel que no se tocara con la otra.

Sus manos iban de mi espalda a mi cabello. Sus labios de mi boca, descendían a mi pecho, atrapando cada pezon con mordiscos logró arrancarme estallidos de placer capaces de hacerme perder la cordura.

En un momento de separo de mí, creí que iba a preguntarme si estaba segura de lo que estábamos haciendo o a punto de hacer.

Agradezco que no lo hiciera, no era algo con lo que pudiera lidiar en mi estado.

En vez de eso, me arrancó las bragas de un tirón y se acomodó encima de mí. No sé en qué momento sus pantalones desaparecieron.

—¿Tienes condones?

Esa pregunta me reconfortó. Mientras abría el cajón de la mesa de luz y tomaba uno de la caja, pensaba en lo significativo de la pregunta.

No llevaba profilácticos consigo, es decir, no se imaginaba que esto que estaba ocurriendo fuera a suceder, ni conmigo ni con alguien más.

Pero mi felicidad tenía un dejo agrisado, estaba viviendo un sueño perfecto, sí. El sueño al que recurría cada vez que mi cama se volvía una planicie fría y vacía; cuando no lograba conciliar el sueño, cuando la sensación de soledad se deslizaba con la misma facilidad que yo, en la oscuridad que me protegía.

Esto no debaja de ser aquel sueño, solo que hecho carne. Solo que, cuando despertara, los rastros que quedaran en mi cuerpo no se desvanecerían con la bruma que asegura que los sueños se queden donde pertenecen.

Cerré mi mente, había aprendido a hacerlo cuando el pensamiento se disparaba a direcciones peligrosas. Disfruté del momento que estaba viviendo, de la pasión feroz con que el hombre que siempre deseé se entregaba a mí. Mis sueños, tengo que reconocer, estaban bastante errados respecto a la forma en que creí que sería hacer el amor con él. La dulzura, en realidad, era pasión salvaje. La delicadeza, visceralidad de la que no rehuía, ya que al igual que yo, entendía la necesidad de desahogo que nos hacía estallar a ambos. Éramos fuegos artificiales en la noche de Año Nuevo. Fulgores de luz, explosiones de la libertad que nosotros mismos reprimimos por tantos años.

Sentirlo dentro de mí incrementó esa sensación de felicidad a un nivel que no experimentaba desde... ya ni recordaba cuánto.

Y también la angustia, el sabor amargo. El horrible vacío que deja la caída de una montaña rusa.

Así fue el orgasmo que alcance al tiempo que él se derramaba en mi interior. Una montaña rusa no solo de placer, sino de todos los sentimientos que te invaden cuando crees que vuelas, pero no sabes cómo hacerlo.

No sé por cuánto tiempo nos quedamos entrelazados; él acariciando mi cabello. Yo, jugando con sus dedos. Fue un momento eterno y efímero a la vez. Deseaba que durara para siempre. Pero sabía que siempre sería una ilusión, al igual que ese sueño maravilloso que se había vuelto realidad.

—Debo irme pequeña...

—Claro...

No necesitaba preguntar, ni saber nada que ya no supiera.

Nos vestimos y lo acompañé hasta la puerta.

—Cuidate. —entonó, envolviendo mi rostro entre sus grandes manos— y no cometas locuras... quieras o no, siempre estaré aquí para protegerte. No porque me sienta en deuda con tu padre o porque crea que tengo algún tipo de responsabilidad para contigo. Eres demasiado importante para mí.

—Lo sé... —fue mi escueta respuesta. Moría por dejar ir mis labios al encuentro de los suyos. Pero ya no podía negar la realidad. Aunque tampoco pensaba arruinar un momento tan mágico con la culpa por mis acciones.

Daryl se subió a su auto, antes que lo pusiera en marcha, cerré la puerta.

Fue una de las pocas veces que sentí pánico. Terror a dejar caer mis barreras y dejar que los pensamientos fluyan, entremezclándose con las emociones actuales y las que surgirían en

consecuencia.

Llegué a mi departamento y estaba por cerrar con llave, cuando el portero sonó.

Di un rápido vistazo a mi alrededor esperando encontrar lo que de seguro Daryl había olvidado.

No vi nada que llamara mi atención, así que volví a bajar.

Abrí la puerta con la sonrisa estampada en mi rostro. Pero no había nadie. Giré mi cabeza en todas direcciones hasta que al mirar hacia abajo me encontré con una enorme caja de color negro.

Volvía a echarle ojos a mí alrededor. Pero ni un alma pisaba las calles de lo que los ojos llegaban a divisar.

Tomé la caja y cerré la puerta. Volví a subir los eternos escalones que me llevaban al último piso.

Me dejé caer sobre la cama abrazando aún la caja. La deposité a mi lado y con cuidado la abrí. Un delicado papel color blanco envolvía algo, pero encima de este encontré un sobre en el que se leía mi nombre en la caligrafía más bonita que haya visto escrita a mano.

Rompí el sello de cera, similar al que se usaba en las cartas antiguas y saqué la tarjeta que contenía en su interior.

No hagas planes para el sábado a la noche, tenemos una cita.

Me tomé el atrevimiento de elegirte el vestuario, espero que no lo tomes a mal. Quiero que sea una sorpresa el lugar al que iremos, pero entonces, no tendrías forma de saber qué ponerte.

Tengo buen gusto, no lo puedes negar...

Pasaré por ti a las 8 de la noche. No estaré disponible hasta entonces, así que allí te espero.

Buena vida...

Fer

—Maldito.... Desgraciado.

Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no dejar escapar la sonrisa.

Me sacaba de quicio que hiciera lo que se le daba la gana, planeara, decidiera y que hasta me vistiera a su antojo.

¡Claro que no iría a ningún sitio con ese demente!

Por más que la charla entablada con mi jefe esa misma mañana me impusiera todo lo contrario.

Iba a tener que arreglármelas de alguna manera. Ya se me ocurriría algo...

CAPITULO 15

El día en la oficina no tuvo particularidades relevantes. Sumado a que mi cerebro no lograba concentrar su actividad en otra cosa que recordar los fantásticos momentos pasados la noche anterior. La piel se me erizaba de solo recordar el aliento de Daro entre mis labios, la tibieza de su cuerpo deslizándose sobre el mío. Tuve que mantener las piernas apretadas la mayor parte del día, la pulsión de deseo no dejaba de enviar oleadas de excitación a mi torrente sanguíneo.

Con la piel más perceptiva de lo habitual, cualquier roce erizaba los cabellos de mi nuca y una deliciosa electricidad corría por mi espina dorsal.

Era difícil disimular tanta sensibilidad. Más de lo que hacía habitualmente.

Pero no quería perder el foco. El Adversario seguía siendo mi prioridad y se me acababa el tiempo y las posibilidades de obtener información. Por eso decidí hacerle una visita a mi viejo amigo de los establos, ya sabía qué bar le gustaba frecuentar...

Pero algo más revoloteaba alrededor de esa peculiar realidad que me encontraba atravesando...

La enorme caja negra que desde la noche anterior yacía cerrada en un rincón de mi habitación, parecía hablarme sin hacerlo de manera literal. Fermín seguía sin dar señales de vida, sin embargo, ese movimiento suyo resultaba lo suficiente enigmático como para mantenerme alerta.

Por más que hubiera decidido no morder el anzuelo, resultaba demasiado tentador.

¿Qué tramaba?

Sonreí cuando caí en la cuenta de una afirmación hecha hacía ya un tiempo.

“Tú y yo no somos tan diferentes”

Recién ahora podía aceptar que algo de verdad desprendían esas palabras. Ambos teníamos una suerte de doble vida. La mía, bueno... mi pasado, mi presente y ese futuro que se escondía detrás de un velo que comenzaba a correrse.

¿Pero qué llevaba a Ferguson a arriesgar su envidiable buen pasar para meterse en las lúgubres entrañas del hampa local? No dudaba que fuera un hombre con una nobleza implacable. Pero de ahí a enviar a su hombre de confianza a ese nido de víboras que aún me provocaba escalofríos...

De todas formas, mantenía la convicción que se trataba de un aburrido empresario jugando al superhéroe desde el living de su fastuoso pent-house. Por más que no le costara más que un chasquido de dedos a El Adversario averiguar que Brandon Khaan trabajaba para Ferguson, y que las consecuencias fueran las mismas si Ferguson decidiera ponerse al frente en el campo de batalla.

En definitiva, o se trataba de un idiota, o de alguien demasiado astuto.

Cuando Mar me llamó a la tarde para reprocharme lo abandonada que tenía nuestra amistad, no dudé en invitarla al antro de Mission District que había conocido por casualidad varias noches antes.

—¿Estás segura que ese lugar es para nosotras?

—No se parece en nada a algo que hayamos frecuentado con anterioridad. Pero podemos ponernos al día... tengo muchas cosas que contarte.

Y, además, tenía la esperanza de poder dar con Gonzalo. El viejo cuidador de caballos que

también guardaba un misterio que lo unía de una manera que aún no creía preparada para descubrir, con la misteriosa doble vida de mi padre.

No era de contarle demasiado a Mar, siempre era yo la oreja que escuchaba sus desventuras y no porque mi amiga fuera una egocéntrica a la que solo le importara hablar de la pelusa que sacaba de su ombligo. Sino porque ella entendía que mi silencio tenía un motivo. Y aún que desconociera la razón, la respetaba... la mayor parte del tiempo.

Mar iría a la cima del Everest con tal de conocer algo más sobre mí. Así que cuando le dije que tenía cosas que contarle no puso más objeciones y acepto enseguida la propuesta.

Nos encontramos en la estación del Bart de la 24th, la cara de terror de Mar quedaría grabada en mi memoria por un largo tiempo... Ni que hablar cuando le mencioné que el antro al que planeaba ir, se adentraba unas cuantas cuadras en el barrio latino de peor fama en todo San Francisco.

Hay un libro estupendo sobre los murales de Mission titulado [Street Art San Francisco](#), [Mission Muralismo](#), con prólogo de Carlos Santana, y siendo que ella era una eximia diseñadora, encontré la manera que comenzara a encariñarse con el lugar, al menos lo suficiente para que no decidiera pegar la vuelta a su sobrevalorado Haight Ashbury.

—Es aquí —exclamé cuando nos topamos con la catrina que me dio la bienvenida aquella primera vez. Me quedé observando la escultura por un par de largos segundos. Tenía claro que ese no era el lugar donde todo había comenzado. Mi evolución se empezó a gestar mucho antes, quizá sin que yo me diera cuenta. Pero este sin dudas fue un presagio.

Entramos al antro y las miradas esta vez se focalizaron en mi amiga.

—Relájate ¿quieres? Aquí nadie va a comerte...

—La próxima, elijo yo —suspiró resignada.

Encontramos un box vacío algo alejado del tumulto aglomerado cerca de la barra.

No es que el lugar rebozara de concurrencia, pero los nativos eran bastante ruidosos y lo que tenía que discutir con Mar, bueno... me resultaría difícil. Además, no quería que Gonzalo detectara mi presencia si es que tenía la suerte que esa noche se decidiera a aparecerse por el lugar.

Una camarera se acercó a nosotras pocos segundos después que nos sentáramos.

Alzó las manos a la altura de su pecho portando una pequeña libreta y una lapicera.

—Buenas noches. ¿Desean ordenar?

Era muy divertido observar las reacciones de Mar. Primero, boqueando como pez, adivinaba que estaba buscando las palabras para preguntarle a la moza si no tenían carta de cocktails y snacks. Sus manos apenas tocaron la mesa y al sentir la grasitud adherida a la madera casi le da un ataque y se levantó de un brinco.

—¿Me puedes indicar dónde está el baño? Dani, ordena por mí, ¿quieres? —la vi desaparecer después que la mesera le diera las indicaciones pertinentes.

Cuando la mesera se marchó, Mar volvió a su sitio.

—Al menos el baño es decente... ¿puedes explicarme por qué elegiste este lugar?

No iba a explicarle eso...

—Ayer Daryl apareció en mi departamento. Tuvimos sexo.

1,2,3... podría seguir contando...

— Di algo...

Antes que la mesera llegara a apoyar los shots que traía en la bandeja, Mar le arrancó uno y se lo bebió, sin sal ni limón.

—¿Puedes traernos la botella? Y una ración de sal y limon, por favor —le solicité, mientras apoyaba mi trago sobre la mesa.

—No sé qué quieres que te diga... nunca creí que fuera a pasar...

—Y yo menos. Pero pasó.

—¿Y tú cómo estás? ¿Qué sientes? ¿Fue como lo imaginaste? ¿Qué significa?

—Bueno, de pronto te conviertes en un investigador inquisitivo... no tienes parámetro.

—Habla.

Suspiré. No había querido responder a esas preguntas siquiera a mí misma. Pero sabía que tenía que responderlas a ella. Para eso la cité. Para obligarme a analizar la situación que estaba atravesando.

—No sé cómo estoy... es extraño. Daro es el único hombre al que amé en mi vida. Pero siquiera sé qué clase de amor es el que siento por él.

—Pero te gusta, físicamente.

—Eso es más que obvio. Tú lo conoces, es perfecto, y gracioso. Y... siempre estuvo a mi lado, a pesar de todo.

—Pero está casado...

—Lo sé... —claro que lo sabía. No podía sacarme de la cabeza la advertencia de su mujer. Otro presagio... Los hombres casados lejos estaban de ser mi tipo, al menos que yo supiese, nunca estuve con uno. Normalmente no hacía muchas averiguaciones antes de meter a un tipo en la cama. Y nunca solía repetir...

Pero Daro era otra cosa...

—No fue como lo imaginé. Tierno, dulce... quizá tenía esa ilusión de la primera vez. Y se quedó instalada en mi cerebro. En cambio, fue pasional, salvaje... Sentí su necesidad, como si hubiera estado esperando por mucho tiempo ese momento. Como si hubiera dejado salir a la bestia que lleva atrapada dentro de su sobriedad, su chapa de Capitán, su condición de padre ejemplar —mis manos volaron a mi boca—. Oh Dios, qué hice...

—Tranquila... —las manos de Mar envolvieron mis brazos—. Son cosas que pasan. Somos seres humanos, y ustedes, llevan reprimiendo este sentimiento por mucho tiempo. Pero ya está. Ya está, ¿verdad?

—No lo sé... mis ojos se desviaron hacia la barra. Es decir, si se presentara la situación... No creo que pudiera resistirme. Daryl tiene ese poder sobre mí. Ese poder al que tanto temí durante demasiado tiempo. Y ahora se lo cedí. Le cedí el control Mar.

—Tú siempre tendrás el control... no digas disparates. Ey, ¡eres la misma Daniela Suarez que conozco de siempre! Tú siempre tiene el control y que nadie ose decir lo contrario...

—No lo sé Mar... muchas cosas están cambiando en mí últimamente...

—Por lo poco que veo, cambiando para bien. Está bien que te abras Dani. Abrir el corazón es bueno, aunque implique dolor, angustia, incertidumbre. Es lo que nos hace humanos. Ser capaces de experimentar un crisol de sentimientos que totalmente valen la pena conocer. Aquí estoy y estaré siempre. En las buenas, en las malas. Sea lo que sea que esto signifique y en la posición en que te deje.

—Pero qué es lo que significa.

—Tienes que experimentarlo... y superarlo. Sinceramente no creo que dure. Lo siento si rompo tu corazón. Pero tengo experiencia con hombres casados... Ninguno, al menos en mi experiencia, deja a su familia por otra mujer.

—Pero yo no soy cualquier mujer. Y no lo digo con ánimo de ofenderte. Pero sabes mi

historia. Sabes que es diferente.

—Todas las historias tienen sus particularidades. Y todas solemos creer que vivimos una novela épica con esta clase de romances. Pero no es más que una ilusión demasiado real...

Mar tenía razón. En el fondo lo sabía. Pero eso no significaba que fuera a aceptarlo. No quería destruir una familia. Pensar en Dante me hacía retorcer por dentro. No sabía que hacer... esa era mi única verdad absoluta.

Vi movimiento en la entrada, justo cuando la moza volvía con la botella de tequila y nos solicitaba que se la abonemos por adelantado.

Mientras Mar se ocupaba del asunto, me excusé para ir al baño. Pero no fue hacia allí donde me dirigí.

Gonzalo apenas se acomodaba en una butaca frente a la barra. Llegué a su lado y le hice una seña al bartender.

—Lo que sea que el señor guste, que sean dos.

—¿Tú de nuevo por aquí?

—Quería agradecerle personalmente a un viejo amigo, todo lo que hizo por mi familia durante tantos años.

—Sabes que no eres tú la que está en falta. No tú y tu padre. Soy yo quien lo está. El que les debe un agradecimiento eterno por darme trabajo, por darme su confianza absoluta...

—Mi papá no confía en cualquiera...

Hacia tanto tiempo que mis labios no pronunciaban esa palabra, "*papá*". Sonó extraña en mi voz.

Gonzalo lanzó una risa amarga.

—Es verdad. En eso nos parecemos.

Entendí su indirecta. No bastaba con que fuera la hija de Renzo Salazar.

Habían pasado muchos años desde que mi padre cayó preso y yo desaparecí del mapa.

—Hace unos días recibí una carta de mi padre —lance. No quería hacer nuestra charla demasiado larga. Mar debería de encontrarse aterrada. Tanto como para quedarse quieta en su box, bebiendo tequila para mitigar el pánico—. No pude abrirla. No porque aún tenga un resentimiento añejo incrustado en las paredes de mi garganta. Sino porque tengo pánico. Tengo pánico que sea lo que sea que me sostuvo todos estos años de pie, se derrumbe como un castillo de naipes. Mi realidad es sólida, me gradué, tengo trabajo, no necesité tocar un solo peso de mi herencia para lograr sobrevivir, no porque fuera peligroso. Sino porque realmente no lo necesité.

No necesito de mi padre, su dinero, su influencia. No lo necesité, hasta hoy...

—Pero hoy, necesitas algo de él...

—Sí.

—Información.

—¿Cómo lo sabe?

—Creo que, si no te has dado cuenta aún, debes estar por descubrirlo... así que te lo confirmaré: yo era el informante de tu padre. Soy sigiloso, me muevo en los círculos más altos y también en los más bajos. Sé a quién preguntar, dónde guardar silencio y escuchar.

Sonreí. Ninguno de los dos había tocado los vasos de whiskey que el bartender nos dejó frente a nosotros.

—Te pareces mucho a tu padre...

No pude evitar envarar la espalda. Esa afirmación despertó curiosidad más que repulsión. Sabía que fuera en lo que fuera que me estaba convirtiendo, tenía algo que ver con él.

—El Adversario ha regresado...

—Así que los rumores son ciertos... —suspiró, más que sorprendido, resignado ante mi aseveración.

—Pero no creo que más que un par de elegidos sepa dónde se encuentra. Se mueve entre las sombras...

—El zorro pierde el pelo, pero no las mañas...

—Necesito encontrarlo, saber que trama...

—Pides mucho, niña... ¿y para qué quieres esa información?

—¿En serio tengo que explicártelo?

—Oye, no te subestimo ni pretendo ofenderte con lo que voy a decir a continuación: tu familia no fue la única que ese tipo destruyó. Y no eres la primera en querer venganza.

—Yo no quiero venganza. Quiero justicia.

Gonzalo me regaló una sonrisa en todo su esplendor. Tomó su vaso y vació el contenido en su boca. Lo devolvió a la mesa con un sonoro golpe.

—Dame un par de días. Sabes dónde encontrarme...

Y así sin más se puso de pie y se marchó del antro.

No pude evitar sonreír. Lo estaba logrando. De a poco, me estaba acercando a mi objetivo...

—¿Me quieres decir quién demonios era este sujeto?

Mar había aparecido a mi lado, visiblemente afectada por el tequila.

—Un viejo conocido de la familia.

Mi amiga frunció el ceño. Jamás le mencioné mi familia con anterioridad. Al único que conocida era a Daryl y a duras penas que era huérfana.

—Vamos, te acompañaré a casa.

—¡Pero la noche está en pañales!

—Y tú ya la has cagado. Vamos, a dormir, que mañana es día de semana y hay que trabajar.

Al regresar a la 24th tomamos un taxi y, si bien mi casa quedaba más cerca que la de mi amiga, decidí acompañarla para asegurarme que llegara sana y salva.

Empezaba a preguntarme hasta dónde sería capaz de llegar con mi cometido. No estaba jugando a la justiciera. No, no era un juego. Era una necesidad que llevaba reprimiendo por demasiado tiempo. Así como tantas emociones, realidades disfrazadas.

El móvil comenzó a repiquetear cuando bajada del taxi y me disponía a abrir la puerta de mi casa.

Me costó un par de segundos dar con el aparato. La llamada se había perdido pero no tardó más que unos otros pocos segundos en volver a repiquetear.

Era la casa de Daryl. Se me hizo un nudo en el estómago y mi mente estalló en una ramificación de posibilidades que apenas pude acallar antes de atender.

—¿Hola?

—Dani, disculpa la hora. Pero es que Daryl no ha regresado a casa y no me preocuparía si no fuera porque dijo que hoy regresaría temprano... Sé que surgen imprevistos en su trabajo. Pero cuando es así, al menos se toma unos segundos en prevenir que me preocupe.

—¿Lo has llamado?

—No sé cuántas veces, pero no contesta desde hoy a la tarde...

—¿Y en la delegación?

—Dijeron que hubo una toma de rehenes en Tenderloin, gran parte del departamento de

encuentra allí. Pero por lo que vi en las noticias, el FBI ya se hizo cargo de la situación, aunque no hay muchas más novedades sobre cómo resu7ltó la cosa.

—Tranquila. Recién regreso a casa, trataré de ubicarlo, y en todo caso me acercaré a la delegación. Quizá pueda obtener algo de información.

—Gracias Dani... Estoy muy apenada por la forma en que te traté el otro día...

Mierda....

—No pasa nada. Yo en tu lugar... No lo sé. Hay sentimientos que son difíciles de controlar — respondí en un intento de restarle importancia al asunto. Había cosas más graves por las que Celia debería preocuparse... O mejor no.

—Cualquier sentimiento es complicado de manejar en lo que a mí respecta. Daryl es lo único que tengo... además de Dante. Pero ambos dependemos tanto de él. No quiero ni pensar en qué sería de nosotros si a él le sucediera algo...

—Celia escucha... Daro está bien. Seguro se fue a un bar a despotricar contra los federales hasta perder la conciencia. Sabes cómo detesta que le saquen un caso de entre las manos. Su orgullo es insufrible.

—Tú lo conoces mejor que yo... a veces me pregunto si...

—Celia, ya déjalo. Él te eligió a ti, y si tuviera que elegir de nuevo, sé que volvería a hacerlo. Tú y Dan son su familia. Su verdadera familia...

—Lo siento Daniela... que tú y yo nunca hayamos podido... ya sabes.

—No te preocupes. Daryl estará siempre ahí para mantenernos a raya. Unidos a todos. Somos importantes para él, de maneras diferentes... Pero ahí estamos. Porque nos necesita tanto como nosotros a él.

—¿Me avisas cualquier novedad?

—Dalo por hecho.

—Gracias.

Después de cortar, aún estaba de pie frente a la puerta de casa. Mi cerebro repasaba la conversación y me maldecía a la vez. No todo era cierto, pero grandes verdades se colaron en mis palabras.

Intenté llamar al móvil de Daro, pero el contestador salto automáticamente.

“Mierda... piensa Cat, piensa...”

Conocía a Daryl mejor que nadie y nadie podía quitarme del podio.

Tomé un taxi y me dirigí a la academia. El antiguo centro donde Daro era director. Muchas veces cuando las presiones nos abrumaban y la ira o la frustración nos convertían en poco menos que armas nucleares a riesgo de implosionar, descargábamos todo eso a través de los puños o la empuñadura de un arma de fuego.

Al llegar a las instalaciones, descendí del taxi y caminé hacia la entrada.

Al guardia no le tomó más que unos segundos de extrañeza precedida de sorpresa reconocerme.

—Daniela, ¡buenas noches!

—Hola Bastian, ¿cómo están Sarah y la niña?

—Hermosas. Mira, tengo una foto aquí.

Bastian era un cadete que no hacía mucho se graduó de la academia. Cumplía sus primeras horas de servicio como centinela desde hacía unos meses. Después de enseñarme las fotos de su hija y sin que yo le dijera una palabra, prosiguió.

—Daryl llegó hace rato. Estuvo en la sala de tiro y luego en el gimnasio dándole duro a la

bolsa... Creo que llegas algo tarde al entrenamiento.

Sonreí. Era mejor no decir nada. Y me quedé esperando su respuesta.

—Pero pasa, pasa. Seguramente está aburrido de entrenar solo, aunque dudo que quiera seguir... Debe estar exhausto —su ceño se frunció cuando vio cómo venía vestida—. No has traído tu bolso.

—No vengo a entrenar. Solo a hablar un poco con él. Parece que no tuvo un buen día en su nuevo trabajo...

—Oh... —la perspicacia brilló en sus ojos verdes—. Pues pasa, seguro podrás ayudarlo.

—Gracias Bastian.

Ingresé al edificio que recordaba tan bien como mi propia casa. Muchas veces lo sentí más como eso que un lugar al que solo me dirigía cuando necesitaba hacer un tipo muy particular de catarsis.

Muchas caras conocidas me sonrieron o me saludaron. Muchas nuevas fruncieron el ceño ante mi presencia. No es que hubiera mucho personal a esas horas.

Pasé por el campo de tiro, pero el guardia afirmó que Daryl no puso un pie en aquel sitio, al menos esa noche.

Me dirigí entonces al gimnasio, también se encontraba vacío. Y cada uno de mis pasos retumbaba en consecuencia. Fue otro el sonido que atrajo mi atención cuando estaba a punto de partir sin un rumbo premeditado.

Enfilé entonces hacia los vestidores, el sonido del agua corriendo fue incrementando.

Antes de cometer una tontera pregunté al vacío:

—Daro, ¿Eres tú? Voy a entrar... seas quien seas considérate advertido.

El vapor que inundaba los angostos pasillos divididos por lockers y largas banquetas de madera, provenía del sector de duchas. Inspiré hondo, impregnando mis fosas nasales con una mezcla de olor a humedad y colonia aftershave. Sé que suena espantoso, pero me reconfortaba esa mezcla de aromas.

Me acercaba al sector de duchas cuando un cuerpo desnudo y cubierto de gotitas iridiscentes asomó por la puerta vaivén.

Me quedé estática, sin preocuparme en disimular lo que estaba haciendo. Analizando su anatomía de punta a punta. Deleitándome con la perfección de cada músculo, cada curva de su cuerpo.

—¿Ves algo que te interese? —preguntó, ladeando su sonrisa.

Y entonces me perdí. Ya no importo el mundo que nos rodeaba, los problemas, los obstáculos que impedían que nos amáramos sin que la libertad fuera un ave de presa.

Solté la cartera sobre el piso húmedo, la chaqueta siguió sus pasos. Daryl no tardó más de un par de segundos en deshacerse del resto de mi ropa.

Mis dedos se enredaron en su pelo húmedo. El calor y la humedad de su cuerpo me hicieron sentir la seguridad que estábamos hechos el uno para el otro. Sus manos me asieron por el trasero -comencé a notar que le gustaba hacer eso- y me llevó a horcajadas hacia las duchas.

—Bueno... no hay ningún lugar cómodo en este lugar. ¿Prefieres piso o pared?

Su sonrisa era hermosa, aun así, no deje de notar la melancolía escondida tras ella.

Moría por amarlo. Por demostrarle con todo mi cuerpo cuánto necesitaba del suyo. Pero me contuve.

—¿No quieres hablar primero?

Daro nos observó. Nuestros cuerpos entrelazados, el deseo que exudaba cada poro de nuestra

piel, que nos atraía sin contemplaciones, y suspiró.

—¿Tú prefieres hablar a esto?

Mis cejas se alzaron en un gesto de sorpresa y diversión.

—No tiene que ver con lo que yo prefiera. Sino con entender qué es lo que sucede contigo... y preferiría entenderte y verte entero, a ser una mera distracción que te haga olvidar de tus males por un rato.

—No eres una distracción, ni un entretenimiento...

—¿Y qué soy para ti entonces? —no calculé el peso de la pregunta, hasta después de haberla formulado.

Fue inútil que intentara disimular la culpa y la tristeza. Sus ojos no pudieron esconderla. Y en la boca de mi estómago se abrió un abismo.

Me separé de él. El frío de la distancia tuvo un significado más allá del físico. Una lejanía incommensurable. Supe que no lograría jamás tener la conexión que siempre soñé.

—Sabes lo que significas...

Masculló al fin, mientras recogía mi ropa y comenzaba a vestirme.

—Sí, lo sé... Como también sé que no tienes los huevos para decirlo en voz alta.

—Cat...

—Celia me llamó hace rato. Estaba preocupada por ti.

—Tuve un día difícil...

Poniendo los brazos en asas le planté cara.

—¿Vas a contarme entonces?

Daro se pasó los dedos por entre el cabello negro y lacio, peinándoselos hacia atrás.

Tomó una toalla y se la anudó a la cintura.

—Hoy hubo un robo con toma de rehenes...

—¿Y qué sucedió?

Daro se acercó hasta el primer banco y se dejó caer en él. Las manos colgaban inertes sobre sus rodillas y su espalda se encontraba arqueada dándole el aspecto de la resignación.

—Parecía un asunto sencillo. Rateros sin experiencia. Un supermercado chino acosado por las pandillas... ni siquiera era mi sector. Pero estaba allí, haciendo las compras para la cena.

Mis piernas comenzaron a aflojarse.

—Debí llamar una patrulla. Pero intuí que todo sucedería demasiado rápido como para que llegaran a tiempo. Así que intervine.

Eran dos borregos. La señora que siempre atiende en horario nocturno, Dios sabe cuántas veces ha pasado por lo mismo. Me suplicó con la mirada que no intercediera. Pero debía hacer algo...

Me identifiqué. Los críos entraron en pánico. Uno me apuntó. Yo no había sacado mi arma. Confiaba en persuadirlos sin tener que llegar a eso.

La señora suplicaba para que tomen su recaudación y se marcharan lo más pronto posible.

Yo seguí hablando, confiado en que lograría persuadirlos de entregarse. Pero mientras enfocaba mi concentración en el que me apuntaba, sentí un disparo. La mujercita había tomado una glock 26 que tenía escondida bajo el mostrador y disparó al otro sujeto. El que me apuntaba, enseguida se giró y disparó. No me dio tiempo a nada...

—Oh mi Dios... —intenté recuperarme del shock lo más rápido que me fue posible— Daro... no tienes ninguna certeza que los sucesos hubieran sido diferentes si actuabas de otra manera.

Ante su falta de respuesta, proseguí.

—Y creo que actuaste de la manera más sensata que podrías haber actuado. Si no hacías nada, y algo similar o peor pasaba, ¿cómo te sentirías en este momento?

—A veces me pregunto si hice bien al seguir esta carrera.

—No digas pavadas... ¿qué harías sino? ¿Serías abogado? ¿Chofer de autobús?

—Siempre me gusto el derecho...

—Vamos, puedes estudiar, eres joven aún... pero créeme que haces un trabajo impecable. A tu edad, con la responsabilidad que pesa sobre tus hombros...

—A veces siento que la vida me ha pasado por encima sin siquiera darse cuenta de mi existencia.

—Es culpa de mi padre...

—Tu padre me dio una oportunidad y yo la tomé.

—No te dio opción.

—No digas estupideces...

—Tú las dices... ¿Acaso estás atravesando la crisis de los treinta?

—No lo sé...

—¿Lo dices en serio?

—Es que... desde que nosotros...

Punzada en el pecho... Caí en cuenta de las repercusiones del cambio de rótulo de nuestra relación... ¿es que acaso teníamos una?

—¿Qué significa esto que pasa entre nosotros Daryl?

Pensé que no sería capaz de formular la pregunta. Pero de alguna forma, ya sabía la respuesta y eso me daba cierta seguridad.

El que no parecía muy seguro, era él.

—Cat... eres especial para mí. Tú y mi familia... son lo único que tengo.

Me dolió que me apartara de "*su familia*". Comprendía que tener un hijo genera un vínculo que no puede ser comparado con ningún otro, pero, igualmente dolió. Aún atesoraba el recuerdo de cuando solo éramos él y yo. Y la felicidad que sentí en ese entonces, no la experimenté nunca más.

—Tú eres lo único que tengo.

—No es así... tiene a Mar, a tu padre...

—No empieces...

—Sí, lo tienes. Y si bien yo no soy quién para darte consejos sobre relaciones familiares, tengo que remarcarte lo injusta que estás siendo con él...

—No te metas en lo que desconoces...

—Creo que te conozco demasiado bien... Aún no lees la carta, ¿verdad?

Gruñí para no insultarlo.

—Deberías hacerlo. Deberías terminar con esta ridiculez de hacer como si no existiera.

—Vete a la mierda...

Sin esperar respuesta tomé la ropa que aún restaba por ponerme y me alejé de allí, mientras Daryl repetía una y otra vez mi nombre.

No lo entendía. Nunca lo haría. Pero yo tampoco era capaz de confesarle que no existía un segundo de mi vida en que no pensara en mi padre, en que no me preguntara cómo razonaría o respondería cada situación cotidiana que me tocaba enfrentar.

Mi visión empezaba a empañarse. Hacía tiempo que no me pasaba. Llorar no era parte de mis funciones vitales. Por primera vez en muchos años me daba cuenta de lo sola que me encontraba, y

de lo mucho que necesitaba tener a alguien en mi vida. Alguien que conociera hasta mi rincón más oscuro, y aun así, no sintiera miedo. Alguien que se moviera con total comodidad dentro de mi oscuridad. Alguien que algún día, lograra rescatarme de ella.

Daryl llegó por detrás y me abrazó.

Y a pesar de mis berrinches no me soltó.

Giré sobre mi eje con sus manos sobre mi cintura y dejé que me besara. Dejé que hiciera de mí lo que quisiera. Me entregué a él como nunca lo hacía con ningún hombre, ya que no confiaba en ningún hombre como para cederle el control.

Terminamos haciendo el amor contra la pared de azulejos de verde hospitalario que cubrían los muros de las duchas.

Nuestros gemidos sirvieron de alarma, ya que nadie se atrevió a interrumpir el momento.

Seguía experimentando esa explosiva mezcla de felicidad y angustia cada vez que me arrancaba un orgasmo. Tenerlo dentro de mí era un sueño hecho carne. Entregarme a él como a ningún otro hombre, en cuerpo y alma. Con la seguridad que me cuidaría, que me protegería y, al mismo tiempo, a sabiendas que sufriría de todas maneras. Porque con cada paso que la ilusión ganaba terreno, yo retrocedía hacia el precipicio.

Partimos de las inmediaciones del Glen Park hacia Mission District en el automóvil de Daryl.

Comenzaba a notar que ambos experimentábamos al menos en apariencia conductas parecidas después de nuestros encuentros. La felicidad que alcanzábamos a arañar en la cúspide del climax, nos dejaba en caída libre cuando tocaba volver a la realidad. No hablamos durante el viaje. Intenté encontrar un tema, pero cualquier tópico parecía un arma de doble filo. No podía preguntarle de su familia o qué haría al volver a casa... y seguir hablando de trabajo tampoco era una gran opción.

El móvil de Daro comenzó a sonar entonces.

Antes de tomar conciencia, mis ojos ya habían visto la foto de Celia en la pantalla del móvil.

El aparato seguía soñando.

—¿Deberías atender? —busqué el tono más monótono de voz para decir eso.

No eran celos lo que sentía. Celos porque ella tuviera algo que yo jamás anhelé, al menos, no de esa forma.

El teléfono siguió sonando.

Cada repiqueteo de la campanilla era una astilla que se me clavaba entre las uñas.

—Daro, ¡contesta!

No tardó ni medio segundo en acatar mi orden.

—Cielo...

Nuestras miradas se cruzaron en el espejo retrovisor.

Ni yo entendía cómo aún lograba mantener la cordura.

Aparté la mirada con desinterés, y la dirigí a lo que sucedía al otro lado de la ventanilla.

Era imposible prenderme una sola palabra de la conversación. Aunque Daro contestara con monosílabos, hasta podía escuchar lo que Celia le decía del otro lado de la línea.

—Estoy manejando, hablamos cuando llegue. No falta mucho.

—Pero ¿por qué no contestabas antes? Con todo lo que pasó, estaba preocupada....

—Lo sé, lo siento. No pensé... Estaba demasiado ocupado...

—Creí que...

—Estoy bien.

—Sí... Pero me preocupaste mucho. Estuve toda la noche haciendo llamados, intentando dar

contigo.

—En casa hablamos... —repitió por enésima vez. Mi cuerpo estaba tieso. De seguro terminaría con una contractura que no me dejaría moverme por un par de días. La tensión de Daro se me metía por los poros como un virus letal. Era incapaz de controlar las reacciones de mi cuerpo, y mi cabeza estaba a punto de derrapar. Rogaba llegar a casa lo más pronto posible. Simplemente no podía con esto. La sola idea de perderlo... Al fin lograba tenerlo, o al menos, tenía la ilusión... maldita ilusión. ¿Cómo dejé que esto ocurriera?

—Te amo...

Se escuchó del otro lado de la línea.

Deseo poder teletransportarme en ese instante, a un lugar muy lejano. No importaba donde.

—También yo.

Y ahí supe que lo había perdido. No a Daro, en el fondo siempre tuve en claro que jamás fue mío. Hablo del control. Desde los catorce años mantuve la disciplina. Nada me afectaba. Viví aislada de los sentimientos, de cualquier vínculo afectivo con un hombre. No quería terminar como mi madre. Aún veía sus ojos abiertos. La gota de sangre deslizándose por su frente. No quería terminar muerta por culpa del amor. Y, sin embargo, de una manera figurada, me sentía morir.

—Lo siento —se disculpó Daro. Mi vista seguía clavada en la ventanilla.

—Pura mierda —contuve las lágrimas tanto como pude. Mis ojos estaban a punto de rebalsar. No era su culpa, pero irremediamente tenía que culpar a alguien más.

—Dani...

—¿Qué soy para ti? No soy familia, eso lo dejaste bien claro. Además de una responsabilidad, de una deuda, ¿Acaso significo algo en tu vida?

—Dani, no entiendo de que hablas...

—Más mierda...

—Estoy manejando. No puedes esperar a que llegemos a tu casa.

—Aparca.

—¿Qué dices?

—Detén el maldito vehículo. ¡Necesito respuestas ahora mismo!

Entre blasfemias varias y bocinazos de los vehículos que venían detrás de nosotros, nos estacionamos a un costado de la avenida.

No volví a emitir palabra. Era su turno. No había necesidad que repitiera lo que necesitaba saber. Y ambos nos conocíamos demasiado bien como para entender nuestros silencios.

—Caterina. Celia es mi esposa, la madre de mi hijo. Tú sabes que yo no la dejaría...

—Yo no sé nada...

—Ahora la que escupe pura mierda eres tú. Sí, lo sabes. Me conoces.

—Entonces, por qué permitiste que esto...

—No pude contenerme más Cat. No sé cómo explicarlo ni si lo entenderías, pero siempre fuiste y siempre serás especial para mí. Y como estoy tan seguro de eso, también sé que nunca podríamos llegar a nada. ¿Te imaginas una vida cotidiana conmigo? ¡Nos terminaríamos matando!

Las lágrimas surcaron mis mejillas. La verdad de sus palabras, me quemaba desde adentro, porque yo también lo sabía.

—Lo siento...

—No lo hagas. Jamás sientas lástima por mí.

—¡Deja de malinterpretarme!

—Quiero dejar de verte. Quiero que dejes de existir en mi vida, que desaparezcas...

—Por favor...

—Tal vez tú puedas con esto. Yo no. Y si tengo que arrancarte de mi pecho como a un tumor, lo haré con mis propias manos.

—Cat...

—No soy Cat. Soy Daniela, métetelo en la cabeza. O mejor, olvídate de Daniela. Quédate con el recuerdo de la tumba en el que Caterina Salazar está enterrada.

No volvimos a cruzar palabra.

CAPÍTULO 16

La conciencia es el infierno en la Tierra. Esa, es una de las pocas creencias que ostento. A pesar de provenir de una familia católica, jamás fui creyente. Cuando aún tenía familia, pensaba de la misma manera. De alguna manera siempre supe que si creía, nos iríamos todos directo al infierno. Y más vale infierno conocido...

Me duché hasta que la piel me quedó al rojo vivo, y me metí en la cama con el cabello húmedo. No me importaba mojar las delicadas sabanas de hilo egipcio que me costaron más de un sueldo entero.

¿En qué mierda estaba pensando? ¿Desde cuándo me había convertido en aquello que me juré jamás ser?

La amante.

La otra.

La ilusa, la que se inventa una realidad paralela donde el hombre que ama deja todo de lado para juntos, ser felices para siempre.

Siempre me descostillé a costa de las pobres desdichadas que creía eso.

Hundí la cara en la almohada y la golpeé con toda la fuerza de mis puños.

La tela de las sábanas me molestaba, mi pijama también. Y el pelo húmedo que se me enredaba en el cuello.

Comencé a lanzar patadas a la nada, y hubiera gritado hasta vaciar mis pulmones si no fuera porque pasaba de medianoche y una familia con niños vivía en la casa de abajo.

Lo que ya estaba hecho, no podía deshacerse. Al menos, haría el intento de olvidar, o, mejor dicho, esconder en alguno de los rincones oscuros de mi memoria lo sucedido entre Daro y yo.

Las horas fueron pasando, pero mi cerebro no tenía intenciones de detenerse.

Buscaba excusas, me inculpaba. Me decía que no podría haber hecho nada que evitara que sucediera; Porque era inevitable, me sentía una fracasada por haber cedido tan fácilmente a la tentación de lo prohibido. Si, siempre me caractericé por hacer lo que se me daba la gana, y las reglas no tenían sentido alguno para mí. Pero estos eran códigos... y los había pisoteado mientras Daro me arrancaba un orgasmo tras otro.

Otra vez golpeé la almohada.

El sueño ganó la puja cuando el sol ya se colaba por las rendijas de la persiana.

∞ ∞ ∞

Al menos la mañana avanzó, a pesar de su lentitud, sin pena ni gloria.

Decidí cortar al mediodía para almorzar con Mar. A pesar que nuestros trabajos estaban bastante alejados entre sí, mi cabeza no se encontraba en condiciones para pasar un minuto más en la oficina, ni mis ánimos como para que Tony decidiera hacerme una de sus sorpresivas visitas.

Por suerte Liza lo tenía loco con su animosa idea de remodelar la casa, por tercera vez en lo que iba del año. Así que prácticamente pasaba lo justo y necesario por la oficina para tratar los temas que requerían indefectiblemente de su intervención.

Llegué en taxi a Haight Ashbury, habíamos quedado en una pizzería a la que normalmente íbamos a cenar.

No me hizo falta separar los labios, Mar se me lanzó al cuello demostrándome una compasión

con la que no me sentía para nada cómoda. Si hasta ese entonces tenía dudas, terminé de convencerme en ese instante de lo mala que había sido la idea.

—¡Ya basta! Que nadie se ha muerto...

—¿Puedes permitirte sentir una vez en tu vida? Por Dios, que el día que explotes nos arrastrarás a todos contigo.

—No montes un drama, ya solo quedas tú...

—¡Con más razón! —respondió, como si fuera la obviedad más grande del mundo—. Te has dado cuenta del error a tiempo. Mucho más a tiempo que la mayoría de las que pasamos por una situación similar.

—¿Y si no puedo mantener mi decisión?

—Si hay alguien que es capaz de lograrlo, eres tú. Pero si no lo logras a la primera, reitero: No es la muerte de nadie. Además, podrías pedirle ayuda al galanazo que me robaste...

Sabía a quién se refería, pero preferí hacerme la desentendida.

—¿Estuviste bebiendo desde temprano?

—No te hagas la tonta, sabes de quién te hablo... Y te perdono porque es obvio que solo tuvo ojos para ti desde la primera vez que cruzaron palabra en el aeropuerto.

Sonreí. Podía manipular a Mar, pero sólo cuando ella me lo permitía. Y ese día estaba con todas las luces de alerta encendidas.

—Ferguson no da señales de vida hace días.

Y, además, estaba convencida que después de oír mi historia, estaría replanteándose un par de cosas. Más allá de la caja negra que yacía a un costado de mi cama y lo que decía la tarjeta.

—Dani, ¡Dani! ¿Aún estás aquí?

—¿Qué? —sin darme cuenta, me alejé a un lugar perdido dentro de mi mente— ¿Qué dice? ¿No ves que estoy aquí? ¿Qué vamos a ordenar?

Mis ojos se desviaron del particular brillo de los de Mar, a la carta de la pizzería.

—Te gusta, y mucho, mucho más de lo que jamás te gustó Daryl. Ahora entiendo todo...

—No empieces... —le advertí, sin levantar la mirada del listado de comida.

—Intenta seguirme: Hasta que conociste a Ferguson jamás intentaste nada con Daryl. Por eso ahora te arrojaste a él como a un salvavidas.

—¿Para salvarme de Ferguson?

—De lo que sientes por él.

No pude hacer otra cosa que soltar una carcajada. Me resultaba tan disparatado como terrorífico el ingenioso razonamiento de mi amiga.

∞ ∞ ∞

Regresé a casa más cansada que si hubiera pasado medio día en el gimnasio.

Más allá de las pocas horas de sueño, mi cerebro seguía sin intenciones de detenerse. Y como no podía hacer nada contra eso, decidí actuar de manera inteligente. Si no lograba detener mis pensamientos, cambiaría su rumbo.

Quedaban algunas horas de sol, y con la esperanza que Gonzalo aún se encontrará trabajando en el stud del club hípico, hacia allí me dirigí.

Sus días de gracia para hacer las averiguaciones prometidas habían caducado, y yo necesitaba avanzar en mi investigación. Más, ahora que Daro ya no formaba parte de mi lista de informantes.

Y ahí iba mi cerebro de nuevo, tratando de retomar el curso...

Sin esperar un segundo más, salí de casa y me subí a un taxi.

En el trayecto, me di cuenta que no lograría entrar así sin más al Club más exclusivo de San Francisco. La vez anterior lo hice gracias a una invitación especial habilitada por Tony. Pero invocar su nombre y que el mío quedara en los registros, era demasiado peligroso.

Podía alegar ser amiga de Fermín, pero dudaba que me hubiera agregado a su lista de invitados.

¿Y cómo me iría si mencionaba mi nombre? Hablo del real. En mi última visita me enteré que mi familia nunca abandonó la nómina de miembros. No sabía si aún quedaban registros, pero sí sabía algo más: Mi padre aún pagaba la suscripción. De otra forma Lorraine no seguiría al cuidado de Gonzalo.

¿Cuán peligroso sería?

Me preguntaba aquello, cuando llegábamos a la entrada del Hipódromo. Tendría que arriesgarme.

Tal lo previsto, antes de cruzar la puerta de entrada, un hombre de impecable aspecto preguntó por mi membresía.

—Mi nombre es... —sabía que una vez que pronunciara aquel nombre, cualquier protección que hubiera sobre mí, caería como el escudo blindado que me volvía invisible al mundo—. Mi nombre es Caterina Salazar.

El hombre que no podía ser mayor que yo, frunció el ceño y alzó la tablet donde suponía, llevaba la lista de miembros e invitados.

Sus ojos quedaron fijos en la pantalla un buen rato. Luego, alzó las cejas.

—Hace tiempo que no viene por aquí...

—Mi familia ha estado bastante ocupada...

—Eso parece —sus ojos volvieron a los míos—. Bienvenida nuevamente señorita Salazar. Nos alegramos mucho que haya decidido hacer uso de su membresía después de tanto tiempo. Mi nombre es André, cualquier cosa que necesite estoy a disposición. ¿Quiere que la escolte a la sala de té, a los jardines?

—Preferiría ir directo al stud —ante su gesto de incompreensión agregué—. Mi familia tiene caballos. Quisiera ir a darles un vistazo.

Y hablar con la persona que se hizo cargo de ellos por tantos años. Por supuesto que no mencioné nada de eso. Si yo me había ganado la diana en el medio de los ojos, lo que menos deseaba es que alguien más corriera algún riesgo.

—La acompaño...

—No hace falta. Estoy algo pérdida después de tanto tiempo. pero con algunas indicaciones puedo llegar perfectamente.

Siguiendo el camino que me marcara André, llegué a los establos.

Más allá de los penetrantes olores que desprendía aquel lugar, sentía un grado de familiaridad muy agradable. Mis mejores momentos, cuando cabalgaba y mi potro se volvía uno conmigo y el viento. Esa sensación de libertad incomparable. Una libertad que no creía que volviera a recuperar.

—Señorita, ¿puedo ayudarla?

Un joven de aspecto tosco pero atractivo se había detenido en su tarea de mover fardos de heno para lanzarme la consulta.

—Buscó a Gonzalo, ¿lo conoces?

—¡Claro! Debe estar por allá atrás.

—Gracias.

Siguiendo las indicaciones, avancé hasta el fondo del establo.

No fue muy difícil, el viejo cuidador de caballos de encontraba en el mismo lugar en que nos habíamos visto la última vez que estuve en el club.

Sus ojos se abrieron más de lo normal, y su espalda se envaró al reconocermé. Le sonreí y levanté las manos a los costados de mi cabeza en señal de paz.

—He venido a visitar a mi yegua.

La mirada de mi misterioso informante se suavizó y hasta pude percibir una sutil sonrisa surcar sus labios.

—Venga.

Nos dirigimos al box donde se encontraba Lorraine. La yegua relinchó cuando nos encontrábamos cerca.

—Tranquila preciosa... Han venido a visitarte.

En realidad, no era el fin inicial de mi presencia allí visitar a la hermosa yegua blanca. Pero al verla, la necesidad tiró de mí hacia ella. En ese momento, todo lo demás dejó de importar.

—Acércate despacio. No está muy acostumbrada a las visitas. Trato de encargarme de asearla, cepillarla y de sus vareos diarios yo mismo. Y salvo el veterinario, no hay más personas que se acerquen a ella.

—¿Vareo?

—¿Ya has olvidado la jerga? Lorraine entrena diariamente como lo hacen todos los caballos. Ya le toca hoy. ¿Quieres acompañarnos?

Mi corazón comenzó a latir con brío. Pero no estaba allí para eso... Sin embargo, no pude resistirme.

Asentí.

—Muy bien. Vas a ayudarme a prepararla, así se acostumbra a tu presencia.

—Claro.

Después que Gonzalo vendara sus patas y me explicara su técnica, sacamos a Lorraine fuera del stud. El lugar era inmenso y la yegua parecía tan complacida como yo de encontrarse en un campo abierto rodeado de árboles y jardines.

—Rodearemos el stud, dando dos vueltas como entrada en calor. Luego, prepararemos la montura.

—¿Montura?

—Claro, Lorraine muere de ganas de estirar esas largas y esbeltas piernas. ¿A que tú también?

No quería asumir lo que Gonzalo estaba insinuando, pero no voy a negar que me entusiasmaba la idea de volver a montar.

—La montura de vareo es liviana y práctica, y le da mucha más comodidad al caballo en sus entrenamientos.

—¿Y en qué consiste la práctica? —consulté mientras Gonzalo preparaba a Lorraine.

Parecía entusiasmarle mucho hablar sobre su trabajo. Se notaba que el hombre amaba a los caballos. Lo dejé hablar, notando cómo se iba relajando y enorgulleciendo cada vez que lo interrumpía con alguna pregunta relacionada con el tema.

—Listo —dijo al fin—. ¿Y tú estás lista para salir a la pista?

—¡Claro!

—Espera —replicó cuando ya me dirigía a la salida—. Te faltan las botas, el casco y un chaleco. Ya regreso.

Gonzalo salió del box dejándome con la boca abierta.

Esto iba a ocurrir, iba a montar a Lorraine.

Al cabo de unos minutos, el viejo cuidador de caballos regresó con unas botas de jockey, un casco y un chaleco.

—Puedes dejar tus cosas aquí.

Sin mucha más alternativa, me saqué los tenis y me preparé para lo que vendría a continuación.

El vértigo me invadió al principio, sentía que en cualquier momento daría el espectáculo resbalándome de mi montura. Pero Lorraine era una purasangre gentil. Gonzalo no dejaba de darme consejos e indicaciones mientras avanzábamos hacia la pista de entrenamiento.

Comenzamos con una caminata suave y cuando ya había ganado la suficiente confianza, seguimos con el trote.

—Levanta ese culo niña, o no podrás volver a sentarte en una silla por una semana.

Tenía razón. Demasiado tiempo había pasado desde la última vez que montaba a caballo.

Después de darle la vuelta a la pista, Gonzalo llamó a la yegua con un silbido. Ésta respondió como si nadie más existiera en el mundo a excepción de él.

Caminamos hacia un cono anaranjado.

—¿Lista?

—¿Lista para qué?

—¡¡Arre!!

La palma de Gonzalo resonó al chocar la nalga derecha de Lorraine. Y ella no tardó ni dos segundos en galopar como si nos persiguiera el diablo.

Una mezcla de instinto y de memoria corporal me salvó de volar por los aires. Me aferré a las riendas e incliné mi cuerpo hacia adelante. Lorraine no corría, volaba. Y ya no pude contener la sonrisa.

Con las piernas a doloridas y la felicidad más abrumadora que haya experimentado en mucho tiempo, regresamos a los establos.

—Gracias Gonzalo. Esto ha sido maravilloso.

—No tienes por qué. Lorraine y tú tienen una conexión. Creo que ella te recuerda...

Sonreí. Aunque dudaba de sus palabras.

—Sabes a qué he venido en realidad, ¿verdad? —solté, cuando ya nos encontrábamos dentro del box.

Gonzalo suspiró, pero no pareció molesto por mi inquisición.

Se acercó a mí antes de hablar. El hocico de Lorraine quedó entre ambos.

—Se rumorea que algo pasará en el puerto. Cuando arribe el Saint Gerard, habrá un operativo, antes que el buque empiece a descargar el cargamento oficialmente. Esto sucederá el sábado pasada la media noche.

—¿De qué se trata? ¿Hay algún cargamento de El Adversario?

—No sé nada más. Lo siento. Prometí informarte. Esto es lo que tengo para decirte. Desconozco lo que harás con la información, pero ten mucho cuidado.

—Gracias —respondí, y besé a Lorraine antes de marcharme.

CAPÍTULO 17

No disfrutaba de una noche de descanso tan reparadora como esa, desde hacía mucho tiempo. Y por primera vez, el primer pensamiento que se me cruzó al despertar, no fue Daryl, el trabajo, ni siquiera el episodio imborrable que se convirtió en pesadilla recurrente después de cambiarme la vida para siempre.

Recordaba el sueño con frescura: Montaba a Lorraine. Corríamos a la velocidad del viento, pero no era Gonzalo quien nos esperaba en la meta. Era Fermín Ferguson. Con esa sonrisa suya tan despreocupada, y yo le devolvía una sonrisa de las mismas características, despojada de prejuicios, de preocupaciones o pensamientos que no fueran más que la felicidad que estaba experimentando. Me sentía tan plena, tan llena de energía, de vida. Y esa mirada que siempre me había maravillado y, en cierta forma, atemorizado -tenía que reconocer-, me resultó un reflejo. Sus pupilas eran mi espejo, y se sentía bien. No sé si por la calidez del sol, o era la luz que su persona representaba para mí. Me sentía yo misma debajo de esa luz. Sin lugares oscuros, sin lugares ocultos. Sin nada que importara más que ese instante compartido, perfecto, y que deseaba se volviera eterno.

∞ ∞ ∞

Otro día sin grandes novedades en el trabajo. Tony no puso un pie en el edificio, lo que nos dio a Sam y a mí un buen lapso de tiempo para poner al día informes después de cruzar nuestros datos.

Terminé mentalmente agotada, pero agradecida de tener con qué ocupar mi cerebro.

A medida que se acercaba la hora de partir, un nuevo pensamiento comenzó a danzar en mi mente como si nadie lo viera, excepto yo, ignorando mis nulas intenciones de prestarle atención.

¿Iba a compartir la información con Ferguson? Por lo que sabía, él no se encontraba en la ciudad, al menos hasta el sábado, el día de ese misterioso evento al que me había invitado.

Dudaba si eso aún seguía en pie. Como también dudaba que, de lo contrario, Ferguson no me hubiera avisado que quedaba suspendido.

El sábado a medianoche debía estar en el puerto. No tenía idea de cómo ni dónde exactamente. Tampoco si era tan buena idea arriesgarme sola. No por miedo, sino por ignorancia.

Se hizo la hora de regresar a casa y yo seguía sin decidirme.

Me despedí de Gladys antes de bajar las escalinatas del edificio, hasta ella tenía planes más divertidos que los míos, tenía una cita con uno de los tipos de ventas.

Dudé en advertirle sobre la clase de hombres que los vendedores podían llegar a ser. Sin saber si alegrarme o preocuparme por su inocente alegría, emprendí el descenso. Mi mente comenzaba a dar signos de extenuación. Al menos, esperaba tener otra noche de sueño reparador.

Al llegar al último peldaño, mi vista fue atraída como un imán a la extensa y moderna limusina negra apenas se aparcó frente al edificio, a pocos pasos de donde me encontraba parada.

La puerta trasera se abrió y no pude creer quien se asomó por ella.

—¿A qué esperas? ¡Sube!

Me había quedado de piedra, mientras Fermín extendía su mano hacia mí.

Sacudí la cabeza y me acerqué a la puerta.

—¿Qué significa esto?

—Qué iremos a dar un paseo mientras nos ponemos al día. Te extrañé, bella.

Miré hacia los lados. No porque quisiera cerciorarme de que nadie estuviera contemplando la escena. Sino para disimular que mis rodillas se habían aflojado tanto como mi coraza.

Inspiré hondo y subí al auto.

—Hola...

—Hola.

Fermín no me quitaba los ojos de encima. Me senté frente a él.

—¿Enserio me extrañaste?

—A que tú también a mí.

—Si supieras...

—Cuéntamelo todo. Ya sabes cómo me entusiasma conocer todo acerca de ti.

—Suenas a acosador —a pesar de su sonrisa despreocupada, lo hacía—, además, ¿qué no te alcanzó con lo que tu amigo averiguó sobre mí?

—Lo siento. Yo no le pedí que te investigara. Es parte de su trabajo.

—Eso sumado a que me detesta...

—Bran detesta a cualquiera que se me acerque lo suficiente.

—¿A Sophie y a Ava también las detestaba?

Fer lanzó una risita para descomprimir nervios.

—Lo de ellas fue distinto. A Shopie la conocí hace mucho tiempo. Mucho antes de contratar a un jefe de seguridad. Ella fue quien me hizo dar cuenta de la importancia de no mirar hacia el costado cuando te chocas con una injusticia.

—¿Y qué pasó con ella?

—Estuvimos juntos varios años, pero nos separamos finalmente. Nuestras libertades terminaron por colapsar nuestra relación en algún momento. Ella está casada ahora y espera su primer hijo.

—¿Y Ava?

La sonrisa en su rostro se iluminó con un dejo de nostalgia.

—Ava es una amiga. Alguien a quien aprecio mucho. Bran la conoció antes que yo lo hiciera y créeme que en un principio tuvieron sus diferencias. Pero terminaron siendo tan amigo como puedes serlo con alguien como Bran.

No fui consciente de la expresión que tomó mi rostro, pero de seguro reflejaba mi incredulidad.

—Podrás conocerla el sábado por la noche, si es que aceptas mi invitación.

Seguía en pie. La invitación seguía en pie.

—¿Dani?

—Tengo que contarte algo...

Fermin frunció el ceño ante mi abrupto cambio de tema.

—Este sábado a la medianoche, llegará una carga extraoficial que presumo es para nuestro amigo en común.

—¿De dónde sacaste esa información?

—Tú tienen tus trucos y yo los míos.

—¿Es confiable?

—Lo es...

Por primera vez Fer desvió la mirada hacia un punto inexacto detrás de mi cabeza.

—¿Tienes algún otro dato?

—Saint Gerard es el nombre del buque. Habrá una especie de operativo previo a que comience las maniobras de descarga de los contenedores legales.

—Entonces, tendremos una cita doble. ¿Te has probado el vestido?

—¿De qué hablas?

—De la caja que te envié junto con la invitación.

—Oh, no tuve tiempo de ver nada. Calculo que será una sorpresa para ambos... ¿a qué te refieres con cita doble?

—Luego del evento, iremos al puerto.

—¿Tu irás al puerto conmigo?

—¿No quieres?

—No dije eso. Pensé que mandarías a tu hombre de confianza...

—Creo que llegó la hora de entrar en el campo de juego.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto.

—¿Y por qué ahora? No eres un hombre de acción. Se nota a la legua.

—Podría sorprenderte...

—Si tú lo dices... —murmuré, revoleando los ojos.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Dispara...

—Me encantaría poder llamarte Cat, ¿puedo?

Simplemente me lo quedé observando.

—Caterina... ¿Catty?

No respondí.

—Es que, ahora que se tu verdadero nombre, llamarte Dani me resulta extraño...

—Es muy peligroso —dije al fin.

—Lo comprendo. Pero no debes temer estando conmigo. No voy a dejar que nadie te haga daño.

—Puedo cuidarme sola. Además, si mal no recuerdo, una de las últimas personas que me hizo daño trabaja para ti.

—¿Una de las últimas? ¿Alguien te lastimó en mi ausencia?

—No tiene nada que ver contigo. Y existen muchas maneras de lastimar.

El semblante serio que había ensombrecido sus facciones no hizo más que acentuarse.

—Me metí en otra pelea callejera. Eso es todo... —no quería hablarle sobre Daryl. No sentía que fuera oportuno o adecuado hablar de eso con Fer.

—¿Y quién te curó las heridas esta vez?

No pude evitar envararme. ¿Cómo no iba a saberlo? Su sabueso de seguro me estuvo espiando desde que descubrió quién era.

—No te hagas el ingenuo conmigo.

—Solo quiero que confíes en mí.

—Si sigues espiándome, ¿cómo pretendes que lo haga? Y no empieces con que es el trabajo de tu sabueso. Simplemente arrójale el hueso hacia otra dirección.

—Te juro que esta vez no fue a propósito. Ni tampoco fue Bran. Envié a alguien a dejarte la caja y fue testigo circunstancial.

Le creí. Necesitaba hacerlo. Solo esperaba no equivocarme porque, quisiera o no, ya comenzaba a confiar en él.

Fer me dejó frente a mi casa y se marchó. Crucé la calle y me disponía a abrir la puerta cuando una voz particularmente familiar me sorprendió por la espalda.

—Hola Daniela.

La manera en que pronunció ese nombre con el cual cada vez me identificaba menos, me provocó un sudor frío.

—Celia, hola. ¿No estás un poco lejos de tu casa?

Realmente no sabía que decirle y, si dudas, esta frase no fue mi mejor decisión.

La expresión en su rostro lo dejó muy claro.

—¿Quieres pasar?

Su mirada punzante no abandonó la mía.

—No. Gracias. Seré breve.

Me enderecé en mi sitio, dándole la espalda a la puerta para enfrentarme a ella.

—Bien, te escucho.

—Mi marido está muy extraño hace días. Todo comenzó esa noche en que no atendía el teléfono.

Yo sabía muy bien a qué noche se refería, es más, la recordaba con lujo de detalles.

—¿Recuerdas lo que te dije aquella noche en la cena?

—No es una conversación que tenga fresca en la memoria Celia, y lo prefiero así.

—Haces mal...

Su mirada amenazaba con perforarme los ojos.

—Creo tener la suficiente capacidad para poder elegir lo que tengo ganas de recordar...

—Escúchame bien... me importa un carajo quién seas, quién fuiste o quién pretendes ser. Pero te exijo que te metas esto en la cabeza y no lo olvides: no voy a perder a Daryl y estoy dispuesta a hacer lo necesario para salvar mi familia. Y si no resulta ser suficiente, ya sabes que pasará.

Mentí cuando dije que no recordaba la charla. Lo hacía muy bien. Sobre todo, la parte de la amenaza de alejar a Dante de su padre.

—No sé qué tengo yo que ver con tus problemas maritales. Pero te aseguro que entre tu marido y yo, no hay nada.

Esto era verdad. Si lo hubo, si cometí el error de probar de qué se trataba aquello que sentía por él, eso ya era historia. Y quería creer que Daro lo había entendido.

En cierta forma Celia pareció aplacarse un poco ante mi afirmación.

—Regresa a casa. Ya empieza a oscurecer...

Le dije, antes de girarme y abrir la puerta.

Después de subir las cuatro escaleras que conducían al altillo donde vivía, me di cuenta que el pulso me fallaba al intentar meter la llave en la cerradura.

Las rodillas se me aflojaron y no luché contra el impulso de dejarme caer contra la puerta de granero que se interponía entre mi hogar y yo.

Mi pecho colapsó en ese instante, y todas las emociones que venía acumulando desde Dios sabe cuándo, desbordaron y se derramaron por donde pudieron abrirse paso. Las lágrimas atravesaron los músculos tiesos de mi garganta y empaparon mi rostro. Mi cuerpo paralizado, comenzó a temblar de rabia, frío e impotencia. Ya no podía no sentir, y tampoco sabía cómo manejar tantas emociones juntas.

Me derrumbaba. Me quebraba en mil pedazos y que era incapaz de recolectar siquiera, ni que

decir de volver a armarme. ¿Por dónde empezar?

No sé por cuánto tiempo me quedé allí, incapaz de tomar una decisión tan simple como ponerme de pie y entrar a mi propia casa.

“Tomate tu tiempo”

Una voz que no escuchaba hacía mucho tiempo resonó en mi cabeza. *“Nadie dice cuándo ni cómo debes ponerte de pie, nadie puede decirte cuál es la forma correcta de ser o sentir. Y si te rompes en mil pedazos, tómalo como la oportunidad de rearmarte como te dé la gana. Rebusca entre los trozos las partes que más te gustan de ti: tu sonrisa, tu libertad, tu ímpetu. Y deshazte de las que hacen tus puntos débiles, porque, es por esas, que en principio te has roto.”*

Casi hasta me sentí capaz de ver a mi padre arrodillado frente a mí. Recordaba tan poco de él. Me había hecho tanto daño... Y, sin embargo, lo necesitaba como a nadie más.

Me puse de pie, y me sorprendí al sentirme más liviana. Había perdido un par de trozos y no tenía intenciones de recuperarlos.

Crucé la puerta de granero y me dirigí directo al cajón de mi mesa de luz, y tomé la carta que mi padre me había enviado días atrás.

CAPÍTULO 18

El sábado me sorprendió con su llegada apresurada. Y yo ni siquiera sabía aún qué era lo que me esperaba dentro de la caja negra, o en el misterioso evento al que Fer me había citado.

La invitación no mencionaba ninguna dirección que me diera alguna pista.

Podía investigar en internet, pero preferí que la noche me sorprendiera.

Al caer la tarde y luego de darme un relajante baño de espuma, me enfundé en mi suave bata de algodón y coloqué la caja sobre la cama.

—Muy bien. Ha llegado el momento —anuncié apoyando las manos a los costados de mi cintura.

Levanté la tapa, y luego, el delicado papel blanco que cubría el contenido.

El vestido era de seda opaca color nude, tenía cierta reminiscencia griega, con pliegues en lugares estratégicos que acentuaban las curvas de la figura femenina. Un lazo grueso marcaba el corte a la cintura. Dentro de la caja, también encontré un par de zapatos al tono y tres cajas de alhajas. Una gargantilla de lo que parecía ser oro rosado y brillantes, un par de aros y un brazalete haciendo juego.

—Estás totalmente desquiciado Fermín Ferguson —sentenció sin ningún testigo de mi radiante sonrisa.

Recogí mi cabello en un peinado alto y me maquillé muy poco, a excepción de mis labios que delineé con un color uva oscuro.

También preparé mi otro vestuario, el que iba a usar después de la medianoche. Porque como Cenicienta perdiera su zapato, yo perdería mi cordura para esas horas.

Eran las ocho de la noche en punto cuando el portero visor me devolvió la imagen de Quique.

—Enseguida bajo.

—¿No quieres que te ayude? Fermín me dijo que no sabe que es más peligroso, si la escalera o los tacos que va a lucir.

Si no fuera porque Quique parecía un buen hombre, le hubiera lanzado una sarta de improperios.

— Bien. Sube.

Además, me vendría al dedillo para sacarle información.

Lo esperé con los brazos cruzados sobre mi chalina de piel sintética color beige.

Los ojos del chofer lucharon entre su impulso por mirarme y su deber de no hacerlo.

—Hola Quique.

—Señorita Suarez...

—Salazar.

La confusión se hizo patente en su mirada.

—¿Eras tú el de la otra noche verdad? Ayudando al perro faldero de tu jefe.

El rostro del hombre tomó un rojo que me alarmó.

—Descuida. Ya está todo aclarado. Gracias por cubrirme con esa manta. Hacía frío aquella noche.

Una tímida sonrisa surcó los labios del chofer que aún miraba al suelo.

—Vamos, ayúdame a no matarme bajando las escaleras. Ah... —lo interrumpí, antes que me

cediera su brazo—. Necesito que me lleves esto y lo tengas a mano. Llegará un momento de la noche en que voy a necesitarlo...

Le dije, haciéndole entrega de mi mochila negra.

—No hace juego con mi vestuario.

—No se preocupe...

—No me trates de usted... Mi nombre es Daniela. Cat para los íntimos... — ante su gesto de confusión sonreí y comenzamos a descender por la escalera.

—¿A dónde vamos?

—No puedo decirle... *te* Daniela. Son órdenes.

—Al menos cuéntame si habrá mucha gente...

—Seguramente.

—Y supongo que no seremos los primeros en llegar.

—No, el señor Ferguson siempre se asegura de llegar cuando todos sus invitados ya se encuentran en la Gala.

—Así que es una Gala. ¿De arte? —sabía que Ferguson tenía algunos hobbies además del turismo aventura. No me avergonzaba de haberlo investigado un tanto.

Quique separó los labios, pero optó por volver a cerrarlos ante el miedo de cometer alguna otra infidencia.

También sabía que su madre era una reconocida curadora de arte en el museo de San Francisco y que esa noche coincidía con la inauguración de una muestra fotográfica que estaba recorriendo el mundo.

Llegué al pie de las escaleras con la información necesaria.

—Gracias Quique.

Este me sonrió, entre avergonzado y complacido.

Fermín nos esperaba apoyado en la puerta trasera de la limusina negra.

Sus ojos me recorrieron sin pudor y me sentí más que halagada de ser la causante de esa maravillosa sonrisa suya. Aunque en gran parte se debía al exquisito vestido y demás accesorios que él había escogido para mí.

—Buenas noches, bella.

—Buenas noches principito... Felicita a tus asesores. Han dado en el clavo con el vestuario.

Simplemente dejó escapar una enigmática sonrisa.

—Sube por favor.

No me costó tanto como pensaba acomodarme. El vestido además de sofisticado, era cómodo en extremo.

—¿Ah sí que muestra de fotografía?

Los ojos de Fer abanicaron el aire hasta toparse con el reflejo de los de Quique en el espejo retrovisor.

—No aprendes que no debes de mandar a tus lacayos a hacer el trabajo de campo. ¡Si ofender Quique! —exclamé, y antes que pudiera replicar, continué—. Además, existe internet y no eres una persona de muy bajo perfil que digamos en el mundillo del arte y los negocios.

—Corrí el riesgo, valió la pena. Me halaga que te hayas tomado el tiempo de investigarme...

—Yo no te investigue más que con fines laborales.

—Por supuesto... —odiaba que hiciera eso de darme la razón como a los locos—. Pero dime, ¿te gusta la propuesta?

—No soy muy fan del arte. Apenas si escucho algo de música. No veo películas, no voy al

cine. No sé nada de fotografía y menos de pintura.

—Yo creo que te va a gustar...

—Tú crees demasiadas cosas.

—Creo en ti. Creo en lo que siento cuando estoy contigo...

El corazón comenzaba a intentar escapárseme del pecho.

—¿Y cómo es eso?

—Creo no haber sido tan yo como desde que te conocí.

—Wow... eso es demasiado...

—Me tienes fascinado Cat. Puede que vengamos de vidas totalmente diferentes. Que nuestras experiencias no tengan nada en común, pero nuestros destinos se cruzaron y ¡bum! el mundo bajo mis pies tembló.

No pude responder a eso...

—No puedo dejar de pensar en ti desde el día que te vi en el aeropuerto.

—Creo que solo te encandilaste con un espejismo...

—No es así. Yo te vi Cat. Y supe que había algo en ti, muy adentro, bien profundo...

—Un agujero negro con la fuerza de gravedad de mil planetas.

—¿Y que más puedes esperar de un hombre que ama los desafíos?

—No soy un desafío... —hice una pausa para intentar ordenar mis ideas—. Escucha, si esperas algo de mí, puedo ser tu mayor decepción. Y si no lo haces, podría resultar tu perdición.

—¿Y si yo resultó ser tu salvación?

—Tú no vas a salvarme. Nadie lo hará. ¿Olvidas lo que me dijiste aquella vez que golpeé a Tony?

—Qué no necesitas a alguien que te defienda y no es lo que pretendo. Sostengo esa afirmación. Tú no necesitas a nadie. Soy yo quien quiere estar a tu lado y tampoco porque te necesite. Es mucho más simple. Es querer, es elegir. Y yo quiero elegirte a ti. Porque contigo, me siento como la ola que se rehúsa a dejar de intentar besar la costa, sin importarle cuantas veces la envíe de regreso al océano.

Recordé entonces la manera en que me sentí con la imprevista visita de Celia. Al romperme en mil pedazos comprendí la diferencia entre Daro y Fer. No era que uno fuera mejor que el otro, dejando de lado la situación sentimental de cada uno.

Pero mientras que con Daro tenía la sensación de estar intentando recuperar una vida colapsada años atrás, la sensación de intentar ponerme mi vestido favorito, ese que amaba y me rehusaba a quitar del placard, aunque mi cuerpo hubiera cambiado tanto hasta volverse incapaz de lucirlo. Aquel día, cuando me derrumbé frente a la puerta de casa, fue ese vestido el que se resquebrajó en jirones de tela imposibles de volver a enmendar. Yo ya no era aquella Caterina, así como tampoco me identificaba como Daniela.

Con Fer, en cambio, me daba la sensación de enfrentarme a un espacio inconmensurable, una hoja en blanco esperando a ser completada con palabras que le dieran vida a una historia nueva. Ese blanco immaculado que iluminaba cada rincón de mi ser, logrando que mi conciencia tome nota de cada parte, cicatriz, defecto. Una infinita cantidad de posibilidades se abrían, y yo, era dueña de elegir lo que quisiera para mí.

Una pizca de amargura me nubló el semblante.

—¿Sucede algo Cat? ¿Fue algo que dije? No era mi intención incomodarte...

—No se trata de eso... Hay partes de mí que ni siquiera yo conozco. Soy una persona nueva que recién está entendiendo la manera de armarse de nuevo. He vivido muchas vidas para mi

edad... y aún soy incapaz de reconocermé ante un espejo.

—Eres libre, y eso es lo que más importa. Tienes fuego en tu interior.

—Un fuego que he olvidado cómo volver a encender.

—Ya lo conseguirás... Estoy seguro que tu llama arderá con la fuerza de un sol. Tu fragilidad no es una debilidad para ti, sino para quien cometa el error de considerarlo de esa manera.

—Esperas demasiado de mí...

—Y eso que estoy intentando contenerme...

La conversación concluyó en el instante en que Quique aparcaba frente al Museo de Arte Moderno de San Francisco.

—¿Lista?

Quizá fuera por los vidrios tintados del vehículo que no había notado la presencia de una decena de fotógrafos a la entrada del edificio.

Los flashes estallaron en mis retinas cuando Quique abrió la puerta. Apenas distinguí cuando Fer se apresuró a salir y me tendió su mano.

—Tranquila. Yo estaré aquí, a tu lado. También detesto esta parte de los eventos.

Los flashes no cesaron mientras, además, bombardeaban a Fer con una decena de preguntas, muchas de ellas referidas a su compañía.

“¿Quién lo acompaña señor Ferguson? ¿Es su nueva novia? ¿Es cierto que Sophie lo estafó con una millonaria suma de dinero?”

Esa última, fue la única pregunta que generó un imperceptible impacto en las facciones de Fer. Y creo que nadie se percató de ello, excepto yo.

¿Es que tanto lo conocía? Me sorprendió mi descubrimiento, pero no más que la pregunta que el fotógrafo había formulado. ¿Sería verdad aquello? Entonces Fer, me había mentado cuando aseguró que Sophie y él habían decidido separarse por cuestiones de pareja...

Por suerte, el tramo entre la entrada y el interior del museo no fue largo.

El personal de seguridad abrió las puertas para nosotros y volvió a cerrarlas detrás de nuestras espaldas.

No recordaba haber ido alguna vez a ese lugar y si lo hubiera hecho de seguro no serían nada igual después de las tantas reformas a las que había sido sometido. Se lo veía imponente a pesar de la falta de luz californiana.

Una escalera flotante zigzagueaba en el centro del gran salón.

—No te asustes, usaremos el ascensor.

Y así lo hicimos, las puertas volvieron a abrirse en el tercer piso, dedicado mayormente a la muestra de fotografía, según Fer me comentara.

El espacioso piso estaba atestado de gente y no exagero al decir que todos desviaron la mirada hacia nuestra dirección apenas asomamos un pie en el salón.

—¡Bienvenidos!

Fue una mujer mayor pero increíblemente refinada y bella quien se nos acercó y saludó a ambos con dos un beso en cada mejilla.

—Caterina, te presento a mi madre, Carola Sierra, curadora del museo.

Me sentí una estúpida por no haberme percatado de la enorme semejanza entre ambos. Los ojos claros y expresivos, el cabello rubio rizado, aunque el de su madre tenía un tono más cenizo.

—Un placer conocerla.

—Querida, el placer es mío —la mirada que le dedicó a su hijo fue más explícita que cualquier palabra que pudiera pronunciar—. Gracias por venir tan bien acompañado hijo.

Sonreí sin que me importara si ella creía ver en nosotros algo que aún en mí despertaba algunas dudas.

Los visitantes se movían entre lo que podía vislumbrar como obras de arte increíbles, separadas por muros flotantes que le daban al espacio la apariencia de un laberinto. Lo más impresionante resultaba la terraza que asomaba bajo el cielo estrellado de una noche perfecta.

—Vamos. Quiero presentarte a algunas personas y que conozcas parte de mi trabajo también.

Fer me tendió su mano. No me costó apartar los pensamientos que me instaban a dudar de lo que estaba a punto de ocurrir.

Le cedí mi mano y él me regaló su más maravillosa sonrisa.

Avanzamos por entre los laberínticos pasillos. Fer fue explicándome en casos puntuales los detalles más sobresalientes de algunas de las fotografías que allí se exponían. Los temas eran variados. Desde paisajes, animales, situaciones cotidianas, personas en momentos de una apertura voluntaria o no en la que sus emociones se te colaban por los sentidos con solo contemplar una imagen.

Noté el entusiasmo y la alegría que Fermin Ferguson sentía al hablar sobre aquellas imágenes. Se notaba que tomaba el arte como parte de su libertad.

Vimos a una joven pareja a lo lejos. Los ojos de Fermin se clavaron en ellos y enseguida supe que era de quienes estaba hablando.

La mujer era alta y ostentaba una figura digna de esas modelos que aparecen en revistas como Sports Illustrated. Alta, delgada pero curvilínea. Su piel era de un tono dorado y su rostro el más bello que hubiera visto en persona.

Labios carnosos, pómulos altos y su nariz a pesar de no ser prominente le daba cierto carácter al marco de su rostro. Los ojos de ella se clavaron en los de Fermín. Enseguida supe que algo los conectaba, más allá del arte.

Quizá se trataba de Ava. Si así era, no entendía cómo de pronto Fermín se fijaría en alguien como yo. Éramos el día y la noche.

A su lado apareció un joven de elegante traje gris plata. Su brazo envolvió la cintura de Ava y observó en nuestra dirección. Su rostro era angelical, pero enigmático y destilaba una energía que te atraía y ponía en alerta a la vez.

Ava nos sonrió cuando sus ojos se detuvieron en mí. Tomó la mano de su acompañante y se acercó a nosotros.

Las palabras no brotaron de los labios de ninguno antes que se fundieran en un estrecho abrazo.

—Me alegro tanto de tenerlos a ambos aquí. Ya viste la sección de la sala dedicada exclusivamente a tu obra, ¿verdad?

—Así es. Un trabajo impecable. La fluidez entre las imágenes es preciosa. Ya le agradecí a tu madre por esto.

Fer sonrió.

—Zac, es un placer que hayas podido hacerte un hueco para venir a la inauguración.

—Debería estar volando a Las Vegas en este preciso instante. Pero no podía hacerlo sin pasar a ver la muestra que mantuvo en vilo a mi mujer por tanto tiempo.

Fer alzó las cejas y Ava su mano izquierda.

—Nos casamos en Francia.

—¡Felicitaciones!

Fer se había quedado sin palabras.

—Wow eso sí que... es decir, me lo esperaba. Pero no tan pronto.

—Pasamos por una pequeña capilla al sur de Francia. Parecía un lugar fuera de tiempo. Tan bella y el paisaje...

—Supimos que era el momento y el lugar indicado. Un par de lugareños aceptaron ser nuestros testigos, y nos invitaron un brindis en una taberna sacada de un cuento medieval.

—Suena mágico.

—Lo fue.

—¿Y qué opina tu madre?

—Está desquiciada. Tuvimos que permitirle organizarnos una boda con toda la pompa a nuestra vuelta a Buenos Aires.

—Amigos, quiero presentarles a Daniela.

—Un placer conocerlos...

Ava nos miró por turnos mientras la sonrisa en su rostro se iba ensanchando con el correr de los segundos.

Tuve la sensación que nos quería decir algo, pero no se animó a hacerlo.

—Gracias a ambos por seguir confiando en mi criterio para mostrar tu arte al mundo y a ti Zac, por permitir que Ava no se niegue a ninguna de mis locuras.

—Si ella es feliz, no tengo por qué oponerme. Además, lo que hemos vivido en estos últimos meses es increíble. Jamás pensé que la música me llevaría a recorrer el mundo y lo mismo con Ava. Ambos, con nuestro arte, cumpliendo sueños en cada destino. ¿Qué más podríamos querer?

Mientras la conversación continuaba, comencé a experimentar una extraña sensación, los vellos de mi nuca descubierta se erizaban. Molesta y con la ansiedad cada vez más a flor de piel, tenía la ominosa necesidad de darme vuelta y descubrir la causa de esa incomodidad que no hacía más que incrementarse.

Una mirada punzante intentaba perforarme el cerebro a mis espaldas, cada vez estaba más segura de eso.

—¿Te encuentras bien? —susurró de pronto Fermín en mi oído, sobresaltándome.

—Mis pupilas se clavaron en las suyas y su gesto se endureció. Sus ojos entonces se dirigieron a un punto fijo a mis espaldas solo por un par de segundos. Los suficientes para materializar mi intriga.

—Ava, Zac, espero que disfruten la fiesta —Fer sonrió y apoyando su mano en la base de mi cintura, me instó a que continuásemos camino hacia una de las aberturas que nos condujeron a la terraza.

—¿Qué sucede, Fer? ¿Qué has visto?

Mi compañero resopló, por primera vez lo veía tan ansioso cuanto lo estaba yo.

—Tony y Liza —dijo al fin.

—¿Qué hacen aquí?

—En realidad, no me sorprende...

No tenía por qué sorprenderme a mí tampoco. Era conocedora de la tenacidad de Tony cuando algo se le metía entre ceja y ceja. Y sin dudas, los terrenos de Ferguson eran demasiado importantes como para dejar en mis manos la concreción de la venta.

—Tenemos que enfrentarlo —me di cuenta que mis pensamientos se materializaban en palabras cuando esa frase se escapó de mis labios—. Cuanta más gente nos vea en la fiesta, mejor. Mejor aun si es Tony. Su vínculo con El Adversario, no lo olvides. Que nos vea aquí, nos daría una especie de coartada, ¿no crees?

—No es que alguien vaya a creer que estamos haciendo espionaje, Cat.

—Nunca te fíes de la habilidad de El Adversario para atar cabos sueltos...

Nadie sospechaba que mi padre era un justiciero. Al menos que yo supiera, sin embargo, El Adversario lo descubrió y se encargó de desterrarlo a él, a su familia y a todo aquel que intentara interponerse en su camino.

Tenía que reconocer que mi padre jugó de manera inteligente al entregarse él y todas las pruebas que tenía en contra del misterioso criminal a la policía. Por eso durante tanto tiempo El Adversario se esfumó de la faz de la tierra.

No es que yo tuviera miedo de correr la misma suerte que mi padre, o una peor. Era que me había impuesto una vara muy difícil de superar.

Mi padre había sido inteligente, eso es cierto. Pero había dejado a una hija a la deriva y como tal, no podía perdonarlo, mucho menos pretender seguir su ejemplo.

—Oye, si no estás segura de hacerlo... —su mirada apareció en mi campo visual distorsionado, como un salvavidas en un mar de recuerdos, para regresarme de nuevo al presente.

—¿Acaso eres tú el que tiene dudas? Porque yo estoy plenamente segura de querer llegar hasta el fondo de esto. Cueste lo que cueste. Para mí no es solo una cuestión de negocios...

Sus manos me tomaron por los hombros. El calor que emanaban fue un bálsamo contra el frío que sin percatarme me había cubierto con una capa invisible.

—Si crees que para mí es solo una cuestión de negocios, te equivocas. No te diré que llevo una vida enfrentándome a personas como Tony. Pero de un tiempo a esta parte... creo haberte hablado un poco sobre hacer la vista gorda cuando la balanza de la justicia se inclina hacia el lado incorrecto.

—Lo siento. No quería ser irrespetuosa. Me refiero a que yo no tengo nada que perder, en cambio tú... —abarqué con mi mirada todo a nuestro alrededor—. Eres importante para esta ciudad. No hace falta que te conviertas en un justiciero para dejar una huella positiva. Tu halo de luz ilumina todo lo que tocas.

Sus labios se curvaron en una sutil sonrisa. Y sus ojos destellaron con esa luz a la que me refería. No la había percibido tan nítida como hasta ese momento.

—Sí que tengo que perder... estás en lo cierto. Y la razón más importante, está parada frente a mí. No te dejaré sola en esto. No es solo mi convicción, eres tú Cat.

—Eres imposible... —suspiré, aunque por dentro moría de ganas de colgarme de su cuello y prenderme de sus labios. Ese hombre no dejaba de darme motivos para querer devorarlo a besos.

—Para ti, nada es imposible, bella.

Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para impulsar mis pies a moverse. Tomé a Fermín de la mano y lo arrastré tras mis pasos para cruzar las puertas que nos devolvieran de nuevo al salón principal.

No me costó mucho divisar Tony y Liza.

Apreté la mano de Fer entre mis dedos mientras cruzábamos una mirada de entendimiento.

Nos soltamos, y Fer me acercó su brazo en flexión para que me tomara de él.

Inspiré profundo y avanzamos al encuentro de mi jefe.

Liza nos dedicó una radiante sonrisa apenas se percató de nuestra presencia. Los ojos felinos de Tony, viajaron desde Ferguson hasta recorrer mi cuerpo entero, para finalmente clavarse en los míos.

—Qué sorpresa tenerlos aquí. No pensé que se interesara por el arte Señor River.

—Él, no mucho... Pero yo soy devota al arte —nuestras miradas se dirigieron a Liza—.

Fermín Ferguson, soy Liza River, esposa de Tony. No creo que nos hayan presentado anteriormente...

Liza tendió su mano hacia Fermín. Parecía que tanto Tony como yo hubiéramos pasado a ser parte de la decoración cuando sus ojos se posaron sobre él.

—Un placer señora River. Espero que disfrute de la galería y las muestras que se exhiben, tanto las permanentes como las que en este momento se encuentran exponiéndose como novedad.

Solté el brazo de Fer para que pudiera tomar la mano que Liza continuaba sosteniendo en el aire.

—Me encantan. Tu madre es la curadora del museo, ¿verdad? Deberás presentarnos. Estoy interesada en adquirir algunas piezas para mi casa. Nos encontramos en plena remodelación — Liza dirigió la mirada a su esposo, quien continuaba observándome, poco pareció importarle.

—He visto muchas cosas aquí que despertaron mi interés. Supongo que todo está a la venta, y si no, bueno... todo tiene su precio, a fin de cuentas.

—Casi todo —recalcó Fer.

La radiante sonrisa de Liza perdió su brillo por un instante, pero no tardó mucho en recomponerse.

—¿Es verdad que tienen algo de Magritte en la galería?

—Sí, hay más de 70 obras exhibidas en el cuarto piso.

—¿Serías tan amable de acompañarme? Llevamos toda la noche tratando de encontrarlos... Tony ya está algo fastidioso.

Liza al fin me dirigió una mirada directa.

—Supongo que podré dejarte a cargo de mi marido por un rato, ¿verdad Daniela?

Mi mirada fue de Liza a Tony, quien parecía no haber pestañeado desde que los encontráramos frente a frente. Luego miré a Fermín.

—Vayan. No hay problema —aduje al fin.

La mirada de Fermín no parecía estar de acuerdo con mis palabras.

—Gracias, preciosa —dijo Liza antes de colgarse del brazo de Fer y guiarlo hacia los ascensores. Dejándome ante las fauces del león hambriento. Por suerte, yo no era un inocente corderito.

—¿Trabajando un sábado? O acaso tu presencia en este evento es una simple cuestión de placer...

Me lanzó Tony así, su primer zarpazo.

—No mezcló placer con trabajo, señor River.

Nuestras miradas volvieron a encontrarse, ahora sin la presencia de aquellos que, voluntariamente o no, nos ponían una cadena al cuello.

Tony sonrió complacido. Le encantaba jugar al gato y al ratón tanto como de igual a igual.

—Sé que Ferguson estuvo ausente en la ciudad toda la semana.

—Así es. Pero antes de marcharse me invitó a este evento. No podría haber resultado más conveniente...

—No me sorprende que lo tengas hechizado, muñeca. Espero que la falta de tiempo no te juegue en contra. Necesitamos firmar ese contrato lo antes posible.

—Entiendo señor, como también usted comprenderá que, si soy la última carta de su jugada, debemos ser inteligentes.

—No dudo de tu inteligencia... Espero que tú no subestimes la mía.

—Jamás haría eso señor.

—Entonces nos entendemos.

—A la perfección.

—Bien... —sus ojos volvieron a recorrerme entera.

—Sí que estás bonita... No hace falta que lo diga, lo sé. Espero que disculpes a Liza por no mencionarlo, pero instantes antes que tú y Ferguson se nos acercaran, elogió tu Oscar de la Renta. Hace una semana vio el mismo modelo en un desfile y se encaprichó con él... Fue imposible conseguirlo. Déjame decirte que pienso que luce perfecto en ti.

—Gracias —me puso los vellos de punta escuchar a Tony mencionar eso. ¿Acaso me había ganado una nueva enemiga? Y nada más ni nada menos que mi propia tía... Era horrible experimentar la mezcla de vacío y angustia que me provocaba la situación. Pero no podía arriesgarme. Liza no parecía para nada infeliz con su vida. Y yo no tenía las agallas como para aparecerme un día y tirar el castillo de naipes que se había construido después de quedarse sola en el mundo. Más allá que mi familia y ella no fueran muy unidos, nosotras seguíamos compartiendo la misma sangre.

—Iré a buscar a Liza antes que compre medio museo, disculpa —exclamó Tony, luego de mirar su reloj.

Hice un amago de sonrisa antes que pasara por mi lado sin siquiera esperar mi beneplácito, dejando una estela de su habitual perfume.

Miré mi reloj y esperé unos minutos antes de lanzarme hacia las escaleras que me conducían al piso donde Fermín había llevado a Liza. Ya no nos quedaba demasiado tiempo para prepararnos y partir. Y no me había pasado desapercibido que a Tony le sucedía algo parecido.

Me apresuré cuanto pude, tratando de no llamar demasiado la atención. En esta sala, mucho más desierta que donde se desarrollaba el corazón del evento, las luces eran más cálidas y tenues.

Pero la disposición laberíntica seguía entorpeciendo mi sentido de la orientación.

Intentando no volver a cruzarme con Tony, fui pasando de sector en sector tratando de encontrar a Fer, tarea que se estaba volviendo dificultosa por demás.

—¿Dónde mierda se han metido? —murmuraba aquello cuando por el rabillo del ojo me pareció ver el vaporoso vestido rosa pálido de Liza.

Cuando me giré hacia esta dirección, se había esfumado tras uno de los muros flotantes.

Fui avanzando con cautela en esa dirección. Percibiendo los murmullos de una conversación ininteligible.

Podría haber intentado captar algo que resultara coherente, pero el tiempo no estaba a mi favor, así que aclaré mi garganta y los sorprendí a ambos al otro lado del muro.

—¡Al fin los encuentro! —exclamé con demasiado énfasis—. Liza, lamento interrumpir tan amena conversación, pero Tony te está buscando....

No me resultó indiferente la imagen con la que de pronto se toparon mis ojos. Liza se encontraba demasiado cerca de Ferguson. Y a él tampoco parecía estar molestándole demasiado.

Apenas se percataron de mi presencia. La mirada de Fer fue una mezcla de sorpresa y culpa, pero la de Liza, se me clavó con el filo de un puñal, antes de dirigirla a su reloj.

—Si me disculpan... — sin más pasó por mi lado sin volver a mirarme—. Estaremos en contacto, Ferguson. No olvides que tenemos un trato.

Se me erizó la piel al escuchar el tono con que pronuncio aquellas palabras. Liza nunca me pareció una persona interesada en hacer negocios, pero sin dudas, sonaba como alguien que acababa de cerrar uno.

No me giré a verla. Los ojos de Fermín seguían fijos en ella y algo en su gesto me dio

escalofríos.

—¿Me puedes decir qué mierda fue eso?

Sin responderme, me asió por la mano y tiró de mí en dirección opuesta a la que Liza había tomado.

—Vamos, es tarde.

—No me digas, ¿en serio? No sé para qué mierda te hablé sobre lo de hoy — Fermín seguía flameándome a través de pasillos y escaleras—. Debí de hacerlo sola.

—Ni lo sueñes. No habrías podido llegar muy lejos sin mi ayuda.

—Hasta ahora no he llegado a ninguna parte... Es más, vamos tarde.

A modo de respuesta Fermín asió mi mano con más fuerza y apuró el paso, consiguiendo que me trastabille y me enrede con la falda del vestido.

Descendimos a la planta baja y nos internamos por una serie de pasillos internos que desembocaban en una seguidilla de oficinas.

—En una de estas nos esperaba Quique con nuestros bolsos.

—Todo listo señor —dijo éste a modo de saludo.

—Gracias Quique. Cat, Puedes pasar por el tocador a cambiarte —dijo, señalando con su mentón la única puerta en la habitación aparte de la que nos condujo al interior de la oficina.

Tomé mi bolso de un manotazo y sin mencionar nada más me metí en el cuarto.

CAPÍTULO 19

Unos pocos minutos más tarde estaba de regreso en la oficina, vestida íntegramente de negro y con mi cabello recogido en una cola de caballo alta.

Fermín, por su parte, también vestía de negro con las mismas botas negras de estilo militar y una campera de cuero negro al cuerpo.

—¿Lista?

—Vamos.

Salimos por los pasillos internos a una especie de estacionamiento.

Fermín se acercó hasta una bestial motocicleta negra y me tendió uno de los dos cascos que se apoyaban sobre el asiento.

Se colocó el otro y, sin mucho más preámbulo, nos pusimos en marcha.

El rugido del motor originó cosquillas en mi estómago haciéndome sentir la libertad de sonreír bajo el amparo del casco. La aventura recién comenzaba y la adrenalina bullía en mi sangre a la misma velocidad con la que nos desplazábamos por las calles de la ciudad.

No sé cuánto demoramos en llegar al área portuaria, podría haber seguido el viaje eternamente. Con el viento golpeando en mi cuerpo, aunque el de Fer emanaba una calidez reconfortante, que traspasaba las barreras de ropa hasta de piel, haciendo vibrar cada una de las células que componían mi anatomía.

Al llegar al lugar, nada se parecía a lo que pudiera haber imaginado. Un enrejado nos separaba de un baldío cuya única edificación visible era la inmensa estructura de una aparente fábrica abandonada hacia decenas de años.

—¿Estás seguro que es aquí? —pregunté.

—Estoy seguro que no es aquí, pero desde este terreno podremos ver gran parte del puerto.

—No comprendo...

—No existe manera que ingresemos al puerto sin quedar registrados por las cámaras. Es demasiado arriesgado. Además, no sabemos a ciencia cierta en qué lugar se producirá lo que sea que tenga intenciones El Adversario de hacer aquí.

—No suena muy alentador... —odiaba tener que depender de él.

Si por mí fuera, hubiera agotado las posibilidades de colarme y encontrar lo que vine a buscar. Fermín pareció leer la desilusión en mi rostro.

—Vamos, te prometo que lo lograremos. Pero debemos darnos prisa.

Ferguson se acercó a la reja cerrada con una gruesa cadena enroscada en los barrotes de hierro oxidado, y tomó el inmenso candado entre sus dedos. Estaba muy intrigada de cómo lograría abrirnos paso.

Sacó entonces de su bolsillo algo pequeño y brillante. Por un momento pensé que realmente existía una faceta de ese millonario aventurero que era completamente desconocida e inesperada para mí.

Entonces, introdujo el objeto en la cerradura bajo mi atento escrutinio, estaba demasiado oscuro como para que pudiera vislumbrar de qué clase de herramienta se trataba.

Después de trajinar unos segundos, los mecanismos de la cerradura cedieron y el candado dejó de contener las pesadas cadenas que cayeron laxas a los costados de los barrotes.

—¿Cómo hiciste eso? —pregunté mientras ingresábamos con sigilo al inmenso predio.

Fermín se detuvo ante mí y alzó la mano cerrada en un puño que abrió después que colocara la mía bajo la suya. El frío del pequeño metal impactó contra mi piel. Cuando Fer apartó su mano, la ilusión se desintegró.

—¿Tenías la llave? ¿Cómo es que tenías la llave?

Fer sonrió antes de darse la vuelta y continuar avanzando hacia el interior del predio.

—He aquí los terrenos que tu jefe pretende comprarme. Eres bienvenida.

Me costó reaccionar a sus palabras. El lugar no tenía nada de interesante. Salvo por el hecho que se encontraba junto al puerto y desde allí según el podíamos tener acceso a todo lo que sucedía del otro lado del muro electrificado que separaba el terreno del otro.

—¿Por qué crees que El Adversario quiere tus terrenos si es evidente que tiene libre acceso al puerto? —apuré el paso tras él.

—No creo que entrar al puerto sea tan simple, o barato. Tampoco creo que simplemente lo quiera para hacer sus negocios, sino también, para estar informado sobre quién más los hace.

—Lo haces sonar tan simple...

—Para las personas poderosas como él, es así de simple. Cat, si no obtiene lo que quiere por las buenas, lo hará por las malas. Sé muy bien que estoy jugando con fuego...

Algo en la mirada que me devolvió por encima de su hombro, abrió un hueco en la boca de mi estómago. Estábamos a pocos pasos del derruido edificio que nos daría acceso a lo que fuera que sucediera de otro lado del muro.

Pues si por fuera daba la apariencia que en cualquier momento se vendría abajo, por dentro, el edificio era una trampa mortal. Los agujeros en el techo daban acceso a la luz con que la luna iluminaba nuestros pasos y poco más. Los charcos de agua estancada desprendían un olor nauseabundo; Y Los ruidos a nuestro alrededor delataban la compañía de indeseables alimañas.

—Ven por aquí.

Me indicó Ferguson, antes de emprender el ascenso por una escalera que me inspiraba poca confianza. Sin embargo, seguí sus pasos.

Cuando ambos estuvimos sobre la azotea, nos tomamos un instante para contemplar nuestro entorno. Uno al lado de otro, con la luna y las pocas estrellas visibles sobre las luces de la ciudad, tan lejos y tan cerca, incendiando el horizonte, mientras la brisa marina helaba la fina capa de sudor que cubría nuestra piel.

Me tomé un par de segundos para observar al hombre que se encontraba a mi lado. Y lo sentí más cercano que nunca. Más cercano de lo que jamás he permitido a nadie estar. Y si bien mi reacción inmediata debiera de haber sido huir, resultó todo lo contrario. Sentí alivio, experimenté por primera vez la sensación de estar completa. De no necesitar nada más en la vida. Porque al fin, tenía a alguien con quien compartir mi oscuridad, porque al fin tenía a alguien que no sentía miedo de iluminar mis rincones más oscuros y descubrir lo que allí se escondía.

Fermin giró su rostro hacia mí en ese instante. Y mi corazón golpeó con fuerza mi pecho, casi como empujándome a acercarme a él cuanto mi cuerpo y el suyo lo permitieran.

—¿Sientes lo mismo que yo?

Su mirada emanó el brillo de mil estrellas al formular la pregunta. Si no hubiera quedado paralizada, tampoco creía saber cómo responder. ¿Acaso era tan evidente? O solo era tan estúpida como para permitirme volar demasiado alto.

Me daba más vértigo lo alto de mi vuelo que la endeble cornisa sobre la que nos acomodamos.

Fermin estaba en lo cierto. El buque mencionado por Gonzalo se encontraba del otro lado del

muro. No hacía demasiado tiempo había ingresado a la terminal y por lo poco que llegaba a divisar se encontraba en proceso de preparación para comenzar a descargar.

Fermin se arrodilló y abrió su bolso negro. De él extrajo dos pares de binoculares y lo que parecía una cámara de fotos ultra sofisticada.

—Toma, presta atención a las entradas —me dijo, extendiendo un par de binoculares en mi dirección—. Terminaré de armar la cámara.

Continuó mientras extraía un teleobjetivo y lo unía a la cámara.

Realmente se veía como si nos encontráramos allí dentro, pero el campo visual era mucho más amplio a pesar de la acumulación de contenedores que de manera esporádica impedían la visión.

Unas luces llamaron mi atención en las cercanías de la entrada lateral. A pesar de ser medianoche, personal de seguridad aún deambulaba por los corredores que formaban las hileras de contenedores apilados a lo largo del predio. Pero parecían no tomar nota de lo que sucedía en esta parte del lugar. Salvo por los operarios que trabajaban para comenzar a descargar el primer contenedor de la noche.

Las luces que habían llamado mi atención, se acercaban rápidamente al área abierta cercana al buque.

—Creo que El Adversario está aquí...

No quería perder un solo detalle de lo que ocurría en el puerto. Pero no pude evitar echarle un vistazo a lo que hacía Fermín.

Con el cuerpo echado sobre el techo la mira puesta en el objetivo, preparado para disparar.

Volví la mirada al puerto, justo cuando un automóvil negro se detenía en el abierto. Pasaron unos minutos hasta que el contenedor fuera depositado a unos pocos metros del vehículo del que nadie había descendido hasta ese momento.

Un par de operarios se acercaron a las puertas del contenedor, y con unas tenazas cortaron los precintos.

Entonces, la puerta del acompañante se abrió.

Dejé de respirar en ese instante.

—Asegúrate de sacar buenas fotos...

—Despreocúpate de eso...

Por lo que atisbé a ver, parecía estar muy seguro de lo que hacía, la forma en que manipulaba la cámara me daba seguridad de eso.

Mis ojos volvieron a los binoculares para toparme con algo que, si bien estaba dentro de mis expectativas, me heló el cuerpo ya entumecido por el viento helado proveniente Del Mar.

—Tony...

—¿Té sorprende?

—Me preocupa. Estaba en el evento...

—Si supiera que estamos aquí, no se mostraría abiertamente.

Tony se acercaba al contenedor mientras los operarios abrían las compuertas y extraían una gran caja de madera del interior. Con un fierro removieron la tapa y extrajeron del interior un pequeño bulto que no fui capaz de identificar.

Se lo acercaron a mi jefe.

—¿Qué es eso?

—No lo sé, pero intuyo que no importa. Sea lo que sea, no deja de ser un recipiente...

—¿A qué te refieres?

Mi mirada se volvió hacia Fer, que solo señaló con su mentón hacia lo que ocurría del otro

lado del muro.

Tony se acercaba al vehículo.

—Te apuesto lo que quieras que él está ahí... —la sangre me bullía mientras la expectativa se incrementaba a niveles extraordinarios.

La ventanilla posterior se deslizó apenas para que saliera el pequeño bulto. Era imposible distinguir quién se encontraba dentro del vehículo.

Tony esperó un largo rato a que el paquete regresara a sus manos. Luego, realizó un gesto a quien dirigía la operación, el tipo asintió y los operarios regresaron el cajón al interior del contenedor.

Tony subió al vehículo y sin mucho más preámbulo, se puso en marcha.

—Vamos —de un brinco me puse de pie—. Debemos llamar a la policía.

—No Cat. La policía no hará nada.

—¿Qué dices? — me sorprendí—. Tenemos las fotografías, podemos probar lo que ha sucedido esta noche.

—¿Que tu jefe es un contrabandista? Posiblemente. ¿Pero qué pasa con El Adversario?

—Ambos están en el vehículo, si actuamos rápido los detendrán a ambos a tiempo.

Fermín soltó una carcajada.

—Creo que ves demasiadas películas... las cosas no funcionan así en el mundo real. ¿Por qué crees que tu padre se convirtió en un justiciero?

—No menciones a mi padre, él no tiene nada que ver...

—Lo siento. No debí... sí, debí hacerlo. ¿Acaso no estás siguiendo su legado?

—Qué mierda dices...

—Venga Cat...

—Deja de decir mi nombre como si me conocieras...

—Oye, lo siento... Pero, aunque no me creas, quiero que tengas en claro que por supuesto que me serviría que detengan a Tony. Al menos, dejaría de insistirme con comprar mis terrenos. Pero él no es el problema más grave. Si no es Tony, habrá otros lacayos encomendados a la tarea en las huestes de El Adversario, quizá peores...

—Y es preferible el menor de los males, ¿es así?

—Es preferible actuar con cautela y ser paciente. Eres joven... y entiendo que mis palabras suenen chocantes a tu edad.

—No me hables de paciencia o cautela cuando he pasado la mitad de mi vida ocultándome del mundo. Viviendo una vida inventada. Mintiéndole a todos los que me rodean.

—Yo sé quién eres Cat.

—Tú no sabes nada... Pero quizá tengas razón en algo. La policía no podrá hacer mucho para ayudarnos. Es mejor que hagamos esto por cuenta propia.

—No me refería a eso...

—Escucha, accedí a que me acompañaras, no a que des las órdenes. Me importa un comino lo que quieras o no hacer. Si tu intención es ser cauteloso, no lo impediré. Así como tú no puedes impedir que yo continúe con mi plan. Esta vez El Adversario no se me escapa, aunque tenga que dejar la vida en intentarlo.

Los ojos de Fer se abrieron como platos.

—Estás loca a si piensas que te dejaré hacer eso sola.

Sin que mediaran más palabras emprendimos el descenso.

Yo llevaba la delantera y pretendía que la situación se siguiera sosteniendo de esa manera. No

iba a permitir que Ferguson me retrasara, mucho menos que me detuviera, no cuando estaba tan cerca de enfrentarme al hombre... a los hombres que habían convertido mi vida en un calvario.

—Espera —reiteró Fer antes de montar la motocicleta. Mis dientes rechinaron.

No es lo que piensas... solo quiero darte algo.

—No es momento de regalos...

—Es más que eso. Es una forma de protegerte de lo que pudiera pasar si nos atrapan o caemos en una emboscada que ponga en riesgo nuestra identidad.

Fer sacó entonces del maletero de su moto una cosa negra. De él, extrajo un trozo de algo que parecía látex. Los colores variaban entre los grises, los negros y sutiles trazos de colores cerúleos.

—Colócate esto en rostro. Extrañada, tomé la tela entre mis dedos. No se sentía como tal, sino como algo viscoso y elástico.

—¿Qué es? — pregunté mientras lograba darle forma al objeto.

—Una máscara.

Lo era. Y una muy peculiar.

—Es una Catrina...

—Sí. Debes asegurarla primero alrededor de tus ojos. El material se adherirá a la humedad que empiece a segregarse en tu piel.

Quedé tan sorprendida que no supe si reír o paralizarme del asombro.

—¿Necesitas ayuda?

—No...

Seguí sus indicaciones y no resultó nada difícil adherir el material a mi piel.

—Y tú, ¿qué te pondrás?

Mi pregunta obtuvo como respuesta la imagen de Fer colocándose un pasamontaña negro.

—No es tan glamoroso como lo tuyo, pero servirá.

No podía dejar de tocar mi rostro. Se sentía extraño y al mismo tiempo permeable al tacto.

—Ahora sí, cázate el casco y vamos.

No importó dejar las puertas del enrejado abierta. Cuando salimos, enseguida divisamos el auto negro, el camión en el que habían montado el contenedor y los seguimos a una distancia prudencial.

Nunca imaginé ser capaz de embarcarme en semejante locura. No dejaba de pensar en mi padre y aunque no fuera mi intención, comenzaba a entenderlo. La adrenalina me provocaba cosquillas como el viento que azotaba mis extremidades.

Con prudencia anduvimos tras el camión sin perder de vista el automóvil que lideraba la caravana. Allí se encontraba nuestro principal objetivo.

Fue cuando desembocamos en la entrada a la autopista que Fer me instó a que me aferrara con fuerza alrededor de su cuerpo. Pedido que no me resultó para nada incómodo. Se sentía bien tenerlo entre mis brazos.

A pesar del casco, el calor y el perfume que emanaba su cuerpo, una mezcla de salvaje que combinaba cuero y gasolina quemada, me indujo a un estado de encandilamiento del que me arrepentiría poco más tarde.

Un grupo de motocicletas de estilo callejero se unió a la caravana.

—Creo que tenemos compañía —la voz de Fer se oyó clara dentro de mi casco.

Miré hacia los lados y comprobé que era cierto, motocicletas rojas al igual que los cascos de sus conductores nos cerraban el paso. Tardé en reparar en las armas que llevaban colgadas al

costado de sus piernas. Armas capaces de arrancarte la cabeza con un solo disparo.

—Sujétate —. No alcanzó a pasar un segundo de dicho aquello, que la explosión casi me hace caer del vehículo.

—¡Sujétate! —. Volvió a exclamar Fer, con más ímpetu.

—¿Qué es lo que está pasando? —grité, al borde de un ataque de nervios.

Fermín disminuyó la velocidad, dejando que la caravana se adelantara unos metros.

—Saben que los seguimos. Debemos desviarnos.

—Pero...

—Cat. Puedo escucharte fuerte y claro. No hace falta que grites.

Antes que pudiera refutar, Fermín tomó la salida hacia una de las arterias de la autopista que más adelante la cruzara por encima.

—Vamos a perderlos.

—Tranquila, no creo que avancen mucho más en una autopista tan expuesta.

—¡Deténte!

La motocicleta se detuvo en el margen de la calzada.

—¿Qué haces? Vuelve aquí, es peligroso.

Me quitaba el casco cuando su orden retumbaba en el interior. Apoyé mis manos sobre las vallas para observar la caravana.

Los engranajes de mi cerebro se pusieron en marcha. Algo no andaba bien, más allá que ni lo que acabábamos de presenciar en el puerto o en ese momento, lo estuviera.

Volví a subirme a la moto y me coloqué el casco.

—Creo que sé a dónde se dirigen.

—¿Estás segura?

—Hazme caso de una puta vez...

—Pero ¡Quién lo dice! Y me refería a si estabas segura de seguir con esto.

No, no lo estaba. Me encontraba aterrada y apenas si podía mantenerme aferrada a la chaqueta de Fer.

—Tenemos que seguir...

Bajamos de la autopista y avanzamos por una paralela que nos condujo a una de las partes más turbias de la ciudad. La caravana descendió tal lo había supuesto para internarse en una zona donde los galpones y amplias fábricas abandonadas se sucedían bajo el tinte anaranjado de las luminarias públicas.

Las calles estaban desiertas. No es que hubiera gran movimiento en esa parte de la ciudad, pero era donde generalmente los sin techo prendían fuegos en tachos para mantenerse calientes o cocinaban los alimentos que podían conseguir.

Fermín dobló en una intersección que nos dejó a escasos metros de nuestro objetivo. Pero quedamos de nuevo entre la escolta de motocicletas que me hacían doler las tripas de los nervios.

Fer descendió la velocidad y a partir de ese momento fue como si el tiempo también lo hiciera.

El cargamento y los automóviles que lo precedían, quedaron atrapados entre dos camiones salidos de la nada que se interpusieron en el trayecto.

Quedamos del lado opuesto junto con la media decena de motocicletas rojas que no esperaron a sacar sus armas y comenzar a disparar hacia el obstáculo.

Fer pegó una curva que casi me hace volar por los aires para quedar ocultos tras uno de los vehículos aparcados al borde de la acera.

Bajamos de la moto y nos agachamos detrás del vehículo.

—No te quites...

Me quité el casco. Me faltaba el aire, y mi corazón latía tan fuerte contra mis costillas que temía me partiera el pecho al medio.

—¡Cat, ven aquí! ¡Ahora!

Me percaté en ese momento en que estaba paralizada. Mi cerebro se debatía entre huir, buscar refugio, o encontrar una lógica a lo que estaba viviendo.

—¡Catrina!

Fer logró sacarme de mi anonadamiento al pronunciar ese nombre. No sé cómo explicarlo, pero, las voces en mi cabeza se callaron de golpe y todo empezó a cobrar sentido.

—Tenemos que ver qué está pasando al otro lado.

Me fui acercando a Fer, tratando de no despertar la curiosidad del sequito armado que había quedado atrapado de éste lado de la calle.

—Deberíamos tratar de pasar al otro lado antes que ellos lo hagan.

—Quedaríamos atrapados entre fuego cruzado. Si queremos seguir adelante con esto, debemos dejar que el problema se reduzca a la menor amenaza posible.

Mi estómago no fue inmune al colapso nervioso que tomó la forma de una pelota compacta.

Llamar a Daro fue una de las primeras ideas que se me cruzó por la mente, pero, aunque lo hiciera en ese instante, jamás lograría llegar a tiempo.

Estábamos jodidos, y no creía que nuestros amigos fueran partidarios de dejar cabos sueltos.

—Podría ser tarde cuando dejen de matarse entre ellos...

—No se tú, pero yo prefiero que sigan matándose entre ellos antes de ofrecerme en bandeja de plata.

—El Adversario escapará, jamás sabremos quién es, y de seguro ni rastros quedarán del cargamento. Es la única prueba que tendríamos para...

—Shhh...

Puse mi peor cara ante su intento de callarme, pero antes que pudiera pronunciar palabra, fue Fer quien habló.

—¿Escuchas?

Desvié mi atención a los sonidos que pudiera percibir, pero no oí nada más que silencio, y los sutiles golpes metálicos que hacen las armas al ser manipuladas.

Quise hablar, pero Fer colocó su dedo índice sobre mis labios, y el otro en los suyos.

Volví a prestar atención.

Pasos... cada vez más próximos.

Mis ojos comenzaron a moverse frenéticos hacia todas direcciones, incapaz de controlar el ritmo de mi respiración.

Fer buscó mi mirada sin emitir palabra, hasta que pude anclarme a sus ojos, entonces, mi foco y mi respiración recobraron el control.

Conocía muy bien el lenguaje táctico militar, lo que me desconcertó, fue que Fer lo conociera también.

"Seis enemigos con escopeta"

"Tú, yo, sin munición"

A lo que respondí:

"Tú, quédate inmóvil. Yo, iré hacia el obstáculo."

Fer replicó:

"No"

"Estás loca", esta no fue una seña táctica.

Respondí:

"Escucha y observa"

En ese momento, tomé una pequeña botella vacía de cerveza que descubrí entre los cúmulos de basura debajo del vehículo, y la lancé en dirección contraria a la que me eché a correr.

Lo hice a toda velocidad, aunque no sirvió de mucho. Fer se había lanzado tras de mí, y a pocos metros de llegar a mi objetivo, el grito de alto emitido por uno de los mercenarios, nos obligó a quedarnos estáticos.

—Las manos donde pueda verlas —bramó apuntando su rifle a mi cabeza. Los otros cuatro, formaron una hilera tras el que dio la orden. Todos ellos nos apuntaban.

—Pase lo que pase, no mires atrás —murmuró Fer.

No pude evitar voltear la cabeza en su dirección.

—¿Qué?

—¡Quieta!

—¡Corre!

Las órdenes del líder de los mercenarios y la de Fer se superpusieron. Mi instinto tomó la decisión por mí. Me lancé a sortear los pocos metros que me separaban del camión que obstruía la calle.

Apenas atisé a ver sobre mi hombro.

Fer lanzando cuchillos que brotaron de debajo de las mangas de su chaqueta. Ambos dieron en dos de los mercenarios.

Oí disparos.

—¡Corre Cat!

No sé si Fer se lanzó al suelo o fue el impacto de una bala lo que lo tumbó.

Fue lo último que vi antes de volver la mirada al frente.

La angustia me invadió, y la vista se me nubló de lágrimas al aflorar todas las emociones que por demasiado tiempo se contuvieron de acecharme.

Sentí cada hebra de mi corazón desgarrarse, al tiempo que me repetía que lo que había atisado a ver, no era lo que pensaba. Fer había esquivado las balas.

Ya no escuchaba más que los pensamientos que gritaban en mi cabeza, mientras me lanzaba por debajo del camión atravesado para llegar al otro lado.

El cargamento se alejaba.

—¡Alto!

Dos sujetos me apuntaban con sus automáticas.

No sé de dónde saqué las fuerzas, ni la seguridad, de cada uno de los movimientos que me convirtieron en un arma letal humana.

Golpeé a uno en la nuez de Adán, mientras giraba sobre mi eje y lanzaba una patada a la entrepierna del otro. Ninguno tuvo chance de lanzar un disparo.

Pateé las armas lejos de ambos y acerté dos patadas en los cascos, que si bien no los dejaron inconscientes, parecieron dejarlos lo suficientemente aturcidos.

Me percaté entonces que la limousina negra aún se encontraba detenida.

La puerta se abrió, y mi corazón se detuvo cuando su pie, enfundado en botas militares anchas, y el pantalón holgado de un color rojo oscuro paralizaron el fluir de la sangre en mis venas.

Un chaleco antibalas negro, se asomaba debajo de un sobretodo del color de los pantalones, el

color de la sangre espesa y fresca. Y debajo de la capucha, oscuridad. Me resultó imposible ver su rostro. Siquiera entendía como él lograba saber dónde me encontraba, paralizada.

En mi imaginario, siempre fue alto y corpulento, pero en la realidad, su contextura no distaba demasiado de la mía.

Quedó estático pero alerta, con las piernas separadas y los brazos extendidos a los costados de su torso.

Me tocaba a mí dar el primer paso. Entendí que la ventaja de tomar la decisión de atacar, o salir corriendo era mía.

Avancé, confiada y prudente. Decidida a hacer justicia por esa tumba vacía que llevaba mi nombre, por esa familia borrada de la faz de la tierra. Por obligar a mi padre a apartarse de mí. Por matar a mi madre...

No quería que mi juicio quedara rebalsado por el dolor y la sed de venganza. Sabía que me enfrentaba al hombre más proferido que haya pisado San Francisco. Sabía también, que mi padre había logrado hacerlo esconderse como una rata por demasiado tiempo.

Pero él no lo sabía. Desconocía mi identidad, mis motivos. Ignoraba mi historia y el vacío que me vi obligada a soportar por tantos años.

Percibí el sutil movimiento a mis espaldas.

El Adversario levantó su mano en un puño cerrado. Me detuve.

—Suban al auto y lárgense —su voz voz sonó opaca, distorsionada por la máscara negra que tapaba su boca y nariz. Los ojos quedaban cubiertos por la sombra que proyectaba la capucha sobre su cabeza.

Me quedé inmóvil a unos metros de distancia. Mis ojos fijos en su presencia.

—Me gustaría saber quién eres... Normalmente no me importa a quién mato. Pero tú, me causas algo de intriga.

No respondí.

Dio un paso acercándose a mí.

—Asumo que eres la Catrina. Muy pintoresco... aunque algo teatral, ¿quién te envía, la Mafia Mexicana? Tenemos algo de historia...

—Nadie me envía...

—Ah, una justiciera. Hubo uno alguna vez... Créeme que no te gustaría terminar como él y su gente...

Se me crisparon los vellos de cada centímetro de piel al escuchar eso...

—Alguna vez, ese justiciero logró exiliarte por muchos años. He venido a terminar lo que él empezó. Y esta vez, será para siempre.

—La dulzura de la venganza empalaga... Abre los brazos para recibir la honorable muerte que te espera, niña.

Fueron sus brazos los que se abrieron. Y yo me lancé a ellos. No me importaba morir si podía dar todo de mí para terminar con la contaminación que este individuo destilaba con cada aliento de vida.

Nos trenzamos en una lucha cuerpo a cuerpo, aunque no pude acertar uno solo de los golpes que le lancé.

Me sorprendió su agilidad, más que su fuerza; Esquivaba mis embestidas, ganchos, cross, patadas, como si conociera de antemano cada uno de mis movimientos.

"Eres demasiado previsible Dani", la voz de Daro susurró en mi oído como si allí estuviera.

El recuerdo de nuestros entrenamientos se fue entremezclando con la lucha real, como si

ambas fueran realidades paralelas.

“No anticipes tus movimientos... ¡Solo reacciona! Déjate llevar por tu instinto.”

Aturdida, no por mis emociones encontradas, sino por intentar contenerlas.

El Adversario no dejaba de demostrarme con su destreza y templanza cuán grande había sido mi error al intentar meterme en su camino. No conocía nada del protagonista de mis peores miedos, y ahora, nos encontrábamos frente a frente. Siquiera estaba segura de estar preparada para este momento.

Los golpes molían mi carne y estremecían mis huesos, mientras su risa macabra retumbaba en mis oídos como la marcha fúnebre que presagiaba mi final.

“Estás acabada si crees que lo estás Dani... ten fe. No pienses, ¡hazlo!”

Me puse de pie por enésima vez. Un sabor metálico empalagaba mis papilas gustativas. Sentía escurrirse la sangre de mi nariz, aunque la máscara aún se adhería al sudor que empapaba mi rostro.

Apenas podía respirar sin ahogarme.

—Estás acabada, cabeza de caramelo.

—No...

Estaba sola, al borde del abismo, a punto de perder lo poco que me quedaba. Y estaba loca, de eso no tenía dudas. ¿Pero cómo no iba a estarlo? Y, aún así, no acabada.

Haciendo caso omiso al dolor, me esforcé por silenciar mis pensamientos. Respirar profundo logró que me doliera cada una de mis costillas. Mis sentimientos afloraron entonces. Todos esos sentimientos que había mantenido a resguardo durante tantos años. Me permití sentir miedo, verme vulnerable y asumir la tristeza por tanta pérdida, pero también sentir la dicha de haberme encontrado con personas que llenaron de colores una vida gris. Y que, a pesar de mis sombras, no tuvieron reparos en transformar una parte de mi mundo, en un lugar cálido y luminoso dándome el valor de seguir adelante.

Las lágrimas se escaparon de mis ojos.

—¿Estás llorando? Awww, eres un subidón de azúcar... casi que me da pena tener que acabar contigo. Pero me la has puesto difícil, tengo que reconocer que, a pesar de no estar ni cerca de ser un digno oponente, tu perseverancia es admirable. Recuerdo que mi socio me habló de una nudista en la reunión en el antro de Tenderloin. Desapareciste sin dejar rastro... Pero, no fuiste la única infiltrada esa noche.

“Brandon...” Mantuve mi expresión inmutable a pesar las alarmas que encendieron ese pequeño dato deslizado tan deliberadamente.

—Así que ya ves... no eres la única en mi lista, y ni siquiera te encuentras en la primera página. Eres blanda y te falta experiencia. Nada que no se pueda solucionar con un par de misiones que te curtan la piel y el corazón. Tú decides, me agradas... Y no soy la clase de persona que empatice fácilmente. Pero podría hacer una excepción contigo. Podrías trabajar para mí... ¿qué dices? No suelo dar segundas oportunidades, ni me gusta esperar por una respuesta. Conmigo podrías lograr grandes cosas cabecita de azúcar. Tienes un estilo que me recuerda mucho a mis primeros años en ésto. Si hasta me entraron ganas de contarte algo de mi historia... Eso es raro... Es difícil tener con quién relajarte y hablar cuando te encuentras en una posición como la mía. Los villanos también lloramos, ¿sabes?

—Eres un asesino... has traído una horda de corrupción contigo y ha dejado muertos por doquier. ¿Y ahora qué traes en ese contenedor? ¿Drogas? ¿Enserio esperas que me una a ti?

—Yo no espero nada de nadie. Solo doy una muestra de mi generosidad, ofrezco

oportunidades de redención.

—¿Llamas a esto redención?

—Y a qué llamas tú redención, ¿a una muerte en vano? Nadie recordará tu nombre, cabeza de azúcar... Mucho menos tu rostro. Siquiera conozco tu causa. Y no creas que me importa en lo más mínimo...

—Tú arruinaste mi vida.

—Sacrificios necesarios para un bien mayor...

—¿El tuyo?

—Qué mayor bien que el mío... Yo soy San Francisco. Esta ciudad es mis sosias y si yo caigo, ella caerá conmigo...

—Eso esta por verse...

No necesité más palabras cargadas de dolor y odio para convencerme de que, más allá de lo limitadas que eran mis posibilidades, debía entregarme por entero a aquello que me motivaba. Mi determinación no hizo más que crecer y el resultado pasó a ser una variable con que el destino no conseguiría amilanarme.

Me lancé al ataque sin pensar en los movimientos que se sucedían. En si mis golpes de puño eran rectos, curvos o mis patadas altas o bajas. Las plantas de mis pies se afirmaron en el piso, eran semillas cuyas raíces se aferraban a los cimientos de mi ciudad. Yo era San Francisco, yo conocía a su gente, sus posibilidades de mejorar, de volver a levantarse como tantas otras veces lo había hecho. Y bajo ningún punto de vista estaba dispuesta a dejar que nadie nos robara la esperanza. Que nadie nos sometiera al miedo y la resignación a través de trucos macabros, y mucho menos, a nuestras espaldas. Pudriendo las raíces para que nadie se diera cuenta del daño, hasta que fuera demasiado tarde.

No fue demasiado lo que logré. Pero con sentir el crujido de alguna costilla y el grito de frustración cuando los intentos de El Adversario por adivinar mis movimientos terminaban con un tambaleo o con su puño estampado en la carrocería de alguno de los vehículos destrozados que nos rodeaban, era suficiente satisfacción.

—No eres invencible —le dije, en una ocasión que lo tuve tan cerca que casi pude ver un borroso perfil detrás de la máscara—. Y no me cansaré de demostrartelo.

—¡Cat! ¡Cuidado!

La voz de Fer me sorprendió tanto como me colmó de alegría. Y a pesar que fue una jugada arriesgada, El Adversario se vio tan sorprendido como yo. Me di cuenta que algo brillante y plateado asomaba por debajo de su manga.

Mi anticipación salvó a Fer de la puñalada. Pero El Adversario contaba siempre con más de un as bajo la manga.

No recuerdo la escena a la perfección, solo mis piernas deslizándose por el impacto de las tuyas. Perdí el equilibrio y mi cabeza golpeó algo duro. Luego, todo se puso negro.

Destellos. Unos brazos envolviéndome. Una voz afirmando que todo estaría bien.

Unos ojos azules de mirada glaciár observándome con preocupación.

—Descansa —me ordenó, y me deje ir. Mi cuerpo se aflojó hasta la última hebra de carne.

CAPÍTULO 20

Sentí el peso de un cuerpo hundir el colchón al otro lado de la cama.

Fruncí el ceño. La cabeza se me partía en mil pedazos. Ni siquiera podía hacer el intento de pronunciar palabra.

Me limité a lanzar un quejido mientras mis demás sentidos recuperaban su agudeza.

—Buen día bella durmiente....

Intenté incorporarme en esa cama extraña.

Aun no podía despegar los párpados, pero estaba convencida que aquellas no eran mis sábanas. No podía quejarme, aunque mi cuerpo doliera hasta en partes que desconocía, me estaba acostumbrando a eso de despertar entre sábanas impregnadas de su perfume.

Poco a poco abrí los ojos. Fermín me contemplaba con la mirada encendida entre la preocupación y el alivio.

—¿Cómo te sientes?

No era difícil responder a esa pregunta...

—Como el culo de un mandril.

La sonrisa aflojó sus facciones.

—No sé de qué te ríes... —repliqué, haciendo un esfuerzo por no contagiarme de su risa.

—Lo siento... todo se desmadró anoche. No debimos de seguir al camión. Con las fotografías que tomamos en el puerto era suficiente.

—¿Estás loco? —al intentar incorporarme, los lugares donde El Adversario me moliera a golpes me dolieron todos a la vez. No pude contener el grito.

—Iré por tu desayuno y los calmantes.

—Lo que hicimos anoche fue más de lo que podíamos esperar, y es verdad que la situación nos superó y que todo podría haberse ido al demonio, pero... Oye, ¡no me dejes hablando sola!

Tarde, Fermín abandonó la habitación sin prestar atención a una sola de mis palabras.

Bufé y volví a fruncir el ceño por el dolor que sobrevénia a cualquier tipo de movimiento que me propusiera ejecutar.

Me acomodé como pude sobre la pila de almohadas que se amontonaban en la cabecera de la cama.

No reconocí la habitación. Y sospechaba que ya no me encontraba en San Francisco.

Con mucho esfuerzo salí de la cama. La habitación era enorme, demasiado luminosa a pesar que las blancas cortinas se encontraran cerradas.

Me fui acercando hasta la ventana mientras estudiaba este nuevo hábitat. Mucho blanco, muebles de madera laqueada en tonos claros. Flores frescas dentro de un pequeño jarrón sobre el escritorio.

Sin dudas, este no era el penthouse de la ciudad...

Corrí la delicada tela de las cortinas y me quedé boquiabierta. La arena blanca se extendía por unos cuantos metros hasta llegar al mar.

La casa se erguía sobre un acantilado. Si, una casa sobre un acantilado. Y apostaba... bueno, apenas traía un camión de satén en color crudo que no quería ni pensar en la manera en que llegó a cubrir mi desnudez. No podía apostar nada, pero si hubiera podido, lo habría hecho por Malibú.

—Deberías recostarte un rato más. Al menos, hasta que los calmantes hagan efecto.

Fermín aparecía por la puerta de la habitación cargando una enorme bandeja repleta de alimentos.

Mis tripas crujieron.

—Y tú deberías tener la delicadeza de escuchar cuando te hablan.

Fer me dedicó una mirada que habló por sí sola. Sí, sabía que yo nunca escuchaba cuando él me pedía que lo hiciera. Era impulsiva, lo fui la noche anterior, e imprudente...

—Estuvimos cerca...

—Si le llamas cerca a "*casi nos matan*", sí, lo estuvimos...

Hizo un ademán y me volví a meter en la cama.

Fer depositó la bandeja sobre el acolchado y se sentó al otro lado.

—¿Qué fue lo que sucedió después que me desvaneciera?

—Bran llegó, El Adversario huyó y salimos de allí.

—Así sin más, ¿huyó?

—Así sin más. Brandon estaba armado, y no llegó solo. Un auto negro apareció de la nada, el sujeto se montó en él y desapareció a toda velocidad. No puedo darte más detalles. Cuando caíste y te golpeaste la cabeza, dejé de prestar atención a otra cosa que no fueras tú.

Sentí cosquillas en la panza al escuchar aquello, no voy a negarlo. Pero no debía perder el foco. Habíamos estado tan cerca...

—¿Qué haremos ahora?

—Por lo pronto, tú vas a desayunar y a tomarte tus remedios. Luego, iremos a la playa a relajarnos un poco.

—Pero...

—Caterina, por favor.

Escuchar mi nombre en sus labios, pronunciado con la naturalidad de quien me conociera de toda la vida... En cierto modo así era. Es decir, me conocía de toda ésta nueva vida. La más auténtica que tuve desde que me arrebatara la legítima tantos años atrás.

Asentí.

—Tienes que descansar. No solo el cuerpo, la cabeza, el espíritu... La oscuridad que emanaba ese sujeto. He conocido gente nefasta en mi vida, me he enfrentado a seres despreciables, pero, nunca ví a nadie como él.

Me sentí mal por no haberme dado cuenta antes de cuánto afectada a Fer el encuentro de la noche anterior.

Nos quedamos en silencio unos cuantos segundos. Podría haber dicho algo al respecto, pero no quería evocar el tema, al menos no por el momento.

—¿Así que la playa?

Su mirada volvió a la mía, aún afectada, los destellos de luz comenzaban a recobrar fuerza.

—El mar, las olas...

—¿Vas a enseñarme a surfear? —me estiré para alcanzar la mantequilla y un reflejo de dolor se traslució en mis facciones.

—Quizá la próxima. Por lo pronto puedes contentarte con ver a los surfistas desde la orilla.

—¿Podré verte a ti? Con eso me basta...

Fer lanzó una risa nerviosa.

—Te dejaré terminar de desayunar tranquila. Toma los calmantes. Debo encargarme de unos asuntos ahora, pero volveré enseguida, si te sientes mejor, podremos pasar lo que reste del día en

la playa. ¿Te parece bien?

—Claro... —cualquier plan que lo involucrara, me parecería el mejor plan del mundo.

—Tienes ropa en el placard. Sé que no te gusta que haga esas cosas, pero... Estamos en Malibú. La chaqueta de cuero y la máscara de calavera llamarían un poco la atención.

—Creo que, por esta vez, te lo permitiré.

Fer me regaló una de sus fulminantes sonrisas antes de ponerse de pie.

—Nos vemos en unas horas. Cuídate...

—Tú también.

A pesar de la despedida, se quedó mirándome por unos pocos segundos antes de titubear y, al fin, decidirse a dejar la habitación.

Me descubrí maravillada por su presencia los pocos segundos que demoró en marcharse. Los jeans rotos y gastados colgando de sus caderas. La musculosa blanca, holgada, que dejaba al descubierto sus torneados brazos y parte de sus omóplatos bronceados.

Y esos rizos dorados que volvían a cobrar forma en su cabeza.

¿Cómo se suponía que iba a aguantar ese par de horas hasta volver a verlo?

Quedándome en la cama, seguro que no.

Mi primera aventura fue revisar el placard, que resultó ser poco menos que un vestidor, lo que hacía que el surtido de prendas pareciera minúsculo, pero no lo era. Varios soleros, shorts, blusas y una variedad de bañadores se encontraban dispuestos en percheros y estantes.

Con algo de dificultad pero mucha más ilusión me calcé un bikini de estampado floral en rojo y negro, un solero fresco y unas sandalias.

Tal como lo había logrado con el vestuario de la fiesta, las prendas me calzaron a la perfección.

Tampoco estaba dispuesta a quedarme confinada en la habitación esperando a que Fer regresara. Más, cuando los calmantes que ingeriera con el desayuno comenzaban a hacer efecto.

Me disponía a abrir la puerta de la habitación cuando alguien se me adelantó.

—Buenos días Caterina.

La rubia natural —es necesario hacer hincapié en esto—, de radiante sonrisa y piel dorada, parecía una Barbie de carne y hueso. Pero nada en ella denotaba glamour, por el contrario. Era más parecida a las típicas californianas que vivían sus días vestidas de playa y sin preocupaciones.

—Hola —respondí sin disimular mi desconfianza y la incomodidad que me provocaba que supiera mi nombre.

—Soy Melisa, Fermín me habla sobre ti, y me preguntó si me gustaría acompañarte a recorrer el sitio mientras él se ocupa de sus asuntos.

—Melisa... —repetí, sin soltar la puerta que había quedado a mitad de camino entre abierta o cerrada.

La rubia comenzaba a notarse incómoda.

No puedo negar que me daba cierta satisfacción generar eso en las personas. Aunque fuera para divertirme un tanto, y otro tanto, me sirviera de escudo mientras intentaba descifrar sus verdaderas intenciones.

—Sí, Melisa. Conozco a Fermín desde la adolescencia.

—No pareces de su edad.

—No claro, yo tenía unos diecisiete cuando nos conocimos, y él, una decena más.

Alcé las cejas, sin pronunciar palabra.

—Bueno, ¿qué dices? Puedo mostrarte los alrededores. El lugar es muy lindo. Podemos ir a la playa, Fer nos encontrará allí. Mientras tanto, podemos hablar, te contaré cómo conocí a Fer. Tú si quieres puedes contarme como lo conociste también.

—Claro... —no quise sonar cínica pero lo hice—. Claro, sí... Justo iba de salida. Ni loca me quedo encerrada entre estas cuatro paredes...

Avancé un paso, pero Melisa me detuvo.

—¿Está bien verdad? —mis facciones se tornaron severas— Fer me dijo que no te sentías muy bien, si no estás recuperada y prefieres quedarte en la casa... hay un lindo jardín y está la alberca...

—Estoy perfectamente bien.

Algo dubitativa se apartó.

—Perfecto entonces. Vamos —yo ya avanzaba por el corredor cuando pronunció aquello.

La verdad era que me encontraba algo mareada y el golpe recibido en la cabeza aún me dolía así como el resto de mi humanidad. Pero necesitaba salir y respirar aire fresco. Por más cómoda y confortable que fuera la cama, mi piernas reclamaban movimiento.

Melisa me alcanzó en unos pocos segundos.

—Por aquí —me indicó cuando desembocamos en una apertura desde donde podía verse la parte inferior de la casa. A los costados del balcón interno, se desplegaban dos escaleras en forma de medialuna.

Mi maltrecho cuerpo se quejó de cada peldaño que le obligué a descender.

Melisa lanzaba miradas en mi dirección pero no emitía ningún comentario.

—No voy a rodar por las escaleras, si eso es lo que temes...

Una risa nerviosa fue la única respuesta.

Salimos al jardín trasero después de un breve recorrido por la enorme casa de veraneo de los Ferguson. Solamente la cocina era del tamaño de mi loft. Ni que decir de la calidad de los materiales y el exquisito diseño playero pero moderno que ostentaba en cada ambiente.

Sin embargo, nada en el interior de aquella casa se comparaba con la bella vista con que se toparon mis ojos en el exterior. Sobre el acantilado, la postal era la extensa playa besada por un mar azul turquesa oscuro, hipnótica. El arrullo de las olas y la brisa de mar apenas se interrumpían por el vuelo de alguna gaviota.

—¡Buenos días Mel!

Alguien interrumpió mi momento *zen* con aquel saludo.

A los pies del acantilado, un hombre demasiado parecido a Fer pero más joven, sacudía una mano a modo de saludo mientras con el otro brazo sostenía una lustrosa tabla de surf.

—Ey Paul, creo que no podrás usar esa tabla hoy...

—Ya verás... te apuesto lo que quieras que pasando el mediodía el viento cambia y tendremos las mejores olas de la temporada.

—Exageradas, ¿Enserio quieres apostar? —exclamó Mel a mi lado.

—Lo que quieras —redobló Paul, haciendo énfasis en cada sílaba.

—¿Qué dices? —esta vez, Mel se dirigía a mí.

—Nunca acierto con los pronósticos.

—Pero eres buena con las apuestas, ¿verdad?

Me pregunté a qué venía ese elocuente comentario. ¿Acaso Fer había hablado sobre mí con ella o se trataba de un comentario tonto que intentaba sonar simpático?

—Vamos, ¿qué dices?

—La verdad es que él parece muy seguro de lo que dice... yo no dudaría.

Mel puso los ojos en blanco.

—Una cerveza.

—Que sea una ronda para todos esta noche.

Mel alzó las cejas.

—Te lo dije...

—¡Hecho!

Sentí el impulso de decirle que estaba loca, que debía de haberme hecho caso. Pero me contuve al recordar que apenas nos conocíamos hacía unos diez minutos. Sin embargo, no podía negar que esa chica despertaba en mi cierta empatía.

—¿Bajamos a la playa?

Así lo hicimos. Saludé a Paul y me resultó muy simpático, me hacía recordar demasiado a Fer. Su simpleza y desinhibición. Ese carisma innato que, si bien no desconocía en él, tampoco lo utilizaba como un arma de seducción, al menos voluntariamente.

La vida en aquel lugar transcurría en otro tiempo y espacio. El tiempo importaba, pero sólo como una herramienta para llegar a aquello que te da la auténtica felicidad. Nadie parecía realmente preocupado u ocupado en el sentido en que vivimos los que habitamos una gran ciudad. Aquí todo tenía un sentido muy simple y concreto, y eso volvía cada experiencia en una realidad muy lejana a la que yo conocía.

—¿Nos instalamos? —preguntó Melisa, con esa chispa en la mirada que me recordaba tanto a Fer.

—Claro —comenzaba a envidiarlos. Esa conexión con que el mar los había ligado. Seguramente ella también sabía surfear. Su cuerpo denotaba la fibrosidad de quien practica deporte cada día de su vida.

—¿Sabes si Fer se tardará mucho?

—No lo creo... De todas maneras nos reuniremos aquí. —dijo, mientras descendía por los peldaños de la roída escalera blanca.

Nos acomodamos a unos metros de la costa. Enseguida Paul nos abandonó y partió rumbo al mar, aunque las olas brillaban por su ausencia.

—Si llega Fer, díganle que sabe dónde encontrarme...

—Claro tortolito... —bromeó Melisa.

—No te envalentones qué hay mucho amor para ti también, Mel.

Nos quedamos contemplando cómo la perfecta fisionomía de Paul se internaba en el mar braceando sobre su tabla.

—Entonces —fue Mel quien rompió el silencio—, ¿cómo ha sido que tú y Fer se conocieron?

—¿Vas a decirme que no te ha contado su proeza?

Mi compañera estalló en una sensata carcajada al escuchar mi pregunta. No existía manera en que creyera que Ferguson no le relatase nuestro primer encuentro si es que eran tan cercanos como aparentaban.

—Sí, por supuesto que me ha contado su versión. Pero me encantaría conocer la tuya.

Suspiré. Tenía lógica su argumentación. No es que creyera que Fer faltara a la verdad, pero tampoco dudaba de los detalles con que de seguro adornara su versión de la historia.

—Me encontraba de vacaciones en México con una amiga. Por mi culpa perdimos el vuelo y la ansiedad de Mar, bueno, es algo incontrolable. Qué se yo las peripecias que habrá tenido que hacer hasta dar con el "*buen samaritano*" de tu amigo, que se ofreció gentilmente a darnos un

aventón a San Francisco.

Mel sonrió y en su mirada noté la chispa de quien desvela un misterio.

—¿Te di una versión muy diferente a la que conocías?

—Para nada... Si hay algo de lo que no dudo es de la buena predisposición de Fermín.

—¿Y de qué dudas entonces?

—Se nota que eres una mujer de carácter.

—No estás descubriendo América, nena. ¿Qué me ocultas?

Si mis padres me hubieran puesto segundo nombre, de seguro sería Franca. No me va andar con rodeos, tampoco jugar a los misterios, por más buena amiga de Fer que fuera mi anfitriona.

—No te ofendas por favor, no era mi intención...

—¿Y qué te traes entonces? —la expresión de pánico en la cara de Mel resultaba muy tierna, y eso que no conocía mi lado más cruel. Tampoco es que tuviera intenciones de convertirme en Cruela de Vil con la amiga de Ferguson, aunque mi lado oscuro pulsara por salir a flote, sabía que no ganaría nada con eso. La chica parecía buena persona y con ninguna intención más que la de entretenerme en este tiempo en que Fer hacía vaya uno a saber qué—. Sé que algo se te cruzó por la mente cuando respondí a tu pregunta.

Mel se tomó los segundos suficientes para dejarme comprobar la transparencia de sus pensamientos en cada gesto.

—Fer me contó sobre vuestro encuentro con mucho más detalle. No puedo evitar darme cuenta que eres, más allá de una mujer con carácter, alguien muy difícil de llegar —seguía sin descubrir nada que no fuera evidente—, y conozco demasiado a Fer como para saber que le fascinan los retos...

—Estás diciendo que soy un reto para él.

—Creo que nadie que no lo sea llamaría su atención.

En eso estábamos de acuerdo. No me lo hacía un sujeto que se conformara con andar del brazo de alguna rubia sin cerebro.

—¿Y tú cómo lo conociste?

Los hombros de Mel se relajaron un poco.

—Desde muy jóvenes veraneábamos en Malibú. No éramos amigos en un principio. Nos veíamos apenas un par de semanas en el año y a pesar que compartíamos un gran grupo de amigos, no fuimos muy cercanos.

Pero hace unos diez años, Fer se instaló en esta casa, sin su familia. Me dio curiosidad. No solía venir fuera de temporada, y además, sabía que odiaba este lugar.

No fue fácil acercarme a él, pero me tomé muy en serio el desafío que me había autoimpuesto. Fermín se confinó en esta casa y no salía ni a hacer las compras. Apenas lo veía de vez en cuando sentado en el jardín trasero y me impresionaba ver el estado físico en que se encontraba... —entendí que se refería a aquel periodo oscuro en que se alejó de todo. Pero lo cierto es que nunca me contó por qué pasó eso, tampoco hice nada para averiguarlo—. Un día tomé coraje y llamé a su puerta. Su voz contestó con una aspereza que hoy no reconocería como suya.

Le pregunté si estaba bien, si necesitaba algo. Me mandó al carajo, literalmente. Pero no aquella reacción suya no me quitó los ánimos. Seguí intentando todos los días. Hasta que le gané por cansancio. Jamás me di por vencida...

—Y entonces...

—Cuando lo vi frente a frente, noté en detalle su estado deplorable. Sucio, desalineado,

abandonado en todo sentido de la palabra. Me armé de coraje y por más que el instinto me gritaba que saliera corriendo. Me mantuve firme. Me ofrecí a ayudarlo en lo que fuera que necesitara. Me pidió que lo dejara en paz. Ya que me pidiera algo sin mandarme a la mierda, me dio un pequeño atisbo de esperanza al que me aferré con todas mis fuerzas. Primero, fueron algunas compras de comida, artículos de aseo y limpieza. De a poco, me fui ganando su confianza. Pero un día no contestó a mi llamado. Me desesperé porque sabía que algo andaba mal. Peor que de costumbre. Me las ingenié para entrar a la casa y lo encontré tirado en el baño. Llamé a una ambulancia y lo internaron casi al borde de la muerte. Ahí fue cuando me enteré lo de la leucemia.

Nunca me costó tanto mantenerme inmutable.

La sola palabra me hizo temblar hasta los huesos. Leucemia. Yo nunca había preguntado...

—Cuando se recuperó lo suficiente, usó las pocas fuerzas que había ganado para maldecirme de todas las formas que puedas llegar a imaginarte. Pero me quedé a su lado. Cuando se acostumbró a la idea de que me había convertido en su sombra, me pidió que no le dijera nada a su familia. Imaginaba el estado de desesperación en que se encontrarían, pero le di mi palabra. No sin antes hacerle jurar que lo intentaría. Que intentaría salir adelante.

—Su principal temor era lastimar a los que amaba.

—Su principal temor era darles esperanza en vano. Fer es un sujeto que nunca abandona. Pero cuando es él quien se encuentra en riesgo, detesta que otro quiera permanecer a su lado, ni que decir de intentar darle una mano.

—Se nota que tienes una paciencia de acero.

—Así es. Quizá aparento ser alguien muy frágil o volátil. Pero soy como el junco. Puedo enfrentarme al viento y al tifón y aún así permanecer en pie. De todas maneras, mi paciencia fue llevada hasta su límite por este sujeto. No puedo explicarte lo difícil que fue.

—Pero, ¿por qué hiciste lo que hiciste por él?

—No lo sé... Fue algo que nació desde o más profundo de mí. Creo que, fue su propia fuerza la que, al no poder tomar acción en su cuerpo, se transfirió a mí. Sinceramente no creo ser capaz de hacer algo parecido por alguien más. Fer es especial.

Claro que lo era. Cada vez tenía menos dudas sobre aquello.

— Y entonces, logró salir adelante.

—Me aseguré de ello, solo eso. Su fuerza de voluntad resurgió de a poco. Empezó a acercarse al mar, a tomar conciencia de quien era, de ser parte de una fuerza mucho más grande que él, que todos.

—Los surfistas tienen una cultura muy particular.

—Una forma de ver la vida. De conectarnos con la naturaleza. Vivimos al ritmo del compás que marca el latir de nuestro corazón. Tenemos una conciencia genuina, que se conecta con valores como el respeto y la unión con la naturaleza. Va mucho más allá del deporte en sí. El reloj biológico del surfista corre en función de las mareas y la dimensión de las olas, a fuerza de voluntad.

—La fuerza de la naturaleza.

—Somos parte de la fuerza de la naturaleza.

—Siempre creí que Fer era una fuerza natural.

—Lo es, una fuerza única e indómita. Creo que es una de las personas que mejor ha captado los valores como la tolerancia, el respeto, la igualdad y el compañerismo de este estilo de vida. Suena bohemio, pero la realidad es esa; No perder estos valores y tenerlos en mente siempre para dirigir y enfocar nuestra vida vayamos donde vayamos. Son valores muy similares a los principios

de la cultura hawaiana, cuna del surf y su sabiduría; el amor, la paciencia, la familia, la amabilidad y la justicia, consiguiendo en conjunto un estilo de vida totalmente único, en el que, una vez que entras, cambias para siempre.

Era la primera vez que Melisa me dejaba sin palabras. Hablaba de Fermín como si lo conociera mejor que nadie y de verdad parecía hacerlo, reafirmando así muchas de mis percepciones y haciéndome descubrir otras tantas cualidades de esa persona que no dejaba de sorprenderme tanto con su presencia como por la huella que dejaba en cada vida que tocaba.

Por primera vez sentí la necesidad de dejar de esconderme, el valor para enfrentarme al miedo que me sujetaba los brazos cada vez que intentaba salir de la penumbra. Si bien era cierto que el cambio ya era una realidad concreta en mi vida, aún faltaba que Caterina saliera a plantarle cara al mundo sin la necesidad de ninguna máscara. No necesitaba máscaras para enfrentarme a este reto, porque no era El Adversario mi enemigo más temible, sino yo misma. Y no existía ninguna máscara que me sirviera de defensa en esa batalla.

Necesitaba desacelerar mis pensamientos, conectarme con el paradisíaco entorno que me rodeaba, no era un mal comienzo. Me concentré en la tibieza del Sol sobre mi piel, en la fresca brisa que servía de bálsamo. El sonido del mar calmo, me instó a inspirar hondo y llenarme de los aromas de la playa casi desierta.

Un delicioso cosquilleo recorrió mi piel cuando mi cabeza se dejó caer hacia atrás para permitir que los rayos de sol acariciaran mi rostro.

Percibir su presencia fue un acto instintivo. Mi piel se erizó antes de escuchar su voz y mi corazón bombeó con fuerza antes que el aroma de su piel, esa mezcla entre sofisticada y salvaje, entrara por mi nariz para colapsar una a una las neuronas que aún se encontraban activas.

—¡Buenos días guapísimas!

Me tomé un momento para recobrar la compostura antes de separar los párpados.

—Buen día Fer. Has regresado pronto.

—No quería perderme un segundo más de este día, la playa, el mar...

—Y de la compañía de estas dos bellezas, anda... ¡Admítelo!

Despegué mis párpados al fin. Ya no tenía caso seguir ocultándome, o más bien, comportándome como jamás pensé que un hombre lograría que lo hiciera. Fermín había logrado que me sintiera eufórica y aterrada a la vez con solo estar de pie a mi lado. Por suerte, me encontraba sentada en una manta sobre la arena. De lo contrario, estaría saltando y danzando a su alrededor como una cría de cinco años.

—¿Te encuentras mejor? —su voz se suavizó al hacerme aquella pregunta, y tuve que luchar contra el instinto puro que me empujaba a lanzarme a su cuello, sin importar quien estuviera mirando.

Toparme con sus ojos fue un acto masoquista. No lograba entender cómo de golpe me sentía tan vulnerable a cada rasgo de su rostro, cada movimiento de su cuerpo resultaba una letal agonía.

—Sí —logré balbucear.

—Porque si estás cansada y prefieres regresar a la casa a descansar...

—Estoy bien —quizá soné algo dura, eran los efectos de haber perdido totalmente el control de la situación.

—Paul se encuentra en el agua —salió Melisa al rescate. No creo que entendiera mucho lo que sucedía, pero Fer entendía menos, y en su rostro, la preocupación comenzaba a ganar terreno.

—Bien. Creo que iré a cambiarme y me uniré a él.

—Dice que al mediodía comienza la diversión...

Luego de echar un vistazo al cielo y al mar, respondió.

—Si Paul lo dice... Nos vemos al rato.

No volvió a dirigirme la mirada. Y el hueco que se abrió en mi pecho me provocó por poco ganas de salir corriendo tras él.

—Eres dura... más dura de lo que suponía.

—No tienes idea...

—Creo que me hago una bastante concreta.

—¿En veinte minutos que hace que me conoces ya eres experta en mi comportamiento?

—Sé leer a la gente...

—Las apariencias engañan, en la mayoría de los casos.

—Es verdad... veamos, ¿qué piensas tú de mí? —la provocación en el tono de su voz, no me pasó inadvertida.

—¿Qué mierda es esto?

—¿No te atreves? Pues yo te diré: crees que vivo en una burbuja, que soy demasiado sensible para enfrentarme a un mundo que, según tú, me devoraría de un bocado. Piensas que me crié entre algodones, en el seno de alguna familia acomodada. Mamá y papá aún me pagan la renta, mientras me dedico a experimentar la vida dentro de un mundo de fantasía. Crees que tuve una historia con Fer y que él me dejó, pero que, secretamente aún conservo la esperanza de que la llama vuelva a encenderse. Crees que te estoy estudiando. Y en esto último es en lo único que aciertas. Lo hago. Fer es mi familia, mi hermano. Y tú me intimidas tanto como crees conocerme.

Mucho era cierto, otras cosas no las había pensado pero, después que las mencionara quedaron resonando en mi cabeza.

—¿Sabes lo que creo realmente? —levanté el guante— Que te preocupas demasiado por la opinión que yo pueda tener sobre ti... Crees que porque ayudaste a Fermín a superar un momento difícil, el más difícil de su vida seguramente, tienes derecho a opinar y entrometerte en las relaciones que tenga.

—Entonces, ¿ustedes tienen una relación?

Se me fué la lengua y no existía forma de retractarme.

—Claro, pero no de la clase que tú piensas.

—¿Y qué es lo que supones que yo pienso?

—Melisa, ya detente. He tenido una noche demasiado difícil.

—Pues entonces, reconozco que me equivoqué. No eres tan dura como pareces.

Esa conversación me sacó de las casillas. Si mi situación hubiera sido diferente, no dudaría marcharme de aquel lugar. Inspiré hondo y traté de concentrarme en lo que valía la pena. Fer, que en cualquier momento regresaría a la playa y tenía la seguridad que Melisa no seguiría con su inexplicable ataque de celos con él presente. Esta mujer no estaba en sus cabales y no le encontraba algún sentido a su repentino cambio. ¿Esto era lo que conseguías enamorándote de Fermín Ferguson? Probablemente, si ese amor no fuera correspondido, como era el caso.

Pero me intrigaba la causa de semejante ataque. No me daba la espina que fuera una busca pleitos, ni que su amabilidad hasta antes que llegara Fer, fuera fingida. Eso era, había llegado Fer.

—Si no estás enamorada de Fer, ¿por qué te molesta tanto esa supuesta relación que imaginas que tenemos?

—Te dije, es familia y no quiero verlo sufrir.

¿Por qué pensaba eso de mí? Nada estaba más lejos de la realidad que aquello. Yo nunca haría sufrir a Fer. Nunca haría sufrir a nadie, al menos no intencionalmente. Quizá, era un poco dura en

el trabajo, y no a todos mis compañeros trataba de la mejor forma, pero eso no era la vida real. Eso era mantener la distancia y hacerme respetar. También, la única manera de protegerme que conocía.

Recordé entonces la vez que tratando de marcar la distancia con Mar, me pasé de la raya. El alivio de saber que estaría un poco más a salvo lejos de mí, de quien yo era y lo que podía pasarle por el simple hecho de ser mi amiga... pero yo no quería hacer los mismos con Fer. Él ya conocía mi historia, mis sombras más oscuras. No tenía motivos para alejarlo, ni lastimarlo para marcar distancia. ¿Qué era lo que Melisa veía mal en mí?

—No me vengas con el cuento de la familia porque no te creo. ¿Qué es lo que te está molestando, Melisa? ¿A qué le temes?

—Yo no le tengo miedo a nada más que a ver sufrir a las personas que quiero. Y Fer... tú no entiendes.

—No voy a hacer sufrir a Fer... ¡Explícamelo por favor!

—No tiene sentido...

—Si para ti no tiene sentido, ¿entonces por qué para mí sí lo tiene que tener? Solo te diré una cosa: no todas somos Sophie.

El rostro de Melisa se puso pálido. Había dado en la tecla.

—Vaya, me estoy volviendo mejor que tú en esto de leer a la gente... ¿Es eso? ¿Qué fue lo que le hizo esa mujer? ¿Lo estafó?

—Hizo algo peor... lo engañó de la peor forma en que una mujer puede traicionar a un hombre. Le hizo creer que sería padre, cuando el hijo que esperaba era de otro. Ellos estaban distanciados y ella se apareció con la noticia. No era algo que Fer se esperara y creo que en el fondo supo desde el principio que ese hijo no era de él. Pero la idea le hizo ilusión.

—¿Y cómo fue que la verdad salió a la luz? No me digas nada... fuiste tú.

Los ojos de Melisa brillaron.

—¿Qué te hace creer que yo soy como ella o que sería capaz de algo semejante?

—Nada.

—Estoy confundida... ¿entonces?

—Es la manera en que él te mira...

Me quedé en blanco unos segundos. No era estúpida, Fer siempre me había mirado de esa manera. Desde el primer momento en que nos cruzamos en el aeropuerto de Cancún.

Y tanto me molestó en un principio como ahora, no podía vivir sin imaginar esa mirada a cada instante.

Separé los labios para responderle, cuando los ojos de Melisa delataron la presencia de Fer a mis espaldas.

Llevaba puesto un bañador colorido y cargaba consigo una tabla de surf. Sus rizos dorados brillaban bajo el sol tanto como su radiante sonrisa. La despreocupación en su mirada trajo la paz que estaba necesitando. Aunque también, traía otras cosas. Porque Melisa tenía razón. Ese hombre me miraba como si el resto del mundo dejara de existir cada vez que me aparecía en su campo visual.

Sonreí, conmovida por su perseverancia, sintiéndome vencida en la batalla por salvaguardar mi corazón, sabiendo que no iba a estar más seguro que en sus manos.

—¡Quiero que me enseñes a surfear! —exclamé antes que pudiera pronunciar palabra.

Su sonrisa se amplió.

—¡Claro! Cuando te recuperes...

—Ahora.

—¿Estás segura? No... te sientes bien, ¿no te duele nada?

—Me duele todo, pero no me importa. Quiero estar contigo, en el mar. Quiero vivir en carne propia eso que tú sientes cuando estás sobre la tabla y no quiero esperar.

Fer parecía confundido. Por un lado, su entusiasmo era imposible de disimular, por otro, lidiaba con esa responsabilidad autoimpuesta de cuidarme.

Miró hacia el mar, desde donde Paul le hacía señas para que se uniera a él.

—Vamos, el mar parece calmo...

—Sí, lo estoy viendo pero... No estás en óptimas condiciones y maniobrar una tabla requiere de mucho esfuerzo.

—Vamos Fer... por favor.

Melisa resoplaba a mi lado.

—Bien, déjame probar el agua, si está en condiciones les haré una seña y entrarás con Melisa.

—¿Qué? ¿Y yo por qué?

—Porque te estás volviendo una vieja cascarrabias...

—Tengo diez años menos que tú.

—Pues no se nota... Vamos, ¿hace cuánto que no entras al mar con nosotros? Vayan por las tablas.

Las palabras de Fer no dejaron mucha opción. Tuve que morderme la parte interna de las mejillas para no sonreír cuando Melisa, con su rostro al rojo vivo se puso de pie en un salto y comenzó un andar ligero hacia la casa. Fui tras ella, dejando que la distancia entre ambas se extendiera el mayor tiempo y espacio posibles.

Llegamos a un portón blanco que se encontraba levantado, en su interior pude ver dos vehículos. Un jeep color caqui que parecía una reliquia y un deportivo gris plomo último modelo.

—Acércate, es por aquí.

Seguí la voz de Melisa hasta una abertura que daba acceso a un area algo más pequeña que la primera. Allí, además de un par de motocicletas, encontré una gran variedad de tablas de surf y demás elementos relacionados con los deportes acuáticos.

—Toma —apenas logré reaccionar cuando Melisa me arrojó un recipiente de cera y un paño—. Toma la tercera desde la derecha. Creo que se adaptará mejor a tu cuerpo.

Melisa se hacía de una tabla apoyada en una esquina.

Parecía que sus ánimos de seguir discutiendo se habían esfumado, aunque su mal humor era indisimulable. Sopesé mis opciones. Reactivar la discusión hasta llegar a la raíz y arrancarla de cuajo, o seguirle la corriente y soportar su mal genio lo que restara del tiempo que tuviésemos que compartir juntas.

—Melisa.

—¡¿Qué?!

Pues mis opciones habían decantado.

—Oye, no tengo por que fumarme tu mal genio por suposiciones en las que decides adjudicarme historias que no me pertenecen.

—Ya sé que no eres Sophie. No pueden existir dos personas tan crueles en este mundo y toparse ambas con Fer.

—¿Y entonces?

—No me fío de ti. Llámalo instinto... Sé que Fer se meterá en problemas por tu culpa.

—Es más probable que yo me meta en problemas por la suya...

Melisa puso los ojos en blanco. Pero comprendía de lo que yo hablaba.

—Oye, no voy a seguir gastando las pocas energías que me quedan en esta riña absurda. Cree lo que se te dé la gana. El tiempo dirá si te equivocas o no.

—¿Es que no entiendes? No me quedaré sentada viendo cómo le destrozás el corazón a mi amigo.

—No voy a hacer eso.

—No, claro que no. Porque me encargaré que eso no suceda.

Me harté de participar en una discusión que no parecía llegar a nada. Así que tomé la tabla, el recipiente de cera y salí de allí.

Otra vez en la playa, no hubo más intercambio de palabras entre ambas mientras nos dedicábamos a encerar las tablas.

Cada tanto, observaba mar adentro donde Fer y Paul parecían mantener una charla muy divertida, sentados sobre sus tablas.

El oleaje era escaso. Pero un viento diferente parecía soplar desde mar adentro.

Fer atrajo nuestra atención al exclamar algo en nuestra dirección que no llegué a entender.

—Es hora de ir al agua Cat... —exclamó Mel en un suspiro. Y así sin más, levantó su tabla y emprendió camino hacia el mar.

Hice lo mismo, pero sin tanta elegancia. Maniobrar la tabla en tierra firme era difícil, no quería imaginar lo que sería en el océano por más calmo que estuviera.

—Sígueme y repite todo lo que yo haga. Si tienes dudas, me avisas.

—Sí mi capitán —el chiste no fue adecuado, caí en cuenta de ello apenas las palabras se materializaron en el aire. Melisa no hizo evidente ningún gesto que denotara algún tipo de problema con eso.

Al primer contacto, el agua de mar me pareció más fría de lo que esperaba. Pero Mel seguía avanzando con su tabla debajo del brazo. Tal como me dijo, la seguí sin importar la temperatura del mar, ni las cientos de preguntas que se formaban en mi mente a medida que avanzábamos.

Cuando el agua nos llegaba poco más arriba de las rodillas, Mel se detuvo, y por primera vez se volteó para hablarme.

—Ahora, nos recostaremos sobre la tabla y nadaremos estilo krol, usando nuestros brazos como remos para desplazarnos sobre la tabla. Cada vez que una ola se acerque, sube tus brazos a la tabla y presionas así evitas que la ola te voltee con tabla y todo, luego vuelves a remar. ¿Entendido?

—Pan comido.

La cara de fastidio de Mel ya era indisimulable. Se giró y saltó sobre su tabla.

Hice algo similar con mucho más cuidado. No parecía tan difícil, hasta que la primera ola comenzó a formarse. El corazón comenzó a bombear sangre hacia todos mis extremos y el miedo por poco me paraliza.

—¡Sube los brazos Cat! —fue la voz de Fer la que me sacó de mi parálisis. Hice lo que me indicó con mucha torpeza, pero a tiempo suficiente para evitar que la ola me hiciera pasar el papelón del día.

—Bien, bella. ¡Lo tienes bajo control!

Busqué su mirada y me encontré con su sonrisa. Lo que me hizo perder el control en un abrir y cerrar de ojos. Me deslicé de la tabla. Por suerte el mar no era tan profundo a esas alturas y pude hacer pie. Lo que me costó fue volver a montarme en la tabla.

—¿Necesitas ayuda? —Mel me observaba desde unos cuantos metros de distancia,

tranquilamente montada en su tabla.

Mi orgullo tomó el control de mis emociones. Sabía que no servía de nada que esto ocurriera, pero la lucha parecía perdida.

—Puedo sola. Gracias —respondí cortante.

Tras varios intentos fallidos, lo logré. Intenté concentrarme en lo que estaba haciendo y no pensar en quienes observaban las dificultades que estaba sorteando.

Me di cuenta de mi progreso cuando Fermín se encontraba a escasos metros de mí.

—Lo has logrado, bella.

—Mi fuerza de voluntad es inquebrantable.

—Lo he notado...

Ahora estábamos uno al lado del otro sobre ese inmenso mar de azul vibrante. Con el sol brillando desde lo más alto del firmamento. Mi piel se erizó, no solo por la cercanía de ese hombre, sino por el brusco cambio en la dirección del viento.

—¡Me debes una ronda de cerveza Mel! —exclamó Paul, a unos cuantos metros de nosotros.

—Pues si Cat logra mantenerse en pie sobre la tabla por más de diez segundos, te debo dos.

Mis ojos dispararon artillería pesada en su dirección.

—Ey, yo apuesto a que lo logras —susurró Fer a mi lado—. ¡Les apuesto la cerveza de toda la noche a que lo logra!

Exclamó luego, asegurándose que todos y cada uno oyera su predicción.

—Vaya peso pones sobre mis hombros...

—Apuesto por la verdad. Sé que eres capaz de todo aquello que te propongas.

Inspiré y expiré en un intento por encontrar algo que ni siquiera sabía que existía en mí. Una fuerza única e indomable. Capaz de empujarme a intentar hazañas de las que jamás me creí capaz.

—Pues ¿qué debo hacer entonces?

Veía las olas ganando tamaño y forma, mientras Fer me enseñaba los principios básicos del surf.

No quería dejar que me intimidasen, pero ver a Paul y Mel deslizarse con tanta gracia y destreza me daba ganas de salir corriendo.

—Concéntrate en lo que estás haciendo. No en los otros.

—Me pones en un pedestal muy alto Ferguson.

Fer sonrió.

—Si estás ahí es porque te lo has ganado, y ya no me llames así.

Le devolví la sonrisa a modo de respuesta mientras mi mirada volvía a donde Paul y Mel parecían ajenos a los demás.

—¿Te animas a surfear tu primer ola?

—¿Qué? ¿Ahora?

—Jajaja sí, ahora o nunca. Así son las cosas...

El mar se volvió un mundo oscuro y tenebroso, la espuma de la rompiente se transformó en una hilera infinita de dientes afilados que destellaban con la intención de devorar todo lo que se cruzara en su camino.

—Venga. Me montaré en la primera así ves como debes de hacerlo. Luego, te toca a ti. ¿Vale?

Tenía un nudo de nervios en el estómago y la cabeza girando como carrusel. De todas formas, acepté el reto. Me había invitado yo sola a la fiesta, no podía negarme a bailar.

Y Fer no dejaba de sonreír. Era evidente que el agua era su elemento. Con una facilidad envidiable se acercó a la ola que empezaba a formarse a una distancia no muy lejana, la franqueó

con destreza a la vez que se colocaba en posición para recibir a la indicada.

“Debes sentir que es la ola correcta” me había dicho.

Instantes más tarde, otra ola comenzó a formarse, cuando estaba a la distancia precisa Fer empezó a remar con sus brazos ganando velocidad con cada braceada, la rompiente llegaba a tocarle los talones cuando de un salto subió los pies a la tabla y de a poco se fue acomodando, hasta tomar una posición erguida. Me dedicó una sonrisa cuando decidió bajarse de la ola y caer al mar. Yo no pude contener la mía.

—¿Has visto? Pan comido. Ahora te toca a ti.

Me aferré a la tabla como si fuera mi única esperanza de vida. En cierta forma lo era.

Fer echó la cabeza hacia atrás al tiempo que soltaba una carcajada. En su piel relucían las gotas de mar a las que el sol arrancaba destellos. Podría esta haciendo cosas tan maravillosas como el astro rey lograba con ese cuerpo...

—Vamos Cat... ¿O te has echado atrás?

—Ni una mierda. Vamos a terminar con esto de una vez... —tenía demasiadas ideas mucho más interesantes formándose en mi mente y quería llevarlas a la práctica lo más pronto que me fuera posible.

Me lancé a nadar hasta la rompiente, concentrada en mi incentivo. Una vez que Fer me indicó que me encontraba en el lugar ideal, me senté sobre la tabla a esperar por la ola perfecta.

Lo cierto es que no tuve que esperar mucho, a la primera formación me preparé. Comencé a remar y creo que lo hice antes de tiempo.

—¡Todavía puedes lograrlo! —exclamó Fer.

La verdad, es que la mente se me puso en blanco cuando la espuma tocó las plantas de mis pies. Me paré con torpeza solo para terminar revolcada por la ola antes que pudiera recuperarme.

Salí a flote un par de segundos y revolcones más tarde. Esto se había vuelto algo personal.

El mundo a mi alrededor dejó de importar, apenas prestaba atención a las indicaciones que Fer exclamaba a viva voz.

Volví al ruedo y el mar volvió a vencerme. No me amedrenté. Cuantas más veces me derribara, más ganas me entraban de montarme en la tabla.

El miedo dejó de ser un obstáculo y enseguida me vi disfrutando de cada nuevo intento. Empecé por mantenerme en pie por unos pocos segundos.

Los gritos de algarabía que soltaba Fer me inflaban el pecho. Y volvía al ruedo una y otra vez.

Entonces lo sentí hasta en los huesos, no existe manera de explicarlo con palabras; cuando la espuma de esa ola tocó las plantas de mis pies todo fue perfecto. Me puse de pie en el momento y de la forma precisa, la ola sostuvo mi tabla en equilibrio y mis pies se movieron para conservarlo en una sincronía perfecta. No se cuánto tiempo monté esa ola, pero fue uno de esos instantes que parecen perdurar en el tiempo hasta detenerlo. Fer gritaba de emoción y yo no podía creer lo que estaba ocurriendo.

Al final, el mar y yo nos habíamos vuelto uno. Me sentí libre y salvaje, más que agradecida de ser parte de aquella naturaleza indómita.

La ola me dejó a escasa distancia desde donde Fer no dejaba de sonreír y vivir mi nombre.

—¿Te has dado cuenta de lo que lograste? No conozco a nadie que en su primera clase haya conseguido surfear una ola de esa manera.

—Solo puedo decir que se sintió de maravillas. No experimenté algo parecido desde la última vez que monte a caballo.

—¿Y eso fue hace mucho?

—No en realidad...

Aunque estaba al corriente de mi historia, Fer no sabía nada sobre Lorraine y mi relación con Gonzalo.

—Un día de estos deberíamos salir a cabalgar juntos...

No sé si fue el tono de su voz o la manera en que me estaba mirando, pero sus palabras cargaban una connotación que no hizo más que incrementar el deseo que ya era irrefrenable.

—Vamos a surfear, bella. Que el día se nos escapa y tenemos muchas cosas por hacer aún.

—Ya creo que sí... — dije, más en un susurro que a viva voz.

Juntos, esperamos una nueva camada de olas. Muchas nos derribaron, pero otras tantas, las surfeamos como si lo hubiéramos hecho muchas veces. Nos entendíamos con solo mirarnos y a pesar de mi inexperiencia con el sobrante de la suya bastó para convertir el resto de la tarde en una de esas aventuras que se quedan grabadas a fuego más que en la memoria y en tu alma. Hasta Paul y Mel, quien al fin y a cuenta de vaya a saber qué, parecía haberme dado su bendición, se unieron a nosotros y no nos detuvimos hasta quedar exhaustos al nivel de arrastrarnos hasta la orilla y tumbarnos en la arena.

Aprovechamos la playa hasta que el sol comenzó a besar el mar. El atardecer tiñó el cielo de un anaranjado rabioso. Mis mejillas ardían tanto por el sol como por sonreír como por mucho tiempo no lo hacía.

—Los esperamos para la cena —se despidió Fermín de sus amigos, mientras subíamos las escaleras blancas que daban acceso a la casa.

—¿Cómo te sientes?

Destruída por cierto, pero increíblemente feliz.

—Bien.

Fer hizo una mueca, no creía en mis palabras.

—Me duele hasta el trasero, pero estoy bien —respondí sonriente.

Fer dejó de avanzar, y sus ojos se detuvieron en la parte posterior de mi anatomía. Mi puño voló hasta impactar en la musculatura de su antebrazo. Ambos reímos.

—Dame tu tabla, yo me encargo. Sube, toma una ducha caliente y ponte cómoda.

Me quedé observándolo por un instante más largo que el normal. No podía dejar de maravillarme del color de sus ojos y la franqueza de su sonrisa. A pesar de no poseer un rostro de facciones perfectas, todo el conjunto se balanceaba en equilibrio devastador.

—Cat, ¿estás bien?

—Claro —suspiré y bajé la mirada—. Iré a por mi ducha.

Antes que Fer pudiera agregar algún otro comentario, me escurrí al interior de la casa.

Lucía espantosa. Mi rostro estaba rojo como una cereza al igual que mis hombros y espalda. Necesitaría potes de bálsamo por docena para que mi piel se recuperase. Mi cabello era un manojo de enredos, salitre y arena, a pesar de haberlo llevado recogido en una cola de caballo la mayor parte del día. Y mi cuerpo ostentaba una pintoresca porción de moretones y raspaduras. Nada de lo que no me sintiera orgullosa.

El agua tibia me hizo ver las estrellas. Mi piel ardía como si me estuviera bañando en lava.

Sentí a Fer entrar en la casa cuando me desenredaba el cabello. Mi imaginación remontó vuelo mientras sus pasos hacían crujir la madera de los escalones. Tomé consciencia de la amplitud de aquella mansión y que la soledad rutinaria que encerraban aquellas paredes, apenas se veía alterada por nuestra presencia.

Mantuve la respiración sin entender por qué, de seguro era producto de mi imaginación

percibir su presencia al otro lado de la puerta de mi habitación, dudando entre golpear, o dirigirse a su recámara.

Mi corazón parecía muy decidido al respecto, ya que no dejaba de golpear desenfrenado contra mis costillas.

Cuando al fin tomé el coraje de derribar la barrera que me impedía avanzar, me dirigí hacia la puerta. Al abrirla, no encontré a nadie allí, aunque me pareció escuchar cerrarse otra a continuación del pasillo.

Estaba perdiendo la poca cordura que me quedaba.

Apenas cubierta por la salida de baño descendí las escaleras. No estaba segura de mis pretensiones. Huir, buscar refugio, sabía que las respuestas sólo las encontraría si me animaba a someterme a las preguntas correctas.

Las luces automáticas se encontraban encendidas. Afuera, el cielo había cambiado del cobrizo atardecer al violeta estrellado.

Abrí la puerta de vidrio corrediza y salí a la terraza que daba al mar. Inspiré hasta que mis pulmones se colmaron y cerré los párpados.

Aquel lugar era especial. Aún bailoteaban por mi mente fragmentos de la extensa charla que había mantenido con Melisa. Sobre todo, el relato de los días más oscuros de Fer. Este era su refugio. El lugar que transformó su oscuridad en luz. No podía imaginarme a un Fermín abatido, sin ese empuje que lo caracterizaba. Pero todos tenemos nuestras sombras y de seguro las suyas eran profundas, tanto como las mías, según empezaba a percibir.

“No somos tan distintos tú y yo”, cómo olvidar aquella frase con que Fer había definido alguno de nuestros encuentros.

Aún no podía afirmar que lo fuéramos o no. Pero tenía la certeza que lo quería en mi vida. Porque no necesitaba de alguien para sentirme completa o segura, nadie conocía el miedo, el dolor y la tristeza como yo lo hacía. Pero él se había convertido en esta ventana por la que la luz volvía a colarse en mis días.

—Cat, te estaba buscando...

No lo sentí acercarse esta vez. Sonreí al escuchar su voz acariciar mis oídos. Y no necesité preguntarme si era el momento correcto.

Simplemente me giré y me lancé a sus labios. Nuestros cuerpos colisionaron al igual que nuestras bocas se unieron en un beso perfecto. Sus manos en mi cintura, las mías acunando su rostro. Nuestros ojos abiertos, sin soltar la mirada en el otro. Percibiendo cada instante de ese momento mágico.

—Te quiero en mi vida, Fer. No comprendo cómo he logrado sobrevivir tanto tiempo sin tenerte a mi lado.

—Cat... antes de conocerte pensaba que vivir solo era despertar cada mañana y sentir que tenía una última oportunidad de encontrar una razón para seguir respirando. Pero cuando te conocí, me di cuenta que la vida cobra sentido en el momento en que el mundo se detiene bajo tus pies, y el tiempo, el lugar donde estés, deja de importar, porque encuentras la eternidad en los ojos de una persona que te hace olvidar que debes hacerlo. Tú eres ese instante en que me olvido de respirar, Cat.

¿Cómo se suponía que respondiera a eso?

Solo pude sonreír y volver a besarlo.

Nuestras visitas llegarían de un momento a otro. Aunque me hubiera encantado echar esos planes por la borda y aprovechar las últimas horas en Malibú descubriendo cada rincón de piel

que se escondía debajo de las escasas ropas que Fer llevaba puestas.

No por eso dejé de robarle besos cada vez que tuve la oportunidad. Por lo que nuestro intento por llevar adelante los preparativos para la cena se vieron bastante entorpecidos.

Cuando Mel y Paul llegaron, no supe cómo comportarme, fue Fer quien se cargó la situación tomándome de las manos y estampándome un beso que dejó mi cabeza dando vueltas delante de nuestras visitas. Creo que la situación quedó más que clara después de eso.

La sonrisa de Paul fue una bendición, y aunque Mel se vio algo consternada en un principio, con el transcurrir de la velada logró relajarse y aceptar lo que Fer y yo teníamos.

Hubo un instante en que ambos salieron a la terraza. No quise entrometerme, así que arrastré a Paul a la cocina a buscar un par de cervezas frías mientras nos entretuvimos hablando sobre surf y su envidiable vida costera.

No mucho más tarde, nuestros invitados partieron rumbo a sus moradas.

El transporte que nos llevaría a Fer y a mí hasta el aeropuerto, esperaba por nosotros cuando terminamos de alistarnos para partir.

Con la cabeza recostada sobre el hombro de Fer, no tardé en quedarme dormida. No era muy tarde, pero el día de mar hizo estragos en mi maltrecho cuerpo. Tampoco puedo quitarle mérito a lo bien que se sentía tener una almohada tan cómoda. El cuerpo de Fer se amoldaba a mi anatomía con total armonía. Me hubiera encantado amoldarme a él de otra forma, pero tendríamos tiempo de sobra para eso. Ahora, sólo quería disfrutar de cada segundo, de cada pequeño y simple momento que compartiéramos juntos.

En el avión, con algo más de comodidad y privacidad, terminamos acurrucados frente a frente en el camarote.

—Lo siento... estoy demasiado agotada para...

—Ey, estar así contigo aquí... ni siquiera puedo creérmelo aún.

Sellé sus labios con los míos, me resultaba sumamente difícil mantenerlos apartados de los suyos, y no existía cansancio que sirviera de excusa.

Su brazo rodeó mi cintura cuando el beso se volvió más intenso y me acercó a su cuerpo. Mis manos, descendieron por su cuello trazando un sinuoso camino por sus hombros y brazos torneados. Su mano se deslizó sobre mi trasero y mi muslo, me tomó por detrás de la rodilla y rodeó su cadera con mi pierna.

No pude ahogar el grito al sentir el tirón.

—¿Estás bien? Te hice daño, no debí...

—Estoy bien...

Fer se había apartado tanto de mí, que casi se cae de la cama.

—Deberías estar descansando.

—No puedo descansar si estoy contigo en la misma cama.

—Entonces me iré.

—¡Ni lo sueñes!

Me incorporé sobre la cama y extendí mis manos para aferrar las suyas y así volver a atraerlo hacia mí.

—Quédate conmigo...

—Es difícil estar contigo, contener las ansias...

—Me pasa lo mismo, pero más difícil es estar a diez mil metros de la faz de la tierra y no tenerte pegado a mi cuerpo.

—Haré el esfuerzo.

—¿Tendría que darte las gracias por eso?

Ambos reímos, para luego volver a acurrucarnos sobre la cama, hasta que el Capitán anunciara el inminente descenso.

CAPÍTULO 21

El televisor se encendió en el canal de las noticias como era habitual. Procuré evitar conectarme con la realidad desde la noche del sábado y no existía nada que extrañara más que esa desconexión en la que podía ser yo misma, aunque sólo hubiera pasado una noche.

Como era de esperarse, el noticiero no hizo mención sobre el enfrentamiento de la noche pasada, ni del robo de un contenedor en el puerto de San Francisco. Nada tampoco, de la persecución en la autopista.

Bueno, solo quedaba plantarle cara al diablo en persona y ver que se freía en la sartén. Descreía que El Adversario estuviera de buenos ánimos después del pequeño contratiempo con que se encontró el sábado, más allá que los resultados de la pelea no le fueran desfavorables. A fin de cuentas, se salió con la suya.

Poco importaba con qué me topara al llegar a la oficina, los destellos de recuerdos que se entremezclaban con mi realidad, aquellos que me llevaban a ese domingo mágico, a Fer... Ese anochecer como testigo de nuestro primer beso. Me era imposible contener las sonrisas que de pronto me sorprendían con la guardia baja.

Me propuse volver a mi personaje antes de traspasar la puerta del edificio donde se encontraban las oficinas de mi empresa. Mía, sí. No debía olvidarte de eso. Porque sucediera lo que fuera, yo tenía un as bajo la manga.

Saludé a Gladys y la devolución desganada y su mirada opaca me trajeron a la memoria su cita del viernes.

El tiempo no corría en mi favor, tampoco quería hablar del asunto delante de sus compañeras, así que apenas subí al ascensor le envié un mensaje invitándola a almorzar ese mediodía. Claro que para ese entonces no imaginaba lo que me esperaba al llegar al mismo piso que compartía con Tony.

Solía pasar por la oficina de Sam antes de desembarcar en la mía, pero esta vez, mi instinto me advirtió que era mejor omitir la rutina.

No me equivocaba, encontrar a Tony esperándome no me tomó por sorpresa. Sí que lo hiciera sentado en mi sillón, con esa natural agudeza que lo caracterizaba destellando en la mirada.

—Buen día, muñeca.

Su sonrisa me provocó escalofríos, pero como de costumbre logré mantenerme indiferente.

—Buen día Tony. ¿Puedo ayudarlo en algo?

Sin responder, se puso de pie y abrochó el botón de su saco. Se fue acercando a mí con ese andar felino y solo se detuvo a un instante de llevarme por delante.

Alcé el mentón para enfrentarme a esos ojos ambarinos que me escrutaban con una agudeza más punzante que la habitual.

—Me hiciste una promesa muñeca y ya no puedo darte más tiempo. Necesito resolver el tema Ferguson hoy mismo. Sabes que te tengo especial estima, pero nuestro cliente no aceptará más excusas. Y si esta operación se cae...

Mis ojos se entornaron cuando dejó que el suspenso flotara en el aire.

—Si esta operación se cae, no veo cuál es el problema. Contamos con una cartera de clientes más que envidiable.

—No estamos frente a cualquier cliente, linda... podría darte detalles, pero prefiero que de este asunto te mantengas al margen. Al menos, en lo que se refiere a la privacidad de nuestro cliente.

—No me gusta nada lo que está sucediendo con esta operación. ¿Desde cuándo hace falta tanto misterio en un negocio inmobiliario?

—No voy a involucrarte más de lo necesario.

—¿Para protegerme?

—Por qué más sería si no. No me preocupa que no me creas cuando te digo que te quiero —su mirada se despegó de mis ojos para alejarse a un punto inexacto sobre mi cabeza—. Pero eres una de las pocas personas por las que realmente siento afecto.

Eso sí que era extraño. Nunca creí que aquel hombre sintiera siquiera respeto por quien tenía enfrente. Hasta su relación con Liza, su esposa, me parecía un contrato comercial por más edulcorados que se mostraran en público. Algo olía muy mal.

—¿Tú no me quieres Daniela?

—Tony, por favor...

—No necesito que me respondas. Si no me quisieras no te costaría nada negarlo. Pero tanto has soportado a mi lado... Podrías trabajar donde lo desearas y, sin embargo, permaneciste aquí. Es difícil tenerme de jefe, reconozco mi nivel de exigencia, mis arranques coléricos, mis malas formas...

—¿Qué es lo que sucede Señor River?

Una sonrisa fue su única respuesta. Pero no era de esas sonrisas cargadas de esa petulancia tan característica suya. Y se me estrujó un poco el corazón, sin lograr comprender bien el por qué.

Me puse rígida ante el contacto cuando sus manos cayeron con todo el peso de su cuerpo sobre mis antebrazos. Mi cerebro terminó por paralizarse al sentir sus labios posándose sobre mi frente.

No pude moverme, hasta que se alejó hacia la puerta.

—Daniela, estoy en tus manos.

La promesa inconclusa que venía postergando en el tiempo, me pesaba en la conciencia, pero, ¿acaso me estaba perdiendo algún detalle?

¿Me equivocaba acaso al imaginar que, siendo Tony el representante del villano que por poco me mata, se encontraría bajo amenaza? No parecía tan descabellado...

Me apremiaba hablar con Fer. Ni me detuve a pensar en lo que motivaba esa repentina reacción. No negaba tampoco que la necesidad de escuchar su voz llevaba horas carcomiéndome los sesos.

Animarme a afirmar que sentía afecto por Tony me resultaba disparatado. Era un ser tan despreciable... pero de alguna manera que no era capaz de explicar, tenía miedo por él. Sentía que debía protegerlo. Nadie merecía caer en las manos de El Adversario, por más vil, diabólico o despiadado que fuera.

—Ey bella... no sabes lo que necesitaba escuchar tu voz.

—Yo también. Escucha, acaba de suceder algo de lo más extraño...

—¿Te encuentras bien? ¿Estás en la compañía? Voy para allá...

—Fer, escúchame...

A continuación, le relate el episodio con Tony.

—¿En serio crees que Tony está en peligro? —Fer realmente parecía sorprendido.

—No suena descabellado. Tú lo viste con tus propios ojos Fer, fuiste testigo de lo que ese sujeto es capaz.

Me imaginaba que vislumbrábamos apenas la punta de un iceberg. Y no podía olvidar, por más que deseara quitarme la imagen que llevaba grabada en las retinas, que ese sujeto mató a mi madre a sangre fría, y por poco lo logra conmigo cuando apenas era una adolescente.

—Entonces, organiza esa maldita reunión. Lleguemos hasta el hueso. Tenemos material de sobra para convencer a Tony de unirse a nuestra causa. El tipo debe estar desesperado y nosotros, lo quiera o no, somos su última carta por jugar.

—¿Estás seguro? ¿Y si es una trampa?

—No tenemos más opción. Dile que mañana al mediodía lo espero en mi oficina. Por lo pronto, apenas salgas del trabajo pasare por ti. No quiero que te muevas sola por ahí.

—Ey, que sé cuidarme muy bien —no iba a negar que me causó cierta ternura su expresión protectora, pero yo no necesitaba eso de él, ni de nadie.

—Quiero verte.

—Yo también. Pero esa es otra cosa. Quiero irme a mi casa, darme una ducha y cambiarme la ropa.

—Eso tiene solución.

—Quiero ponerme mi propia ropa, Fer. Y no se discute más.

—¿Paso por ti a las ocho, entonces?

—Ese plan me agrada más... —ya no pude contener la sonrisa.

—Podemos almorzar también. ¿Qué dices?

Casi que olvidaba por completo la invitación a Gladys.

—Tengo planes.

—Chica misteriosa... enserio, ten mucho cuidado.

—Siempre lo tengo. Nos vemos a la noche.

El resto de la mañana transcurrió sin muchas más novedades. Tony se confinó en su oficina y apenas unos pocos valientes se animaron a interrumpir su soledad. No me creía que fueran las ganas de trabajar las que lo mantenían enclaustrado, más bien, el sentirse a salvo entre los muros y cristales blindados de su oficina.

Almorcé con Gladys y me lamenté de ser el pájaro de los malos augurios. Lo que había comenzado como una cita idílica con Patrick, el vendedor con quien había salido el viernes anterior, terminó en una pesadilla de no creer.

—...y cuando me despedí de él en la puerta de mi edificio, se transformó en un ser despreciable. Me culpó de hacerlo perder tiempo y dinero. Que yo no podía aspirar más que a una noche con él, y quizá, si no lo aburría en la cama, podríamos repetir de tanto en tanto.

—No puedo creer que te haya tratado así... Estoy segura que su forma de pensar es esa, pero que le importe tan poco decirte esas cosas en la cara, con ese desparpajo... —se me cerró el estómago al escuchar el relato de Gladys, apenas había probado dos o tres bocados de mi almuerzo.

—Y eso no es lo peor. Me aconsejó bajar mis aspiraciones. Que mi belleza era corriente y mi puesto en la empresa no ayudaba. Lo suyo, era un acto de caridad al invitarme a cenar, porque le caía simpática. De otro modo simplemente me hubiera llevado a un hotel y ya.

—Qué descaró...

—Y escucha esto: dijo que, si pretendiera ponerse en una relación seria con alguien, saldría contigo. Pero que eras la chica de Tony, y que nadie se atrevería a tocarlo.

La sangre comenzó a bullir en mis venas.

—Que no te afecte, Gla. Nadie merece a un ser tan desagradable y menos tú. Ya tomaré cartas

en el asunto... Déjame a mí.

—Dani, es que no vale la pena...

—¿Pero se cree un ser superior por ser bueno en lo que hace? ¿Es que no se da cuenta que jamás llegará a nada con esa actitud? Porque si cree que algún día obtendrá un ascenso en mi empresa, está muy equivocado.

—¿Tu empresa? Pasas demasiado tiempo con Tony...

Su comentario no fue con mala intención. Entendí a la perfección que se refería a que Tony lograba que me involucrara demasiado en los asuntos de una empresa que no era mía.

Pero algún día volvería a serlo.

—Jamás seré como Tony, al contrario. Me tiene harta el chisme que me involucra con ese tipo, más ahora que he comenzado una relación con alguien...

—¡Lo sabía!

—¿A qué te refieres?

—Cuando vi al Adonis entrar por primera vez por esa puerta, los imaginé juntos. ¡Te lo juro!

¿Es que acaso me había vuelto tan transparente y predecible?

—¿Y de dónde sacas que se trata de él?

—Vamos Daniela, los vi irse juntos el otro día. No tengo ojos solo para idiotas como Patrick...

Ambas estallamos en una carcajada. Le conté algo sobre Fer y el inicio de esa incipiente relación y le hice jurar que no contaría ni una palabra de mi confesión a nadie.

∞ ∞ ∞

Llegué a casa con tiempo de sobra para elegir un lindo atuendo para la noche y darme un relajante baño de espumas. Pero en mi vida los buenos momentos se hacen de rogar.

Otro de mis descuidados olvidos: Daro.

No voy a negar que verlo, me movilizó. Aún lograba hacer vibrar mis cimientos. Era una parte fundamental de quien era, de quien había sido. Cuando alzó la mirada para toparse con la mía la conexión no dejó indiferente a ninguno.

Inspiré profundo antes de seguir subiendo los escalones. Nos debíamos una charla que jamás estaría preparada para tener. Así que no tenía mucho sentido seguir aplazando el momento...

—Hola.

—Hola —respondió poniéndose de pie.

Se lo notaba nervioso. Y a mí, de seguro la reticencia se me salía por los poros.

Fue él quien tuvo que sostener la conversación.

—Hace mucho que no se de ti. Estaba preocupado...

Sonreí con sorna antes de responder a su reclamo.

—Creí haber sido clara cuando te dije que estaba muerta para ti...

—No puedo pretender eso Dani, lo sabes...

—Pues sería el momento justo para que comenzaras.

El golpe resultó limpio y certero, lo vi en su mirada.

—Lo siento.

—¿Qué se supone que sientes? Porque la última vez dejaste muy claro que yo sólo soy un estigma en tu vida.

—¿De dónde sacaste eso?

—Oye, no lo tomes a mal, pero no tengo ganas de estar discutiendo contigo en la puerta de mi casa...

—Déjame pasar entonces. Hablemos tranquilos, como los adultos que somos.

—Me haces reír... No entiendo qué más quieres conmigo. No hace mucho tu mujer me increpó en este mismo lugar. Sospechaba que tú y yo...

—Dani... no metamos a Celia en esto.

—Que ella bien se metió por su cuenta. Yo no la invité...

—¿Qué te dijo? ¿Qué le dijiste?

Solté una carcajada amarga antes de responder.

—Es lo único que te importa, ¿verdad?

—¿Podemos subir a hablar?

—Para mí está todo muy claro. Y si el que tiene dudas eres tú, pues lo lamento...

—Yo no tengo dudas. Celia y yo estamos separados.

Las palabras se me quedaron atoradas. No me esperaba eso...

Lo sopesé unos segundos. Mal que me pesara, aún quería a Daro, no tenía mucho por hacer para extirparlo de mi corazón y según parecía de mi vida tampoco.

Me tragué las dudas, abrí la puerta y lo invité a pasar.

Una vez en el loft, saqué dos cervezas bien frías de la nevera. Daro se encargó de abrirlas.

Nos sentamos con la mesa de por medio.

No es que necesitara mantenerlo alejado porque tuviera miedo de dejarme llevar por los instintos. Ya no veía a Daryl como lo hacía hasta hace poco menos de una semana. Cuando procesé lo que me dijo aquella última noche en que lo extirpé de mi corazón, pude aceptar que tenía razón. Por más dolorosa que fuera la verdad.

No tenía la certeza de haberlo amado alguna vez, si se trató de un refugio, un consuelo o un escape. Pero recién entonces fui capaz de darme cuenta que mi corazón jamás estaría preparado para un amor así. Además, hacía tiempo que otra persona, con el trabajo de una hormiga, había logrado instalarse y ganar más y más terreno hasta declararse amo y señor de toda su extensión. Fer lograba que mi corazón se sintiera enorme. Y no estrujado como cada vez que lo dejaba en manos de Daryl.

—¿Cómo está Dante?

Una fugaz sonrisa surcó los labios en los que me vi perdida más de una vez.

—Bien. Tratamos de preservarlo, aunque llevar a Celia es complicado...

—¿Qué es lo que haces aquí, Daryl? —no quería escuchar ese nombre nunca más en mi vida. Pronunciarlo, traía culpa y dolor por los sentimientos oscuros y penosos que alguna vez consiguió despertar en mí.

—Te extrañaba.

Instintivamente me eché hacia atrás.

—Extrañaba hablar contigo. También extraño lo otro... no voy a negarlo. Pero sé que estás con el millonario.

Confundida o aturdida, quizá ambas cosas... no podía definir cómo me hizo sentir esa revelación.

— No sé de qué hablas —mentí, pero Daryl era un profesional a la hora de exponer mis engaños.

—No soy policía solo por llevar una placa...

—Me has estado siguiendo.

—Te he estado cuidando.

Me puse de pie en un brinco.

—No vas a decirme qué debo o no hacer —continuó—. Me importa un bledo lo que pienses. Mi manera de preocuparme por ti es ésta y no va a cambiar.

—Preocúpate por tu hijo, por salvar tu matrimonio. Si te importa un bledo lo que piense, no entiendo qué es lo que quieres de mí.

—No quise decir...

—No quieres, pero haces y dices cosas que hieren...

El dolor surcó su rostro.

—No me digas eso.

—¿También vas a cuestionar cada cosa que salga de mi boca?

—Si dices cosas que no son ciertas, ¡claro que lo haré!

—Esta plática no nos llevará a ninguna parte.

—Si te calmas e intentas razonar...

—Creí estar preparada para tener una conversación contigo, pero no es así. Será mejor que te vayas.

—Cat...

—Vete. Esto no tiene sentido...

Daryl, se me quedó observando como si quisiera ver a través de mí. Evidentemente no lo logró, porque se puso de pie sin que insistiera en que se fuera.

—Ese tipo va a meterte en problemas Cat. No es trigo limpio.

—¿Acaso alguien lo es?

—Adiós Cat, considérate avisada.

∞ ∞ ∞

Procuré olvidarme de lo ocurrido, al menos por esa noche. No quería manchar un momento que soñaba fuera perfecto.

Proseguí con mi plan de darme un extenso y relajante baño de espuma; Con buena música de por medio, revisé mi placar y encontré una reliquia de seda roja y escote en uve que Mar rescató de una feria americana, en esas locas salidas que solíamos hacer con mi amiga. Un clásico Dior de los '50 al que apodamos "*el escarlata*". Lo guardaba para una ocasión especial.

El timbre sonó a la hora pactada. Le avisé a Quique que bajaría enseguida. Di los últimos toques a mi maquillaje y me contemplé en el espejo por un instante.

Siempre me dijeron que tenía una belleza atemporal, algo salido de una película de los 50's. Aun así, ni entendía por qué un tipo como Fermín Ferguson se fijaría en mí.

Quizá me había acostumbrado demasiado a vivir dentro de la jaula que era el caos controlado en que consistía mi vida, hasta que a alguien se le dio por abrir la puerta. Me aterraba tanto no saber cómo empezar una nueva vida, me enfadé tanto cuando perdí el control en manos de un extraño que me sonreía con tanta desfachatez; Pero entendí que Fer no me había quitado el control, sino que me lo otorgó por completo.

Los diez o quince minutos que tardamos en llegar se me hicieron eternos.

—Está muy bella señorita Salazar.

—Gracias Quique —sonreí al escuchar mi apellido, más que por el halago del chofer que me escoltaba hasta el ascensor que ascendería los más de veinte pisos hasta llegar al pent-house de

Fer.

—Que pasen una hermosa velada.

Sonreí con todo el rostro mientras las puertas metálicas se cerraban y el vertiginoso ascenso se ponía en marcha.

Inspiré y exhalé un par de veces, el jazz ambiental del ascensor no lograba desacelerar mi ritmo cardíaco.

—Vamos Cat... que no tienes quince años...

Me decía en voz alta a mí misma cuando el ascensor se detuvo.

Vestido con un esmoquin negro, Fer sonreía del otro lado de las puertas.

—Bienvenida.

Agradecí que extendiera su mano hacia mí. Mi parálisis duró hasta que su piel tomó contacto con la mía, y la calidez que irradiaba logró disipar mi tensión.

Avanzamos por el palier del que tenía algunos malos recuerdos.

—La última vez que estuve aquí no me escoltaron con tanta cortesía.

—Lo siento... Sabía que este lugar te traería malos recuerdos. Por eso quiero que me des la oportunidad de desterrarlos de tu mente y reemplazarlos por otros más alegres.

—¿Alegres?

—¿Románticos?

—¿Es usted muy romántico señor Ferguson?

—Cat...

Nos detuvimos al final del pasillo.

La oscuridad al otro lado fue reemplazada entonces por el titilar de incontables llamas.

No importaba cómo lo había logrado, pero en ese instante, más de un centenar de velas se encendieron iluminando el amplio living y más allá el comedor del pent-house.

—Espero que no te resulte demasiado cursi.

—Lo es... pero me agrada.

Nos miramos, y sin soltar mi mano deslizó la otra por mi mejilla. Incliné mi cabeza hacia esa mano que acunó mi rostro con toda la ternura del mundo.

—Vamos, que la cena se enfría y me he pasado toda la tarde cocinando.

—No te creo...

—Tengo muchos talentos ocultos Caterina Salazar.

—Me muero por descubrirlos uno a uno...

—No necesitas descubrir nada. Jamás tendré secretos contigo y quisiera que tú tampoco necesites tenerlos conmigo.

—Es un trato.

Más que una cena parecía un festín. Variedades de ensaladas, sopa, carnes en salsas y cosas que nunca vi en mi vida, pero que lucían y olían de maravillas.

—¿Planeas comerme en Navidad? —bromeé.

—Planeo saborearte cada día de lo que me quede de vida.

Eso sonó demasiado sexy.

Fer sonrió y soltó mi mano al dejarme junto al lugar donde me sentaría. Él se sentó frente a mí.

— Debo confesarte algo... —solté mientras mi anfitrión se encargaba de servir mi plato a rebosar.

—Mierda, debí preguntarte si eras alérgica a algún alimento...

—Jajaja no, no es eso... Me da vergüenza decir esto, pero, nunca tuve una cita.

—Te diría que mientes si no confiara en ti...

—Nunca tuve citas, ni novios... No me relaciono con el sexo opuesto de esa manera.

Fer pareció sopesar mis palabras por un momento.

—¿Y cómo te relacionas entonces?

—Tú sabes lo que quiero decir... mis relaciones fueron siempre muy directas. —me arrepentí al instante de soltar aquello, cerré los ojos con fuerza—. Lo siento, soy muy mala para las citas...

—Cat...

—¿Estás seguro que quieres esto? No soy para nada normal, mi vida nunca lo ha sido... soy un desastre completo.

—Cat... te quiero. A ti, a tu desastre, a tu oscuridad y tu luz. Estoy dispuesto a todo por ser parte de tu vida. Solo te pido que no me apartes. No lo hagas, si es que de verdad no quieres hacerlo. Sé muy bien dónde me estoy metiendo y que jugar con fuego es peligroso, pero no soy de paja Cat. Y si ardo contigo, lo haré para darle sentido a tu fuego, para ayudarte a mantenerlo encendido. Y ahora, si estás dispuesta a tomar un consejo de alguien que tiene más experiencia que tú en el campo de las citas, come y deja de preocuparte. Solo tienes que ser tú misma y todo irá de maravillas.

Su sonrisa volvió a tranquilizarme. Siempre me volvía a mi centro cuando mi mente se disparaba a direcciones donde la oscuridad lo embargaba todo.

El resto de la cena fluyó naturalmente. Hablamos sobre nuestra infancia. Me enteré que la mayor parte de la suya transcurrió en un internado en España y que veía a sus padres únicamente en vacaciones o en festividades.

Después de la cena, me dio un recorrido por la casa que en mi primer y única estancia no había podido conocer.

En la segunda planta, se encontraba el dormitorio principal y un baño en suite. Pero no nos detuvimos allí, para mi desgracia. Podría haber revertido aquello, pero pretendía comportarme bien en lo que restara de la velada. Fer, no era un tipo para un revolcón y nada más. Era mucho más que eso, por más que muriera por arrojarme a su cuello y devorarlo por completo.

Recorrimos la cocina, las demás habitaciones, el gimnasio, y por último salimos a la terraza.

A pesar de la neblina y el viento húmedo y frío, la vista de la ciudad era imponente cuánto menos. Las coloridas luces que titilaban lejanas. El Golden Gate emergiendo entre la bruma parecía la escena sacada de una película. No sé si resultaba romántico, pero me había robado el aliento.

—Ven...

Asiendo mi mano me guio por el deck que rodeaba el pent-house, hasta llegar a una alargada piscina que parecía morir en el vacío mismo. De ella emanaba más vapor que el que vi sobre la ciudad.

Me acerqué al borde e introduje los dedos entre los destellos turquesas del agua, casi el mismo tono de los ojos de mi anfitrión.

—Está tibia.

—En ocasiones me gusta nadar de noche. Y la temperatura suele descender un par de grados a esta altura...

Me mordí el labio inferior mientras una idea tomaba consistencia en mi mente.

Me puse frente a él y me sumergí en esos ojos turquesa sin miedo a quedar atrapada por su magnetismo.

—Es gracioso. Mi fuego no te quema y la profundidad oceánica de tu mirada no me extingue.

Fuego infernal y agua bendita.

—¿Agua bendita?

Sonreí.

—Con la fuerza suficiente para arrastrarme al abismo, la suavidad exacta para limpiar mis pecados y la profundidad perfecta para mantenerme a flote.

Fer, se contagió de mi sonrisa y se inclinó para besarme. Respondí gustosa a sus deseos y me dejé arrastrar por el poderoso flujo de aquel beso.

Pero antes de perder el control, me separé lo suficiente para volver a penderme en esos ojos que brillaban como mil estrellas. Y sin soltar esa mirada, mis manos que rodeaban su cuello, comenzaron a descender por las solapas del saco que aún llevaba puesto.

Le ayudé a quitarlo del medio y él me dejó hacer sin apresurar mis movimientos.

Cuando quiso volver a acercarse a mí, di un paso hacia atrás. La confusión en su mirada me produjo ternura. Pero no existía nada tierno en lo que planeaba hacer a continuación.

Mi vestido rojo tenía un lazo cruzado al frente. Deshice el nudo lentamente y dejé caer la única prenda que llevaba puesta esa noche, alrededor de mis pies.

No bajó la mirada. Yo tampoco. Lo que sí hice fue deshacerme de los zapatos.

Sonreí antes de darme la vuelta y comenzar a descender por los escalones que se internaban en la calidez del agua.

Nadé hasta el extremo invisible que se juntaba con el horizonte. Hasta ese momento, no me había percatado que la piscina estaba hecha íntegramente en cristal. Debajo del agua cristalina podía ver el precipicio, así como alrededor, las lejanas luces de los edificios que nos rodeaban.

Sentí el movimiento en el agua y me giré para ver el magnífico cuerpo desnudo de Fer sumergido hasta rozar el cristal que nos separaba de la nada misma. Al llegar hasta donde yo estaba, ascendió logrando que su cuerpo me arrancara un gemido al rozarse en su totalidad con el mío.

—Hola bella...

—Hola principito...

No hubo cabida para nada más que besos y caricias. El agua, resultó un elemento sumamente agradable entre la poca piel que quedaba sin rozarse.

Su boca en mi cuello logró que mi espalda se curve hacia atrás y mis ojos quedaran a la merced de un cielo negro y opaco regado por luces de todos los colores que podían existir.

Nuestras manos se dedicaron a explorar el cuerpo del otro. Sin otro sonido más que el de nuestra respiración entrecortada y los golpes del agua contra el cristal; Su boca imploró por la mía una vez más. Mis manos rodearon su cuello mientras las suyas se aferraron a mis muslos para lograr rodear sus caderas con mis piernas.

Sentirlo entrar en mí desató un tsunami de sentimientos que afloraron en forma de lágrimas. Mi corazón se infló de una felicidad que hacía demasiado tiempo no me permitía experimentar. No dejamos de mirarnos, mientras ese lazo que nos había atado la primera vez que nos vimos, se fortalecía. Se volvía indestructible.

—Te amo... —le dije en un susurro, por primera vez en mi vida mencionaba esas palabras. Ya no podía contenerlas dentro de mi cuerpo. Porque el sentimiento me rebalsaba.

—Te amo Caterina Salazar. Te amo con todo mi ser.

Y allí, en la cima del mundo, al borde del precipicio, hicimos el amor por primera vez.

Nadie me trató jamás con esa ternura. Nunca tampoco le demandé a alguien que lo hiciera. Esta vez, todo era distinto; Abría los ojos a un mundo nuevo de sensaciones y sentimientos que ya

no me daban miedo, por el contrario, me otorgaban la libertad con que siempre soñé.

Nuestros dedos se entrecizaron y se aferraron con fuerza cuando el climax hizo vibrar nuestros cuerpos en una sintonía perfecta.

Hasta el agua a nuestro alrededor se hizo eco de esa onda extensiva de placer.

No dejé de sonreír ni siquiera cuando caímos rendidos sobre su cama. Ni todas las veces que le recordé cuanto lo amaba, que se lo dije y se lo demostré en cuerpo y alma, como si fuera indispensable. Era indispensable. El sentimiento no cabía dentro de mi cuerpo, y aunque quisiera, no podría habérmelo guardado para mí.

—Te amo bella —me susurró al oído hasta que perdí la conciencia para entregarme a un sueño plácido y profundo entre sus brazos.

CAPITULO 22

A pesar de estar viviendo un sueño, no dejaba de preocuparme por mis responsabilidades.

Tampoco es que lograra dejar de hacerlo.

—No estoy tan segura de la reunión de hoy... —le confesé mientras desayunábamos. Fer, enseguida posó su mano sobre la mía.

—No podemos detenernos ahora. Tony está debilitado y de seguro nos necesita más que nosotros a él.

—No me preocupa Tony...

—¿Crees que es una trampa de El Adversario?

—Posiblemente.

—¿Y si no lo es?

—¿Tanto estás dispuesto a arriesgar?

—Vamos Cat. ¿Qué sucede?

—Sucede que no quiero que te pongas en riesgo...

—Tú te encuentras en mayor peligro que yo. Mientras ese sujeto quiera algo que me pertenece, no me sucederá nada.

—No conoces sus métodos.

—Pero tú conoces a Bran... y créeme que mientras tú te preocupas por mi seguridad, él ya ha contratado a un ejército para protegerme. Para protegernos.

—No necesito que me protejan.

—¿No me vas a dejar cuidarte?

—Nadie puede cuidarme sin ponerse en riesgo. Y lo que menos quiero es que tú seas mi chaleco antibalas.

—Yo no soy nadie, ¿o sí?

Puse los ojos en blanco...

—Eres insufrible...

—No más que tú. Y ahora andando, que al mediodía tengo una reunión muy importante.

—Allí estaré.

—No hace falta que vengas.

—¿Porque será peligroso? Allí estaré y no discutiré sobre eso.

Apenas puse un pie en mi oficina, Tony apareció en el umbral.

—¿Reconfirmaste la reunión de hoy?

Muy a mi pesar...

—...Sí. No se preocupe señor River. Nos recibirán al mediodía tal cual le dije.

—No hace falta que vengas Daniela...

Y ahí íbamos de nuevo.

—Eso no entra en discusión. Es parte del trato. Creo que estoy en la posición ideal para oficiar de mediadora...

— ¿Pones en duda tu lealtad hacia mí?

—¿De qué otra manera podría haber conseguido esta reunión? —argumenté. Bien yo sabía dónde estaba mi lealtad.

—De acuerdo. Pasaré por ti cuando la limusina esté lista para partir.

Me disponía a cerrar la puerta ya que el asunto estaba resuelto, al menos, según lo que a mi me pareció.

—Muñeca...

Tony volvió a entrometerse.

—Tony...

—Confió en tu lealtad.

No pude hacer más que dedicarle una escueta sonrisa.

∞ ∞ ∞

Gracias a Gladys tuve la primicia de la llegada de la limusina.

Aproveché los pocos segundos que no esperaba tener, en recoger mis cosas y salir de la oficina al tiempo que Tony atravesaba el pasillo.

—¿Lista?

—Claro.

Ambos subimos al ascensor y permanecimos en silencio los eternos segundos que tardó en descender a planta baja.

El tiempo es extraño, ya que transcurrieron apenas segundos, pero alcanzaron para que mi mente formulara demasiadas preguntas

¿Cómo fue que este sujeto y mi padre congeniaron tan bien pese a sus diferencias? Que un justiciero y un representante de mafiosos fueran socios, no cuadraba por ninguna arista.

¿Por qué no reconocía a la hija de su socio a pesar de los años que pasaron? Era consiente que en mis rasgos había mucho de mi madre, pero la personalidad, mal que me pesara, era pura herencia de mi padre. Resultaba más real que probable que fuera motivo suficiente.

Pero la pregunta que más me movilizó al cuestionarme, fue por qué a pesar de tanto maltratado de su parte, sentía esa pelota de nervios atrancada en la boca del estómago. Mis alarmas estaban encendidas, y no solo por Fermín.

Nunca había visto a Tony tan nervioso, preocupado y, sobre todo, temeroso. Me costaba admitirlo, pero, me generaba cierta empatía.

Por suerte, el ascensor se abrió en planta baja y en todo lo que duró el viaje hasta las oficinas de Ferguson pude lograr distraerme mirando por la ventanilla mientras Tony mantenía un par de llamadas telefónicas.

Nunca había pisado el emporio Ferguson. Un edificio moderno donde primaba el cristal y el diseño de vanguardia. Lo más llamativo, era la cantidad de verde que se desplegaba en todo su esplendor. Arquitectura sustentable, donde las dos pasiones de Fermín se fusionaban en algo asombroso.

Otro ascensor; Éste nos llevó hacia arriba de nuevo apenas nos anunciamos en la recepción.

Fer, nos esperaba en su oficina y fue nadie más que Brandon quien nos escoltó hacia allí, apenas las puertas de acero se abrieron de par en par.

Después de un tibio intercambio de saludos pasamos a la sala de estar, donde la conversación no tardó en tornarse áspera.

—Sé perfectamente que no es por una cuestión de números que te rehúas a cerrar este trato, más bien de principios, y lo respeto. Pero qué dirías si va más allá de tu moral, más allá de tu conciencia. Qué dirías si supieras qué hay mucho más en juego...

—No entiendo a qué te refieres, River... —la fiereza que Fer utilizaba para negociar con Tony, nada tenía que envidiarle a la que diariamente utilizaba el último.

—¿Cuál sería tu excusa si te dijera que las personas que amas —los ojos de felino dócil de Tony se dirigieron a mí—, corren riesgo? ¿Que la vida a la que estás acostumbrado podría evaporarse en cuestión de segundos si no haces lo que te están pidiendo?

—Te diría que las personas que amo están protegidas, y que alimentar a una fiera no la convierte en mascota. Tony, te estoy ofreciendo terminar con esta locura de una vez por todas. Tenemos pruebas que incriminan al El Adversario en más de una escena criminal. Pero necesitamos testigos y, sobre todo, necesitamos saber su identidad.

La risa de Tony comenzó como un gemido manso, pero fue incrementándose hasta convertirse en una carcajada macabra.

—No tienes idea de con quién te estás metiendo, Ferguson. Enserio, podrás salvar más vidas cerrando el trato que pretendiendo jugar al ciudadano ilustre. Todos tenemos una mancha oscura, así como todos tenemos algo importante por lo que luchar y también saber cuándo retirarnos a tiempo.

—Si no estás dispuesto a asumir este riesgo, retírate entonces... no es mi culpa que hayas decidido meterte con este tipo. Por más que te haya ofrecido todo y más de lo que alguna vez soñaste. ¿Nunca sospechaste que había una trampa?

—No tienes idea de cómo terminé involucrado en esto. Si supieras, no tendrías ese concepto sobre mí.

—No me dejas opción River. No hay trato.

La cara de Tony se derritió como una máscara de cera. De alguna manera creí comprender por qué lo llamaban Satanás, más allá de su característica personalidad despiadada y avasallarte; Tony ofrecía tratos que ningún mortal se atrevería a rechazar, excepto Fermín Ferguson.

Y entonces, lo inesperado ocurrió.

Un estallido hizo añicos los cristales de las ventanas que nos separaban del exterior. Una explosión tan fuerte, como para romper los cristales blindados. Nosotros tres, con sillones, mesas, papeles y todo lo que había dentro de esta enorme oficina, salimos expulsados del lugar donde nos encontrábamos para estamparnos contra el suelo.

Aturdida como estaba, buscar a Fer fue mi primera reacción. Lo encontré a unos pocos metros de distancia, pero al intentar ponerme de pie el mareo y la punzada de dolor que recorrió mi cuerpo como un latigazo, me impidieron moverme.

Distinguí figuras negras entrando por el ventanal roto, todo a mi alrededor parecía moverse con una rapidez que era incapaz de procesar con mi cerebro aturdido.

Sentí la puerta a mis espaldas abrirse, y enseguida, comenzaron los disparos.

Me arrastré como pude hasta donde Fer seguía inconsciente.

—Fer —mi voz resonaba extraña. Como si mis oídos estuvieran tapados—.... Fer, despierta.

Al fin abrió los ojos, y juntos logramos ponernos a resguardo del fuego cruzado.

Brandon llegó hasta nosotros en una milésima de segundo.

—Fermin tenemos que salir de aquí —susurró mientras disparaba a quemarropa—. Yo los cubriré, ¡apresúrense!

Su mano se aferró a la mía y tratando de mantenernos al ras del suelo nos dirigimos hacia la puerta.

Entonces lo vi.

Y me detuve.

—Cat... Vamos.

—No puedo. Vete tú. No puedo dejarlo aquí.

Cuando sus ojos se dirigieron al punto donde Tony yacía inconsciente, se puso rígido.

—Cat, es peligroso. Los hombres de Bran se encargarán.

—¡Qué hacen aquí todavía! —el susodicho nos sacó a los empujones de la oficina. Pero yo no podía dejar de mirar a Tony.

—Está herido... —murmuré cuando vi el charco de sangre donde yacía su cuerpo.

—¡Cat!

La voz de Fer pareció un eco sordo. Yo ya corría hacia Tony.

Me arrojé al piso y mi cuerpo se deslizó la mayor parte del trayecto.

Cuando llegué junto a él, abrió los ojos. Lo que veían los míos no era nada bueno.

Su mirada perdida tardó en encontrar la mía, pero no parecía poder mantener el foco.

—Muñeca...

—Si Tony, aquí estoy.

A nuestro alrededor, el caos no parecía tener fin. Escuchaba los gritos de Fer siendo arrastrado por Bran y por lo poco que llegué a atisbar, otros cuantos hombres.

El resto continuaba en combate dentro de la oficina.

—Muñeca —su mano se extendió con gran esfuerzo hasta rozar mi rostro. La tomé entre las mías, no sé bien por qué. Seguía siendo el hombre que me hizo sentir la peor escoria del mundo, me denigró, me humilló y, sin embargo, en vez de huir bajo la protección de Fer, opté por quedarme allí junto a él.

—Ahorre las energías. Ha perdido mucha sangre y eso le dará sueño. Trate de concentrarse en no quedarse dormido, por favor...

Con su cabeza hizo un gesto que interpreté como una señal para que me acerque.

Y así lo hice.

—Dile a Liza que lo siento...

—Tony...

Sus ojos brillaron y esa sonrisa felina apareció por última vez antes que la vida abandonara su cuerpo.

El mundo se paralizó por un instante. Recordé entonces, la mirada opaca y vacía de mi madre yaciendo en el césped verde del jardín que antecedió a nuestra casa. El sonido de los disparos, los hombres de negro.

La manipulación de un arma me trajo de nuevo a la realidad en el momento exacto en que el encapuchado que me apuntaba, se disponía a dispararme.

Los recuerdos se vuelven confusos a partir de entonces. Una mezcla de ira, impotencia, necesidad de despojarme de esa viscosidad negra que por tanto tiempo se deslizó por mi cuerpo, como un torrente sanguíneo paralelo.

Sé que derribé al enmascarado y me hice de su arma. Lo golpeé con la culata en la cabeza y me metí de lleno en la batalla.

Había cuerpos por doquier. Los uniformados identificables de la seguridad del edificio y los encapuchados con sus armas de combate.

El sonido de un helicóptero acercándose no me fue indiferente. Entonces, alguien lanzó una bomba de gas lacrimógeno. A partir de ese momento no logré ver más nada. Aunque sí escuché los pasos de un ejército entrando en la oficina. Alguien me tomó por la cintura, logré soltarme y entonces, un dolor seco que lo apago todo.

Me desperté con un dolor de cabeza horrible. El cuello y la mitad superior de la espalda inmovilizados por la inflamación.

— Trata de no moverte mucho.

Ya había abierto los ojos, pero al escuchar esa voz agudicé los sentidos. Me encontraba tendida en una cama de hospital. La iluminación artificial era predominante. No había ventanas ahí, pero de alguna manera, supe que era de noche.

Cuando busqué al dueño de esa voz, el cuello me dio un latigazo.

— Te lo dije, Cat.

— Daro...

— Quédate quieta y tranquilízate. Estás bien. El gas no permitía ver mucho, mis hombres te confundieron con uno de los mercenarios.

— ¿Los atraparon?

— Solo tenemos un par de cuerpos. Los vivos lograron escapar.

Recordé la suerte de Tony, y se me estrujó un poco el pecho. Más allá de lo conflictiva que fuera nuestra relación, el solo hecho de que alguien muriera aferrándose a tu mano no es algo fácil de asimilar.

Y la culpa me carcomía por dentro, porque lo único que necesitaba saber en ese momento, era que Fermín estaba bien. ¿Pero por qué no estaba allí en lugar de Daryl?

— ¿Quiénes eran Daro?

Su mirada se apartó de la mía cuando terminé de formular la pregunta.

— Eso quisiera que me digas...

— Estoy confundida... ¿por qué debería yo saberlo?

— Te has estado relacionando con Ferguson. Y él es el principal sospechoso del asesinato de River.

— ¿Qué dices?

— Lo siento Cat.

— ¿Dónde está Fermín?

— Pensé que tú podrías decirme. Ha desaparecido de nuestro radar.

— Estás completamente equivocado si tienes esa teoría.

— Cat, tenemos pruebas que lo incriminan.

— ¿Qué clase de pruebas?

— No puedo decirte...

— Mierda Daryl, ¿por qué estás aquí? Porque si es como policía no diré una palabra más.

— Estoy aquí porque, te guste o no, soy la única familia que te queda.

— Tú no eres mi familia.

— Pero tú sí la mía.

Me limité a desafiarlo con la mirada.

— Y tu novio está prófugo mientras yo estoy a tu lado.

— Fermín no está prófugo porque él no tuvo nada que ver con la muerte de Tony.

— ¿Tan segura estás? ¿Acaso puedes probarlo?

Me tomé un tiempo para responder, no quería cometer un error.

— Te dije que no hablaré contigo respecto a lo ocurrido.

—Eres testigo directo de un asesinato, Cat. Si no hablas, podrías quedar incriminada tú también.

—Llamaré a mi abogado.

Daryl resopló y golpeando sus rodillas con las palmas de las manos, se puso de pie.

—Si no me dices qué fue lo que sucedió, no podré ayudarte... El único motivo por el cual no te llevarán detenida es porque estás bajo mi custodia. Pero necesito argumentos sólidos, de otra forma, no podré hacer demasiado.

—Tú sabes muy bien quién está detrás de todo esto...

—Sin evidencias, no vale nada lo que yo pueda saber o no.

Casi me convence, pero no. Estaba decidida a mantener mi boca cerrada, al menos, hasta que pudiera asimilar lo que estaba ocurriendo. Nada bueno sucedería si tomaba una decisión apresurada.

—Si no vas a hablarme, al menos déjame darte un consejo: Mantente alejada de Ferguson. Regresa a tu vida apenas te den el alta y no intentes ponerte en contacto con ese sujeto. Para cualquier persona es peligroso, imagínate para ti, siendo quién eres.

Me tuve que morder la lengua para no responderle.

—Descansa, y recupérate pronto —se despidió, con la mirada fija en un punto indefinido antes de salir de la habitación sin hacer mucho esfuerzo por disimular la furia que intentaba contener.

Esperé unos cuantos minutos antes de intentar salir de la cama.

No me animé a desconectar la intravenosa, así que, cuando me puse de pie después de unos pocos segundos en que el mundo pareció ponerse de cabeza, llevé el suero conmigo.

Me asomé por la puerta en primer lugar. Tal como suponía, tenía escolta. Asumí que Daryl no me dejaría expuesta, así como si nada. Pero también deduje que, si Fermín hubiera sido de verdad el sospechoso principal, eso no hubiera sido necesario.

Conocía a Daryl demasiado bien como para saber de qué manera funcionaba su cabeza. Es decir, como la mía.

Ambos teníamos la certeza que El Adversario era el responsable de la muerte de Tony y que de alguna manera consiguió incriminar a Fer en el crimen como así también sacarse a Tony River de encima.

Mi cabeza había quedado lo suficiente espabilada para planear mi próximo movimiento y no era nada agradable. Pero no podía arriesgarme ni tampoco quedarme en ascuas.

Así que pulse el botón rojo que colgaba de un cable junto a mi almohada.

La enfermera no demoró más de cinco minutos en entrar en la habitación.

—¿Necesita algo señorita?

—Quisiera ir al baño, ¿podría ayudarme a levantarme?

La enfermera hizo lo contrario a lo que esperaba. Se inclinó y tomó de debajo de la cama un aparato redondo con un hueco en el centro.

—¿Qué es eso?

—El baño.

A continuación, levantó las mantas que me cubrían.

—Y ahora caderas arriba, muchacha.

—Esto no puede ser más humillante...

—Créame que hay cosas peores.

Cuando la enfermera terminó su trabajo, me reconforté en el resultado de mi humillación.

No podía llamar a Fer desde mi teléfono. Con dos escoltas en la puerta de mi habitación era

más que probable que mi línea estuviera intervenida. Pero me jugaba a que Fer tenía los recursos para evitar que la suya fuera rastreada.

Además, que hubieran dejado mi móvil sobre la mesita al costado de mi cama, era más que sospechoso. Después de remover la batería de mi aparato, saqué el móvil que logré tomar prestado del bolsillo de la enfermera.

Tras tres o cuatro tonos que se me hicieron eternos, respondió.

—¿Quién habla? —mi pecho se desinfló al escuchar aquella voz.

—Brandon, soy yo, Cat... quiero hablar con Fer.

—Escucha bien lo que te diré: por tu bien, toma distancia. No compliques las cosas...

—Al menos dime que él se encuentra bien.

—Tengo que cortar. Este número dejará de estar disponible, no importa desde dónde llames.

— Brandon, por favor...

Solo recibí un silencio sordo a modo de respuesta. La comunicación se había terminado.

No tenía idea qué sería de mí a partir de ese momento. No era mi intención empeorar las cosas, pero quedarme de brazos cruzados no lograría mejorarlas tampoco.

Recibí el alta 24 horas después. Daryl no había vuelto a aparecer, pero me dejó de obsequio dos guardias que me seguían de sol y a sombra. Decidí que por el momento era mejor seguirle la corriente. En un par de días, con suerte, la situación decantaría y el foco de la investigación se dirigiría al lugar correcto. Solo era cuestión de ser paciente y esperar.

Mi teléfono móvil volvió a la vida con unas cuantas llamadas perdidas de Mar.

Las noticias vuelan rápido. Gladys también me había enviado un par de mensajes. El luto terminaba al día siguiente en la oficina y se rumoreaba que ya teníamos nuevo jefe.

—¿No quieres que me quede? Podría cuidarte unos días más, es muy riesgoso, y, además, está tu salud mental. Volver a ese lugar después de lo que pasó... se me erizan todos los pelos...

—Tranquilízate —Mar se preocupaba demasiado. No es que yo me hubiera formulado todas esas ideas antes de tomar la decisión de volver al ruedo. Pero quedarme en mi casa, sin posibilidad de contactarme con Fer o de salir a buscarlo con la escolta policial siguiéndome los pasos, no resultaba mejor que mantener mi mente ocupada en otros asuntos—. Puedo con esto, si lo postergo será peor... tengo que enfrentarme a un mundo sin Tony River y ver en qué posición he quedado.

—Aún estás débil y exponerte así...

—Si me hubieran querido muerta, hoy no estaría aquí. Créeme —la culpa se hizo patente en los ojos de Mar, sabía que temía por mi seguridad más que otra cosa—. Además, tengo escolta las 24 horas. No me pasará nada.

—¿Tú crees que Ferguson tuvo algo que ver?

—No. Ni siquiera lo dudes —no quería contarle demasiado, pero tampoco podía dejar que se hiciera de ideas falsas. Los rumores se esparcían como una cepa de gripe y no dejaban bien parado a Fer. No sé qué pretendía Brandon al convertirlo en un fugitivo. No era estúpido, aunque esta idea suya me hacía dudar de su cordura—. Esa gente que entró en el piso, eran mafiosos, Mar. Y Fermín no tiene nada que ver con mafias, traficantes ni nada por el estilo.

—A mí también me cuesta creerlo. Pero, no puedo dejar de pensar en las dudas que tú misma tenías sobre él cuando lo conocimos... ¿y si tenías razón?

Me eché a reír más por liberar la tensión que por la gracia de su pregunta.

—No voy a negarte que el tipo no es nada normal. Pero creo haberlo conocido lo suficiente para saber que es una persona decente. Sus métodos no serán los más ortodoxos, pero si tu trabajo

consiste en luchar contra leones, debes estar preparado para lo que sea.

—No lo sé...

—No pasa nada... solo debes confiar en mí, es lo único que te pido. Confía en mí.

—Bien. Pero tú prométeme que tendrás cuidado y que no intentarás ninguna locura.

—Te lo prometo.

Después que mi amiga me ayudara a instalarme de nuevo en casa. Tomé un largo baño y me fui a dormir. No tenía mucho sueño, pero volver a la oficina me consumiría las pocas energías que logré recuperar en mis días de reposo.

Hice lo que pude. Tony se me apareció en sueños una docena de veces. Fer huía de mí y cuando intentaba alcanzarlo, me resbalaba una y otra vez en un charco de sangre. Los disparos se oían cada vez más cerca. Tony me llamaba con su último aliento.

Y el golpe en la nuca me sumía en la oscuridad de la noche una vez más.

∞ ∞ ∞

Las noticias de la mañana siguiente me pusieron al tanto de la situación en la que nos encontrábamos. Fermín era considerado un prófugo. Y en un allanamiento en sus terrenos del puerto, aparecieron los kilos de cocaína que me jugaba la vida eran los mismos que El Adversario había recibido la otra noche.

Todo apuntaba a Fer como partícipe y autor de no sólo la muerte de River, sino que, además, lo vinculaban con la ola criminal que azotaba la ciudad desde hacía semanas.

La cosa se había puesto muy fea...

Con la cabeza dando vueltas, entré a la recepción del edificio. El silencio consumió el oxígeno que me rodeaba.

No me molesté en levantar la mirada. Ni hacer contacto visual con ninguno de los que merodeaban por allí. Apenas miré a Gladys antes de montarme al ascensor.

Cuando las puertas se abrieron en mi piso, unas manos enormes me atraparon contra un pecho desproporcionalmente grande.

Marietta sollozaba contra mi cabello.

—No puedo entender cómo es posible... no puedo creerlo.

—Lo sé...

Fue lo único que fui capaz de pronunciar.

—No se merecía una muerte tan espantosa... Involucrado en un hecho que ensucia en buen nombre de esta familia...

—Hay que confiar en la justicia, Marietta.

Al fin me separó de su pecho.

—La justicia limpiará su nombre. Confío en que atraparan al sin vergüenza que planeó todo esto. Nunca me gustó ese tipo... pensar que estuvo aquí...

Hablaba de Fer, ni falta hizo que lo nombre.

—Hay que mirar hacia adelante. Es lo que Tony hubiese deseado.

—Tony supo que estaba condenado desde que se involucró con ese hombre...

La voz que pronunció esas palabras me puso la piel de gallina.

Marietta me soltó y ambas nos giramos hacia el pasillo desde donde Liza nos contemplaba.

Su piel lucía dorada y radiante; ni una gota de maquillaje alteraban sus perfectos rasgos. Llevaba el cabello castaño dorado, recogido en una cola de caballo baja.

Un traje negro impoluto, enfundaba su cuerpo sin las ostentaciones que solía lucir.

No reconocí a esa Liza.

—Daniela, ¿podemos hablar en privado?

Hasta su voz sonaba diferente. Suave, pero con una firmeza que intimidaba tanto como los arranques de furia de su difunto esposo.

—Por supuesto.

Dejé a Marietta atrás y seguí los pasos de Liza hasta la oficina de Tony.

Ella se acomodó en la silla con una naturalidad que me sorprendió.

—Por favor, siéntate —me señaló. Había quedado sin reacción frente a la simbólica imagen.

—Claro.

No supe si darle mi pésame, o disculparme. ¿Es que acaso estaría lista para hablar de lo sucedido?

Separé los labios sin saber muy bien qué saldría de ellos, pero fue Liza quien tomó la palabra.

—Voy a necesitar de tu ayuda, Daniela. Comprendo que es pedirte demasiado después de... lo que viviste. Pero la empresa te necesita, nos necesita a ambas. Enteras, fuertes. No podemos dejar que este imperio se desmorone. Somos mujeres tomando el mando, los buitres no tardarán en querer devorarnos. Así que tenemos que estar preparadas... Quiero que prepares un minucioso informe de la situación en la que estamos, habla con Sam para hacer un cuadro del estado de nuestras cuentas más importantes. Tenemos que prepararnos para la tempestad.

—Liza yo...

—Lo sé... lo sé. No hace falta hablar de eso ahora. Ya habrá tiempo. ¿Puedo contar contigo?

—Claro que sí. Me pondré a trabajar enseguida.

—¿Crees que podremos reunirnos a última hora de nuevo? No hace falta que los informes estén terminados, con tener un panorama de la situación en que la encontramos, bastará por hoy.

—Dalo por hecho.

—Bien, no voy a robarte más tiempo.

—Con permiso.

Sin mucho más que agregar prácticamente hui de la oficina.

Liza había logrado impresionarme y aterrorizarme a la vez. Su fortaleza era demasiado sólida como sus ideas claras, para quien había perdido a su marido apenas unos días atrás.

Nunca me tragué lo de la *esposa adorno*. Esa que solo se preocupaba por tener el último modelo de zapatos de diseñador o el bolso más exclusivo. La inteligencia de aquella mujer siempre fue evidente ante mis ojos.

Era mi tía, hermana del hombre que fundó este imperio, esposa del diablo en persona. No cualquier mujer puede vivir y sobrevivir flanqueada por semejantes personalidades y salir ilesa. Liza era feroz como Tony e inteligente como mi padre. Una mejor versión de ambos, quería creer.

Mantuve mi mente ocupada en la tarea asignada lo que quedó de la tarde. Junto a Sam, elaboramos el informe detallado que Liza solicitó y después de reunirnos con ella, parecía que teníamos una nueva estrategia.

Los tres quedamos satisfechos y exhaustos.

La jornada laboral había concluido un par de horas atrás, y además de no tener intenciones de contradecir a Liza en su primer día al frente de la empresa, tenía la seguridad que ambas buscábamos un escape de lo que, tarde o temprano, tendríamos que afrontar.

—Disculpas nuevamente a ambos. Perdí la noción del tiempo. Mañana pueden tomarse media jornada si lo desean, a modo de compensación.

—Liza, estamos aquí para lo que necesite.

—Gracias Sam. Dani, ¿puedo hablar contigo un momento? Prometo que no llevará más de cinco minutos.

—Claro.

Nos despedimos de San y regresamos a mi oficina.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber?

Liza sonrió, parecía más atenta a los detalles de la remodelación que a la pregunta que había formulado.

—Esta oficina solía ser de mi hermano.

Un escalofrío comenzó a descender desde mi nuca a hasta la última vértebra.

No supe que responder a eso. El silencio, supuse, sería la respuesta más prudente. Si ella quería hablar, me limitaría a escucharla.

—No solía estar mucho por aquí cuando mi hermano era el director. Solo asistía a las fiestas y eventos corporativos. Mi hermano me había dado un pequeño porcentaje de los dividendos para costear mis estudios y darme algunos gustos. Jamás pensé que terminaría al frente de la empresa. No creo que ni él, ni Tony, lo hubieran imaginado.

Sus ojos me escudriñaron por un instante, algo en mi reacción bastó para que sintiera el efecto perturbador que sus palabras ejercían sobre mí.

—¿Estás bien?

—Sí —mentí—. Ha sido un día largo...

—Lo lamento. Mantenerme ocupada es lo único que me sostiene en pie. Perdón por arrastrarlos a ti y a Sam a esta vorágine.

—Me pasa algo parecido.

—Daniela, sé que tú y Tony mantenían una relación... complicada.

—Liza, yo...

—No hace falta que me des excusas. Estoy segura que siempre te comportaste correctamente y te agradezco eso. No es fácil mantener a Tony a raya... No era fácil.

—Lo siento...

—No lo hagas. Yo lamento que hayas tenido que vivir... lo que viviste.

No iba a contradecirla. Veía a Tony desangrarse mientras la vida se escurría de sus ojos en cada rincón.

—Lamento lo de Ferguson también. Dudo que lo inculparan si no hubiera optado por evaporarse de la faz de la tierra.

—Te aseguré que no tuvo nada que ver...

—Lo sé. No soy la tonta que todos creen...

—Yo nunca creí eso.

Liza sonrió a modo de respuesta.

—Tendré que enfrentarme a muchos retos por estos días. Tony me dejó varias bombas de tiempo. Una en especial me preocupa demasiado... sabes de qué te hablo...

Sí que lo sabía... Lo que no decidía aún era si el papel que Liza jugaba o podría jugar en este asunto, resultaría en una ventaja o una condena.

Odiaba admitirlo, pero poco me importaba que Tony se jugara la vida por darle a su ambición demasiado vuelo. Pero Liza no fue quien decidió hacer tratos con el criminal más peligroso que San Francisco tuviera en la última década y, además, era mi tía. Eso me ponía en un estado de vulnerabilidad en el que no estuve antes.

—Lo lograremos. A los tropezones o a los golpes. Pero te prometo que saldremos adelante.

—Gracias Dani. Es un gran alivio saber que puedo contar contigo.

Después de dedicarme una austera sonrisa Liza se encaminó hacia la puerta. La incomodidad de la situación comenzaba a disiparse cuando se frenó y giró apenas la cabeza para mostrarme su perfil.

—¿Puedo hacerte una última pregunta?

—Por supuesto.

—¿Se ha comunicado Fermín contigo?

Contuve la reacción de mi cuerpo al escalofrío que de pronto me congeló la sangre.

—No —fue mi escueta respuesta.

Liza volvió su mirada hacia la puerta.

—Descansa Dani. Nos esperan días tormentosos...

Pero mi día no terminaría tan pronto.

Por más que hubiera evitado pensar en Fer. No fue tan fácil quitármelo de la cabeza. Él corría peligro, y yo, necesitaba hacer algo al respecto.

Y sabía que solo una persona podía ayudarme a pensar con claridad, dada la situación.

CAPÍTULO 23

El mecanismo que accionaba el portón de acceso a las instalaciones penitenciarias logró que todos mis huesos vibrasen.

Jamás estuve a más de dos kilómetros de aquel lugar.

Nunca antes había visitado a mi padre desde que se entregó en la comisaría donde Daryl daba sus primeros pasos como oficial de las fuerzas.

No creí que fuera como en las películas, pero resultó ser peor. La sensación gélida no abandonó mi cuerpo en toda mi estancia.

Más que observada, sentí como si me marcaran con un hierro caliente la palabra “*culpable*” en la nuca.

Me quitaron todas las mis pertenencias, apenas me anuncié en la lúgubre recepción. Y luego, me hicieron esperar casi dos horas en una salita donde las luces parpadeaban detrás de piedras, rejas y hierro macizo.

Me sentí volverse nadie. Un número en una lista interminable.

—Ciento cincuenta y tres.

Ese era mi número. Me puse de pie y por acto reflejo busqué mi cartera. Enseguida recordé que me la habían quitado.

Me repitieron las normas de seguridad por enésima vez mientras me conducían por un pasillo que parecía volverse más gélido y oscuro a medida que avanzaba.

—Cabina cinco. Tiene diez minutos.

Llené mis pulmones de aire viciado y húmedo.

Sujetando mis manos entre sí para evitar el temblor, avancé por la sala. Un grueso vidrio separaba las visitas de los residentes de la prisión.

Bancos de hormigón de un lado y del otro. Separaciones entre cabinas del mismo material.

No estoy segura de quién reconoció primero a quién.

Su imagen, me impactó. Vestido con el mameluco gris, aún conservaba ese porte imponente y la cabellera negra y tupida peinada hacia atrás, ahora lucía algunos hilos plateados.

Me senté sin apartar mis ojos de los suyos y descolgué el teléfono.

—Eres igual a tu madre...

La frase que me soltó me dio en el pecho con la fuerza necesaria para quitarme el aire, desvié la mirada hacia un punto indefinido. Resultaba demasiado abrumador ver y escuchar a ese hombre después de tantos años. Concentrarme en no llorar, se llevaba gran parte de mis fuerzas.

—Lo siento... ¿has recibido mis cartas? ¿Las has leído? Daryl nunca me trajo más respuestas que avisarme que te las entregaba. Hay tanto que quiero contarte, saber de ti, de este tiempo... ha pasado mucho tiempo.

—Pero resulta que ahora no tenemos tiempo para ponernos al día, papá. ¿Enserio crees que de pronto una mañana me desperté y me dije: “*tengo ganas de contarle a mi padre cuánto me jodió la vida el día que decidió hacer lo correcto y entregarse a la policía?*” Me conoces demasiado poco... —no sé de dónde salió todo eso, pero sentí que me arrancaba un trozo de tripas y se lo arrojaba en la cara.

—Lo hice por ti, Catita...

—No me llames así. Soy Daniela ahora, ¿lo sabías?

Renzo Salazar, mi padre, parecía inmutable ante cada una de mis investidas. Era como si en todo el tiempo de confinamiento le hubiera alcanzado para imaginar cada escenario posible por si un día se producía este encuentro.

—Lo siento... Cada día me pregunto si puede haber hecho algo mejor por ti... pero no existe otra opción.

—No me vengas con esa mierda...

—Me metí con gente peligrosa hija, no te imaginas cuánto.

Lo fulminé con la mirada.

—¿El mismo hijo de puta que mató a mamá? Justamente de él vengo a hablarte.

El típico tono moreno de la tez de mi padre se volvió un blanco lechoso. Sí, el mismo efecto que el solo nombrar al El Adversario provocaba en mí...

—Estoy metida en un lío. Yo y un amigo al que tu viejo conocido se le ha metido entre ceja y ceja.

—Qué has hecho hija...

—Lo hice enojar. Mi amigo no quiso venderle unos terrenos en el puerto y bueno, se ha cabreado un poquito.

—¿Qué más? —su semblante se había transformado en un rictus de mármol.

—Ha logrado incriminarlo en sus negocios, tráfico de drogas, ha montado una escena en estos terrenos que la policía se tragó sin chistar. Ah, y Tony está muerto.

Casi que pude escuchar al corazón de mi padre detener su marcha.

—Lo siento... —baje la mirada—. Yo estaba allí. Si te sirve de consuelo, fue rápido y apenas tuvo tiempo para dejarme un mensaje para Liza.

—¿Cómo está mi hermana?

—Bien, es la nueva ama y señora de la compañía...

—Tú eres la dueña.

—Caterina Salazar murió el día que te entregaste a la policía, ¿ya has olvidado el pacto que firmaste con el Diablo?

—Pues por lo que dices, Satanás está muerto... ¿qué hay con tu amigo?

—El Adversario lo implicó en su muerte. Ha tenido que huir de la ciudad, del país... no lo sé —intenté disimular el nudo que se me formó en la garganta—. No he podido dar con el desde entonces. Su jefe de seguridad se ha encargado de desaparecerlo de la faz de la tierra.

—Hizo bien.

No me agradaba la idea de no saber nada de Fermín. Lo extrañaba y necesitaba demasiado. Pero preso, me agradaría menos.

—Necesito limpiar su nombre y acabar con El Adversario de una vez por todas.

Mi padre puso cara de haber visto al anticristo materializarse cuando escuchó ese nombre en mis labios.

—No sabes lo que dices...

—Sí que lo sé. Ya nos hemos visto las caras. Bueno, no técnicamente, pero he luchado con él. No es ningún improvisado. Es por eso que recurro a ti. Necesito recursos, yo sola no puedo hacer nada, papá.

—Catita, tienes que mantenerte al margen. En esta guerra has resultado ser quien más ha perdido. Tienes todo el derecho en sentir el dolor, el odio, la impotencia... Pero es preferible perder la guerra si ello te lleva a ganar la paz.

—¿Es que no entiendes que nunca tendré paz mientras ese sujeto siga suelto y haciendo de las suyas? ¿Acaso tú has encontrado paz detrás de estos barrotes, con tu esposa muerta y tu hija lidiando sola contra el mundo?

—No subestimes lo que Daryl hizo por ti todos estos años...

—¡Yo necesitaba a mi padre! —el grito desgarró de mi garganta. Sentí el cuerpo partiéndoseme en dos mitades. Las dos partes de mi vida que siempre intenté mantener unidas. Caterina y Daniela no volverían a estar ligadas nunca más. Una, acababa de desechar a la otra de una vez por todas—. Además, poco y nada es lo que Daro puede hacer.

El tiempo de la visita estaba llegando a su fin. Dubitativos, los oficiales empezaron a acercarse a mi padre. Bastó con que éste les dedicara una mirada para que retrocedieran a sus puestos. Noté no solo lo poderoso que era Renzo Salazar, sino también, el respeto que despertaba en quienes lo rodeaban.

—Cuando tu madre fue asesinada, partí de la oficina montado en una nube que no me dejó ver nada más que dolor, ira, culpa y sentimientos demasiado oscuros que me son imposibles de describir —hizo una pausa en la que pude apreciar sus facciones envejecer otros diez años delante de mis ojos—. Entonces, te vi en una de las ambulancias. Envuelta en una manta. El rostro salpicado por unas cuantas gotas de sangre. Daro estaba contigo.

Lo primero que hice fue preguntarte si estabas bien, y entonces, me devolviste esa mirada. Y no hablo de cualquier mirada. Fue una mirada que iba más allá del dolor, del miedo y el desconcierto; vi la misma oscuridad que me carcomía a mí por dentro. La misma oscuridad que me tentó para que hiciera, me convirtiera, en un símbolo que la fuerza policial jamás lograría ser.

No quería verte sucumbir ante la oscuridad... Por eso le pedí a Daryl que te sacara de allí. Que hiciera lo que fuera para que desaparecieras de la faz de la tierra. El dinero no era problema. Pero tampoco fue suficiente. El Adversario daría contigo en algún momento. No descansaría hasta eliminar cada cabo que quedara suelto.

Me entregué para que los ojos de todos se posaran en mí, y tu transición de Caterina a Daniela fuera lo más discreta posible. Y también lo hice porque sabía que yo no podría volverme a enfrentar al El Adversario sin que las emociones nublaran mi juicio. Ese sería mi final. También supe que algún día seguirías mis pasos si no te sacaba de esa vida... Pero las heridas del corazón no olvidan, ni cambian de nombre.

—No. No lo hacen.

—Supongo que huir no es una opción para ti...

—Nunca lo fue.

—Veo que la atracción por la oscuridad se hereda... No me agrada verte sucumbir ante ella.

—La oscuridad ha sido mi refugio, no mi cárcel —lo corregí—. No hubiera podido sobrevivir todos estos años sin su amparo, pero ya es suficiente. Es hora de dejar de lado la protección de las sombras. Si quiero encontrar el camino para regresar a casa, necesito que la luz me guíe.

Y yo ya había encontrado mi luz y mi camino, todo en la misma persona. Y si bien ambos estábamos en esto juntos, Fermín se estaba llevando la peor parte.

Era consciente del riesgo que suponía para él que lo relacionarían conmigo. Un riesgo mucho más grande que el de ser propietario de los terrenos que El Adversario deseaba.

Sin embargo, no podía renunciar a él. No iba a renunciar a él si existía una ínfima posibilidad que la luz venciera de una vez por todas a la oscuridad.

—A pesar de la desgracia que ha rondado tu vida, te has convertido en una gran mujer hija. Y

quiero que sepas lo siguiente, aunque no me creas o sientas que no es suficiente: Soy consciente que no basta y que no es la manera que hubiera preferido estar presente en tu vida, pero, siempre te he cuidado. Desde mi propia oscuridad...

—Gonzalo...

Mi padre asintió antes de continuar.

—Gonzalo me habló sobre sus encuentros, sobre tus preguntas —mi padre parecía estar lidiando una batalla interna, sentía que más allá de sus intenciones de protegerme, estaba de acuerdo con mis convicciones—. Búscalo, él sabrá qué hacer. Yo haré mi parte desde aquí.

—Gracias.

No sé bajo qué comando de mi cerebro mi mano llegó a posarse sobre el cristal que me separaba de mi padre. Al verla allí, sentí el repentino impulso de quitarla, pero no lo hice, porque pude identificar que ese impulso no era más que las garras de mi oscuridad interior volviéndome a atraer a su seno. Y yo no iba a regresar allí. Quería sentir el dolor, el miedo, saborear el deseo y entregarme al amor.

La mirada que no apartaba mi padre de mí, se le volvió cristalina. Me puse de pie entonces y salí por el mismo lugar que había llegado.

Recuperé mis pertenencias antes de marcharme y me monté en un taxi, que, de milagro, pasaba por la desértica zona.

Tenía que ver a Gonzalo, no iba a esperar demasiado. Aún no anochecía así que imaginando que se encontraría en el stud, le di la instrucción al taxista.

Habrían pasado unos cuarenta minutos cuando al fin arribamos. Descendí del vehículo al tiempo que el teléfono móvil comenzaba a sonar en mi cartera.

Ver un número que no reconocí, me puso los vellos de punta. Las tripas vibraron y se me adhirieron a la espina dorsal. Fue la sensación más extraña y escalofriante que recuerdo haber experimentado.

—Hola Catita... ¿o prefieres que te llame Catrina?

Me quedé estática a metros de la entrada. La voz distorsionada al otro lado de la línea me congeló la sangre en las venas.

—¿Cómo estuvo el reencuentro con papi?

—Voy a matarte hijo de puta...

—Vaya, tengo que reconocer que recuperaste el habla antes de lo que apostaba. Te estás volviendo insolente. Eso no es bueno... Tienes que aprender a respetar a tus superiores.

—¿Se supone que una mierda de tu calaña es un ser superior?

Escuché un gruñido del otro lado de la línea, pero también algo más...

Un relincho...

—¿Qué carajo quieres? —lo sabía... en el fondo sabía muy bien de qué se trataba aquel llamado. El corazón comenzó a latirme con fuerza y la bilis trepó hasta mi garganta.

—Ya descubriste dónde estoy, ¿verdad? Puedo notar el temblor en tu voz. Haces bien en temer... así debe ser siempre conmigo; Ya que no lo aprendes por las buenas, lo harás por las malas.

Mi garganta se encontraba petrificada al igual que mis articulaciones y la sangre que debiera de circular por mis venas.

El relincho del caballo parecía clamar por misericordia. Sabía muy bien lo que estaba sucediendo, lo sabía, pero me negué a admitirlo hasta que el sonido del disparo estalló del otro lado de la línea. Las lágrimas que empezaron a surcar mis mejillas dieron prueba de mi certeza.

—Tienes mucho que perder, Catita... entrégame a Ferguson o no seré tan benevolente como lo he sido con tu yegua.

Se me aflojaron las piernas.

Sin embargo, atravesé la recepción como un bólido. El mismo hombre que me recibiera en la última ocasión que estuve en el club, me dio la bienvenida. Prácticamente lo arrollé para abrirme paso.

Sus gritos llamándome no dieron resultado, pero sí captaron la atención del guardia de seguridad que tomó la mala decisión de atravesarse en mi camino. Un golpe con el talón de mi mano en su nariz y un codazo en la nuca lo dejaron fuera de combate enseguida. No dejé de avanzar.

Llegué al stud haciendo uso de las últimas fuerzas que me quedaban, a unos pocos metros del box de Lorraine encontré a Gonzalo desvanecido.

Me arrodillé a su lado y con unos golpecitos en sus mejillas logré reanimarlo.

Las manos del hombre volaron a la parte posterior de su cabeza, y el gesto de dolor y confusión mudó sus facciones.

—¿Te encuentras bien?

La confusión desapareció de su semblante cuando me reconoció.

—Estuvo aquí... él... ¡Lorraine!

—Gonzalo, no... Podrías tener una contusión.

El hombre hizo caso omiso a mis advertencias y se puso de pie con dificultad. Tambaleante, llego hasta las puertas del box, su piel palideció al ver la escena. Me acerqué a él sin ver más que el cuarto trasero de la yegua recostado sobre el heno. Me aferré al tambaleante cuidador de caballos con la visión nublada por las lágrimas.

—Ya no podemos hacer nada por ella Gonzalo... pero podemos hacer algo con el hijo de puta que hizo esto.

Ayudé al hombre a sentarse en un banco de madera. Y me apresuré a cerrar la puerta del box.

—Nadie puede saber lo que ha pasado aquí. La policía no debe involucrarse. ¿Podrás manejarlo?

El hombre asintió. Aún se lo notaba conmocionado por el shock.

—Y tienes que hacerte ver ese golpe.

—Estoy bien. Me encargaré de Lorraine, no te preocupes...

—¿Seguro que puedes con esto?

A pesar de la afirmación reflejada con un movimiento de su cabeza, la tristeza en sus ojos decía otra cosa.

—No será la primera, ni la última vez que ese hijo de puta sin corazón me arrebate la vida de un ser querido. Esto recién comienza, niña... Es hora de colocarle un chaleco antibalas al corazón.

Asentí, sintiendo el peso de cada palabra que Gonzalo había dicho, cómo un pisotón a mis ánimos. No iba a volver a encapsular mi corazón.

Me marché del club en una nube de pensamientos profundos y confusos. Sintiendo el pecho hundido en la tristeza. Hasta respirar, resultaba una tarea agobiante.

El taxi me dejó en la puerta de mi casa, y casi por inercia caminé hasta la entrada e introduje las llaves dentro de la cerradura.

Y entonces, me detuve.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal y los sonidos típicos de la calle a esas horas

parecieron un eco sordo y lejano.

No llegué a darme vuelta por completo cuando el golpe me hizo vibrar la mandíbula.

Perdí el equilibrio y rodé escaleras abajo. Mi visión se volvió en negativo y los sonidos de pasos a mi alrededor, me obligaron a ponerme de pie tan rápido como pude. Una patada en mi estómago, hizo que el aire se me escapara de los pulmones. Sin poder respirar, me fue imposible volver a intentar ponerme de pie.

Otra patada en mi costado.

Las lágrimas fueron lo único que el dolor no pudo consumir de mí, no tenía fuerza para gritar siquiera.

Sentí unas garras rasguñarme el cuero cabelludo y jalar de mi cabello hacia atrás.

—Abre los ojos muñeca...

Hacer lo que me ordenaban consumió las pocas fuerzas que me quedaban.

Las facciones del corpulento hombre parado frente a mí, quedaban distorsionadas por las luces de la calle que recortaban su figura y la de otros dos hombres a sus espaldas.

Tardé unos segundos en percibir la forma de un arma apuntándome al rostro.

Todo a su alrededor ganó definición un segundo antes de sentir el silbido de la bala cortar el aire y perforar en un tiro limpio las sienas como si su cabeza fuera una sandía.

—¡Catrina, al suelo!

Reaccioné sin tomar cuenta de lo que ocurría lo más rápido que me permitió mi adolorido cuerpo, con la lluvia de disparos precipitándose a mi alrededor. Los dos sujetos lograron huir, mientras yo sentía la fría humedad de la acera helarme la mejilla. A unos cuantos centímetros de distancia, yacía el cuerpo del sujeto que segundos antes me amenazara con su arma.

—¡Vamos!

Brandon, jaló de mí, y tuvo que pasar mi brazo por sobre su hombro al notar que no podía mantenerme en pie por mí misma. Corrimos lo más rápido que mi cuerpo me permitió hasta el auto aparcado a unos cuantos metros de la puerta de mi casa.

—Las llaves de mi casa, las dejé en la cerradura —balbuceé, mientras el jefe de seguridad de Fer, me metía dentro del auto, sobre el asiento de copiloto.

—No te preocupes por eso, tengo gente vigilando tu casa.

¿Cómo no me había dado cuenta de eso? Y yo, tan preocupada por la policía que tal parecía se había cansado de seguirme la sombra. ¿De qué otra manera podría Brandon haber llegado tan rápido?

Mientras ponía el auto en marcha y, sin que le preguntara, empezó a hablar.

—Llegamos a un acuerdo con Fer. En su ausencia, yo te estuve vigilando. De otra forma no hubiera accedido a refugiarse mientras sus abogados intentan poner orden a este desmadre.

—¿Dónde está?

—¿Enserio? Sabes que no puedo decirte eso ahora... Y hablando de eso, dame tu teléfono.

—¿Qué? Ni loca. Sé que es un riesgo, pero, ¿y si algo sucede?

—No confías en mí, lo entiendo. Acabo de salvarte la vida y créeme que podría haber sido mucho más sencillo dejar que los hombres de... —se detuvo antes de mencionar el nombre de El Adversario— hicieran su trabajo.

—Fer te hubiera matado con sus propias manos si se enterara de eso. Lo hiciste por él, ya sé que no te agrado...

—No es una cuestión de gustos o preferencias, es mi trabajo. Pero antes de seguir hablando, tu teléfono.

Extendió su palma hacia mí, sin apartar la mirada del frente y revisar cada espejo del vehículo.

Resoplé, pero le hice caso.

Sin dejar de conducir desarmó el móvil, rompió el chip y fue arrojando por la ventanilla las partes del aparato.

—¿A dónde vamos? —arremetí mientras Brandon cerraba la ventanilla—. O es que seguiremos dando vueltas hasta agotar la gasolina...

—¿Es que acaso tienes problemas para escuchar lo que se te dice?

—Si no estuviera tan dolorida, te juro que te golpearía hasta matarte...

—Si eres buena chica, quizá algún día te dé la oportunidad de enfrentarme.

—Púdrete...

Finalmente llegamos al rascacielos donde Fer tenía su pent-house.

—¿Crees que nadie está haciendo guardia en los alrededores?

—Tengo gente en cada rincón, en cada punto ciego, y mis hombres tiene instrucción de eliminar cualquier potencial amenaza.

Eso me dio escalofríos.

—Tienes mucha gente...

—Los suficientes.

Nos adentramos al estacionamiento y luego ascendimos al pent-house.

Cada paso fue una tortura lenta. Mis pulmones ardían cada vez que inspiraba una bocanada de aire.

—Tengo que revisarte...

—¿Que?!

—Te apuesto a que tienes a menos una costilla fisurada.

Me frené en seco una vez que el ascensor se abrió en el piso de Fermín y Brandon comenzó a caminar por el pasillo que conducía al amplio living comedor.

Se giró hacia mí, que seguía estática en el habitáculo y puso los ojos en blanco.

Antes de hablar resopló con fastidio.

—No eres mi tipo. Vamos, puedes tener algún daño interno, no quiero soportar otra reprimenda de mi jefe.

Se fue acercando a mí como si yo fuera alguna clase de animal salvaje. Y muy equivocado no estaba en pensar eso, tuve que contener las ganas de gruñir y morderle la mano cuando la extendió hacia mi cuerpo.

Me recosté sobre la pared mientras Brandon levantaba parte de mi blusa.

Mi costado derecho tenía un color rojizo tirando a morado. El dolor que sentí resultó imposible de explicar cuando colocó sus dedos sobre mi costilla.

—Si, está fisurada...

—Mierda...

—Vamos, debes recostarte. Te buscaré hielo para los moratones, vendas limpias para las costillas y algunos calmantes.

Mientras Brandon fue por todo, yo me dirigí como pude a la habitación principal.

Los cristales que separaban el dormitorio del exterior ofrecían un panorama que me hacía sentir un punto infinito perdido en la oscuridad, a la vez que en la mira del fantasma del que me escondí por muchos años de mi vida.

Nunca me pregunté con tanta franqueza qué papel quería representar en mi vida: Si el de

aquella pequeña luz que se entremezcla entre el montón, o en la que destaca entre todas las demás.

Los magullones y dolores en el cuerpo daban cuenta de la decisión que había tomado sin siquiera proponérmelo.

Una electricidad recorrió mi cuerpo, desde la base de mi cuello hasta extenderse a cada extremidad. Me giré entonces para encontrarlo de pie junto al umbral de la puerta.

No recuerdo quien dio el primer paso, ni cómo fue que los dolores de mi cuerpo dejaron de importar cuando ambos nos fundimos en un abrazo que hizo aflorar todos los sentimientos que no encontraban manera de salir de mi interior hasta entonces.

Las lágrimas se derramaron por mis mejillas como un torrente de agua salada. Del pecho, se me escapó la angustia con cada sollozo que ya no pude contener. Tony, Lorraine, el encuentro con mi padre, la desesperación de no saber dónde estaba Fer y cuando volveríamos a estar juntos.

—Te extraña tanto... perdóname, por favor, perdóname por dejarte sola. No debí hacerlo. Me convencí que sería mejor así para ti, que te protegería...

—No necesito que...

—Lo sé. Y te prometo... te juro que jamás volveré a dejarte sola.

—Fermín mierda, ¿qué haces aquí?

Brandon dejó caer el hielo, las vendas y la botella de agua sobre la alfombra. Su mirada destellaba entre la ira y el desconcierto.

Fer me apretó contra su pecho, no pude ahogar el gemido de dolor esta vez.

—Lo siento... —susurró aflojando el agarre, antes de volverse hacia Bran.

—Te pedí que la protejas, fue la única condición que te puse para acceder al exilio.

—Y aquí la tienes, en una sola pieza.

—Rota...

—Pero viva.

Un sonido gutural, muy parecido al gruñido de una bestia trepó por el pecho de Fer.

—Estoy bien —intervine. Lo último que quería esa noche era otra pelea—. Si Bran no hubiera estado cerca...

Sentí como se relajaban los músculos de la anatomía que me envolvía como un escudo protector.

Después de dedicarnos una dura mirada a ambos, Bran recogió la bolsa de hielo, y las demás cosas que portaba antes de encontrarse con Fermín.

—Déjame a mí —intervino este último, interponiéndose en el camino de su jefe de seguridad. Bran, lejos de protestar, empujó los elementos contra el pecho de su jefe y se largó de la habitación.

Con un ademán me indicó que me sentara en la cama.

No puedo explicar lo tortuoso que resultó hacer algo tan simple, en apariencia.

Sus manos levantaron con delicadeza la tela de la blusa. No llegué a ver mucho más que el moratón que cubría mi costado.

—Mierda. Estoy seguro que tienes una o más costillas fisuradas.

Pues el dolor me hacía sentir que las tenía rotas en mil pedazos.

—Recuéstate.

Fer me ayudó con mucha delicadeza a tenderme sobre la cama.

—Esto no va a ser placentero, pero necesitas el hielo para bajar la inflamación. Y en los minutos que los calmantes tardan en hacer efecto, te vendaré.

Asentí.

El dolor no me permitía emitir palabras. Las lágrimas se acumulaban en las cuencas de mis ojos y, la angustia, me había agarrotado la garganta.

—Lo mejor sería que intentes dormir un rato, mientras Brandon y yo decidimos qué hacer. No es seguro quedarnos aquí —repuso, una vez que el vendaje me otorgaba, al menos, un poco de estabilidad y los calmantes comenzaban a surtir efecto.

—No podemos seguir huyendo...

—En tu estado y sin un plan, no tenemos otra opción.

Fermín salió de mi habitación mientras yo intentaba poner orden a mis pensamientos.

Odiaba reconocer siquiera que lo que decía tenía lógica. Mi cuerpo había dicho basta, pero mi cabeza, corría a mil por hora. No podía, ni quería, darme el lujo de detener la marcha. El peligro acechaba mientras el tiempo se nos escurría como arena entre los dedos. No estaba dispuesta a quedarme recostada esperando que sucediera algo peor, que alguien más cargara con las consecuencias de la guerra que habíamos comenzado.

CAPÍTULO 24

Desperté sobresaltada, sin recordar cuando cedí al sueño y tardando unos segundos en ubicarme en tiempo y espacio.

—Cat, tenemos que irnos. Ya están aquí.

A pesar de los músculos entumecidos, me obligué a levantarme. Una vez en el comedor, Bran nos explicó el plan de escape.

Él, se iría primero en la camioneta negra. Nosotros, lo haríamos unos minutos más tarde por una salida alternativa.

—Es la única manera. No estamos lidiando con un improvisado.

—Pero estarán muy expuestos en la motocicleta.

—Tenemos los chalecos —calzámelo por debajo de la chaqueta dolió como mil demonios clavándome sus tridentes, la presión lograba que mis costillas me hicieran ver las estrellas con cada respiro.

—Bien. Nos quedamos sin tiempo. Tendrá que funcionar.

—Lo hará.

Descendimos al subsuelo donde se encontraba el garaje. Bran nos dedicó una mirada escalofriante antes de subirse a la camioneta y ponerla en marcha.

Nosotros nos subimos a la motocicleta. Calzándonos los cascos negros antes de ponernos en marcha. Bran aceleró hacia la salida, nosotros lo hicimos por la dirección contraria.

—¿Por dónde escaparemos? —los cascos poseían un sistema de intercomunicación.

—La salida de los proveedores. Queda al otro extremo del edificio.

Me aferré a su cintura conforme aceleró la marcha. La adrenalina que corría por mis venas en ese momento, al menos sirvió para apaciguar los dolores de mi cuerpo.

—¿A dónde iremos?

—Poseo algunas propiedades en los alrededores de San Francisco. Dependerá del camino que tengamos que tomar.

—Fer, ¿me copias?

La voz de Brandon irrumpió en la conversación.

—Si Bran, ¿cómo va eso?

—Mordieron el señuelo, pero no te fies. Voy rumbo sur, te recomiendo ir en la dirección contraria.

—Bien, intentaré cruzar el Golden Gate en dirección a Sausalito. Ya sabes dónde encontrarnos.

La conversación se cortó cuando un automóvil comenzó a realizar maniobras sospechosas a nuestra derecha.

—Mierda...

—Tranquila... lo perderemos. Cat, solo te pido que te aferres a mí con todas tus fuerzas, ¿sí? Esto no es un paseo.

—Lo sé.

Acto seguido, Fer giró en la primera intersección que encontramos a nuestra derecha. Logré escuchar los neumáticos del automóvil derrapando en el asfalto. Pero esto no marcaba el final de

la persecución, sino el comienzo. Dimos tantos giros y tomamos tantos atajos que perdí el sentido de la ubicación. Autos que salían de la nada, lograron darme más de un susto, pero nuestro persecutor tardó en volver a plantar cara en la batalla.

—Una vez que tomemos el puente, estaremos expuestos. Es muy viable que nos estén esperando allí. Pero no tenemos más alternativa... Tampoco podemos seguir girando en círculos, solo conseguiremos darles tiempo a que se reagrupen.

—Entonces, crucemos.

—Aférrate.

Con los dedos entumecidos por el viento me apreté más contra su espalda aferrando mis manos a su cintura.

Fer apuró el acelerador logrando que el estómago se me pegara a la columna vertebral al tiempo que ganábamos velocidad.

Salimos de la protección de las calles adyacentes, para encaminarnos en la avenida que desemboca en el puente.

Oí los chirridos de los neumáticos y no pude evitar girar mi cabeza. Les sacábamos unos pocos metros de ventaja a dos automóviles negros que zigzagueaban flanqueándonos, sin que les importaran los bocinazos y el caos que provocaban en su avance.

Fer aceleró aún más.

— Sujétate bien Cat, esto se pondrá feo.

No hacía falta que me lo dijera, ya casi que flameaba como bandera a sus espaldas.

Fuimos pasando vehículos, sorteándolos en una carrera contra el tiempo. Apenas me di cuenta que ya estábamos sobre el puente cuando escuché el primer disparo.

—Mierda. — el corazón de me iba a salir del pecho. Apretar los dientes ya me hacía doler la mandíbula.

— Tranquila, lo lograremos.

Fer zigzagueaba entre los automóviles que parecía estáticos sobre la autopista, con una precisión digna de un corredor de carreras.

—Eso sí no nos matan antes...

Fer río. Lo que logró que apenas se me aflojara la roca de nervios que se asentaba en la boca de mi estómago.

— Si nos quisieran muertos, créeme que ya lo estaríamos. No te preocupes, alardean, solo quieren ponernos nerviosos para que nos demos por vencidos. Pero no les daremos el gusto, ¿verdad?

—Claro.

Los disparos se incrustaban en los vehículos que nos rodeaban. Me sentí en una película de acción, de esas que la pareja huye de un grupo de mafiosos que busca exterminarlos. Quería creer que este no era el caso.

El tránsito se volvía más escaso conforme avanzábamos. Eso no era bueno. Los automóviles negros nos rodeaban, no había maniobra que Fer hiciera que no fuera cortada por ellos.

Empezaba a imaginar quién nos esperaba al final del puente, cuando algo de lo más extraño ocurrió. Más de una decena de motocicletas comenzó a rodear a los automóviles, y no solo eso, quienes las conducían -sujetos que parecían pertenecer a algún club de motoqueros, de esos que visten cuero y tachas-, comenzaron a disparar a los vehículos. Y no fueron tan benevolentes. El neumático de uno de los automóviles explotó al ser perforado por una bala. El vidrio de la puerta del conductor de otro, estalló en mil pedazos. No sabía si reír o atenerme a la represalia.

Dos de las motos lograron penetrar el perímetro y se pusieron a nuestros flancos. Con una seña le indicaron a Fer que lo sigamos.

El puente llegó a su fin, y en la primera desviación a nuestra derecha, nos salimos de la autopista para internarnos en un boscoso camino oscuro.

Seguimos a las motocicletas con una confianza casi ciega. No tengo idea de dónde venía esa sensación de protección, si eran intentos desesperados de mi ilógico razonamiento o era real esa intuición que los que nos rodeaban eran ángeles enviados por una fuerza superior.

—¿Viste eso?

Fer me saco de mi ensimismamiento con su pregunta.

—¿El qué? —respondí aún aturdida por el subidón de adrenalina que recorría mi cuerpo.

—Fíjate en sus espaldas.

Cuando lo hice, agradecí estar aferrada a Fer, porque el cuerpo se me aflojó por completo y un cosquilleo eléctrico me recorrió desde los dedos de los pies hasta la última hebra de cabello.

Los dos que nos escoltaban por delante, llevaban un par de alas doradas pintadas en la espalda de sus camperas de cuero.

“*Golden Angels*” se leía más abajo.

—¿Qué hacen aquí? ¿Por qué nos ayudan? —preguntó Fer.

—Creo que mi padre ha hecho esa llamada que me prometió.

Arribamos a un barrio de casas flotantes. El alba comenzaba a despuntar en algún punto del horizonte, ya que todo a nuestro alrededor parecía velado por un filtro azulado y luminoso.

Una variopinta cantidad de viviendas asentadas sobre el agua se enfilaban a nuestra derecha. Habíamos bajado la marcha. Quien supuse que era el líder de la banda se colocó a nuestro lado y nos hizo señas para que levantáramos los visores de nuestros cascos. él hizo lo mismo con el suyo.

El rostro duro pero amable de un hombre que no superaba los cuarenta y pocos, apareció debajo del casco.

Sus pequeños ojos negros parecían sonreírnos.

—Sígueme —fue lo único que mencionó antes de acelerar lo suficiente para colocarse delante nuestro.

Hicimos lo que nos indicó hasta detenernos entre el muelle y el lateral de una casa flotante.

—Mi nombre es Mike, supongo que tú debes ser la hija de Renzo —los tres nos habíamos bajado de las motocicletas. Sentía el cuerpo entumecido y la cabeza me daba vueltas, pero hice mi mejor esfuerzo en concentrarme en lo que Mike decía.

—Soy Fermín, gracias por lo de recién.

Mike sonrió a modo de respuesta.

—Calculo que tendrán muchas preguntas —se volvió hacia mí—. Gonzalo nos puso al tanto de la situación. Mi grupo tiene una gran deuda con tu padre, así que aquí estamos, para lo que necesites.

—Gracias Mike —este sonrió. A pesar de su apariencia de motoquero rudo y formido, su sonrisa lo describía como un sujeto de una bondad auténtica y profunda—. Tengo miedo de preguntar cómo es que conoces a mi padre, y de dónde viene esa gran deuda...

—La curiosidad solo requiere de prudencia, no de temor. Entremos, hace frío y tenemos mucho que hablar. Además, deberían descansar y beber algo caliente.

Avanzamos a la parte trasera de la casa de dos pisos e ingresamos por una puerta vidriada. De su interior me llamó la atención el predominio de madera en muebles y construcción de un estilo

campestre.

—Siéntanse como en casa.

— ¿A quién pertenece este lugar? —dijo Fer. Percibía que aún no confiaba en nuestro salvador.

—A quien lo necesite. Es una casa segura. Dedujimos que, por la ubicación de tus propiedades más cercanas, se dirigirían a Sausalito o Foster City. El señuelo hizo bien su trabajo, y los hombres de El Adversario no son muy listos.

—¿Eso quiere decir que nadie nos siguió?

—Al menos no por ahora, pero no puedo garantizarles que no los encuentren. Quizá ganaron un par de horas, un día con suerte. Les recomiendo que hagan planes para abandonar el estado cuanto antes. El país si hace falta.

Las palabras de Mike me bañaron con un potente chorro de agua helada. Yo no quería eso. No era lo que le había pedido a mi padre...

—Fer, ¿has teñido novedades de Brandon? Quizá deberías chequear que se encuentre a salvo.

La fulminante mirada que le lancé, logró que su ceño se frunciera. Creo que logró leerme la mente, y aunque noté cómo le costaba acatar mi decisión, lo hizo.

—Iré afuera. Creo que no hay buena señal dentro de la casa —dijo, lanzándome miradas suspicaces a Mike y a mí.

No volvimos a hablar hasta que Fer salió por la puerta trasera.

—¿De dónde conoces a mi padre?

Mike me invitó a sentarme en una de las altas banquetas que rodeaban la enorme isla en medio de la cocina.

Fue hasta el refrigerador y regresó con una botella de vodka.

—Te invitaría un café o un té, pero creo que esto será de más ayuda para la charla que vamos a tener. Además, te regresará el calor más rápido al cuerpo.

No me opuse.

—Debo confesar que no tengo idea de cómo se prepara el té ni en café.

Prosiguió mientras vertía la bebida blanca en dos vasos que tomó de debajo de la isla.

—Tu padre era el justiciero de San Francisco, se dedicaba a descuartizar bandas criminales, y con descuartizar no faltó a la realidad —tragué en seco, jamás imaginé a mi padre como un sanguinario asesino, por más condena firme que pesara sobre su cabeza—. Mi banda bajo el mando de otro líder, tenía mucho poder. Manejaba el negocio de drogas de la zona oeste de la oeste del centro y nadie se atrevía a meterse con nosotros, siquiera la policía.

Cuando tu padre apareció una noche en nuestro centro de operaciones, masacró a la mitad de nuestros miembros. Solo a aquellos que lo enfrentaron, entre ellos, a nuestro líder. Luego nos ofreció un acuerdo. Dejaríamos los negocios sucios a cambio de que nos condone la vida.

Le dio un gran sorbo a mi vaso antes de pronunciar palabra.

—Bien, entonces sabes de quien soy hija...

Mike solo me dedicó una larga mirada.

—No voy a irme a ningún sitio antes de terminar con El Adversario y sus secuaces...

—Ni tu padre pudo contra ese sujeto. Los Ángeles somos apenas una banda del montón. El Adversario se mueve en ligas mayores.

—¿Me estás diciendo que no hay forma de acabar con ese parásito?

—Si que la hay. Pero es riesgosa y compleja.

—Cómo.

—Llevará tiempo. Debemos juntar a todos los miembros de la liga que podamos, y posiblemente involucrar a la policía.

—¿La policía?

—A la policía que no haya sido corrompida por las promesas de dinero y poder de ese demonio.

Me vino a la mente Tony. El Satanás que por tanto tiempo creí casi el auténtico...

—Pues hazlo. No perdamos tiempo. Voy a hacer caer a ese hijo de puta, aunque me lleve la vida en el intento.

Fermín entró a la casa. Ambos lo miramos.

—Haré algunas llamadas. Intenten descansar. Quizá, me lleve todo el día. Tengo hombres vigilando la zona. Cualquier movimiento sospechoso, nos pondremos en contacto.

Fer esperó a que Mike nos dejara solos para hablar.

—Supongo que las personas no cambian, se dan cuenta quienes son en realidad y se cansan de fingir...

—No se puede volver atrás después de haber abierto los ojos.

—Sabes que te entiendo más que nadie. Lo que no quita que me preocupe y me aterre lo que está a punto de ocurrir.

—Somos dos.

Fer se acercó a mí y me envolvió en un abrazo capaz de reparar las heridas más profundas. Las superficiales, las de mi cuerpo, seguían matándome de dolor.

—Será mejor que descanses un rato.

—Tú también deberías. ..

—Alguien tiene que hacer guardia, y yo, he estado demasiado tiempo al resguardo. Duerme un par de horas, luego vemos.

Miré a mi alrededor conforme sus brazos liberaban mi cuerpo.

Vi las escaleras de madera contra la pared izquierda.

—Ve... —su voz sonó al viento que se arremolina en tu cabello y lo hace bailar como si tuviera vida propia.

— ¿Tú no vienes?

—En un rato. Brandon quedó en llamarme. Cuando termine con esto iré por ti. No te librarás de mi tan fácil, bella.

Sonreí y me puse de pie. Mis labios rozaron los suyos en un beso fugaz. Sabía que si demoraba más en ellos me perdería.

∞ ∞ ∞

Desperté con la boca seca y el cuerpo entumecido. La temperatura había descendido en las horas en que perdí la conciencia. Me costó ubicarme en tiempo y espacio, pero enseguida recordé todo. Afuera, el cielo lucía un tono azul claro. No hacía mucho que empezara a anochecer. Considerando la hora que era cuando arribamos a la casa segura, supuse haber dormido por más de doce horas.

Pero Fer no estaba allí. Mi corazón comenzó a sentirse extraño. Como si algo no estuviera bien.

Salí de la cama y aunque me moría de ganas de ir al baño, me dirigí a las escaleras.

El cuerpo entumecido dificultó mi descenso. El silencio y la oscuridad imperantes en el piso

inferior me succionaron las energías que logré recuperar en mis horas de descanso.

No me atreví a pronunciar su nombre. El miedo consiguió paralizar mis cuerdas vocales y la mitad de mi cerebro se encontraba demasiado ocupado en no darle cabida a las espantosas ideas que la otra mitad intentaba implantar en mi cabeza.

La única presencia de luz provenía de los ventanales velados por las cortinas movidas por la leve brisa marina.

Vi el contorno de su silueta entonces, recostado sobre la barandilla que separaba la casa del mar.

La necesidad de estar a su lado se volvió todo. Mi fuerza, mi existencia, mi necesidad de comprobar que ataba allí, que no se había marchado de nuevo.

Mi corazón gimió ante el recuerdo.

El abandono siempre fue mi peor pesadilla. Por eso nunca permití que nadie se acercara lo suficiente. Y ahora estaba perdida.

Buscaba entre las cortinas la puerta corrediza abierta, lo único que conseguiría acallar mis pensamientos era un abrazo suyo. Sabía que no me dejaría, pero un cortocircuito entre mi cabeza y mi corazón no permitía que ambos aceptaran que la confianza es lo único que te salva y te mantiene a flote.

Cuando encontré la puerta, atravesé el umbral.

Mi sonrisa se paralizó al ver la expresión en su rostro.

—¿Qué sucede?

No hizo falta que me respondiera.

—Hola Caterina...

Cuando volteeé a toparme con el rostro de aquella voz familiar, mi cerebro y mi corazón terminaron por implosionar.

Vestía de rojo, íntegramente. Sus largos y delicados dedos empuñaban un arma que desentonaban con ese rostro que en mi recuerdo aún me devolvía la sensación de una persona alegre y despreocupada, pero que ahora, se desfiguraba en un gesto de concentración y goce macabros. Eso me heló la sangre, el conflicto que está imagen suya y las que se cruzaban por mis retinas como un velo de recuerdos, tenían tan poca lógica como así también mostraba el telón abierto develando las piezas acomodadas a la perfección sobre el escenario.

—Liza...

—Vamos, que ya puedes llamarme tía. Espero que mi hermano me haya enviado sus saludos. Sé que no fui, soy, ni seré la hermana perfecta. Pero siempre supe ser su debilidad.

Miré a Fer intentando encontrar en las facciones de su rostro la confirmación de mi sospecha. Sus ojos abiertos de par en par, el rostro pálido como si se encontrara frente al fantasma encarnado de sus peores pesadillas.

Liza no dejaba de apuntarle con el arma, me lo hizo notar al desactivar el seguro.

—Mi propuesta para ti sigue en pie, sobrina. No necesitas más que apartarte de mi camino y dejar que concluya las negociaciones que el idiota de mi marido jamás tuvo los cojones de concretar.

—Fer no tuvo nada que ver con la muerte de Tony. Fueron tus hombres.

—Vamos Cat... Tony ya empezaba a estorbarme. Que Fer sea el a mentor material o intelectual de su muerte, sólo hace que le tenga un poco de piedad...

—¿Qué es lo que quieres?

—Él lo sabe perfectamente, y tú, mientras menos sepas, mejor...

Di un paso hacia ella, no diría que fue un movimiento involuntario, más bien, instintivo.

Liza apuntó su arma hacia mí entonces. Alcé mis manos inmediatamente.

— Eres El Adversario —no había otra explicación para eso... aunque resultara una idea de lo más descabellada, era la única opción—. Pero, ¿por qué?

Liza sonrió de manera consciente. Se regocijaba de su mote, de lo que ese nombre provocaba a quienes la rodeaban.

—Renzo siempre creyó que yo era una causa perdida... Mientras él se volvía un empresario exitoso con la necesidad de controlar la vida de quienes lo rodeaban, yo me las ingeniaba para forjar mi propio imperio. No era el único talentoso de la familia... Tan ensimismado se encontraba en su propio éxito, que jamás pensó que yo podría serlo también, a mi manera.

—¿Y cuál fue la necesidad que te instó a transformarte en una psicópata asesina?

Su mirada se endureció, al igual que sus facciones.

—Muchos dicen que nos convertimos en aquello que el mundo espera de nosotros. Pues soy así de rebelde... Gracias por el diagnóstico. Seguro que mi vida dará un giro de ciento ochenta grados ante tal revelación. Pero primero tu novio y yo tenemos que saldar algunas cuentas.

— No...

Sin siquiera parpadear, Liza apuntó en dirección a Fer y disparó. El corazón estalló dentro de mi pecho mientras un grito ahogado me desgarraba la garganta.

—Adentro, ahora.

—Cat, hazle caso... —la voz de Fer sonó más firme de lo que hubiera esperado; a pesar de estar doblado en dos, con una de sus manos conteniendo la hemorragia que comenzaba a teñir sus vaqueros de un rojo oscuro.

—Ya oíste al hombre. ¿O quieres que te lo repita?

Mi espina dorsal se enderezó en su máximo potencial. Respire hondo, metiéndome mi orgullo junto con la bocanada de oxígeno hasta lo más profundo de mis pulmones. No puedo explicar en palabras, las cosas que me daban ganas de hacerle a esa mujer que se consideraba mi familia.

Unos hombres de negro aparecieron sobre el muelle, casi como si la oscuridad los hubiera vomitado de la nada. Entre ambos, asieron a Fer y lo llevaron hacia la parte delantera de la casa-barco.

—No te metas en más problemas sobrina... Heredaste la inteligencia de tu padre, pero no tienes los cojones para lidiar con ese dragón indómito que reside en el interior de los Salazar. Tu padre hizo lo que pudo, pero el miedo y su sentido de la responsabilidad, no van de la mano con esa parte de nuestra estirpe.

—Voy a matarte...

Liza sonrió, mi aseveración le resultó una inocente gracia.

—Adiós Cat. Nos vemos la próxima semana en la oficina.

Sin dejar de apuntarme, Liza se dirigió hacia la oscuridad y no dejó de hacerlo hasta que esta misma la engulló por completo.

CAPÍTULO 25

Los dedos de mis manos y mis pies se encontraban entumecidos cuando comenzó a despuntar el alba. Supongo que el resto del cuerpo ya era inmune a semejante nivel de dolor.

No había podido dar un paso desde que Liza se llevara a Fermin. No creía que tampoco hubiera podido hacer algo para evitarlo.

—Caterina.

La voz de Brandon Khaan logró volverme a la realidad.

Antes que lo preguntara, dejé las palabras emerger de mi boca con el hilo de voz que me quedaba.

—El Adversario se lo llevó.

—¿Qué? ¿Cómo, hace cuánto?

Giré mi cabeza hasta que nuestras miradas se cruzaron.

—Tú sabías que se trataba de Liza Salazar.

La forma en que pestañeó confundido me dio la certeza de que no, o lo fingía demasiado bien.

—¿Cómo es que no lo supiste?

—Tú tampoco te lo esperabas, por lo que veo...

—Yo no estoy a cargo de la seguridad de tu jefe.

—Entremos.

El frío ya retomaba el poder de calarme los huesos. Demasiadas preguntas circundaban en mi cabeza. La gran mayoría, con un plus de culpa e impotencia. No quería sucumbir a las palabras de Liza, no quería cederle el control; Por más que ya me hubiera arrebatado más de lo que cualquier ser humano es capaz de arrebatarse a otra persona.

No iba a ponerme en lugar de víctima, tampoco podía darme ese lujo. Fer me necesitaba entera. Yo necesitaba mantenerme de pie, fuerte, firme. Requería de todas mis fuerzas, ahora, más que nunca. Porque cuanto más tuviera por perder, más tendría por lo que luchar.

—Deja de hacer eso —Bran logró arrancarme de mi ensimismamiento con esa frase que poca razón de ser tenía.

Tomé entre mis manos la taza de café caliente que había puesto frente a mí, y le clavé una mirada desafiante.

—¿Tienes otro magnífico plan como el que nos llevó a este momento?

—¿Me estás haciendo responsable de algo?

—Tus decisiones no marcan el rumbo del destino de nadie.

—No creo en tal cosa...

—¿Tampoco crees en lo inevitable?

—¡Que esa arpía se llevara a Fer, era algo totalmente evitable! —sí, estaba cabreada. Y sentía culpa. Pero no iba a reconocer tal cosa frente a la persona que me había desafiado desde el primer momento en que nuestras vidas se cruzaron—. Y venir hasta aquí no fue idea mía.

—¿Y de quién entonces?

Volví la mirada hacia las virutas de humo que desprendía mi taza.

—Adelante, culpame si eso te hace sentir menos responsable. Pero no es mi obligación cuidar de nadie más que de mí misma.

—Las cosas habrían resultado diferentes si se hubieran ceñido al plan original.

—Tuvimos que improvisar.

Bran resopló. Lo cierto es que aquella patética contienda no hacía más que profundizar nuestras diferencias, y mal que nos pesara a ambos, había llegado el momento de unir fuerzas.

—Es lo que es. No puedo regresar el tiempo atrás. Culparme, no va a deshacer lo que está hecho. Culparte, no me va a devolver a Fer —los ojos glaciares del ex marine desprendieron un brillo que reconocí como si acabara de mirarme de refilón en un espejo—. Por más satisfacción que te provoque, no soluciona nada.

—Empezaré a hacer algunas llamadas si es que no tienes nada de relevancia para aportar... — los mecanismos de defensa de Brandon llegaron al punto límite de mi hartazgo.

—Tú no llamarás a nadie. Esta vez, haremos las cosas a mi manera desde el principio, así no tendré que estar improvisando sobre la marcha.

La sonrisa burlona que se estampó en sus labios, desapareció apenas las siguientes palabras brotaron de mi boca:

—Llegó la hora que Caterina Salazar resucite de entre los muertos y clame por su reinado.

∞ ∞ ∞

Si Daryl contenía las ganas que se le salían por los ojos de agarrarme del cuello, era porque mi padre estaba presente y me escuchaba atentamente. Los abogados, tomaban notas y se limitaban a fruncir los labios o pasarse los dedos por la frente a medida que el plan tomaba forma con mis palabras.

Una vez concluida mi exposición, Renzo tomó las riendas de la reunión en la sala privada que Daryl había conseguido para nosotros.

—No lo sé, es demasiado arriesgado Catita...

—Está colocando su cabeza en la guillotina. Es una locura, Renzo. Tantos años de cuidados tirados a la basura por ese... sujeto.

—Una vida es una vida. Y si Cat tiene las agallas de arriesgarse por él, yo no soy quién para decirle lo que tiene que hacer o dejar de hacer.

—Pues yo soy su tutor, quien la protegió todos estos años. No me parece...

—Daryl... no te traje aquí para que decidas. Lo hice para que me ayudes en lo que puedas.

—¿Ayudar a que te asesinen? Ni lo sueñes...

—Ayudar a que las posibilidades de que eso ocurra, sean ínfimas.

—A esta altura y dadas las circunstancias, no es descabellado pensar que la exposición pública pueda generar un efecto contrario y más beneficioso que el de seguir escudado por una identidad que ya ha quedado obsoleta. Si la señora Liza Salazar, alias, El Adversario, alias, el artífice del daño más profundo que se le ha provocado a esta familia, ya conoce la verdadera identidad de Caterina. ¿Qué sentido tiene seguir ocultándose? ¿O acaso tienes más enemigos de los que me has hablado, Renzo? —el abogado giró la cabeza hacia mi padre, sentado a su lado. Éste se limitó a encogerse de hombros, sin apartar la mirada de algún punto fijo sobre la mesa.

—¿Renzo? —insistió Daryl.

—Los más peligrosos se encuentran en esta misma prisión, hijo.

Todos suspiramos. Pero creo que yo logré captar la dimensión del peligro que corría mi padre cada día en aquel confinamiento.

—¿No hay forma de sacar a mi padre de este lugar? —inquirí al letrado.

—Estoy bien hija. No te preocupes por mí. Si en todos estos años no me han matado mientras dormía, ya no lo harán...

—Volvamos a lo que nos compete.

Necesito el testimonio de ambos para poder solicitar la anulación del certificado de defunción, y que así, Caterina recupere su vida y sus bienes.

—Y las acciones de la empresa —enfaticé.

—Así será. Es un trámite sencillo.

—Entonces, no hay más que decir. Creo que ninguno de ustedes se opondrá.

Renzo levantó los brazos en señal de aprobación. Daro, no dejaba de mirarme con una mezcla de furia, temor y tristeza. Creo que siempre le gusto más Daniela que Caterina.

Por si quedaban dudas, fui lo más directa que pude.

—Tendrás que despedirte de Daniela. Porque esa chica ya ha abandonado este mundo.

∞ ∞ ∞

Las horas parecían días, semanas. Pero si apenas había transcurrido un día y su noche cuando hice mi entrada triunfal al edificio de oficinas que me habría encantado no volver a pisar en lo que me quedara de vida.

Enfundada en un traje negro y rodeada por un séquito de abogados y guarda espaldas -con Daryl a la cabeza-, las miradas que alguna vez destilaron desidia o burla, se congelaron en la incertidumbre absoluta.

Hasta Gladys me miró con desconcierto cuando incliné la cabeza en su dirección en forma de saludo a la distancia.

Los guardaespaldas, se encargaron de mantener los ascensores desocupados y en planta baja mientras yo subía al piso desde donde Liza Salazar había orquestado su maquiavélico plan.

No me sorprendió que la seguridad fuera mínima y prácticamente reducida a la nada por mis escoltas.

Los murmullos quedaron silenciados al cerrarse las puertas metálicas. La música funcional del habitáculo fue el único sonido que nos acompañó en el largo trayecto. Mi corazón martillaba contra mis costillas con el ritmo de un redoblante. Mis palmas sudaban y temía que mi voz fallara cuando tuviera que alzarla para develar la verdad.

Pensaba en Fer, en cada segundo desde que Liza me lo arrebatara. Con cada inspiración, me llenaba de angustia y con cada exhalación, intentaba traer de vuelta la calma. Todo, desde mi respiración hasta cada detalle del plan que estaba llevando a cabo era por y para él. Nunca hubiera pensado volver a ser Caterina Salazar y, sin embargo, allí me encontraba. Recuperando lo que por derecho me pertenecía. Entrando a la cueva de la bestia, para enfrentarla y alzarme con la victoria para recuperar al hombre que amaba. No podía fallar. No podía.

La campana del ascensor anticipó la llegada a nuestro destino. Inspiré a conciencia por última vez antes que las puertas metálicas se abrieran.

No me sorprendió encontrar a Marietta esperando.

—Buen día, Daniela —por más que intentara disimular, Marietta se veía nerviosa y no pudo evitar lanzar miradas furtivas a mi séquito de acompañantes.

Buen día Marietta —sin mencionar más palabras, salí del ascensor. La Jefa de Personal dio un paso al frente interceptando mi embestida.

—Lamento esta situación, créeme que es muy incómoda después de... bueno, lo que hemos

padecido en los últimos días.

Hice el intento de avanzar y nuevamente Marietta se me adelantó.

—Pero nada justifica que te ausentes al trabajo sin dar aviso. La gerencia ha decidido prescindir de tus servicios. Lo siento. Si me acompañas a mi oficina...

—Cierra la boca Marietta —la voz que nació de lo profundo de mis entrañas, retumbó en el pasillo—. Te diré lo que harás: llamarás a los gerentes y a los miembros del directorio y les dirás que en una hora la señorita Salazar los espera en la sala de reuniones.

—La señora Salazar no me ha dado esa orden.

—Liza, no.

Casi me dio ternura el desconcierto que se figuró en las facciones de la mujer.

—Mi nombre no es Daniela Suarez. Soy Caterina Salazar, hija de Renzo Salazar, miembro fundador y dueño mayoritario de esta compañía. Liza posee un porcentaje mínimo de las acciones que alguna vez Tony le cedió. Se dedicó a dilapidarlas mientras pretendió ser la representante de mi padre. Pero resulta que la representante legal, soy yo.

—¿Qué es lo que dices Daniela?

—Puedes llamarme Cat. Ahora, ponte a trabajar. Mis abogados te darán los documentos que avalan lo que te acabo de decir. Estaré en mi oficina mientras ultimán los detalles. Tic tac Marietta, el tiempo apremia.

Esta vez, avancé sin impedimentos. Mis abogados se quedaron junto a la consternada mujer mientras junto a Daryl y el resto de mi seguridad, nos alejamos por el pasillo.

Una hora que pareció un siglo... eso fue lo que pasó. Los intentos de Daryl por descomprimir la situación sólo lograron que me fastidiara más.

No me interesaba estar allí, no me inquietaba la bendita reunión en la que anunciaría la remoción de Liza del directorio y me autoproclamaría la nueva Directora General. Pero me ponía los pelos de punta pensar en tenerla frente a mí, y hacer el esfuerzo por no lanzar mis garras directo a su cuello.

Los integrantes del directorio ingresaron en bloque, ni siquiera me miraron cuando tomaron su lugar alrededor de la mesa. Le siguieron los gerentes, entre ellos Marietta y Sam, los únicos que me dedicaron escuetas miradas. La de Marietta, rebalsaba pánico, la de Sam... no sabía, ni creía poder explicarlo. Seguramente una mezcla de incertidumbre y decepción. Pero no tenía ni podía gastar tiempo en dilucidar lo que pudiera pasar por la cabeza de la única persona en quien confiaba dentro de esa sala.

Cuando todos tomaron asiento, no me pasó desapercibida la ausencia de Liza. No quería preguntar por ella tampoco. Y en el fondo, sabía que no era más que uno de sus juegos mentales. Porque estaba surtiendo efecto...

Pasaron algunos minutos cuando Daryl se acercó a mí y apoyando su mano sobre mi hombro acercó sus labios a mi oído.

—Está subiendo. Su séquito de abogados la acompaña y...

Dejé de escuchar en ese instante. El alma me había vuelto al cuerpo. Solo agradecía que estuviera lo más alejada de Fer que fuera posible.

Asentí antes de apartarme de mi amigo y tomar mi lugar en la cabecera de la mesa.

—Esta silla corresponde al director general —refutó una vieja estirada que recordaba vagamente de las épocas festivas a las que asistía con mi padre cuando era él quien ostentaba ese título.

—Lo sé —respondí, mientras me dejaba caer en la silla con poca elegancia.

Las muecas de desaprobación colmaron la sala. No me permití mostrarme afectada, no era ese mi principal problema. Sabía que convertirme en Caterina Salazar no sería fácil, pero una puesta en escena me resultaría pan comido, aun a pesar de lo que sucediera a continuación.

Liza hizo su entrada vistiendo un ajustado vestido rojo. Siquiera se preocupaba por mantener el luto, mucho menos en disimular que El Adversario era quien tenía el control de su vida en esos momentos.

El poder la sobrepasaba. Su mirada brillaba con destellos de codicia y supremacía mientras se paseaba por cada rostro cuyo cuerpo tomaba un lugar en la mesa. No me pasó inadvertido el cambio de quienes estaban presentes en la sala. El miedo se olía en el aire.

—Buenos días —fue el seco saludo. Aun no fijaba sus ojos en mí y antes que lo hiciera, volví mi mirada al frente.

—Estábamos a punto de empezar sin ti, tía.

—¿Se supone que esto es alguna clase de broma?

No se dirigía a mí...

—Intentamos detenerla, pero sus abogados tienen pruebas contundentes que se trata de Caterina, la hija de su hermano Renzo —los murmullos no tardaron en llenar el silencio que dejó la revelación de Marietta.

—Les voy a hacer dos pedidos... —la voz de Liza sonó calma, pero con una frialdad imposible de disimular—. Primero, que sean concretos y congruentes con la respuesta a la pregunta que les estoy formulando. Toda información adicional es innecesaria. Estoy al tanto de todo lo que debo saber y no necesito hacer preguntas al respecto. Segundo, visto que nadie aquí puede responder a la pregunta que acabo de formular, voy a pedirles que nos dejen a mi sobrina y a mí a solas un momento.

—Señora, no es aconsejable que...

—¿Acaso eres sordo o idiota Jaime? ¿Qué acabo de decir? —ante la inmutabilidad del resto, Liza tuvo que endurecer su postura— ¡Fuera! Fuera todos en este instante.

No hizo falta más. Daryl me tomó por el hombro, posé mi mano sobre la suya y con una mirada le aseguré que todo está bien. Todo marchaba más o menos según el plan. Y hasta había logrado que Liza perdiera los cabales antes de lo esperado.

Esperé a que éste saliera por último y cerrara la puerta de la sala tras de sí. No es que hubiera mucha privacidad dentro de aquella. Cuando tres de sus paredes eran vidriadas, y la cuarta, correspondía a un amplio ventanal que daba una magnífica visual de la ciudad.

Entonces, me levanté de la cabecera y me coloqué frente a Liza.

—No —articulé. Ante la cara de desconcierto de mi tía, proseguí—. Esto no es broma, no sé qué planeas, pero ya es inevitable. Soy la dueña mayoritaria de la compañía. Lo lamento tía.

—No tienes idea de a dónde te estás metiendo...

—Estuve haciendo algunas pesquisas. Tengo una idea...

—Los negocios de esta empresa van más allá de lo que tu cabecita puede llegar a entender. Será el principio de tu fin, Cat.

—Será la estrepitosa caída de tu reinado, Liza. El fin ha comenzado hace rato.

—¿Te olvidas que aún tengo a Ferguson? ¿O es que él tampoco te importa una mierda? No necesito de él más que sus terrenos.

—No te los entregaría, aunque lo cortes en pedazos.

—No me des ideas sobrina...

Puse todo mi empeño en mantener la compostura. No podía culpar a otro, yo solita me había

metido a jugar en el tugurio más oscuro, apostando mi última ficha a un pleno.

—¿Estás dispuesta a ir presa por malversación de fondos, estafas reiteradas, amenazas, coacción y vaya a saber qué otro delito que hayas cometido tú y tu marido, ensuciando el prestigio de la empresa que fundó mi padre?

La estruendosa carcajada que soltó Liza me tomó por sorpresa.

—Tengo que reconocer que me desconciertas, niña. No sé si eres ingenua o demasiado estúpida... Fuimos Tony y yo los encargados de levantar esta empresa del fango. ¿Acaso has olvidado el motivo por el cual tu padre es un convicto?

—Por protegerme...

—Muy heroico de su parte si omitimos la media centena de muertes que engrosan su prontuario.

—El muerto se ríe del degollado. Literalmente —cruce los brazos sobre mi pecho y me animé a avanzar un paso que me situó a escasos centímetros del rostro de la persona que más repulsión me causara en esta vida—. Yo no soy tú y no soy mi padre. Y esta empresa es mía por derecho. La ley está de mi parte Liza y no hay nada que puedas hacer contra eso.

—Como si la legalidad hubiera sido un obstáculo para mi alguna vez...

—Esta vez, te juro que lo será. Estoy dispuesta a luchar con las manos limpias hasta las últimas consecuencias.

—Eres ridícula... —Liza volvía a sonreír.

—No voy a parar hasta verte tras las rejas. Quizá no por todo lo que mereces. Pero estoy segura que en los libros contables encontraremos pruebas suficientes para encerrarte por un par de años.

—¿Y qué si lo haces? ¿Acaso crees que así salvarás la vida de Ferguson?

—¿De qué te serviría muerto? Solo para sumar años a tu condena.

—Años que valdrán la pena, solo por la satisfacción de destrozarte una vez más, Catita. Me entregaría gustosa por saberte tan miserable y solitaria como yo.

Un escalofrío me recorrió de cabeza a pies. Liza hablaba en serio. Escupía veneno mezclado con verdades.

Estaba acabada.

Ferguson no resultó ser lo que ella esperaba, en el fondo de mi corazón, sabía que había podido ganar tiempo y cubrirse de alguna manera.

Así también Liza no demostraba estar desesperada, no se sentía arrinconada. Y eso. me llenaba de desconcierto.

—Me alegraría que apoyaras mi nombramiento, tía. Te aseguro que seré la mejor directora que ha tenido esta compañía desde mi padre.

—Me encantaría ver eso... Tomar la Dirección nunca fue mi propósito. Es mucho más divertido trabajar desde las sombras... Estoy segura que haremos grandes cosas juntas bajo determinados términos y condiciones. Ahora, si me disculpas, tengo invitados que tuve que dejar al cuidado de mi seguridad personal para venir hasta aquí. Ya es hora de regresar a mi trabajo. Al real. Creo que ambas haremos un buen negocio. Espero tener los mismos resultados con mi potencial socio... Lamentaría mucho tener que prescindir de tan hermoso ejemplar masculino.

Liza se estaba dando la vuelta para huir, figurada y literalmente. Mi mano se aferró a su brazo. No podía seguir arriesgándome, tenía que sacar a Fermín del medio lo más pronto posible. Confiaba en mi plan. Confiaba en la gente que, de acuerdo o no, se había prestado a jugar su rol, arriesgando más de lo que yo podía garantizarles.

—¿De qué te servirán los terrenos de Ferguson si estás en prisión?

Se demoró en volver su rostro hacia mí, y cuando lo hizo, la calculadora sonrisa y la frialdad de su mirada me helaron la sangre.

—Bien, me alegra saber que no tendré que esperar a que te decidas a rebelarme cuál es tu propuesta. Y espero que valga la pena...

—Terminemos con esto de una vez por todas.

—¿Cómo?

—Como debe ser. Una pelea, tú eliges el lugar. Si gano, recupero a Fer y te daré tiempo suficiente para que puedas esfumarte del país, la investigación seguirá su curso. Quizá, logres arreglar tus cuentas en un tiempo. Pero San Francisco quedará limpio.

Y si pierdo, Fer te cederá sus terrenos, yo te cederé legalmente la compañía y desistiré de la investigación. Nosotros seremos los que nos vayamos del país.

Ni un atisbo de emoción transfiguró las facciones de Liza. Mi oferta era riesgosa y se tomó su tiempo para sopesarla.

Estuve a punto de perder la cordura cuando al fin separó sus labios.

—Te enviaré la locación una hora antes del encuentro. Ven sola. No hagas trampa, lo sabré. Y Ferguson morirá en el acto. ¿Entendido?

Asentí.

La mirada de Liza bajó hacia la mano que aún sujetaba su brazo. Inmediatamente la solté para que retomara la retirada.

El directorio le abrió paso en su camino hacia el ascensor. Liza se veía como una especie de mesías abriendo las aguas con un simple parpadeo.

Esperé a que todos regresaran a sus sitios.

Daryl fue de los últimos en regresar. Busqué su reacción con la mirada.

Asintió, y el alma regresó a mi cuerpo.

∞ ∞ ∞

Si seguía caminando de un lado al otro frente al amplio ventanal, de seguro terminaría por gastar la impoluta alfombra de pelo largo.

—¿Nada aun? —pregunté por enésima vez.

Los ojos glaciares de Khaan no se despegaron de la pantalla. No sé quién de los dos se encontraba más ansioso.

—Todavía no han realizado ningún movimiento. Esperarán a último momento...

—¿Crees que sospechen?

—Si tu amigo hizo las cosas bien, no tendrían por qué hacerlo.

—Cuidado con lo que dices...

—Daro, estoy segura que todo salió según el plan. Es como dice Khaan, esperarán a último momento. No creo que prevean esto... pero no son idiotas. Saben que no nos quedaremos de brazos cruzados.

—La pelea sigue pareciéndome un disparate—arremetió Daryl.

—Estoy de acuerdo en eso con el Capitán —afirmó el ex marine, sin apartar los ojos de la pantalla.

—No sé si prefiero que se maten o que sean aliados...

Esos dos lograban ponerme los pelos de punta. Quizá eso no resultaba tan malo. Pensar en

todos los posibles desenlaces que podía llegar a tener ese último enfrentamiento, me paralizaba.

—Un momento...

Los ojos de Khaan se iluminaron con luces de neón.

—¿Qué pasa?

—Algo, no lo sé. Alguien está modificando algunos archivos.

Daro y yo nos acercamos por los flancos de Khaan.

—¿Eso que significa? ¿Lo estás grabando?

—El software que instaló Daryl lo graba todo.

—Entonces... —estaba a punto de agregar algo cuando mi móvil comenzó a vibrar en el bolsillo trasero de mis pantalones— ¿Hola?

—En una hora, en el baldío de Ferguson. Ve sola.

Se me heló la sangre al escuchar la voz de El Adversario, más allá que hubiera estado esperando ese llamado desde la última vez que vi a Liza.

Daro se había acercado por mi espalda y sus manos aferraban mis hombros. Entonces, noté el temblor en las rodillas. Sin dudas hubieran colapsado sin su contención.

—En una hora, en el puerto. Los terrenos de Fer.

—Todo marcha según lo previsto. Eso es bueno. ¿Estás lista? —fue el gélido comentario de Brandon.

—Solo me falta un detalle...

∞ ∞ ∞

La máscara de la Catrina cubría mi rostro cuando me disponía a calzarme el casco y montarme a la moto.

—Mis hombres te escoltarán hasta el baldío. Luego, entrarás sola. Pero recuerda, estaremos cerca.

—Lo sé Daro. Solo te pido que cuides de Fer. Apenas lo veas, tiene que pasar a ser tu prioridad número uno.

—Sabes que eso es imposible...

Inspiré hasta que mis pulmones se hincharon a su máximo potencial.

—Inténtalo, por favor. Intenta confiar en mí.

—Confió en ti Dan... Cat, mierda. Antes me costaba llamarte por tu alias ahora me cuesta llamarte por tu verdadero nombre.

—Ya te acostumbrarás...

—Catrina, Caterina... ¿a cuál de esos?

—Espero que esta sea la última vez que veas a Catrina.

—Realmente lo espero. No quiero repetir la historia de tu padre.

—No soy mi padre.

—Te pareces demasiado Cat...

Nos quedamos mirándonos por un instante que pareció eterno. Desconocía lo que pasaba por la cabeza de Daryl, pero entendía que, en su corazón, se libraba una batalla épica. Quizá más cruenta que la que estaba a punto de librar yo contra El Adversario.

—Habremos perdido miles de batallas a lo largo de nuestra existencia, pero esta es la última. Esta es nuestra.

—Confió en ti, confío en que Dios les da las batallas más difíciles a sus mejores soldados.

Recuerda Cat, tienes un objetivo, sé inteligente. No dejes que esa lunática juegue con tu mente. Lo hemos practicado hasta el hartazgo. De alguna manera, siento que todo se reduce a lo que está a punto de suceder: Hemos recorrido un largo camino tú y yo. Y aquí estamos. Con nuestros aciertos y nuestros errores a cuestas. No vale la pena volver el tiempo atrás, es inútil y, además, no seríamos quienes somos hoy si no hubiéramos pasado por lo que pasamos. Todo tiene un por qué. Quizá hoy sólo logremos ver un atisbo de luz por el ojo de una cerradura. Pero algún día, la verdad será revelada.

—Suenas a predicador del Apocalipsis...

—Necesito que te concentres, que dejes pasar todo aquello con lo que El Adversario intente contaminar tu juicio. No puedes cambiar el pasado. Nadie puede cambiarlo. Concéntrate Cat.

—Te lo prometo. Ahora debo partir. El momento ha llegado.

Antes que Daro prosiguiera con el sermón, lo estreché en un sentido abrazo que duró un par de segundos. Ambos lo necesitábamos.

Me coloqué el casco, y ahora sí, monté la motocicleta de Fer. El motor bramó cuando le di arranque. No volví mi mirada hacia atrás. Salí del garaje de la Torre de Ferguson en dirección al puerto.

CAPÍTULO 26

La escolta viró a la izquierda un par de cuadran antes que llegara a mi destino. Debía estar sola, pero no lo estaba. Jamás lo estuve.

—Estoy a punto de atravesar la entrada—murmuré dentro del casco. El micrófono y auricular al que Daryl me había conectado emitieron un sonido extraño—. Será difícil que podamos comunicarnos una vez que esté adentro. Tengo la sospecha que han instalado bloqueadores de comunicaciones.

Otro sonido a fritura retumbó en mi oído.

—No sé si me escuchas aun Daro. Por favor, cuida de Fer pase lo que pase...

El aparato quedó muerto apenas atravesé el portón de rejas.

Dejé la motocicleta a pocos metros de la entrada al derruido edificio.

No percibí signos que denotaran la presencia de mi rival o alguno de sus súbditos, pero esperaba que, de un momento a otro, hagan su teatral aparición.

El interior del galpón se encontraba en penumbras. Los cristales que quedaban sanos en la parte más alta del edificio reflejaban un halo blanquecino, producto de la mezcla de los intermitentes rayos de luz de luna refractando en el salitre impregnada.

Mis pasos retumbaron a medida que me fui adentrando. El espacio era muy amplio y, más allá de la basura y escombros acumulados por años de abandono, nada suponía mayor obstáculo.

Pero mis pasos no eran el único sonido que interrumpía el arrullo de las olas golpeando la escollera cercana.

Un tintineo apagado agudizó mi oído. Provenía de lo más profundo de la oscuridad, confinada en el rincón a mi derecha.

Inspiré una bocanada de aire frío y rancio y avancé hacia esa dirección.

Mi estómago estaba tan encogido, que agradecí no haber ingerido bocado en casi todo el día.

El tintineo continuaba, incrementando mi desconcierto a la par de mi temor más profundo. Entonces, fue un quejido el me cortó la respiración.

No recuerdo haber desarrollado un sentido más agudo de la visión, pero mis pies encontraron el camino preciso para dejarme de rodillas ante él.

A pesar de la oscuridad que nos engullía y el penetrante olor a humedad y suciedad, reconocería ese almizcle suyo tan salvaje y necesario para mi existencia entre un millar de diferentes aromas.

—Fer, ¿te encuentras bien?

Mis manos tantearon su anatomía con reticencia. Los músculos se le tensaron bajo la ropa húmeda.

—Tranquilo, soy yo, Cat. ¿Te hicieron daño?

Sabía que la humedad que se adhería a mis dedos, mientras se deslizaban en busca de su rostro, era sangre. Mis ojos seguían sin poder distinguir más que su silueta borrosa.

Llegué a la mordaza que apretaba sus labios, y seguí en torzado trozo de tela hasta encontrar el nudo que se tensaba en la parte posterior de su cabeza.

Entonces, todo se volvió blanco. Instintivamente me cubrí los ojos con el brazo y luché por acelerar el proceso de acostumbramiento a la fulminante luz.

Apenas distinguí a Fer cubierto de sudor. Los rizos dorados se le adherían al marco de su rostro. Una bolsa de tela negra se deslizó por sobre su cabeza al tiempo que varios pares de manos grandes y férreas, sujetaron mis brazos y jalaron de mí hacía atrás.

Gritar y sacudir las piernas mientras me arrastraban alejándome de él, no sirvió de nada.

Otro grupo de hombres enfundados en negro, hicieron lo propio con Fer. Él, reaccionó de la misma forma, aunque sus movimientos eran erráticos y la falta de fuerza se hacía evidente.

Me trepó la bilis hasta la garganta de imaginar las torturas a las que lo habrían sometido. Y no solo las físicas...

Lo último que llegué a ver fue como lo subían por una inestable escalera metálica hasta que lo perdí de vista ras una pared que desembocaría en una especie de entrepiso.

La sacudida que electricizó mis hombros y parte de mi espalda, fue el resultado de la fuerza y brusquedad con la que los encapuchados me arrojaron contra el cemento helado, cubierto de charcos con olor a lluvia estancada.

Los chirridos de los roedores que emprendieron su huida me dieron un escalofrío.

El aire rancio salió de mis pulmones con misma fuerza con que penetro en mis fosas nasales.

Lo que sucedió a continuación, poco tenía que ver con lo que había imaginado como una posibilidad en miles.

La patada en el estómago me robó el poco de aire que quedaba en mi cuerpo, y la que me dieron en la espalda hizo que ésta se arqueara logrando que cada vértebra adoptara una posición cuanto menos dolorosa.

Mi visión se tornó negra después de otra patada en la mandíbula, y se transformó en destellos enneguecedores cuando el dolor emergió a los pocos segundos.

Los golpes continuaron por laspos de tiempo que se tornaron eternos, pero ninguno era ejecutado por El Adversario.

—¡Suficiente!

Exclamó el susodicho, cuando las lágrimas que se acumulaban en mis ojos comenzaron a derramarse, producto del dolor, la bronca y la cada vez más patente certeza que no volvería a ver a Fer de nuevo. Al menos, no como los recuerdos que se revolvían en mi cabeza.

Los segundos que tuve para recuperarme no bastaron. No sé de dónde conseguí sacar la fuerza para intentar ponerme de pie.

Pero las botas rojas que se afirmaron frente a mi cabeza, detuvieron mis intentos. Las largas y torneadas piernas enfundadas en un ajustado pantalón rojo se flexionaron. Intenté echar mi cabeza hacia atrás, pero el peso de la bota de alguien me obligó a aplastar el pecho contra es mohoso suelo una vez más.

Apenas lograba ver los largos cabellos dorados de Liza, cuando esta inclinó su cabeza y acercó sus labios a mi oído.

—Sabes que tu padre y yo comenzamos desde muy abajo... Mucho más bajo de lo que tú te encuentras ahora. Él siempre fue bueno para los números, y por sobre todo, confiable. ¿Pero acaso crees que es tan fácil surgir de la nada aquí en San Francisco? Justamente, San Francisco... Tu padre tenía sus habilidades, y yo, fui conociendo las mías. Él, era el rostro iluminado por el sol. Yo, era el rostro que se ocultaba a la sombra de la luna. Y tú... —me sorprendió el destello de odio que hizo temblar su voz. No por el sentimiento, sino, por no lograr mantenerlo bajo control —. Tú no sabes nada Caterina...

—No te atrevas a culpar a mi padre de las atrocidades que cometiste. Estoy segura que nadie te obligó a hacer nada. Fue tu ambición la que te llevó a convertirte en quien ahora detestas ser...

Pero, aunque así lo creas, no es tarde para redimirte.

La carcajada de Liza retumbó en la vacua amplitud del galpón.

—No es tarde... No quiere decir que sea fácil, pero te aseguro que es posible. Podrías lograr acuerdos muy beneficiosos...

—No le tengo miedo ni a la justicia divina, niña... Y el día que muera, será defendiendo el imperio que me ha costado más que sangre sudor y lágrimas.

—Libera a Fer, huye, Liza... podrías construir un imperio en la Luna si así lo quisieras. ¿Por qué te empeñas en destruir esta ciudad? ¿Por qué te obsesiona tanto hacernos daño a mi padre y a mí?

—Me da lo mismo que sufras o no, niña. Ahora, respecto a tu padre... Eso es algo que él y yo nos llevaremos a la tumba.

—¿Por qué no me dejas interceder?

—¿No te cansas de meter las narices en lo que no te importa?

—¿Cómo no ha de importarme cuando se trata de mi familia!

Unos dedos largos y puntiagudos te enroscaron en los cabellos de la parte posterior de mi cabeza.

Mi espalda se arqueó hacia atrás, y el dolor se reflejó en cada músculo de mi rostro cuando quedó expuesto al de Liza.

—¿Por qué crees que tu padre no te lo ha contado? Porque jamás se lo perdonó y jamás lo hará.

—¿Qué te hizo? —volví a preguntar con un hilo de voz.

Liza se puso de pie con la agilidad de una gacela.

—Llévenla fuera. Llegó la hora de terminar con esto de una puta vez. Vayan a por el prisionero.

Con la misma falta de delicadeza con la que me arrojaron al suelo, volvieron a levantarme, y a rastras, llevarme al exterior.

El aire fresco de mar fue de gran ayuda para espabilar los sentidos y calibrar mi alerta.

Las condiciones en que se encontraba mi cuerpo no eran óptimas. Empero las ganas de terminar con esa guerra absurda, eran apremiantes.

El séquito de Liza nos rodeaba, demarcando un amplio círculo dentro del cual solo nos encontrábamos ella y yo.

Busqué a Fer con la mirada, pero nada más que hombres enfundados de impoluto negro abarcaban mi campo visual.

—No desesperes, te guardo el placer que tu amado sea lo último que veas antes de dejar este mundo...

Mis ojos volvieron a mi objetivo, cargados de todas esas emociones acumulados durante años de frustración y de preguntas sin respuesta, de abusos, de vejaciones, de injusticias e impunidad. Dejé que todos aquellos sentimientos fluyeran por mi cuerpo y se desprendieran de él, buscando amparo en el de ese ser que tenía a tan pocos metros por enfrente. Ya no iba a actuar bajo el efecto de tormentos ajenos a mi responsabilidad.

Tal como Daro me había advertido, no estaba en mis manos cambiar un pasado del que siquiera era responsable. Pero iba a derrumbar cada muro, con la fuerza de mis convicciones y haría de la justicia mi escudo y de mi cuerpo el arma que marcaría el punto final, con la sangre que hiciera falta.

Liza esperó a que atacara primero y le di el gusto. Esquivó mis primeras dos embestidas, un

golpe de puño y una patada baja.

Me eché hacia atrás cuando lanzó el contragolpe. Una patada en mi gemelo que casi logra que pierda el equilibrio.

—¿Acaso no has aprendido nada desde nuestro último enfrentamiento? Esta vez, nadie vendrá a salvarte...

—No necesito que alguien me salve —solo esperaba que Daryl pudiera cumplir su promesa. Era lo único que anhelaba con todas mis fuerzas.

Me lancé de nuevo sobre mi rival. Esta vez, los bloqueos y rechazos de los golpes no aminoraron la fuerza ni la velocidad con que fui atacando con patadas y puñetazos.

Nuestra lucha se convirtió en una danza coreografiada. Esquivé varios de sus intentos y, hasta dando un giro sobre mi eje, acerté un golpe de codo que hizo crujir su nariz respingada. Fue la primera y única vez que la escuché gritar. Pero suficiente para lograr desestabilizar ese autocontrol que la asemejaba más a una máquina que a un ser humano.

Los errores en su técnica se sucedieron tras cada una de mis embestidas. No quería fiarme de su inestabilidad, tampoco sobreestimar sus artilugios.

Mucho estaba en juego para ella. Quizá, cosas no tan importantes como lo era Fer para mí.

Empecé a notar que el círculo de encapuchados a mi alrededor se iba encogiendo, y me tomó por sorpresa que al dar un paso atrás para evitar una patada de mi rival, uno de ellos me empujara con violencia hacia adelante. Giré mi cabeza como acto instintivo y Liza no desaprovechó su oportunidad de jugar como mejor sabía, sucio.

La patada hizo crujir mi mandíbula, y apenas logré amortiguar la caída con mis antebrazos. Liza no me dio respiro. La patada en las costillas se deshizo del poco oxígeno que quedaba en mis pulmones.

—No hay esperanzas para ti, niña. Nunca tuviste chance de salir viva de esto.

Muchos brazos me levantaron del piso y me sujetaron con fuerza colocándome frente a Liza.

Su rostro estaba desfigurado. No tanto por los golpes que empezaban a ganar volumen y color. Sino por el odio que destilaba por cada poro.

Ya no quedaban fuerzas en mi cuerpo, pero mi corazón galopaba como cuando montaba a mi yegua.

Liza estampó su puño en mi ojo antes que llegara siquiera a identificar el sentimiento que acalambra cada músculo de mi cuerpo.

—Vas a morir hoy. Y nadie recordará que alguna vez resucitaste, Caterina.

Esta vez, el golpe fue de lleno en mi estómago. Dejándome sin aire una vez más.

Intenté en vano pronunciar las palabras que se convertirían en mi sentencia, pero por la garganta, apenas pasaba un hilo de aire y mi estómago se negaba a desprenderse de mi columna vertebral.

—No lo fuerces cariño, no tienes lo que hace falta para cumplir con ninguna de las amenazas que me has hecho. Mucho menos, las promesas que has proliferado como una prédica. Tus manos están tan sucias como las mías...

—Eso quisieras... Pero estas completamente errada— conseguí balbucear con un hilo de voz.

—Tranquila... No soy tan desalmada como para dejarte morir en el barro sobrina. Te consentiré como no tuve oportunidad de hacerlo antes. Aunque te he cuidado, créeme. Tu vida con Tony hubiera sido un infierno si así se lo hubiera exigido. Pero mi difunto marido sentía cariño sincero por ti... Siempre creyó que eras especial, aunque desconociera tu identidad. Y lo eres. Tan especial que tu muerte tampoco puede ocurrir, así como si nada... Voy a jugar contigo como un

gato con su presa.

Apenas lograba ver sombras para cuando me arrastraban una vez más. Me había resignado a morir, solo rogaba poder ver a Fermín una última vez y rogaba también, que Daryl cumpliera su promesa.

Me arrojaron sobre una silla metálica que se tambaleó bajo el peso de mi cuerpo. Sin un atisbo de delicadeza, -tampoco era que lo esperara- sujetaron mis manos detrás de mi espalda.

La sala quedó oscura antes que pudiera hacerme una idea de sus dimensiones y lo que tenía alrededor.

Cuando no se oyó más que silencio, mi último suspiro de esperanza se escapó al pronunciar su nombre.

—Fermín... —susurré, abandonando la ilusión que mi último deseo fuera cumplido.

Tras algunos segundos de silencio, las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos sin pedir permiso. El suave cosquilleo estremeció mis mejillas. Una nostálgica caricia de despedida. Así, se sintieron esas gotas de agua salada que barrieron algo de la suciedad que sentía adherida a la piel de mi rostro.

—Cat...

¿Estaba delirando? No, mi cuerpo no se estremecería de esa manera si así fuera.

—¿Fer?

—Caterina...

Las lágrimas brotaron a mares de mis ojos. Agradecí que la oscuridad ocultara mi fragilidad. No podía permitirme derrumbarme ahora, no ahora que él estaba allí, con vida, pronunciando mi nombre con un hilo de voz que manifestaba el dolor de los golpes y torturas a las que fuerosometido.

Cuando logré recuperar el control de mi respiración, volví a dejar que las palabras fluyeran.

—Khaan y Daryl nos sacarán de esta —la esperanza flaqueaba, pero me aferré a ella con las pocas fuerzas que me quedaban—. Pero tenemos que resistir un poco más, Fer... puedes hacerlo.

—¿Por qué estás aquí Cat?

—Vine a salvarte —solté sin comprender a que venía su pregunta...

Una risa apagada retumbó en su pecho. Una risa que nada tenía que ver a la que estaba acostumbrada...

—¿Qué sucede?

—No debiste arriesgarte a tanto. ¿Fue tuya la maravillosa idea?

—Por supuesto...

—¿Bran lo sabe? ¿Tu amigo el policía también? Estan locos...

—Tú lo estás si piensas que podría quedarme rezando por ti, en vez de venir a salvarte.

—Y ahora henos aquí... todo, menos salvos.

—Púdrete...

—No me falta mucho...

—¿Qué es lo que te pasa? ¿Acaso has bajado los brazos?

—No has pasado por lo que yo estos días... Y ahora tú, aquí, me aterra pensar que podría pasarte... Aunque cediera los terrenos...

—Esa no es una opción.

—Quisiera ser fuerte como tú, tener tu optimismo en las situaciones menos placenteras de la vida. Pero la verdad, es que siempre he sido un cobarde. Bienvenida al lado oscuro de mi vida Caterina... Puede que te asuste lo que veas.

—¿Asustarme yo? ¿De ti? Estas divagando... Los golpes que te dieron en la cabeza te dejaron estúpido...

—Puede que me hayan dejado más estúpido de lo que soy, pero no lo suficiente como para no darme cuenta que no hay escapatoria...

—¿No has aprendido ya? ¡Venciste tu enfermedad! ¿Me vas a decir que no vas a poder con esto?

—No creo poder contra nada si eres tú la que está en peligro.

—Deberías creer en nosotros. Juntos, podemos lograr lo que sea.

No podía responder otra cosa más que lo que nacía de lo profundo de mi alma, aun, cuando cada palabra que brotaba de su boca hiciera cortocircuito con los recuerdos que atesoraba del hombre que me hizo surgir de entre mis propias cenizas.

¿Cómo era posible que se diera por vencido? Ahora, justo ahora que estábamos juntos y que se suponía que fuéramos invencibles.

—Creo en nosotros... Es en lo único que creo en este momento. No me importa perderme si estás conmigo...

—No sé qué pasa contigo, pero yo estaré perdida solo si tú me abandonas... Tienes que confiar en mí.

—Lo hago, pero...

—Así como tu insististe conmigo después de todos los desplantes que te hice, así como continuaste luchando para ganar mi confianza, iluminaste cada resquicio de mi armadura hasta dar con la grieta que te llevó hasta mi alma, no me pidas que me dé por vencida ahora... Sabes lo terca que puedo llegar a ser.

—¿Es que acaso podrás superarme?

Reí al darme cuenta que lo estaba logrando, aunque me dolió cada hueso del cuerpo el hacerlo.

Y a pesar de la oscuridad que abrazaba la habitación, pude ver esa radiante sonrisa que tanto anhelaba dibujarse en su rostro.

—¿Cuál es el plan?

Nada había salido como lo tenía previsto, así que no podía referirme a lo primero que se cruzara por mi mente como "plan".

Había recuperado a Fermín, y eso no era poca cosa.

—Escapar —sentencié.

—Pero ¿cómo?

Comencé a balancearme en la silla, como si eso fuera a resultar...

Tenía una idea algo loca que había visto en un video en la web. No tenía la certeza que fuera a funcionar, pero antes, que hacer nada, era una opción.

Me fui acercando a donde percibía la sombra de Fer. Girando hasta darle la espalda me puse frente a él.

—Levanta un pie.

—¿Qué dices?

—Lo que escuchaste. Levanta un pie e intenta acercarlo lo más que puedas a mis manos.

Después de golpearme un par de veces los dedos con la punta de su zapato, logré dar con lo que buscaba.

Desaté los cordones del zapato y con total falta de destreza intenté pasarlo por entre mis muñecas, cuestión que quedará medio de estas y el precinto que las apretaba. Cada una de mis

manos tomó un extremo, y haciendo todo el esfuerzo que me fue posible, comencé a frotar el cordón contra el precinto, tan como lo había visto en el video de la web. No resultó tan sencillo. La piel contra la que se frotaba el plástico parecía estar a punto de prendérseme fuego. Hasta comencé a sentir las gotas de sangre deslizarse por mis muñecas, mis dedos y mis brazos.

—¿Estás segura que servirá?

—No, pero si no se nos ocurre mejor idea, es lo único que nos queda...

La verdad, era que estaba exhausta y el dolor se volvía cada vez más insoportable. Estaba a punto de darme por vencida cuando el plástico que sujetaba mis muñecas cedió., liberando una ola de adrenalina y alivio por mi cuerpo.

Me disponía a liberar a Fer cuando un sonido interrumpió mi tarea.

—Alguien se aproxima...

—No escucho nada— realmente no creí escuchar más que los sonidos propios del edificio derruido—. No te preocupes, te juro que la tensión está jugando con tu mente...

—He estado en este agujero desde hace días, reconozco cada puto sonido de este lugar y eso, Dani, es el sonido de alguien acercándose...

—Entonces, me daré prisa.

—No hay tiempo —su voz sonó dura y determinada, aunque no le hizo falta gritar para que su autoridad se impusiera a mis impulsos.

Me quedé de piedra.

—No vine hasta aquí para perderte de nuevo.

—Y yo no lo hice para que te pongas en peligro —la desesperación se reflejó en mis facciones, y aunque no podíamos vernos, sé que él pudo notarlo.

—Vete. Khaan sabe que estoy aquí, vendrá por mí. Confío en él, sé que lo logrará.

¿Es queda acaso no confiaba en mí? No era momento de hacerme preguntas existenciales, pero...

—¡Vete!

—No voy a dejarte...

—No vas a quedarte, quién sabe las coas que nos harían a ambos. No podría resistir verte sufrir, Cat. ¿Entiendes lo que quiero decir? Sé lo difícil que es tomar esta decisión. Si estuviera yo en tu lugar... Pero tú eres más fuerte. Tú puedes entenderlo mejor que nadie. Sabes de lo que Liza sería capaz si nos tiene a ambos en su poder.

Las palabras quedaron truncadas a mitad de camino entre mi garganta y mi lengua.

Mis ojos se inundaron de lágrimas, y aunque mi mente entendía que lo más sensato era lo más difícil, mi cuerpo se negaba a alejarse, por más que fuera un centímetro del suyo.

—Vete...

Mis labios apagaron el suspiro que movió sus labios. Un beso cargado de amargura, dolor, ira, pero, sobre todo, amor. El amor que jamás creí sentir por alguien. No después de todo el sufrimiento, el abandono y el trabajo que me había costado formarme, reconstruirme de los pedazos desperdigados que dejaron de mí.

Hubiera recorrido su cuerpo entero con mis labios si no fuera por la urgencia.

—¡Vete ya!

Su grito fue el impulso eléctrico que puso en marcha mis maltrechos músculos. Forcejeé la manija de la puerta creyendo que no cedería, pero después de unos tirones fieros, lo hizo.

Nadie esperaba del otro lado, lo que me resultó demasiado extraño.

Las luces frías iluminaban el pasillo que desembocaba en una sala oscura y lúgubre.

Miré hacia todas las direcciones antes de dirigirme hacia allí.

No llegaba a oír a Fer, pero una sensación extraña me recorría la piel. Me sentía observada. A mi maltrecho cuerpo le costó obedecerme, pero logré ponerlo en marcha. Cada movimiento desencadenaba un espasmo de dolor al que intenté ignorar mientras enfocaba mi atención en la forma de escapar y encontrar a alguien que me ayudara a volver por él. Eso, idear un plan para rescatar a Fer. Confiaba en que Daryl y sus hombres se habían puesto en marcha. Hacía ya un par de horas que se habían cortado las comunicaciones. Deberías de, al menos, tener algo en mente. Y dudaba que no estuvieran a punto de rescatarnos a estas alturas.

La oscuridad me engulló una vez más, si no fuera por la tenue luz blanquecina que se filtraba por los roñosos ventiluces que recorrían la sala, me hubiera tropezado un sinfín de veces. Pero fui cuidadosa.

No tardé en sentir los pasos. Fer estaba en lo cierto. El eco de las botas marchando. Acercándose a nuestra posición, helando mi sangre un poco más cada vez que el eco evidenciaba el inminente peligro.

Me detuve mientras el impulso me instaba a seguir avanzando. Temía que él pudiera sufrir las consecuencias de mi escape. Me debatí internamente si mi accionar, había resultado un acto de cobardía, un desesperado acto instintivo de supervivencia, o si realmente, quería salvarlo. Otro impulso me empujaba a volver sobre mis pasos y masacrar a aquel que osara ponerle un dedo más encima.

"Piensa con frialdad, nada de lo que esa mujer intente será producto del azar" la voz de Daro retumbaba en mi cabeza como los pasos de los mercenarios.

Por primera vez actúe contra todos mis impulsos, colocándome la máscara de porcelana que creía haber dejado olvidada en algún lugar lejano e inalcanzable. Y seguí avanzando.

Avancé por la sala en penumbras y forcé cada manija que se cruzó en mi camino.

Recorrí el lugar hasta desembocar en un corredor de no muy distintas condiciones, lo atravesé a toda velocidad. Estaba llegando a su fin, al tiempo que comprendía que las opciones de escape se volvían una amarga utopía.

Pero la última puerta, la última esperanza, cedió bajo la sudorosa palma de mi mano.

Una mezcla de alivio y angustia me estrujó las vísceras mientras un par de manos hizo lo propio con mis hombros.

Unas filosas uñas se clavaron en mi carne impulsándome hacia atrás.

Mi espalda colisionó con el pecho de la persona que más aborrecía en estos momentos: Liza.

—Tú y yo tenemos asuntos pendientes, sobrina.

La ira invadió cada célula de mi cuerpo, y con un grito que desgarró mi garganta, me arrojé con más fuerza contra su pecho, sintiendo como el aire abandonaba sus pulmones con brusquedad.

Me lancé a la carrera atravesando la puerta abierta. No pude distinguir dónde me encontraba, pero no importaba mientras me alejara de ella.

—Sabes que no puedes huir de mí. Sabes lo que sucederá si lo haces, ¿o hace falta que refresque tu memoria?

Me frené en seco.

Debía ser franca conmigo misma. Vencerla, era una posibilidad en un millón si nos enfrentábamos una vez más. Apenas me quedaban fuerzas para huir y encontrar ayuda. Enfrentar a Liza, no era más que condenarme a consciencia.

Pero huir... ¿podría lidiar con esa elección? Por más que mis intenciones fueran buscar ayuda. ¿Qué sucedería con los daños colaterales?

Las estadísticas eran mi fuerte en lo que a mi trabajo respectaba, pero cuando se aplica a algo tan real, tan humano... Mi vida, la vida de Fer, la vida de cada habitante de San Francisco dependía de la decisión que estaba a punto de tomar.

No pretendía ser una heroína, jamás me lo propuse. Pero hay momentos en la vida en que debemos convertirnos en el héroe de nuestra propia historia. Porque no existe el príncipe azul montado en su corcel blanco dispuesto a rescatarnos. No existe un Súperman capaz de salvarnos del peligro. No sé siquiera si Dios existe, y si lo hace, no está en su voluntad el intervenir en nuestro favor o en nuestra contra. Todos somos dueños de nuestro propio destino, responsables de nuestras equivocaciones y generadores de nuestros éxitos. Podemos escalar todo lo alto que nuestra humanidad lo permita, sentirnos vivos, vivir sin sentir, amar con locura, entrega total, jugarnos por los que más anhelamos y tener el coraje de cumplir nuestros sueños. Pero nada viene solo. La magia solo existe, si sabemos conjurarla.

No pretendía ser una heroína, pero debía serlo. Se lo debía a mi madre, a mi padre, a Fer, a Gladys, a Mar, a Daryl, a Dante, a mi ciudad. Pero, antes que nada, me lo debía a mí misma.

Volví a plantarle cara. Liza sonrió de esa manera en que sólo los dementes pueden hacerlo. Me di cuenta como disfrutaba tanto del dolor ajeno, como el propio cuando separé el dolor de mis pensamientos y me focalicé en terminar de una vez y para siempre con esa pesadilla. Las buenas se habían agotado. Y yo sabía ser mala, podía ser la peor del mundo si así me lo proponía, la máscara me calzaba a la perfección.

Fuesu turno de embestir desatando toda su decidía. Se abalanzó sobre mí a fuerza de instinto. Muy pocos de sus golpes acertaron en su objetivo. Bloqueé el primer jab y los hooks que le siguieron, aprovechando para lanzar dos uppercuts que la hicieron tambalearse hacia atrás. Su mano derecha rebuscó en la parte baja de su espalda.

—¿Por qué no me sorprende que siempre juegues sucio? —espeté, atragantándome con mi propia sangre.

—¿Acaso existe otra manera de jugar este juego? —respondió, blandiendo el cuchillo que lanzaba reflejos plateados sedientos de sangre.

Si esperar respuesta, embistió con el arma en alto. Detuve el golpe, pero descuidé el resto de mis flancos. Una patada baja hizo que mi rodilla perdiera estabilidad y el cuchillo volvió a sobrevolar mi cabeza. Intenté atajarlo y el filo se deslizó por el centro de mi palma.

Grité de dolor, pero eso no detuvo la lucha. Liza deslizó el filo del cuchillo por la parte alta de mi abdomen. El ardor hizo que me doblara en dos, y mi campo visual se redujera lanzando una señal de alarma. La sangre brotaba a borbotones. Mi sudadera negra se encontraba empapada en cuestión de segundos.

Sentí un puntazo en el hombro mientras intentaba entender lo que estaba sucediendo.

“Me estoy muriendo” la frase retumbó en mi cerebro con contundencia. *“Si no reacciono, me muero”*

Cuando el cuchillo enfilaba directo al centro de mi estómago, lo detuve con ambas palmas. Y aunque el dolor de la carne cortada hasta el hueso resultaba indescriptible, no emití sonido.

Clavé mi mirada en las desfiguradas facciones de Liza. Tomé impulso y golpeé mi frente con la de ella, logrando que se tambalee hacia atrás. El cuchillo cayó frente a mí, pero mis manos destrozadas no respondían. Así que, como me fue posible, me puse de pie y pateé el cuchillo para lanzarlo lo más lejos posible de ambas.

Cuando Liza se lanzó al ataque una vez más, utilicé mis piernas para defenderme y contraatacar. La primera patada acertó en el centro de su abdomen, la reacción de su cuerpo fue

inclinarse hacia adelante. Aproveché para patear su quijada, impulsando su cuerpo, casi inerte, hacia atrás.

Mis manos no dejaban de sangrar, al igual que el corte en mi abdomen y el puntazo en mi hombro. La visión se me volvía cada vez más borrosa y mis músculos perdían la fuerza.

Tambaleaba sobre mis pies, mientras Liza jadeaba en un rincón de aquel indefinible sitio.

—Esto no termina hasta que yo lo decida... —su voz sonó a gruñido, casi diría demoníaco, ya que retumbó en mi cabeza lejano y omnipresente.

Algo no andaba nada bien conmigo...

Miré mis manos, mi abdomen y mi hombro, todo sangraba hasta cubrirme de viscosa humedad por completo.

No sé cuánto paso, un segundo, dos o una eternidad.

El frío metal atravesando mi centro me volvió a la realidad.

No grité, es más... no sentí nada.

Solo la exclamación lejana de un “*Alto, policía*”

Sombras invadieron el lugar. El cuerpo de Liza fue apartado del mío a la vez que el cuchillo volvía a deslizarse por mi carne.

“*¡Caterina!*” alguien gritó mi nombre. No pude identificar esa voz, pero no era la de Fer.

A lo lejos, sonó un disparo.

Intenté incorporarme, soltarme de quienes me mantenían de pie. Resultó inútil, si no hubiera estado tan débil y mareada diría que, hasta patético, aunque sintiera que se me iba el último resquicio de fuerzas que me quedaba.

—Fer... —susurré, o eso creo. No sé si mis labios se movieron. Si el aire salió atreves de ellos.

Las rodillas me fallaron.

—Está perdiendo demasiada sangre. Llévensela ahora.

—No...

Fue esa la última exclamación que resonó más en mi cabeza que en el aire que abandonó mis labios.

Entonces, todo se volvió completamente negro.

CAPÍTULO 27

Un Deja Vú me retrotrajo a la misma sala de hospital que ocupé apenas días atrás. Pero esta vez no era Daryl quien se encontraba sentado a mi lado, tampoco Fer. La desesperación empezó a tomarme por presa al descubrir que Khaan ocupaba su lugar, clavando su mirada gélida en la camilla en la que me encontraba recostada.

Intenté abrir la boca y hacer la pregunta pero Jefe de Seguridad se me adelantó.

—Fer está bien —me dijo—. Se encuentra declarando ante el Juez. Logramos detener a Liza. Pudimos comprobar que se trata de El Adversario y demostrar sus crímenes.

El alivio al escuchar eso no fue completo, algo no andaba bien por más que Fer estuviera a salvo. Sabía que algo estaba mal. En realidad, nunca me imaginé sobreviviendo a semejante hazaña, convirtiéndome en lo que siempre odié de mi padre, un justiciero, un vengador anónimo que defiende intereses ajenos, o propios, pero intereses al fin.

La causante de mis mayores penas estaba tras las rejas esperando a ser enjuiciada, pero sabor amargo no se desprendía de mi paladar.

—¿Qué es lo que no me está diciendo? —le lancé al fin. Mi voz me sonó rara, no la reconocí.

Khaan dejó de mirarme de la misma forma en que lo hacía desde que despegué los párpados, pero no respondió, simplemente se puso de pie.

— Todo va estar bien, solo preocúpate por descansar y reponerte —y salió de la habitación.

Sentí impotencia, la misma impotencia que me invadió la primera vez que estuve internada en aquel hospital. No podía moverme, estaba conectada por tantos cables y tubos como llegaba a contar. Por primera vez en mi vida no sabía qué hacer, estaba inmovilizada. Lo había logrado, había conseguido detener al monstruo que me arrebató la vida desde el momento en que mató a mi mamá, me quitó a mi papá, me robó la identidad y me convirtió en alguien a quien hoy por hoy no reconocía, pero en definitiva, a alguien que me ayudó a sobrevivir hasta ese momento, hasta el momento en que la verdad salió a la luz, hasta el momento en que la justicia se hizo presente.

El silencio fue mi única compañía por siguientes horas. Mi cerebro estaba atascado, no dejaba de recordar desde aquel día en el aeropuerto, en ese país exótico en el que me perdí, en el que me sentí libre, o eso pensé, eso imaginé, porque lo cierto es que no conocí la libertad hasta que Fermín entró en mi vida.

Me rendí ante el sueño una vez más, perdí la cuenta del tiempo que llevaba entre dormida y despierta dentro de aquella habitación. Horas, días, no importaba... o sí, importaba demasiado. Quería ver a Fer, quería saber qué pieza no encajaba en ese rompecabezas porque todo era demasiado perfecto para ser real, para ser el final feliz que debía ser, según suponía. Lo cierto es que yo nunca había tenido un final feliz. Nunca había vivido un momento de plena felicidad, salvo con Fer.

Las horas seguían pasando, lo sabía, no porque tuviera un reloj para corroborarlo, sino porque la poca luz que entraba a través de la ventana iba cambiando a medida que el tiempo transcurría. No quería estar pendiente del tiempo que se me escapaba entre los dedos, pero a la vez, cada segundo que pasaba era un segundo en el que el miedo iba alimentando mis dudas y consolidando mis certezas.

Me sorprendí cuando la puerta se abrió. Lo vi entrar entre las lágrimas que empañaron mi

visión en cuestión de segundos. Nunca quise que me viera llorar, ni siquiera en el momento más terrorífico que viví en toda mi existencia, pero ya no podía contenerme. Lo amaba más que a nada en este mundo. Lo amaba más que a nada en la vida y no quería seguir ocultándole ninguna faceta de mi ser. Era todo para mí y tenerlo conmigo después de vivir aquella pesadilla, era un milagro. Y allí estaba el único que fue capaz de desvelar el misterio, de desnudar un alma que por tantos años vivió recubierta por una coraza de piedra. Allí parado, con la puerta entreabierta; Parecía que él tampoco podía creer en la imagen que sus ojos llegaban a captar. No me preocupaba saberme en mi peor forma, que de seguro parecía más un monstruo salido de una película de terror que la mujer que él conocía. Esa mujer desenfadada, rebelde, capaz de comerse al mundo con sólo una mirada. En ese momento yo simplemente era yo, una mujer frágil, con miles de inseguridades, de miedos a granel. Una mujer que desconocía lo que iba ocurrir en los próximos días, minutos, y no tenía control sobre nada en esta vida, absolutamente nada. Ni siquiera de su propio corazón, porque ese corazón ya no le pertenecía.

—Hola preciosa —me dijo, y yo sonreí. Sonreí con cada célula de mi cuerpo aunque doliera, y no pudiera moverme por los vendajes, las sondas, por los cables, el dolor, el cansancio. Sin embargo, cada célula de mi cuerpo sonrió para él, sonrió por él.

Se fue acercando con una parsimonia desesperante. Yo no podía hacer nada, no podía moverme y tenía ganas de lanzarme sobre su cuello y devorarlo a besos. Pero mi cuerpo estaba empecinado en no cumplir mi deseo. Fer no dejaba de mirarme con de esa manera tan simple y cristalina que había conseguido hacer brotar en mí el sentimiento más puro y más profundo que hubiera sentido jamás. Mis labios susurraron un inaudible “*te amo*”.

Él sonrió.

—Yo también te amo Cat. ¿Cómo te sientes? —tomó asiento en la silla que hacía días, horas, vaya a saber cuánto tiempo, había ocupado Khaan—. Tenemos que hablar —fue la segunda frase que lanzó.

Intenté incorporarme en la cama, pero no moverme.

—Tranquila —me dijo—. No te muevas. No te esfuerces, estás muy herida. Es un milagro que hayas sobrevivido. Todavía me arrepiento de haberte dejado marchar de esa habitación. Podrías haber muerto.

Quizás los dos hubiéramos muerto si me hubiera quedado. No lo sabíamos.

—Solo sé que aquí estamos, juntos, que la pesadilla terminó, y eso, es lo más importante.

Por más que tuviera a mí Fer frente a mis ojos para comprobar que estaba bien, que la pesadilla había terminado como él decía, algo en mi interior seguía sosteniendo que no todo era color de rosa.

Algo faltaba, una pieza fundamental.

Y sin pensarlo, sin siquiera meditarlo, dije su nombre.

—Daryl —los ojos de Fer se transformaron automáticamente en dos rocas de hielo. Y se perdieron en un punto inexacto en la pared que tenía detrás de mi cabeza.

—Voy a relatarte lo que pasó... —su voz sonó más monótona y seria de lo que recuerdo haberle oído. Mi cuerpo paralizado, se endureció aún más. Cada gota de sangre se detuvo, dejé de sentir el cuerpo, y el dolor, mágicamente desapareció.

Mis ojos se clavaron en los suyos esperando lo peor. Porque en el fondo, sabía que lo que venía a continuación resultaría duro. No existía manera de prepararme para ello. Intenté no pensar, intenté no lanzarme a elucubrar conjeturas, por más probables que parecieran. Obviamente fue imposible. Mi cabeza funcionaba a mil por hora y cualquier escenario que se cruzaba por mi

mente, era fatídico.

— Cuando te fuiste de la habitación, cuando te pedí que te fueras mejor dicho, llegó el equipo de salvamiento. La caballería, tal como me prometiste. Daryl a la cabeza. Apenas me reconoció, me dijo que los estaban siguiendo que no era seguro sacarme en ese momento, en esas condiciones. Cortó los sunchos que me sostenían los las muñecas y, a partir de ahí, todo sucedió demasiado rápido. No creo recordar con plena exactitud, solo que de pronto, estaba desatado y Brandon apareció de pie a mi lado y me sacó de aquella habitación. Daryl no nos siguió, según me contaron después, él tomó mi lugar en la silla de la habitación. En un principio, pensé que habías sido tú la que los trajo a rescatarme, pero cuando me di cuenta que no era así, empecé a preguntar por ti. Nadie pudo contestar, nadie me hablaba. Grité tu nombre sin recibir respuesta... Entonces oí los disparos, en realidad, fue un único disparo.

Fermín hizo una pasusa antes de proseguir con el relato.

— Una vez fuera del predio, ví cómo te sacaban de allí, cubierta en sangre. Temí lo peor pero, me dijeron que estabas bien, que estabas viva, muy herida, pero que ibas a lograrlo. Terminamos en el hospital, yo también tenía mis heridas... Mucha pérdida de sangre, deshidratación. Dormí durante días aún contra mi voluntad, desperté pocos días antes que tú lo hiciera. Fue entonces que me relataron el resto de la historia.

— ¿Qué pasó con Daro? ¿Se encuentra bien? ¿Dónde está? Por favor, dime la verdad...

Con un notorio pesar oprimiendo su pecho, Fer continuó.

— Cuando salí de aquella habitación y Daryl tomó mi lugar, los matones de El Adversario entraron, y no te encontraron. Él se había colocado la capucha, que cubría su cabeza. No sé cómo decirte esto...

— No importa cómo lo digas... Solo necesito saber.

Fer me observó por un segundo que pareció eterno...

— Le dispararon en la cabeza. Un tiro limpio. Murió en el acto.

El silencio fue lo único que llenó el vacío que se hizo en la habitación en que nos encontrábamos.

Mi primer reacción fue no creerle, me dije a mí misma que estaba soñando, que eso no podía ser verdad. Daro se encontraba en alguna otra habitación, tenía heridas graves pero estaba con vida. Quizá esa vida pendía de un hilo, pero lo tenía todavía en este mundo, conmigo.

La mirada de Fer sostenía otra realidad. Negué con la cabeza, fue lo único que pude hacer. La parálisis en mi cuerpo, el estado de mis músculos atrofiados, doloridos, los sedantes, las intravenosas, todo, se convirtió en nada.

Mi cuerpo inerte, reaccionó solo ante el dolor de un alma hecha pedazos.

Eso era lo que estaba mal, esa era la pieza que no encajaba en este perfecto rompecabezas que acababa de quedar armado. Un precio que pagar, un precio que me costó un pedazo del alma, que ya no podría volver a recuperar.

Fer se unió a mi cuerpo en la cama. Su calor me hubiera reconfortado en otra situación, pero en ese momento, no logró mucho. No existía nada que pudiera llegar a calmar siquiera una pizca del dolor que me embargaba.

Mis lágrimas corrieron con absoluta libertad, empapando mi rostro, las sabanas. Parte de brazo con que Fer me envolvía. No podía pensar, no podía sentir más que un vacío inmenso. Daryl estuvo siempre para mí, se unió a mi plan para rescatar a Fer a pesar de su reticencia y sus advertencias. Y yo le había pedido sólo una cosa, que hiciera todo lo posible para que Fer saliera de aquella situación con vida. Nunca creí que cumplir su promesa, le costaría la vida.

Ahora su hijo estaba sin un padre, no podía ni siquiera pensar en eso, en lo que iba pasar con esa familia. Apenas si lograba pensar en mí, en cómo iba a salir de esa habitación y continuar mi vida sabiendo que él ya no estaba en este mundo.

Antes que pudiera formular otra pregunta, Fer comenzó hablar:

— Celia decidió marcharse, irse a vivir a Baja California y llevarse a su hijo lo más lejos posible de... todo —supe que ese todo, solo me incluía a mí—. El funeral de Daryl fue hace dos días. Una ceremonia con todos los honores que un héroe me merece.

— No haber podido estar ahí, es algo que me reprocharé por el resto de mi vida...

— No fue tu decisión, no te tortures. Te encontrabas inconciente Cat... Sé que es demasiado reciente y que no hay bálsamo que pueda ofrecerte que alivie el dolor que estás atravesando... Pero ya tendrás tiempo de despedirte de él. Y si te sirve de consuelo, mi creencia es que todos formamos parte de una energía suprema que lo abarca todo, y nuestra existencia física, solo se transforma. Las personas que amamos nunca nos abandonan. Conservamos su recuerdo y no tenemos más que invocar su presencia para sentirlos a nuestro lado. Con el tiempo, sé que lograrás darte cuenta que así es. Date tiempo para procesar la ausencia física, date tiempo para sanar tu cuerpo y tu alma. Debemos respetar cada proceso, respetar los tiempos personales. Tomarnos las cosas con calma, aunque duela, aunque cueste. Aunque todo parezca haberse derrumbado a tu alrededor, solo está trasmutando, te lo aseguro. Podremos construir a partir del dolor. Podemos seguir viviendo, a través de la aceptación y la resiliencia. Tú me enseñaste eso, Cat. Tú, eres la heroína de esta historia.

∞ ∞ ∞

Apenas me dieron el alta, y a pesar que nadie estuviera de acuerdo, quise pasar por el cementerio. No podía hacer otra cosa antes, más que despedirme de mi amigo. Tenía que verlo con mis propios ojos, para cerrar al fin ese capítulo en mi vida, aunque, pensándolo bien, ese capítulo nunca tendría un cierre porque Daro siempre estaría presente en mi corazón, siempre formaría parte de mi vida, siempre me acompañaría a donde fuera, y siempre, escucharía su voz cuando necesitara un consejo y el apoyo de un amigo incondicional.

Susurré unas palabras a la lápida mientras quitaba algunas hojas secas que acumuladas sobre la tierra desnuda. Las reemplacé con las pocas lágrimas que aún podían llorar mis ojos cansados, hinchados.

Tenía que seguir adelante por él, porque él, no hubiera querido que fuera de otra manera.

No me demoré mucho. Hay ciertas cosas que no cambiarían en mi personalidad. Otras, que intentaba adaptar a mi nueva vida.

Subí al auto de Fer, que me esperaba frente al amplio campo rodeado de árboles que comenzaban su letargo.

—Daryl está en paz.

Asentí, mientras Fer ponía en marcha el automovil.

∞ ∞ ∞

Mi primer día como CEO de la compañía fue mejor de lo que esperaba.

Gladys me recibió con una amplia sonrisa en el último piso de la Torre, para ella, también era el primer día en su nuevo puesto como mi asistente personal.

—¿Ya están todos?

—Así es, te esperan hacer rato. Parecen muy ansiosos.

Arrugué el ceño.

—No te preocupes, lo digo en el buen sentido Dani, digo, Caterina...

Sonreí. En aquel sitio aún me sentía un poco como Daniela. Poco a poco, ella también partiría en paz. Me había acompañado por muchos años y sus virtudes y sus defectos lograron que sobreviviera a cosas que Caterina jamás hubiera podido.

En la puerta de la sala de reunión me esperaba Sam, mi flamante mano derecha. No podría confiar en nadie más que en las dos personas que me flanqueaban, para darle forma a ese sueño.

—Bienvenidos, gracias por la multitudinaria recepción... En primer lugar quiero que hablemos de números. Kenton, en base a los resultados de los últimos meses...

Y así Caterina Salazar tomó el control de una vez y para siempre. Ya no más máscaras, ni de porcelana, ni de latex. Volví a sonreír y a bromear. Y aunque al principio, quienes me conocían o creían conocerme me observaban con extrañeza, no pasó mucho tiempo para que se acostumbraran y aceptaran a esta nueva persona que se abría ante ellos.

∞ ∞ ∞

Existen circunstancias en la vida que nos llevan a adaptar nuestras conductas en base a nuestro entorno. En la mayor parte de los casos, son pocas las personas que llegan a conocer las mil facetas de nuestra personalidad; Muchas veces, nadie lo hace. Y encontrar a esas personas con quienes podemos sentirnos libres de abrir nuestro corazón y exponerlo de esa manera, es un regalo que un puñado de afortunados llega a recibir.

El miedo al rechazo, no es más que un fantasma creado por una imaginación truculenta. Un sentido de auto-preservación distorsionado por los mandatos sociales. ¿Pero cuánto estamos dispuestos a ceder para ser aceptados por lo que no somos?

Busquemos bajo las piedras si hace falta, pero jamás renunciemos a nuestra esencia para desdibujarnos en la percepción de alguien más. Posiblemente, esa persona termine pasando por lo mismo; Lo que alimenta este círculo de vicios que nos ofrece promesas vacías. Soltemos nuestra locura, abracemos nuestros sueños más delirantes y riámonos a carcajadas ante los mandatos sociales. Pero jamás renunciemos a lo único que tenemos: Nosotros mismos.

EPÍLOGO

—¿A donde vas con tanta prisa? —preguntó Fer desde la cama, mientras yo me erguía del lado contrario al cual yacía recostado.

—A darme un baño, si no nos apuramos perderemos el vuelo.... —respondí con total seriedad.

Fer estallo en una carcajada incontenible.

Me giré hacia él y lo miré por sobre mi hombro.

—¿Qué te resulta tan gracioso?

—Se me vino a la mente el día en qué te conocí. Con el maquillaje corrido y de mal humor por haber perdido tu vuelo...

—No soy la misma persona de ese entonces...

—Sí, lo eres. Eres esa persona y mucho más, eres todo lo que quieras ser. Y yo, estoy aquí y estaré siempre para acompañarte en cada viaje, hacia adentro y hacia afuera.

Puse los ojos en blanco.

—Hablando de viajes hacia afuera, quedamos a las nueve, son las ocho y todavía no has armado tu equipaje...

—¿Olvidas que hablas con el dueño del avión? —su sonrisa sexy hizo casi imposible que pudiera mantener el semblante.

—Creo que el Capitán se cagaraá en quien seas si llegamos tarde...

—Déjame al Capitán a mí, bellai. Pensándolo bien, tomar una ducha suena tentador...

Torcí la boca en señal de reproche, aunque por dentro, me retorció de ganas de hacerle el amor una vez más y, bajo la ducha, mil veces más.

Fer aprendió a leerme como a un libro abierto. Tomó mi muñeca y jaló de mí hacia la cama. En un movimiento limpio me colocó bajo su cuerpo. ¿Cómo podría resistirme a yacer bajo ese cuerpo? Cada músculo cincelado bajo su piel, se contrajo de excitación cuando dejé escapar el primer jadeo de muchos más que siguieron en la siguiente media hora. Primero en la cama, y después, bajo el chorro de agua caliente de la ducha.

Después de años de creer una locura poder entregarme al cien por cien a un amor así, verme ahí, sintiendo con cada célula de mi cuerpo, permitiéndome cederle el control a alguien que me amaba y procuraba brindarme felicidad física, emocional y mental de todas las formas humanamente posibles. Confiar, amar, disfrutar sin miedo al dolor, a la decepción, a la soledad... Comprendí que no hay nada que podamos ganar si no tenemos algo que perder. Porque de eso se trata el amor.

De soltar las riendas y dejarse guiar, de confiar y entender que estamos el uno para el otro, más allá de los aciertos y equivocaciones que podamos cometer. Siempre estaremos expuestos de igual forma a lastimar, como a que nos lastimen si no somos capaces de abrir nuestro corazón, prestar el oído y tender la mano aunque no entendamos lo que motiva al otro a querer dar el salto. Basta con saber que el otro, está ahí para uno como uno lo está para él. Que crecer es complicado, y nunca dejamos de aprender. Amar es acompañarse y desprenderse.

Mi padre me miraba desde el otro lado del cristal blindado, con esos penetrantes ojos color café clavados en los míos. Aun me costaba sostenerle la mirada, sobre todo, desde que Liza fuera sentenciada a prisión perpetua. Creí que eso podría ayudarlo a reducir su condena... pero no fue el caso.

—Hola Catita.

—Hola papá... vine a despedirme, por un tiempo.

Había estado yendo una vez a la semana a visitarlo. Manteníamos conversaciones cortas, pero que no tenían desperdicio.

El tiempo que nos daban, ya de por sí ínfimo, pasaba demasiado rápido y nuestras charlas solían quedar a la mitad.

Me reprochaba haber sido tan orgullosa y no haberlo visitado antes. Aun dolían ciertas cosas, pero desde lo de Daryl, no existía manera de no entender sus razones para haber tomado las decisiones que nos llevaron al momento en que nos encontrábamos.

—No te tortures más Catita. Eso no devuelve a quienes perdimos, solo generará pena en ti y en quienes hoy siguen vivos y te acompañan.

—¿Y cómo se hace para no sentir que te partes en dos cada vez que despiertas? Que una parte tuya sigue aquí, pero otra se ha ido con... —todavía me costaba mencionar su nombre en voz alta.

—Aprendes a vivir con ello... no es algo que podamos cambiar, pero tampoco podemos deshacer el pasado. Solo aceptar que es parte de nuestro presente, que lo será siempre. Nadie pasa por este mundo sin dejar su legado, sin dejar una enseñanza en las almas que toca con la suya. Honrar a nuestros muertos, no intentar olvidarnos de su paso por nuestra vida.

—Gracias papá —sus palabras sonaban tan auténticas como difíciles de llevar a la práctica, con la misma tranquilidad y resiliencia con la que las pronunciaba. Pero no era imposible. Tenía que atravesar este duelo por el tiempo y los estados que fuera necesario—. ¿Nos vemos a la vuelta?

—Aquí estaré esperándote, Catita.

Odiaba no poder abrazarlo. Cada vez que me marchaba de la prisión lo hacía con una sensación agri dulce en el cuerpo.

—Por donde anda esa cabecita tuya... —fue la voz que más adoraba en el mundo la que me trajo de nuevo al presente— Llegamos al aeropuerto. Y de aquí, a la playa. Prohibido pensar en otra cosa que en surfear esas olas que esperan por nosotros, ¿vale?

Luego que depositara un tierno beso sobre mis labios, asentí.

Descendimos del auto y caminamos los pocos metros que nos separaban del jet privado que nos llevaría a Hawaii.

—Ya era hora...

—¿Prefieres viajar en vuelo de línea, Mar? Seguro que son más puntuales que esta porquería.

Resultaba hilarante ver a Mar soltando una queja desde la comodidad de la amplia butaca, con un desayuno continental servido sobre la mesita delante de su nariz.

—Púdrete.

Le mostré toda la extensión de mi lengua y no pude hacer mucho más, ya que los brazos de una bronceada rubia envolvieron mi cuello.

—Gracias al cielo que ambos están bien —susurro Mel en mi oído, mientras Paul estrechaba la mano de Fer.

—Bienvenidos. ¿Listos para comenzar la aventura? No se permite más bagaje que los trajes de baño y las tablas de surf, ¿de acuerdo?

—Vale... —exclamó Fer con esa sonrisa radiante tan típica suya, estampada en los labios. Los tres se volvieron hacia mí. Mar también lo hizo cuando busqué refugio en su mirada.
—Vale, vale —asentí.
—Las mejores olas del planeta nos esperan... ¡a por ellas!

∞ ∞ ∞

Montados sobre las tablas Mel, Paul, Fer y yo contemplábamos el atardecer.

Mar había conocido a un italiano que parecía salido de una publicidad de perfumes, la noche anterior y, desde entonces, le habíamos perdido el rastro por así decirlo. Con Mel, no dejábamos de lanzarnos miradas suspicaces y reírnos sin parar.

—Esto es un sueño...

—No amigo, un sueño nos trajo hasta aquí, pero esto es bien real. Los sueños siempre indican el camino hacia donde el corazón es feliz.

—Yo no necesitaba viajar cinco horas en avión para estar donde mi corazón es feliz... —lo corregí, dedicándole una amplia sonrisa.

—Pero a que aquí lo eres un poco más.

—Claro que sí.

Rodeada de amigos, con el amor de mi vida a mi lado. El corazón sonreía con más amplitud de lo que mis labios eran capaces.

La vida no tuvo piedad conmigo, pero hoy, me regalaba ese momento de felicidad. No plena, porque eso no existe.

Cada una de mis falencias, no volvería a llenarse con nada ni nadie más, aún así, agradecía el poder estar aquí y ahora, viva, rodeada de gente hermosa, en uno de los lugares más bellos del planeta. Me encontraba en un punto del camino en el que podía detenerme a contemplar el recorrido y afirmar que gracias a cada piedra, pozo, montaña o tormenta que hubiera atravesado, hoy era más fuerte de lo que jamás había sido.

Fer le dio un apretón a mi mano justo cuando pensaba en cuánto me hubiera gustado que Daro fuera parte de aquel momento. A veces, no necesitábamos recurrir a las palabras para entendernos. Estábamos en el lugar y en el momento perfectos, rodeados de las personas que debían de acompañarnos para seguir avanzando. El día se despedía con un atardecer para grabarse en las retinas. Flotábamos sobre oro líquido, éramos tan afortunados de tenernos...

Ya no tenía sentido mirar hacia atrás, había luchado tan duramente conmigo misma por encerrar mi pasado en lo más profundo y oscuro de mi alma, que no fui consciente que remover esa piedra resultaría aun más doloroso... Ya era momento de soltarlo todo, de dejarlo fluir sobre las olas para desaparecer junto a los últimos rayos de sol. Así, me despedí de mi pasado y le di la bienvenida a lo incierto.

Lo que importaba, era el camino a forjar paso a paso... ¿Hacia dónde? Lo desconocía. Pero bien sabía con quién.

FIN

Catrina ©

Mad Cin ©

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso del editor.

Diseño de Portada: Cintia Elizabeth Amado

Fotografía de Portada: @Fxquadro

LOS PERSONAJES, EVENTOS Y SUCESOS presentados en este libro son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera Edición: Diciembre 2019

ISBN: 978-987-86-1494-6

Contacto:

FACEBOOK: @madcinbooks

INSTAGRAM: @madcinbooks

[\[CA1\]](#)